L
C865.2
C133E
EJ.1 VOL.1
1891

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

ESCRITOS ESCOGIDOS

DE

JOSE CAICEDO ROJAS,

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA, Y DE NÚMERO DE LA COLOMBIANA.

TOMO I

BOGOTA

CASA EDITORIAL DE M. RIVAS Y C.ª

1891

F 1883

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

INDICE

Pág.

DON ALVARO, novela de costumbres, ó sean Cuadros históricos y novelescos del siglo XVI 1

Breve estudio sobre fray DOMINGO DE LAS CASAS, Misionero Conquistador del Nuevo Reino de Granada 217

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

DON ÁLVARO.

CUADROS HISTORICOS Y NOVELESCOS DEL SIGLO XVI. *

CAPITULO I.

TIERRA! TIERRA!

.....“ Tierra buena ! tierra buena !
Tierra que pone fin á nuestra pena ;
Tierra de oro, tierra bastecida,
Tierra para hacer perpetua casa ;
Tierra con abundancia de comida ;
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
Tierra donde se ve gente vestida ;
Tierra de bendición, tierra serena,
Tierra que pone fin á nuestra pena !”

CASTELLANOS.—*Elegías.*

Tierra ! tierra ! Así pudieron exclamar gozosos, como el asendereado marino que divisa á lo lejos desconocida playa, tras larga y penosa navegación, los primeros españoles que tramontaron las altas sierras del Opón, y saliendo por lo que hoy es Vélez, descubrieron la extensa y

* No se me oculta que el argumento de esta novelita, escrita hace quince años, por demasiado común y trillado no presenta novedad alguna. Son tantos los dramas y novelas que sobre asunto análogo se han escrito, que con sólo ellos podría formarse una biblioteca ; pero debe tenerse presente que *D. Alvaro* es un verdadero cuadro de costumbres de siglos pasados, y como tal, el enredo y artificio puede ser en él cosa secundaria. Tiene en su abono una notable circunstancia, y es *la verdad,* ó por lo menos la verosimilitud. Si sólo es bello lo verdadero, y si donde no hay verdad no bay belleza, según enseñan los maestros de la literatura, la historia y las escenas descritas en esta narración y en las á ella semejantes, tienen en su favor un elemento de que carecen ciertas novelas fantásticas é inverosímiles, por muy ingeniosas que sean.

Respecto al lenguaje y estilo me ha parecido que debía acomodarme hasta donde lo permite el estado actual de la lengua, á los de tiempos anteriores, aunque no tan servilmente que llegara á apartarme con afectación del uso común.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

limpia Sabana de Bacatá, hoy Bogotá, después de un año de imponderables sufrimientos. Al llegar á la hermosa planicie que los llenó de admiración y de alegría, fueron apartándose de los ramales secundarios de la cordillera que limitan la llanura por el Este, y naturalmente se dirigieron al centro de ella, donde se hallaban los caseríos, cercados y sementeras de los medio civilizados indígenas, caseríos que, según los castellanos, presentaban de lejos el aspecto de alcázares, de donde tomó esa parte de la llanura el poético nombre que le dieron de *Valle de los alcázares.*

Sometidos al poder de las armas castellanas, así los gobernantes como los vasallos de esta hermosa comarca, y ocupado el gran *cercado* (1) del Zipa por Quesada y sus gentes; satisfecha su curiosidad, recogido el ansiado botín, que no era sino las primicias del que más tarde se prometían, y viéndose en aquella residencia real rodeados de lagunas y pantanos, que no podían menos de hacerla insalubre, especialmente en la estación seca, comenzaron los Capitanes á diseminarse en grupos, y en diferentes direcciones, por via de exploración del terreno, por si hallaban un paraje, que, más defendido de los miasmas y los vientos, lo fuese también de cualquier asalto ó sorpresa por parte de aquellos no bien conocidos habitantes.

La amenidad del pintoresco paisaje, que, como el lujoso marco de un cuadro, ceñía la grande explanada, iba haciéndose más y más atractivo á proporción que los exploradores se acercaban á las faldas de la cordillera que queda al Oriente.

¡Qué espectáculo tan bello y apacible! No era ya la vegetación abrupta y salvaje de las tierras que pocos días antes habían atravesado; no eran las ásperas cumbres coronadas de árboles corpulentos, que formaban bosques cerrados é impenetrables; no era el calor sufocante, ni el porfiado zumbar de los insectos, ni el mosquito impertinente, ni el atrevido zancudo: era, por el contrario, un horizonte abierto, un mar amplio y fresco de verdura, de 120 leguas cuadradas de extensión, en que se espaciaba la vista y el corazón se ensanchaba. A las palmas, cedros, robles y encinas, habían sucedido los helechos, *ezpeletias* y arrayanes; á las parásitas, cañas silvestres y espinos, las gramíneas que tejían el verde manto de las mesas andinas. Al eterno rumor y desconcierto universal de millones de insectos, reptiles, aves, monos y fieras habían reemplazado la calma y el silencio de la naturaleza en las regiones frías. Un viento fresco que vigorizaba el cuerpo y reanimaba el espíritu, recordaba á cada cual los países de Europa que habia dejado más allá del océano, y arrancaba más de un suspiro de aquellos pechos de bronce, y de aquellos hombres indomables, ante los cuales la naturaleza agreste de la América se había declarado vencida. El poético nombre de Granada que más tarde se puso á estas regiones es un testimonio elocuente de esos vivos recuerdos de la patria.

(1) Fortín de maderos que rodeaba el recinto real.

Si entre las gentes del Adelantado Quesada hubiese venido un Ercilla, que, echando á un lado la épica trompa, que poco tenía por entonces en qué ejercitarse, hubiese empuñado la lira con que solía cantar en su destierro, ¡qué de armoniosos versos no le habría inspirado la belleza de nuestra patria! Pero qué sabemos si alguno de esos oscuros Capitanes que acompañaban al abogado conquistador no pulsaría la suya, tosca y desaliñada, cuyas vibraciones se han perdido para nosotros con el trascurso del tiempo, si ya no se exhalaron fugaces en la soledad de alguna callada noche, como el arrullo de las palomas, ó como el triste quejido del buho!

Ejemplos no faltaron sin duda de los efectos de tales impresiones, las cuales hicieron decir al poeta Castellanos, cura de Tunja:

"..... llegaron
Llenos de regocijo las entrañas
Por ser aquel el fin de las montañas.
.....
Alégranse de ver alegre suelo,
Contemplan otras muchas maravillas;
Alaban los verdores y elegancia,
Y al sabio General por su constancia.
Y cuanto más encumbran las laderas,
Más á placer se ven las rasas cumbres,
Llenas de cultivadas sementeras
Que quitan atrasadas pesadumbres;
Fertilísimos valles y riberas,
Con los humanos usos y costumbres,
Vénse los pueblos, hierven los caminos
Con tratos y contratos de vecinos."

Conforme se iban acercando á la cordillera ó contrafuerte que sirvió en otro tiempo de dique al antiguo lago superandino que cubría la explanada y que se desaguó abriéndose paso por el inmenso abismo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de Tequendama y por el boquerón de Tausa, el paisaje se articulaba desarrollando á su vista las pintorescas colinas de lo que hoy es Llano de Mesa, Tunjuelo, Egipto, &.ª Tres zonas paralelas que en suave plano inclinado descendían divididas por dos riachuelos tributarios del Funza, se veían salpicadas de bosquecillos, alternados con árboles coposos y malezas. No eran estos riachuelos semejantes al que atravesaba la Sabana por su centro para ir á precipitarse en aquel abismo, que, según la tradición de los muiscas, fué abierto por Bóchica, personaje misterioso que los visitó en siglos muy remotos: este río era silencioso y taciturno, mientras que aquellos, con una cantidad de agua tres veces mayor que la que hoy tienen, bajaban alegres y bulliciosos, rodando por entre grandes piedras, contra las cuales se estrellaban para formar espumosos raudales.

Allí, en uno de los parajes más amenos y deliciosos, en donde la pendiente comenzaba á hacerse menos rápida, tenía el Zipa un sitio de recreo, llamado *Teusaquillo*, á donde, á usanza de los soberanos de otros países, se retiraba en ciertas temporadas con su familia á descansar de los cuidados del gobierno, ó tal vez huyendo de las inundaciones de la Sabana. En otras épocas visitaba sus baños termales de Tabio que demoraban al Norte en un valle risueño. Esta costumbre de mudar de residencia en busca de solaz y variedad es por lo visto como instintiva, aun entre las sociedades incipientes y tribus medio civilizadas.

Allí era donde las *tiguyes* ó mujeres de su corte tejían las mantas de algodón pintadas de bellos colores que ellas mismas preparaban con el zumo de la bija ó achiote, de la *chica* y de la *chilca* ó añil verde, plantas todas para cuya recolección y preparación se hacía una fiesta religiosa, quemando una parte de ellas en honor y sacrificio al dios Nencatacoa, que lo era de los pintores y tejedores. Y se tejían en el mismo palacio porque el uso de mantas pintadas con listas negras y rojas era un privilegio de la familia real ó de los jefes ó personajes á quienes el Zipa lo permitía.

Allí era donde se fabricaban los brazaletes con que las mujeres adornaban sus brazos tostados por el sol, y los formaban generalmente con *jades*,—piedrecillas finas de colores, tan duras como el mármol,—y *fuches* ó *fuchas*, especie de caracolillos con que igualmente hacian sartas para adornarse el pecho y la cabeza, y que al rozarse formaban un ruido agradable á sus oídos. (1)

(1) De aquí tomó probablemente su nombre el río Fucha, en cuyas riberas recogerían los caracolillos.

Allí se preparaba con resinas y bálsamos olorosos el sahumerio que ardía en braserillos de oro en las ceremonias religiosas y en las habitaciones reales; y se adornaban las andas ó palanquín en que el Zipa era conducido por todas partes en hombros de sus súbditos.

Mientras que las princesas y mujeres de la corte se ocupaban en estas faenas sedentarias y en las demás propias de su sexo, los mozos de la comitiva real, tomando sus armas, emprendían la subida de la montaña, y apostaban á cuál treparía con mayor agilidad por la parte más escarpada para ir á cazar del lado opuesto, en las vertientes orientales y en los páramos que las coronaban, los ciervos multicornes, los hermosos pájaros que entonces abundaban en aquellas solitarias faldas, y no pocas veces los leopardos y otros animales monteses que solian arriesgar una salida hasta aquellos alrededores. En este último caso su regreso era una fiesta, pues, avisados los del cercado desde la cumbre de la colina inmediata por la bocina de un cazador, acudían en tropel á recibir á la víctima y á los que la habían rendido, y conduciéndola en hombros, se procedía á la ceremania de quitarle la piel y prepararla para ofrecerla al Zipa, adornada con esmeraldas y alhajuelas de oro.

Cuando la partida no había sido tan ruidosa, y al anochecer volvían ensangrentados con su carga de ciervos ó pájaros sobre las espaldas y la, deponían á los pies de aquellas odaliscas indígenas, éstas los miraban con sonrisa medio estúpida de aprobación, y no rehusaban acariciar las inertes víctimas, cuya carne, especialmente la de venado, sólo podían comer las personas de la familia real; y en seguida comenzaba la operación de arrancar una por una las pintadas plumas de las aves para clasificarlas según sus colores y calidades, y colgarlas al siguiente día bajo los aleros de la casa ó en las ramas de los árboles, para formar después con ellas diferentes adornos.

Íbanse también acopiando en lugares á propósito las guacamayas, (1) loros y otros animales vivos que, en número hasta de doscientos, debían ofrecerse en sacrificio á Bochica y Chia que, según sus mitos, residían en el sol y la luna, para abrir con él en cada período de cuatro años lunares, la época de las siembras; y allí se les enseñaba á estos animales á pronunciar ciertas palabras sagradas de la lengua muisca que debían repetir en aquella ocasión solemne.

Pero había otro gran sacrificio que indica la importancia que estos

(1) Este nombre se usa en América en el género femenino, así como los de *lora, mirla, tomineja*, y otros.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

naturales, más adelantados de lo que generalmente se cree, daban á la agricultura, y era el de ese desgraciado joven que, bajo el nombre de *Guesa*—puerta ó principio de la luna de las siembras—se hacia cada cierto número de años, al comenzar esta época notable. En los días que precedían al regreso de la corte al cercado del Zipa, en Funza, traían á la victima, á quien habían tenido encerrada en el templo del sol y sometida á rigurosos ayunos, hasta la edad de quince años en que era sacrificada, sacándole luégo el corazón: ceremonias todas relacionadas con las leyes que arreglaban el tiempo, las cosechas &c. para llamar hácia ellas la atención del pueblo. El infeliz mancebo era llevado en triunfo, juntamente con el Zipa, hasta el cercado y de allí era sacado lo mismo para el patíbulo.

No lejos de aquel sitio de recreo estaba el baño favorito del Zipa vertiente de aguas minerales que brotaba de entre las rocas, y que, aunque no sulfurosas, ni de elevada temperatura, como las que tenía en los valles de Tabio y de Suba, gozaban entre los indios la fama de ser medicinales. Esa vertiente que, según toda probabilidad, ha disminuído mucho con el tiempo por las mismas causas generales y locales que han aminorado todas las aguas en esta región, á saber, la tala indiscreta de los bosques circunvecinos y la notable aunque lenta depresión de la cordillera, tenía por receptáculo un pozo circular rodeado de árboles frondosos que le daban sombra. (1)

CAPITULO II.

EL ÚLTIMO SACRIFICIO.

"Si tú, Señor, quisieras
Sacrificios, ¿qué cosa
No sacrificaría
Yo por tu amor y gloria?
No quieres holocaustos,
Ni te agrada más hostia
Que un alma atribulada
Y llena de congoja."

[GONZALEZ CARVAJAL—*Salm. L.*]

Allí, en esa mansión, entonces deliciosa y encantada, era donde la bella Gilma, joven de veinte años, en quien habían degenerado los

(1) Aún se ve hoy en la quinta de D. Isidro Espinosa, según opiniones fundadas, esa vertiente pura y cristalina y algunos de esos árboles seculares que el tiempo y los hombres han respetado.

caracteres físicos y morales de su raza, pues tenía la tez algo más blanca que lo común, el cabello más fino, los ojos grandes y lánguidos, los labios rosados y un tanto contraídos, pasaba la estación de recreo entregada á sus pensamientos. Gilma vivia siempre triste y meditabunda. Su mirada no había subido jamás á la altura de otros ojos: siempre se detenía en el pecho de su interlocutor. La boca bien delineada y un poco oblicua le habría dado un aire risueño y burlón, si una ligera arruga que le cruzaba la frente, no hubiese neutralizado este efecto; y eran tan pocas las palabras que hablaba que habrían podido contarse las que pronunciaba en un día.

Una dignidad que era natural en todas sus acciones hacía que desdeñase pintarse con bija la parte del cuerpo que llevaba descubierta, como lo hacían sus compañeras, y solo en las grandes solemnidades adornaba las orejas y garganta con joyas de oro, *jades ó fuches*.

Acostumbraba subir sola, á la hora de *Zasca*—el anochecer—á algunas de las colinas inmediatas para contemplar la caída del sol, espectáculo que sólo admiran las almas grandes y tiernas; y en las espléndidas noches de *Suhuza*—el mes de Enero—solía vérsela como una estátua griega, sentada sobre una gran piedra, á orillas del río Teusaquillo, con las manos cruzadas sobre las rodillas, contemplando la luna, que bañaba su faz en blanca y vaporosa luz. Se hubiera dicho que, como el pastor Endimión, estaba enamorada de éste astro. ¿Qué le decía en esas largas contemplaciones? ¿Qué le preguntaba en tan puros arrobamientos? Nadie habría podido adivinarlo; pero algunas veces las lágrimas que en racimos descendían de sus párpados, como una cascada en miniatura, reflejaban los rayos argentinos que su querida *Chia* le enviaba en medio del silencio de la noche.

Gilma lloraba la ausencia de su hermano que había sido desterrado á Hunza—Tunja—y destinado á permanecer allí en castigo de una falta que Saguanmachica, su padre, había calificado de sediciosa; pero cuyo castigo habían logrado atenuar la intercesión y tiernas lágrimas de Gilma, á quien el Zipa amaba entrañablemente. Así que, la pena grave que debiera habérsele impuesto le fué conmutada en extrañamiento durante veinte lunas (1)

Cuál era esa falta cometida? El corazón extremadamente sensible de Gilma no había podido ver con indiferencia el sacrificio horrible del

(1) Vease el episodio que sobre este mismo asunto publicamos en el *Año Nuevo* de 1849

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

desgraciado *Guesa* (1) consumado poco tiempo antes de la entrada de los españoles á estas regiones, pues aunque ya había presenciado en épocas anteriores la misma sangrienta escena con todas sus repugnantes ceremonias, era entonces casi una niña, y, tal vez por lo mismo, impresionada fuertemente, había conservado en su memoria y en su corazón todo el horror de tan bárbara costumbre.

Era ciertamente un espectáculo horroroso ver á aquel infortunado y hermoso joven atado á un poste que se fijaba en la extremidad de la larga calzada que, por más de media legua, servía de salida al cercado del Zipa, como al de todos los caciques, donde se le ofrecía en sacrificio solemne al sol y á la luna para obtener una cosecha abundante; y ver aquella muchedumbre de indios disfrazados con pieles de osos, tigres y leopardos, cubiertos otros con máscaras, formadas de láminas delgadas de oro, y con largas colas, los cuales venían en mogiganga, repartidos en diferentes cuadrillas, con mucha gritería y risadas estúpidas, bailando y brincando con descompasados movimientos; y que, por último, después de haber tirado todos sus flechas á la víctima, le sacaban el corazón y las entrañas para ofrecerlas al sol en holocausto.

No pudiendo contener Gilma, al presenciar tan bárbaro espectáculo, una noble indignación, extraña, si se quiere, en un muisca, pero hija de una organización delicada, de que no deja de haber ejemplos, aun entre las mismas tribus bozales, hubo de desahogarla candorosamente en el seno de su hermano, afeándole en íntima confidencia aquella ley atroz é inhumana.

Las quejas de Gilma hallaron eco en el corazón no menos sensible de su digno hermano, que juzgaba de la misma manera el cruento sacrificio del Guesa, y su indignación, semejante á la resina que sólo aguarda una leve herida para brotar de la corteza del árbol, estalló con fuerza y aun con manifestaciones tanto más imprudentes cuanto más enérgicas y francas.

En vano Gilma, temerosa de las funestas consecuencias de su imprevisión, le rogó que observase la mayor reserva, porque el incauto joven llegó á expresar muy á las claras, aquel sentimiento noble y generoso que pudiera acarrearle, y en efecto le acarreó, sérias desgracias. No tardó el Zipa en ser sabedor de tan extraña conducta, y, fluctuando entre el amor de padre y el deber de monarca, antes de someter á su hijo al

(1) Nombre que daban al mancebo que debía sacrificarse periódicamente.

juicio que aquella falta exigía, lo reconvino privadamente, interrogándole con suaves palabras acerca del hecho. Mantuvo el mozo con firmeza, aunque con respetuoso acatamiento, la verdad de lo que se le preguntaba, y ratificó en presencia del Zipa con calma y dignidad lo que en un momento de extravío se había escapado imprudentemente de sus labios.

Las leyes eran severas á este respecto y la justicia muisca implacable; pero esas mismas leyes, por un instinto que es común á todos los legisladores, abrían la puerta á la atenuación de los delitos y de las penas; y al fin se halló el modo de conciliar la misma ley y los derechos de la justicia con los fueros de la juventud, de la inocencia y de la sangre misma, y quedó decretada la separación temporal del delincuente al vecino reino.

Pero no menos severas eran las leyes respecto del que indiscretamente revelase este secreto de Estado á un extranjero, es decir, á un individuo de las otras naciones indígenas, ya fuese hecha la revelación por un muisca ó ya por uno de esos mismos extranjeros, pues se reputaba aquel castigo como una mancha que deslustraba la fama de la nación y de la familia reinante, y tal delito era castigado con la muerte.

En los días que habían seguido inmediatamente al último sacrificio del Guesa, que se consumó en Funza, se había celebrado una tregua con la vecina tribu de los panches, que mantenían guerra eterna é implacable con los chibchas, (1) y uno de los comisionados que con este motivo habían venido á la corte de Saguanmachica, joven guerrero y principal, se había prendado de la bella Gilma, á cuya unión tal vez podría aspirar, si se cimentaba la paz de un modo permanente, puesto que ni las mujeres estaban llamadas á reinar entre los chibchas, ni los herederos de la corona eran los hijos, sino los sobrinos, hijos de la hermana del Zipa.

Desdeñado bien á las claras el amor del noble panche, hubo de retirarse éste á su país, no sin el ánimo resuelto de volver algún tiempo después, por ver si su constancia y reiteradas demostraciones lograban vencer la repugnancia de Gilma. Volvió, en efecto, al cabo de quince lunas, tiempo por el cual se aproximaba el fin del destierro de Tilmaquín y su regreso á la patria, circunstancias ambas que ignoraba el pretendiente forastero.

Dos veces había enviado el panche su manta de listas negras

(1) *Chibchas* es el verdadero nombre indígena de los *muiscas*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rojas, acompañada de otros presentes, á la joven á quien adoraba, en señal de matrimonio, según la costumbre entre ellos; pero la manta había sido devuelta por Gilma, lo que significaba unos mudos pero redondos nones. Tanto desvío, unido á la habitual melancolía de Gilma, y á las lágrimas que la había visto verter cuando la sorprendía en alguna de sus largas excursiones hácia el Norte, á donde solía seguirla ocultamente, ó aguardarla escondido entre la maleza, traían desazonado y celoso al desgraciado amante, cuyo despecho se contenía ya difícilmente.

No seguiremos esta historia paso á paso porque ella nos llevaría muy léjos, y sólo queremos que nos sirva como de introducción á esta leyenda, ó más bien para dar una idea general del país, de sus habitantes y costumbres al tiempo en que los españoles lo ocuparon y en que se fundó esta ciudad de Santafé, hoy Bogotá, en la cual pasan la mayor parte de las escenas que vamos á describir. Así, dos páginas más nos bastarán para terminar.

Donde más se relaciona y enlaza este episodio con la entrada de los castellanos en la tierra y posteriores sucesos de la época española, es en la coincidencia de que cuando él tenía lugar ya la expedición de las gentes de Quesada había salido de Santamarta por tierra y por agua y se dirigia al interior; de suerte que pocos meses después del desgraciado acontecimiento que vamos á referir comenzaron á llegar las vagas y alarmantes noticias de que por el Norte aparecían extranjeros de extraña figura que arrojaban rayos y caminaban en cuatro pies, con dos cabezas y larga cola. Y he aquí que las predicciones que veremos más adelante, aplicadas á la tragedia de Gilma y Timalquin, se convirtieron unánimemente á la verdadera y positiva desgracia de la invasión y consiguiente subyugación de su país.

No ha sido, pues, inoportuna esta relación, á la cual hemos puesto el epígrafe de *El último sacrificio*, porque, en efecto, fué el último de esta clase que consumaron los idólatras chibchas, y que abrió la éra de los que habían de comenzar á ejecutar algunos europeos en las aras de la codicia. Este suceso marcaba, pues, los postreros días del imperio muisca y las agonías de su libertad y autonomía.

Tilmaquín tenía ya el permiso para regresar á su patria, por haber expirado el término de su destierro, y Gilma, ansiosa de verle, repetía sus visitas diarias á la colina desde donde se divisaba el camino de Suba, y desde allí intentaba penetrar con ojos de águila los espacios más remotos, como aquel buen padre del Evangelio que aguardaba ver volver al hijo pródigo para correr á abrazarlo.

Una tarde al caer el sol, cuyos rayos casi horizontales evitaba Gilma poniendo una mano extendida sobre la frente, en forma de visera, para hacerse sombra, descubrió á lo lejos á un hombre que venía á todo correr por entre las breñas. El corazón le dijo que era su hermano, y lanzando un grito de gozo y de sorpresa, se precipitó por la escarpada falda como una corza y corrió á su encuentro. Aún brillaba un segmento del disco solar sobre el rojo horizonte, cuando los dos hermanos cayeron en brazos el uno del otro, dando un grito de alegría, y así permanecieron largo espacio.....Era, al fin, el último abrazo que se daban.....El feroz panche había acechado á Gilma, como lo tenía de costumbre, y siguiéndola en su carrera por entre las malezas, había presenciado aquella tierna escena oculto tras de una gran piedra. Sus infundadas sospechas se habían convertido para él en una realidad ilusoria, y, ardiendo en iracundos celos, lanzó á su turno un grito salvaje y disparó con ímpetu certero una larga flecha, que, silbando por el aire, vino á atravesar con un solo golpe dos corazones. Gilma y Tilmaquín espiraron simultáneamente, como dos lindas mariposas que un niño clava en la pared con un mismo alfiler!..... Al despedirse del sol, á quien adoraban, saludaron con el último aliento á su querida Chia, que, hallándose en *Ubchihica* ó plenilunio, asomaba en aquel instante su blanca faz por detras de la cordillera, y una hora después bañaba con sus pálidos rayos los dos cadáveres tendidos sobre la yerba, y todavía extrechamente enlazados!.....

Para completar este informe boceto de las costumbres de los aborígenes, antiguos dueños de la tierra, agregaremos que este suceso, doblemente trágico, si bien había causado profundo dolor y consternación en la corte del Zipa, no había, sin embargo, sorprendido tanto como debiera por que días ántes se recibian en ella anuncios de que alguna desgracia amenazaba á la familia real. Dos garzas blancas habían estado revolando al rededor del cercado, y cada una de ellas llevaba en el pico un pecesillo. Las aguas de la pequeña cascada de *Suhuza*,—que hoy tiene el nombre de *Cascada de la Ninfa*, y se forma en las vertientes occidentales de la cordillera,—se habían enturbiado repentinamente en medio del tiempo más bello y despejado. Y la misteriosa laguna de Ebaque (Ubaque), de ordinario callada y tranquila, se agitaba y mugia sorda y prolongadamente hácia la hora de *Suameca* (prima noche). Todos estos siniestros anuncios podían interpretarse de diferentes maneras: bien como signo de la proximidad de las lluvias, lo que era un motivo de regocijo para todos, ó bien como el augurio funesto de una desgracia pública.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Después de la muerte de los dos hermanos la interpretación había sido fácil: Gilma tenía una particular predilección por aquellos habitantes de las lagunas, aves pacíficas y tristes, cuyo plumaje, más blanco que la nieve, tenía á sus ojos un encanto indefinible. Por desgracia, ó mas bien por fortuna, era prohibido matarlas y hacer uso de sus plumas para los adornos; de donde venía que una pluma blanca de cualquiera otra ave era de grande estima, como cosa rara. La otra predicción fatídica también tuvo su explicación entre ellos: la bella princesa en sus largos paseos solitarios, durante la mansión de recreo en Teusaquillo, solía prolongar sus excursiones hasta el pie de aquella cascada, y allí, cruzada sobre el hombro su fina manta de algodón, de listas coloradas, se entregaba á misteriosas contemplaciones, y no salía de ellas sino cuando un frío intenso la advertía de que sus cabellos y sus pies estaban empapados por el agua que en mil chispas y blancas espumas saltaba sobre ella al caer desde una considerable altura.

Pero ya hemos visto cuál fué la interpretación definitiva que de estas señales dieron los augures, á saber: la invasión de su país por gentes extranjeras.

CAPITULO III.

LA NUEVA CIUDAD.

> "Unos son muertos, y éstos son los más; otros están en España, que con lo que acá ubieron se han ido á sus tierras donde viven; otros se han ido en tiempos pasados á otras partes de Indias; otros que se quedaron en este Reyno, de ellos son también muertos de treinta años á esta parte; de manera que cuando esta relación se escribe hay sólo vivos cincuenta y tres."
>
> *Relación del adelantado D. Gonzalo Jiménez de Quesado.*

Dejemos á Gilma en su tumba, en la cual sepultaron con ella todas sus joyas y adornos, entre ellos las ricas esmeraldas que del gran mercado que se hacía cada tres días en Turmequé, solía traerle Tilmaquín á su regreso de éste, las cuales le hallaron envueltas y atadas en una punta de la manta.

La prematura desaparición de aquellas almas templadas para más altos destinos en esta vida y en la otra, llenó de duelo y consternación á la corte y al pueblo. Al dejar á las dos víctimas en su tumba subterránea exhalamos nosotros también un suspiro, pensando en su suerte futura..... Oh! pero Dios es grande y misericordioso, y sabemos que las almas puras cuya ignorancia acerca de las verdades de la fe ha sido invencible, pueden salvarse!.....

Dejemos también al gran Quesada, la figura más conspícua de la conquista, dormir en la Catedral de Bogotá, y al pasar por delante de su cota de malla y de su tosca espuela, que solemos ver eu el cabildo de esta ciudad cada año el 6 de Agosto, (1) inclinémonos respetuosos; así como lo hacemos al pronunciar el nombre del venerable fray Domingo de las Casas, el ilustre dominicano, protector de los indios. Pero si pasamos el mismo día por delante del *Cristo de la conquista*, ó nos detenemos para mostrar á nuestros hijos los burdos y raídos ornamentos y el cáliz de plomo con que se celebró por primera vez en ese mismo sitio el tremendo sacrificio, recitando el Evangelio de la *Transfiguración*, no rehusemos doblar una rodilla.

Hablábamos del licenciado Capitán Quesada. ¡Cuántas cosas no han pasado desde entonces en esta tierra que él conquistó sin ser militar! ! Cuántas peripecias y transformaciones durante su largo sueño de tres siglos! No se habría él figurado ciertamente que aquel mismo sitio encantador, á cuyas inmediaciones fundaba la metrópoli de estas comarcas, había de ser no muy tarde, antes de trescientos años, la habitación de otro grande hombre que tanto había de contribuír á la destrucción del poder español en América; que ese sitio, hoy la *Quinta de Bolívar*, había de ser el centro y foco desde donde se imprimiera movimiento á la regeneración del continente y se dirigiera la gran máquina de la gloriosa Colombia, pues que allí, en rededor de ese hombre extraordinario se había de reunir todo lo grande que hasta entonces hubiera producido esta tierra en la milicia, en el foro, en la política y en la diplomacia; esos hombres que habían de brotar súbitamente del seno de la gran revolución, como los fragmentos de un aerólito que estalla en la atmósfera; planetas de ese sol destinado á alumbrar la tierra de Colón desde las bocas del Orinoco hasta las del Mira, y desde la Sierra Nevada de Santamarta hasta el Chimborazo!

---

(1) Hoy están en el Museo nacional.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Pero es ya tiempo de asistir á la fundación de la nueva ciudad. Acordada ésta en el punto de que hemos hablado, por haber reunido en su favor el mayor número de votos de los comisionados exploradores que envió Quesada, y tomada posesión oficial de la tierra en nombre de Dios y del Emperador Carlos V el día 6 de Agosto del año de 1538, con todas las ceremonias que nos han dejado descritas los cronistas é historiadores, se construyeron doce casas y una capilla ó enramada pajizas, en honor de aquellos doce grandes conquistadores y misioneros que se llamaron los Apóstoles, los cuales se diseminaron por el mundo para conquistarlo con el Evangelio y con la Cruz; y, extendida por el escribano del ejército, sin contradicción, el acta de posesión del futuro reino, se le puso el nombre de Nuevo Reino de Granada por su semejanza con la patria de Quesada, que era granadino, y á la ciudad el de Santafé por igual circunstancia, respecto de su situación, con la que los Reyes católicos Fernando é Isabel construyeron con el mismo nombre frente á la de Granada, en España, en la última época de la guerra con los moros.

Durante una década, por lo menos, la recien nacida ciudad no debió de pasar de la categoría de una humilde aldea, que, sin embargo, tenía desde el principio su cabildo y regidores, en fuerza de los antiguos y arraigados hábitos de los castellanos, que reclamaban siempre y donde quiera sus fueros y privilegios municipales, aun bajo la presión del régimen exclusivamente militar, tan necesario en ciertas circunstancias. Pero poco á poco la fama de la riqueza de este país, de su belleza extremada, de su excelente y agradable clima, de su fertilidad asombrosa; esta fama, decimos, volando en alas de los que regresaban á España, y acrecentada y exajerada por la propensión á lo maravilloso y por el carácter español naturalmente inclinado á la ponderación; esta fama que iba dejando una estela luminosa por donde quiera que pasaba, fué preparando una inmigración abundante de gentes, aventureras unas, necesitadas otras, y no pocas de exaltada imaginación y de genio emprendedor y caballeresco. El hecho es que nadie dudaba en la Península que los alcázares de los muiscas estaban literalmente cubiersos de oro: especie á que dió lugar el haber hallado los conquistadores que los indios colgaban en las paredes interiores de sus casas los instrumentos y adornos que fabricaban con este metal, á falta del hierro que no conocían, y el cual habrían preferido á aquel otro para los utensilios de labranza y de cocina.

Así fué que, promediando el siglo XVI, y sobretodo, á fines de él,

ya la naciente colonia dejaba las mantillas, y aparecía fuerte, extendida y de considerable población. Sin más plano, probablemente, ni más dirección que el instinto de la simetría y regularidad, se iban levantando, como por encanto, casas de paredes sólidas, templos y edificios públicos, con los cuales se formaban calles bastantemente rectas, aunque no muy anchas; de suerte que antes de terminar el siglo, el aspecto de la ciudad era sorprendente y su población no poco numerosa, como que se extendía por el Norte hasta Las Nieves y por el Sur hasta la recien fundada parroquia de Santa Bárbara (1585).

Prosperaba visiblemente la incipiente ciudad y las obras públicas tomaban incremento. Aun de las comarcas ya conquistadas venían gran número de gentes á avecindarse en Santafé, atraídas por la fama de su exelente clima, como hemos dicho, de su fertilidad y abundancia y de la índole mansa, apacible y hospitalaria de sus moradores, la mayor parte de orígen castellano y andaluz.

Hay quien sostenga que las colonias españolas en América fueron pobladas exclusivamente por aventureros sin nombre, sin fortuna, sin educación ni pocisión social; gentes de la hez de la sociedad europea, que, impulsadas por la codicia, y buscando una fortuna que no tenían, ni habrían hallado, en su país natal, se lanzaban al través del océano, desafiando toda suerte de peligros, ó que, cargadas tal vez de crímenes, eran expatriadas, forzosa ó voluntariamente, y venían á ocultar su vergüenza y á expiar sus delitos á una región lejana, llena por otra parte de ilusiones para el espíritu medio caballeresco, de que todavía quedaban mal curados rezagos en la vieja Europa.

Piensan otros, por el contrario, y tal vez con mejor conocimiento de la historia, que, sin dejar de haber mucha exactitud en esta creencia, el viento de la emigración traía también á las playas que había descubierto el gran Colón, no pocas gentes de lo que entonces se llamaba ilustre cuna y alta prosapia, hidalgos honrados que conservaban sin mancha el nombre de sus abuelos, y que, gozando de alguna fortuna en su patria, sólo abandonaban una y otra por ceder á aquel espíritu de empresa que caracterizaba la época, y á impulsos de ese furor de los viajes á países lejanos y de las aventuras misteriosas, ó tal vez llevados del ardor de una imaginación poética que resvestia estos mundos desconocidos de formas seductoras y románticas. Tanpoco es inverosímil suponer,—ni sería digno de censura,—que esos mismos hombres honrados se propusiesen improvisar una fortuna, ó aumentar la suya, en estas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

regiones americanas donde, al decir de los primeros soldados de la conquista, el oro y las piedras preciosas se encontraban á cada paso.

Ni es menos probable que muchos de esos sujetos principales abrigasen la ambición, no vituperable por cierto, de adquirir un nombre en la carrera de las armas ó una posición brillante en la de los empleos públicos, cosas ambas á que la raza española ha dado, y da todavía, grande importancia en todos tiempos y países, y de que somos nosotros los americanos un testimenio vivo y perenne.

Y aunque se pudiera con la historia en la mano y con la autoridad de las crónicas contemporáneas individualizar muchos casos y traer numerosos ejemplos de esta verdad, sólo recordaremos, por vía de muestras, que el Capitán Gonzalo Suárez Rendón que militó con Quesada, así como algún otro de los conquistadores, eran ya oficiales de graduación en la famosa batallada de Pavía, en que se hallaron, y quizá les cupo el honor de guardar la persona del Rey Francisco I, prisionero en aquella gloriosa jornada. (1) Debe tenerse presente que en España, y en aquella época, no era fácil cosa alcanzar un alto grado en la milicia. Dígalo si nó, el inmortal Cervantes que, con todo su arrojado valor, su talento y su limpia genealogía, y á pesar de sus grandes merecimientos, adquiridos por heróicas proezas en diferentes combates por mar y por tierra, en que quedó mutilado y últimamente cautivo de los moros en Argel, no pudo pasar de soldado raso durante siete años que permaneció en la carrera bajo las órdenes de Don Juan de Austria. Además, el mismo Cervantes solicitó un destino en Santafé, y se le pospuso á otros que sin duda trendrían más méritos que él, ó por lo menos iguales.

Testimonio también de lo que decimos es la expedición de Nicuesa, compuesta en gran parte de personas notables y consideradas en su país, así como su Jefe.

Sea de esto lo que fuere, á nosotros, simples narradores de episodios tomados de nuestras antiguas crónicas, parte históricos y parte adornados con la ficción, no nos cumple entrar á fijar el pro ó el contra para dar la razón á los unos ó á los otros; ni mucho menos tomar parte en la enojosa discusión de sí la nobleza de sangre es una quimera, ó si en realidad hay algo en la naturaleza y organización de las razas que establece ciertas diferencias fisiológicas, sí puede decirse, que se notan en

(1) No ha muchos años que existían en el parque de Bogotá algunas de las piezas de artillería hechas prisioneras en la batalla de Pavía juntamente con el Rey de Francia, Francisco I. ¿Qué se han hecho esas preciosas reliquias? Nadie se atreve á responder.

los hombres como en los animales, y que son armónicas con el carácter moral y con las facultades intelectuales de las mismas razas, sin negar por esto la unidad de orígen en todas ellas.

Limitándonos, pues, á usar el lenguaje de las crónicas y tradiciones de los siglos pasados,—porque la amalgama de las costumbres antiguas con las ideas nuevas sería disonante y contradictoria,—diremos que entre los sujetos distinguidos que dejaron la Península hácia el fin de aquel siglo en que tuvo lugar la conquista y colonización de la Nueva Granada, y que habían venido á establecerse en Santafé, se hallaba D. Alvaro Sánchez de Yebra, nacido en Madrid de padres que habían heredado ejecutorias, blasones y no pocos bienes de fortuna, lo que, unido á sus extensas relaciones en la corte, los hacía personas de influjo y valimiento en el campo de los empeños, y aun de las intrigas palaciegas.

A este influjo debió D. Alvaro el nombramiento para un empleo en rentas en el Nuevo Reino, á cuya capital se trasladó, trayendo consigo el equipaje de un elegante de aquel tiempo y de aquella corte, y un amigo inseparable y fiel, llamado don Juan de Guevara, cuyo hermano don Fernando se hallaba de antemano establecido en este país.

Era D. Alvaro un mozo hasta de treinta años, gallardo y apuesto, esforzado de cuerpo y alma, galante, afable y cortés hasta rayar en ceremonioso, al par que susceptible y lleno de orgullo: así que, lo mismo bajaba hasta los pies el sombrero para corresponder un saludo, como requería el puño de acero de su espada á la menor vislumbre de desacato; y tan listo estaba para abrazar á un amigo como para retar á un extraño que le ofendiese en lo mínimo. Generoso hasta tocar en el despilfarro, fogoso y ardiente en sus pasiones, de ánimo levantado y clara inteligencia, D. Alvaro era uno de esos hombres que fascinan á todos sus inferiores, ejerciendo sobre ellos una influencia que entonces se llamaría mágica, y que hoy diríamos magnética.

Esa largueza y despilfarro de D. Alvaro había sido una de las causas que, entre otras, habían determinado á su familia á solicitar su traslación á América, pues que en pocos años había derrochado gran parte de su fortuna; pero el simulado destierro no había sido parte á modificar su natural carácter rumboso y desinteresado; antes bien con el aliciente de una nueva fortuna y futura posición que en cualquier evento pudiera proporcionarse en América, y, léjos de la vigilancia y consejos de los suyos, antes que enmendarse de este defecto, daba muestras de perseverar en él con creces, pues que se le había avivado cierta incli-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nación al juego, que con cautela procuraba ocultar, ya por su posición oficial, y ya por temor de la severidad que entonces mostraban los mandatarios para perseguir y atajar esta peste de la sociedad, tan universal en tiempos y lugares.

Tan peligrosa propensión, como lo verá el lector al terminar esta historia, si su benévola paciencia nos acompaña hasta allá, vino á coadyuvar indirectamente al desenlace de ella, y á ocasionar la desgracia de varias personas, por diferentes caminos.

CAPÍTULO IV.

NO HAY BURLAS CON EL AMOR.

"El Rey se sale de misa
De Santa María la Blanca:
Don Álvaro el Condestable
Por allí cerca le aguarda.
Díjole el Rey en llegando
Con enojo estas palabras:
—Partíos de aquí, Condestable,
Que por vos me desacatan."

Romances de D. Álvaro de Luna.

Desde que tomó posesión de su destino, asistía D. Álvaro diariamente á su oficina. En aquel tiempo se abrían éstas á las ocho, y se cerraban á la hora en que se abren en estos venturosos que corremos. En el tránsito desde su casa, situada en la extremidad de la calle de *la Carrera*, y contigua á las Cajas Reales, hasta la plaza mayor, había tenido ocasión de ver algunas veces á cierto sujeto que, de regreso de la misa de siete de la Catedral, á que asistía todos los días, se dirigía á su casa situada en la misma carrera, á trescientos pasos de la de D. Álvaro é iba siempre acompañado de sus dos hijas y una dueña ó doncella, que en aquel tiempo, y en las circunstancias especiales de este sujeto, era un mueble necesario y apéndice muy importante de la familia.

Pero no era solamente este personaje, ya entrando edad y de ceño adusto, quien había llamado la atención de Sánchez: era también el porte airoso y distinguido de sus compañeras. Las anchas mantillas de seda con blondas, en que iban rebujados los rostros de las dos jóvenes, no le habían impedido distinguir en uno de aquellos momentos que tan

oportuna como instintivamente saben aprovechar las mujeres, aun las más recatadas, las facciones perfectas y la suavidad y frescura del cutis de una de ellas; y alguna vez que sus negros ojos se habían levantado del suelo con disimulo al pasar por cerca de D. Alvaro, había sorprendido éste una mirada rápida y deslumbrante como el relámpago, indicio inequívoco de una alma tierna y apasionada, en crisálida todavía, pero pronta á sacudir las alas para volar en el espacio en busca de la ansiada libertad, ó de otra alma de quien quedar cautiva, como la mariposilla que, al dejar el capullo, se lanza incauta y da vueltas al rededor de las flores ó de la llama que al fin ha de consumirla. No sucedía lo mismo con la otra tapada, la cual procuraba ocultar su rostro, como huyendo de las miradas de los transeuntes.

Bien sabía D. Alvaro quiénes eran estas palomas que volvían á su nido, y quién era el padre adusto que no las desamparaba, manteniéndolas, ademas, en estrecha clausura. Tampoco se le ocultaban á éste el nombre, calidad, carácter, condición y demas circunstancias del de Yebra, que, al fin, en una ciudad corta las gentes principales no podían dejar de conocerse, aunque fuese sólo de vista y fama.

Hacía muchos años que había venido de Extremadura D. Pedro de Urrego, de origen portugués, y, adquirida en este Reino cierta fortuna en el comercio de mercaderías de Castilla que trajo en coyuntura muy propicia, casó con una dama principal de esta ciudad, de la cual tuvo dos hijas, D.ª Irene y D.ª Constanza, y á pocos años de su matrimonio enviudó.

El cielo había favorecido á esta última con una belleza extremada y con ese aire noble y gentil que, siendo indescribible, ha hecho inventar en estos tiempos modernos el epíteto de *distinguido*, para sustituírlo sin duda al de *aritocrático*, que es un tanto apasionado y antipático á las mayorías; y también había sido pródigo con ella en esas dotes del espíritu que tanto realzan la belleza física. Pudiera decirse que Constanza era una mujer casi perfecta: lo que la faltaba de educación intelectual, le sobraba de inocencia, candor y natural talento pues, si en aquella época de atraso relativo en la Colonia no les enseñaban á las mujeres algunas cosas cuya ignorancia sería imperdonable en este siglo, tampoco se les enseñaban otras que, á vueltas de ilustración, les hacen mas daño que beneficio; ni leían novelas corruptoras, ni asistían á dramas horripilantes.

Pero si Constanza era bella, no así Irene, con quien la naturaleza

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

se mostró tan avara como pródiga anduvo con su hermana. Era cuatro años mayor que Constanza, que en la época de que hablamos acababa de cumplir los veinte. Sus facciones nada tenían de bellas ni regulares, y á esta desgracia, si lo es, se unia la de haber sufrido las consecuencias de la terrible epidemia de la viruela que algun tiempo ántes había afligido á la población, causando en ésta, y pricipalmente en la raza indígena, funestos estragos.

Era familia reputada como una de las principales de la ciudad, más que por su linaje por sus virtudes y recato ejemplar, y vivía, como se ha dicho, en la calle que hoy se llama todavía de *la Carrera*, nombre que se le había dado porque era la destinada á lucir por las tardes el brío y hermosura de los caballos y la gracia y gallardía de los jinetes que los montaban. Esa calle era el teatro de las corridas y apuestas y de los tratos y cambios que hacían los mozos elegantes, y aun los hombres entrados ya en años, que los había muy aficionados á la equitación.

Dícese que cierto Capitán, de edad muy avanzada, despedía su arrogante caballo de raza cordobesa, y en mitad de la carrera echaba pié á tierra y volvía á montar, con la agilidad de un joven, repitiendo esta prueba de destreza tres ó cuatro veces en una sola corrida. Otro jinete que iba como un relámpago, recogía del suelo una espada; y en ocasiones dos ó más caballeros salían despedidos de un extremo de la calle para encontrarse con otros tantos que salian del extremo opuesto para cruzarse en el centro, con grave riesgo de romperse por lo ménos una pierna, —que no habría sido poca fortuna, pues en camino estaban de romperse hasta la crisma, si alguno de los caballos se desviaba una pulgada.—En estos casos la gala consistía en que los grandes estribos de plata, al rozarse unos con otros, hiciesen gran ruído.

En los domingos y otros días de huelga, el pueblo se reunía en aquella calle, que por lo visto no estaba entónces empedrada, para ver ejercitar los caballos en el salto por sobre una cuerda que tenían por los extremos dos pajes ó dos de los mismos caballeros, ó bien ensartar la sortija suspendida de un palo con cintas de diversos colores, sobre lo cual había apuestas más ó ménos ruidosas en que solían tomar parte los espectadores.

Esto sin contar con las justas que en las ocasiones solemnes se hacian en toda regla y en liza cerrada, en las cuales los Capitanes y demás caballeros principales, como lo veremos más adelante, rompian cañas, y se rompían algunas veces las cabezas ó se aporreaban muy á su sabor, que todo entraba en la diversión.

Irene y Constanza vivían poco ménos que monjas, retiradas del mundo, no tal vez por su propia inclinación y deseo, ni por la falta de esas buenas disposiciones tan naturales en su edad, sino porque la aspereza y genio extravagante del rancio chapetón, su padre, las tenía condenadas á tan duro encierro, privando así á la ya culta sociedad santafereña de su más bello adorno. Ni el viejo, celoso en demasía, toleraba otros tratos ni visitas diarias que las que le hacían sus parroquianos en su tienda de la primera Calle Real para proveerse en ella de las ricas telas de seda y lana, las cintas, encajes y batistas que con gran profusión usaban entonces, tanto los hombres como las mujeres; ni consentía en su casa más libros ni papeles que los Cotidianos en que rezaban las niñas y alguna docena de volúmenes, por la mayor parte piadosos, aforrados en pergamino, de los que entonces se usaban, item más el mal cuaderno de apuntamientos que en papel florete y con forro de badana, llevaba para asentar las ventas y negocios diarios; ni tampoco las muchachas, tímidas y asustadizas, se atrevían á proponerle algún desahogo y soltura que las aliviase de aquella presión fatigosa, fuera del paseo que por pascuas ó carnaval solían hacer á las orillas del Fucha ó al Boquerón para pasar un día de campo en compañía de su padre.

Por algún cumpleaños ú otro día solemne que, según el estilo de aquellos tiempos, sacaban de su casa aun á las gentes más urañas, solían hacer ó recibir visitas de parabién ó de ceremonia entre contadas personas: algun empleado superior, una matrona respetable, una viuda monumental, cuyo difunto marido habia sido amigo y compatriota de D. Pedro, el prior de algún convento &c. Y aun entónces á la visita que se hacia ó se recibía con la consabida introducción de "Dios sea en esta casa," ó *Deo gratias*, si era eclesiástico, asistía la familia entera, inclusas muchas veces las criadas, por la mayor parte indias medio civilizadas, que se quedaban á una distancia respetuosa, sentadas debajo de alguna mesa, ó en un apartado rincón: personajes mudos en la escena, que sólo iban á servir de testigos actuarios. Y era que al abandonar la familia sus lares se cerraba con llave el portón, y sólo quedaban dentro el mastín que guardaba la casa, el gato y los demás animales, que formaban como un apéndice de la familia.

Sin embargo, ni los estatutos domésticos de D. Pedro, ni su rígido sistema habrían podido resistir al influjo y á la intriga de D. Alvaro, si éste, fuertemente impresionado ya de la belleza de Constanza, y picado por el estímulo mismo del misterio y reserva, se hubiese propuesto en-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tablar devaneos y requerir de amores á la hermosa cuyo recuerdo le hacía ya suspender por momentos el trabajo en su oficina, para meditar abstraído en lo que él mismo no podía explicarse, pues nunca lo había sentido.

¡Cuántas veces, dejando la pluma en el enorme tintero de plata, se acercaba al balcón que daba sobre la plaza, y al dirigir la vista hacia la Catedral, involuntariamente venía á su memoria el recuerdo de aquella cantilena de Jorge Manrique, que con tanta frecuencia cantaba en su país, si bien de burlas, acompañándose con la vihuela :

¡Qué gran mal ¡ay! me ficieron
Mis ojos, y qué traicion!
Por una vista que os vieron
Vendieron mi corazón!

Pues traición tan conocida
Mis ojos querían hacer,
Vendieran mi triste vida
Y hubiera de ello placer ;

Mas el mal que cometieron
No tiene, no, excusación,
Por una vista que os vieron
Vendieron mi corazón !

Sin el respeto que le inspiraba el mismo objeto de su naciente pasión, en lo cual conocía que era un amor puro y verdadero, este nuevo Juan de Marana hubiera atropellado por todo, sólo por el placer de hacer una conquista platónica, pues gustaba de trastornar aquello mismo en que hallaba mayores dificultades, y su carácter un tanto presuntuoso le inducía á obtener el triunfo por donde quiera y á vencer toda resistencia.

Muchas veces con pretextos varios había entrado á la tienda del mercader, prodigandole atenciones y buenas palabras ; pero sólo había hallado en él aquella fria ceremonia y parca cortesía á que está obligado el que tiene que recibir á todo el mundo. Ni una palabra más ni menos de las necesarias para concluir el asunto que traía D. Alvaro, ni un " viva usted mil años " que á nadie se le niega en ciertos casos.

No faltaban por aquella época en Santafé algunas doncellas llenas de gracias y atractivos, y no es dudoso que algunas de ellas se disputasen en secreto la gloria de conquistar el corazón de D. Alvaro, que era sin duda, uno de los mejores partidos de su tiempo. ¿Pero qué mérito habría hallado éste en llevarse lo que estaba al alcance de muchos? Su genio le impelia siempre á lidiar por lo imposible ; y tal vez esta idea dominante en él, así como el desvío que bien á las claras manifestaba D. Pedro, más que la belleza y encantos de Constanza, hicieron que lo que en un principio miró él mismo como un pasatiempo ó capricho, se convirtiese más tarde en una pasión acendrada.

En las primeras noches de su naciente aficion rondaba de incógnito la calle, acompañado de su amigo D. Juan, insigne punteador de vihuela, cuya voz agradable daba mucho realce á las canciones de su tiempo que había aprendido en Málaga y Sevilla ; pero en vano trasnochaban los trovadores, con peligro de ser requeridos por la ronda, pues los dormitorios de D. Pedro y su familia estaban en la parte interior de la casa, desde donde nada se percibía de lo que pasaba en la calle ; y así no tenían más auditorio que los habitantes de las tiendas, y tal vez los de las vecinas casas, y uno que otro tuno que se paraba en las esquinas, sin derrotero ni programa determinado, y cubierta media cara con el ferreruelo. Pero al fin, persuadido nuestro galán de la inutilidad de sus rondas y paseos nocturnos, varió de rumbo.

Por la mañana era infalible en su puesto, á la hora de costumbre, paseándose á lo largo de lo que después fué convento de los jesuitas, hasta que se repetía la escena del día anterior, y con esto se daba por satisfecho, miéntras que la fortuua le deparase propicia mejor ocasión. Por la tarde enjaezaba uno de sus potros y, haciendo alarde de su destreza en la equitación, pasaba y repasaba por aquella misma calle, llamando la atención general, no sólo por su gallardía, sino también por los macizos estribos de plata y por el ronzal de seda carmesí con que sujetaba el bridón.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPÍTULO V.

CONTRARIEDADES Y DUDAS.

"Que él me ama no lo dudo ;
Y si mi amor él supiera,
De mi esclavitud pudiera
Romper el odioso nudo.

Y pues mis padres me dan
Un marido que no quiero,
Morir mil veces prefiero
A casarme con Don Juan."

El amor de la mujer, Comedia anómina.

Poco más de un mes haria que andaba D. Alvaro en estos devaneos, y tantas mal disimuladas demostraciones habian hecho concebir sospechas á nuestro celoso extremeño, no ménos que á la dueña, aunque uno y otro guardaban sobre ello prudente silencio, cuando la suerte vino á multiplicar las ocasiones, en el uno de apretar el asedio y dar rienda y pábulo á su capricho, y en el otro de afirmar las sospechas y recelos que le traian inquieto.

Llegó el santo tiempo de cuaresma que proporcionó al de Yebra la oportunidad de ver con frecuencia á Costanza en las ferias que en diferentes templos se hacian, y á donde D. Pedro, á fuer de cristiano viejo y de católico rancio, no dejaba de asistir, convoyando siempre á sus tres compañeras. Jamás se había manifestado Sánchez tan solícito en oír la palabra divina: él era el primero que se presentaba en el templo á la hora del sermón, y ya se le veía debajo del púlpito, ya recostado contra uno de los pilares, ya, en fin, ocupando alguno de los asientos destinados en la nave central para las personas caracterizadas.

Desde luego que las costumbres decorosas y verdaderamente cristianas de aquellos tiempos no consentían que los jóvenes, aun los más osados, formasen en hileras ó en corros á las puertas de los templos para ver entrar y salir á las damas, y aun dentro de ellos para pasarles revista, con desenfado, cosa que entonces habría sido reputada generalmente,—y lo es hoy día por las personas cultas—no sólo como un abuso y profanación en el lugar sagrado, sino también como una acción propia sólo

de gente grosera. ¿Era que entónces no había libertad? No! En todos tiempos la ha habido para que cada cual sea tan descortés como quiera: era que la sanción pública tenia tanta eficacia y las ideas de cortesanía y respeto por los usos sociales contribuían de tal manera á formar las costumbres, que bastaban ellas solas para evitar ó para corregir esos y otros muchos abusos que hoy son moneda corriente, aunque no de recibo entre la gente que se precia de fina.

D. Alvaro, á pesar de su ligereza, no habría llegado hasta el punto de dar un escándalo semejante que, además, disonaría con su carácter y posición oficial. Pero colocado sí en lugar desde donde, sin ser notado, y con el mayor disimulo y compostura, pudiera dirigir una que otra mirada furtiva y rápida á la bella y piadosa joven, tenía el oído atento al predicador, y, sin dejar de hacerse cargo de sus palabras, sus grandes ojos negros solían clavarse un momento en el sitio donde se hallaba el misterioso centro de atracción.

En la cátedra sagrada resonaban las palabras de penitencia y las amonestaciones de enmienda; pero él mismo conocia que no podía tenerla del pecado que estaba cometiendo, al dividir, aunque honestamente, su atención entre la palabra divina y la criatura humana, que, puesto que celestial y angélica, era, al fin, una criatura. Algunas veces se preguntaba á sí mismo: ¿es pecado amar á los ángeles? Pero, desechando esas ideas, volvía la atención á las palabras del orador sagrado.

La devoción sencilla de Constanza le causaba envidia, y en ciertos momentos fugitivos de unción y recogimiento, en que la luz opaca del templo, las sublimes notas del Miserere, que antes y despues del sermón se cantaba en el coro, y la voz grave y persuasiva del saserdote corrian un velo entre el pecador y el mundo, habría deseado D. Alvaro ser tan puro como ella para hacerse digno de su amor. Esta pasión, cuando es noble y honrada, obra trasformaciones singulares, aunque á veces pasajeras, por desgracia.

No se ocultaba á la tierna Constanza la amorosa inquietud del caballero, y tal vez una indiscreta curiosidad que la llevaba, á pesar suyo, á observar los efectos que su hermosura causaba en él, y seguir paso á paso, y por un secreto instinto, el curso de su conquista, fué una red en que, sin advertirlo, quedó envuelta su alma, y de la cual nunca más pudo librarse. Su corazón, hasta entonces siempre tranquilo, no conocía otros movimientos que los dulces y acompasados de una circulación regular, no alterada ni aun por el ejercicio corporal de minuetos, folías,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

chaconas y otros bailes de la época, en que lucian las damas españolas y santafereñas el breve pie y airoso talle que caracterizan su raza, pues aquella fruta no había llegado á entrar hasta entonces en casa de D. Pedro.

Pero todo era poner el pie en el umbral de la puerta del templo cuando una secreta esperanza, de que ella misma no quería darse cuenta, hacía latir su corazón con fuerza desconocida. Encendíasele el rostro en ocasiones al pasar por su memoria algún fugaz recuerdo, ó bien poníase pálida como un jazmín, al entrar en la iglesia, ó al sentir en la calle el ruído creciente de las herraduras de un caballo que pasaba no muy precipitado. ¡Cuántos efectos contrarios suele producir una misma causa!

Ni podía ya contraer la atención al rezo cotidiano, del cual se distraía con frecuencia, ni tenía sosiego en casa, donde las pocas haciendas femeniles y la corta labor que antes la entretenía, le dejaban tiempo sobrado para entregarse á sus pensamientos, evocar recuerdos y pasar revista á las impresiones de la mañana, que venían mezcladas con el examen de conciencia que hacía por la noche.

Con esto queda diho que la noble doncella correspondía, sin saberlo, á la pasión del mudo galán y que, por su parte, ponía en el plato de la balanza un peso igual, si no mayor, al que en el otro había puesto D. Alvaro, el cual, aunque tarde, conocía por experiencia que "no hay burlas con el amor."

Con los de nuestra historia crecían las sospechas y zozobras de D. Pedro. Bien hubiera querido éste fomentarlos por su parte con la esperanza, aunque remota, de un enlace hasta cierto punto ventajoso para su hija, pues, como padre, no habría dejado de confiar en que los atractivos de ésta, al par que su virtud y buen carácter, cautivarían de firme al instable D. Alvaro, fijando su corazón y modificando su índole disipada, como suele hacerlo en ocasiones el matrimonio; pero el ambicioso extremeño, como buen mercader, no veia las cosas sino por el lado del interés, ó, como ahora se dice, de lo positivo, prefiriendo á todo un buen negocio, en el lenguaje de la profesión. La nobleza de D. Alvaro y la fortuna que debía heredar de sus padres habrían podido satisfacerle; pero el presunto heredero era tenido por un calavera botarate, y el machucho D. Pedro temía que con su propia fortuna dilapidase tambien la de su hija, que él había allegado á costa de muchos años de trabajo, de afanes y economías.

Era el caso que un D. Jerónimo de Oviedo, sujeto principal, avecindado en Santafe, á quien su buena suerte había deparado un cuantioso caudal, quizá el más grueso y saneado de todo el Reino, había insinuado á don Pedro, de quien era amigo, su deseo de casarse, aunque algo entrado ya en años, y explicádose lo suficiente acerca de su proyecto para que aquel coligiese que se trataba de su hija menor.

No dejaba de halagar á Urrego la perspectiva de este matrimonio. Como hombre de rancias preocupaciones acerca de la igualdad de linaje, tanto le habría convenido el uno como el otro de los dos partidos, si era que D. Alvaro pensaba sériamente en ello, cosa de que no tenía motivos para persuadirse, vista la condición del tronera; pero por lo demás, el juicio y aplomo de la edad, la índole mansa de Oviedo, su consagración al trabajo y su honradez á toda prueba, eran garantías que no le habría dado el otro de que la dote de su hija se mantendría por lo menos intacta, ya que no aumentara con las gananciales que le daría un buen empleo del dinero y acertada dirección de los negocios.

De un lado lisonjeaban su vanidad el influjo y relaciones de la familia de D. Alvaro en España; más del otro aguijoneaba su codicia la saneada fortuna de D. Jerónimo, mucho más positiva que el incierto porvenir de aquél. Y quién sabe si no estaba de por medio también un motivo más noble y justo: el deseo de ver asegurada la paz doméstica para él y para su hija, como primer elemento de verdadera felicidad!

El hecho es que el calculista D. Pedro había acogido bien la idea, allá para sus adentros, y sin decir nada que pudiese comprometerle, favorecía en secreto el proyecto del pretendiente adinerado. Sin embargo, como padre prudente y hombre de experiencia (que en todo llega á serlo el calculista), sin soltar como se ha dicho, prenda alguna, no quería fomentar su esperanza hasta no conseguir por medios ocultos que el calavera D. Alvaro se ausentase de la tierra separado de su empleo con destino á alguno otro en Méjico, Perú ó Guatemala, ó siquiera en otro punto lejos de Santafe, cosa no muy difícil en aquellos tiempos de trasiego y continuos cambios de empleados. Y con razón temía que, mientras permaneciese en esta ciudad, el matrimonio proyectado había de ser infeliz, ya porque la pasión amorosa del joven se enardeciera y, valido éste de la mayor libertad de que gozaría Constanza ya casada, lo llevara á cometer un desaguisado, ya porque él y su familia vendrían á ser tal vez víctimas del encono y aun de la venganza del agraviado pretendiente.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPÍTULO VI.

HABLAR POCO, PERO BUENO.

"Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenudo en más que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vuestro ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil ardor."

Romance IV del Cid.

Entre tanto pasaban los días y las semanas, que para los amantes que esperan son años y siglos, y la sordo-muda pasión de los jóvenes crecía y se irritaba, á proporción de los obstáculos que en su camino encontraba, hasta que, finalmente, llegó la época de la Santa Semana, deseada y suspirada en todos los pueblos católicos, por niños, jóvenes y viejos, por hombres y mujeres, por pobres y ricos. Siempre fueron solemnes en esta ciudad los días consagrados al recuerdo de la divina Pasión, y en la época de que hablamos, el ilustre Arzobispo D. Fray Luis Zapata de Cárdenas se esforzaba en hacer las funciones más pomposas. ¡Cuántos encantos no tenía en esos tiempos de humilde fe y de piedad sincera esta fiesta continuada, exenta de profanaciones y de escándolos lastimosos!

Los días que trascurrieron desde el Domingo de Ramos hasta el Jueves Santo proporcionaron á Sánchez frecuentes ocasiones de ver á Constanza, ya en el templo, ya en las calles, ya, finalmente, en las ventanas de su casa, que se hallaba en la carrera de las procesiones. Sus mohosas rejas, por una rara excepción, se abrían en aquellos días para que desde ellas viesen la procesión las muy contadas señoras que eran invitadas por D. Pedro, favor debido á un motivo piadoso y no profano, y, felizmente para él, restringido con la justa excusa de la extrechez, pues sólo contaba la casa cuatro no muy desahogadas ventanas de hierro con celosías exteriores de madera, fuera de la muy pequeña que encima del portón daba luz al zarzo que estaba sobre el zaguán.

Como las costumbres de aquellos venturosos siglos no permitían que las gentes notables faltasen al deber de asistir á las procesiones y acompañar con cirios encendidos los pasos principales que salían de las diferentes iglesias, especialmente los empleados públicos, ni mucho menos el que los jóvenes curiosos, desdeñando tomar parte en aquellas solemnidades, se apostasen en las esquinas y aceras para admirar á su sabor las hermosuras que se agrupaban en ventanas y balcones, á manera de lindos ramilletes, porque esto habría sido un desacato reprobado por las mismas damas, y una muestra de poca cultura; D. Alvaro, aunque aturdido y disipado, era el primero que acudía, en compañía de sus amigos y de los demás empleados públicos, presididos por los Oidores, á tomar, ya un cirio de colores, primorosamente labrado, que casi siempre reservaban los capellanes y priores de los conventos para las personas calificadas, ya la cinta y borla de un estandarte; y esta devoción sincera lo hacía aparecer más interesante á los ojos de la enamorada y piadosa Constanza.

Más de una vez sucedió que al desfilar D. Alvaro por enfrente de la ventana donde ella se hallaba, fingiendo levantar los ojos al cielo, su mirada se encontrara con la de la hermosa doncella, que en aquel momento bajaba humildemente los suyos al suelo: momento solemne que se hacía más encantador por el grave silencio del numeroso concurso, las dulces armonías de una música tierna y patética y los perfumes que de los incensarios se exhalaban subiendo en espesas nubes de humo; pero momento en que su alma se distraía de los pensamientos religiosos que debían ocuparla, y del cual rendiría cuenta escrupulosa á su confesor, si había dado acceso en él á sentimientos mundanos.

Llegó, en fin, el día más grande en que se resume y compendia toda la historia de la Redención, el día eucarístico y sacramental por excelencia; ese día en que no se vive en casa y en que toda la población circula desde la mañana hasta la noche por las calles, plazas y templos, llena de santo recogimiento. La Catedral era aquel día el centro general de reunión, y allí había estado de pie firme don Alvaro, en los oficios, embebecido en la contemplación de la que amaba. El placer y la esperanza, reflejados en el semblante de una mujer, realzan de ordinario su belleza; así es que en los días grandes las bellas son más bellas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y su rostro aparece radiante y seductor. Constanza, adornada con las modestas galas que la ocasión y la sobriedad de su padre permitían; depuesto el espeso manto y cubierta la cabeza con una trasparente mantilla que caía discreta sobre las blancas sienes, sin ocultar enteramente los ojos ni las delgadas cejas y luengas pestañas; vestía una ancha basquiña negra de rica seda, con jubón de lo mismo y con elegantes monjiles que, bajando desde los hombros, le caían hasta la altura de la rodilla y dejaban ver el lindo brazo, mal disimulado entre la manga de punto blanco que lo cubría hasta el puño. Constanza, decimos, al lado de su hermana y de su padre y seguida de la infalible dueña, marchaba con garboso porte y aire gentil, y parecía una reina, á quien todos al paso tributaban admiración y aplauso, deteniéndose un momento para contemplarla.

Después de la bendición de los óleos y de las demás ceremonias que terminan por la colocación de la Hostia Sagrada en el tabernáculo ó monumento, D. Pedro con su familia siguieron en pos de la Real Audiencia, Cabildo, Regidores y demás funcionarios y autoridades, que con sus respectivos uniformes é insignias, y precedidos de los alabarderos, alguaciles y guardias de honor, habían asistido de gala á la función y, al salir del templo mayor, se dirigían á hacer la visita de costumbre á las principales iglesias. La familia Urrego con otras muchas de las más notables de la ciudad cerraban la marcha, según era el uso de aquel tiempo, hasta que, terminada la peregrinación ordinaria, se retiraron aquellos al palacio de la Audiencia para disolverse allí, y ésta regresó á su casa.

D. Alvaro, aunque empleado de cierta categoría, no estaba obligado por la naturaleza de su destino á asistir oficialmente á esta función, y había preferido ir como particutar. Desde el principio de los oficios había estado expiando los movimientos del de Urrego y sus dos hijas, y los seguía incansable, aunque cauteloso y recatado, á donde quiera que se dirigían, guardando siempre la distancia que el respeto y su propio decoro exigían en aquel día. Ya en la estación, ya á la salida del templo, los ricos vestidos del higaldo elegante, y el puño y vaina resplandecientes de su espadín eran lo primero que hería los ojos de nuestro celoso extremeño, no menos que el corazón de la tierna Constanza que disimulada le buscaba con los ojos al traves de blondas y encajes.

Cualquiera que hubiese penetrado estas mudas escenas habría

comparado á la hermosa joven con una tímida corza que, al lado de sus compañeras, huye con precaución del amante ciervo que á lo lejos la sigue preocupado, y se interna en las breñas y malezas como para engañar su vigilancia, dejándose ver por intervalos entre los claros que forman los árboles, ó allá en los riscos y quebradas, desde donde vuelve la vista para medir la distancia que los separa.

La noche vino á cambiar la decoración, pero no las escenas del día, que continuaron con la misma agitación y movimiento. Eran las seis de la tarde y ya D. Alvaro, á la indecisa luz del crepúsculo, estaba de centinela en la esquina de la Carrera, embozado hasta donde lo permitia el escaso vuelo de su capa corta, aguardando con ansia la salida de los personajes consabidos. No tardaron estos en aparecer en la puerta de la casa, apenas entrada la noche, en guisa y traje nocturnos, rebujadas las hembras en sus mantos, y el severo padre calado sobre las cejas el enorme sombrero y envuelto en una capa algo mas larga que de costumbre.

Despues de asistir á las lecciones y salmos de maitines en la Catedral, se dirigían á completar el número de estaciones en los templos que aún no habían visitado. Excusado es decir que Sanchez, como un lebrel advertido, no perdía la pista de las damas, y que con ojo avizor las distinguía perfectamente entre la muchedumbre que colmaba las naves y entre los remolinos del gentío que en distintas direcciones se empujaba en los atrios y canceles.

A donde quiera que D. Pedro volvía los ojos tropezaba con el eterno fantasma, que, como el fatídico Mefistófeles que nos pinta Goëte en su Fausto, aparecía donde ménos se pensaba, pues que la noche era clara, y ni el embozo de la capa, ni todas las precauciones que tomara el duende para hacerse invisible, eran parte á ocultarlo de la perspicacia del viejo, que, á pesar de sus años, conservaba la vista en todo su vigor. La noble apostura de D. Alvaro y su aire garboso no eran cosa que éste pudiera disimular, ni que olvidara fácilmente quien una vez lo hubiese visto. Además, lo que en un principio hacia con discreción y mesura, vino á convertirse al fin en temeraria imprudencia, y poco ó nada se curaba ya de denunciarse á sí mismo, que á tal punto había llegado su ceguedad, y no reflexionaba en las consecuencias.

Serían las nueve de la noche cuando D. Pedro se retiró á su casa después de terminada la piadosa tarea, y al llegar á la esquina próxima divisó, fijo contra el recantón, el bulto que lo perseguía. Pasó derecho, afectando no haber reparado en él, pero interponiéndose con disimulo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

entre el galán y sus hijas, y dando una especie de bufido, ingenua expresión y desahogo del enfado de que estaba poseido, ó que bien pudiera atribuirse también al cansancio que le aquejaba. Llegados á la puerta de la casa, D. Pedro la abrió, dejó entrar á las damas, y cerrando de nuevo con llave por la parte de afuera, se volvió en la misma dirección que habia traído, con no poco espanto de las mujeres que quedaron encerradas, y en cuyas venas se heló la sangre, principalmente en las de Constanza que presintió el funesto desenlace de aquel terrible drama, pues conocía el genio arrebatado de su padre.

El bulto se hallaba todavía en su puesto, y al pasar muy cerca de él le dijo D. Pedro en alta voz:

—Don Alvaro Sánchez!

La luz de la luna que en aquel momento salía de entre un grupo de nubes, y que vino á iluminar de lleno á los dos personajes de esta escena, convenció al anciano de que no se había engañado al dirigirle este apóstrofe.

—Don Pedro de Urrego!—contestó el interpelado en el mismo tono, y bajando el embozo.

É inmediatamente se siguió un corto diálogo precipitado, y no escaso de emoción.

—Por qué me seguís, D. Alvaro?

—Yo no os sigo *á vos*!

—Pues entónces á quién?

—Yo sigo siempre al que va adelante de mí.

—Parece que os chanceáis?

—Parece que os enfadáis?

—Excusad, vive Dios! las burlas, D. Alvaro!

—Excusad, Señor, las preguntas y concluyamos.

Los ojos de Urrego brillaron como dos luciérnagas, su voz y su mano estaban trémulas, y por un movimiento involuntario llevó la derecha al cinto; pero sea que no hallase la espada, porque en semejante ocasión le era prohibido llevarla, como que había andado visitando los Monumentos, sea que la prudencia y la consideración del santo día en que se hallaban le hiciesen contenerse, lo cierto es que después de algunos momentos de silencio y reflexión, dijo á Sánchez en tono más tranquilo y firme:

—Don Alvaro! Agradeced que miro las circunstancias. Tiempo nos queda para arreglar este asunto, como hidalgos caballeros. Y sin decir

más se volvió con paso resuelto, abrumado por la violencia que había tenido que hacerse para sufocar la explosión de su cólera, y humillado al mismo tiempo por el mal resultado de una resolución indiscreta y no bien meditada; y entrando en su casa cerró por dentro con llave y cruzó el travesaño de palo.

CAPÍTULO VII.

CALMA LA TEMPESTAD.

"Y viendo que le fallescen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos dias
Por sí no puede tomalla,
No puede dormir de noche,
Ni gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos
Ni osar salir de su casa.
Estando, pues, combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Le anuncian que D. Rodrigo
Vivar le manda una carta."

Sepúlveda.

Al día siguiente se hallaba D. Pedro en su aposento después del parco desayuno propio del día, y porque por ser Viernes Santo no lo era de oír misa. La noche había sido de agitado insomnio, de vanos proyectos, de vueltas y revueltas en la cama; pero, contra lo que era de esperarse, nada había dicho á su llegada á la casa, y guardó un silencio obstinado. Entró luégo á su alcoba y cerró con dureza la puerta. Sus dos hijas y su compañera, en medio del sobresalto, habían acudido á la ventana para observar desde allí lo que hacía su padre y á dónde se dirigía, y viéndole volver tan presto, cerraron prontamente los bastidores, y la puerta de la sala, y acudieron al zaguán, donde las encontró en la mayor consternación, y manifestando en la palidez de sus rostros el deseo de adivinar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en el de su padre lo que aquello significaba. Mas, aunque sospechaban con fundamento la causa de tan inesperado lance, nada se atrevieron á preguntarle: tal era el respeto que les infundía y el temor de disgustarlo.

D. Pedro había resuelto no salir aquel día de su casa, prefiriendo privarse de la gran solemnidad del Viernes Santo, á verse expuesto á nuevos disgustos y provocaciones; y así se quedó en su cuarto ocupado en arreglar las gavetas de un escritorio ó papelera de carey con incrustaciones de marfil y nacar, muebles muy usados entonces, y de que todavía se ven restos en las sacristías de algunas iglesias, como muestras del buen gusto y prolija industria de los siglos pasados.

Estando en esto, llamaron tímidamente á la puerta, y á la voz de ¡adelante! abrió la mampara Veremunda, la dueña, y deteniéndose antes de dejarla caer, dijo con recelo:

—Señor, os traen esta carta.

Adelantóse el comerciante para tomarla, y preguntó á la interlocutora:

—Necesita contestación?

—El meztizo que la trae aguarda en el portón.

—Decid que hoy no es día de correspondencia ni papeles, dijo encendiéndosele el rostro. Pero, reflexionando un poco, comenzó á abrirla; mientras tanto añadió: no! que aguarde.

Desdobló D. Pedro el medio pliego de papel florete, que venía pegado con una enorme oblea, y, sacudiendo la arenilla desprendida de entre los dobleces de la carta, leyó el contenido de ella sin dificultad, pero con visibles muestras de turbación.

—Bien está! decid al mozo que vuelva dentro de una hora, dijo á la dueña, la cual, bien á su pesar, abandonó el sitio donde la curiosidad y los antecedentes de la víspera la tenian como clavada.

Cuando estuvo solo D. Pedro volvió á leer aquella carta que en caractéres bien formados y claros, revelaba una mano diestra en el manejo de la pluma, lectura que alivió su corazón del peso que lo oprimía desde el dia anterior.

"Señor D. Pedro de Urrego—decia—y muy señor mío: Debo á vuestras canas, al respeto de vuestra familia, y á la estimación que la profeso, una reparación por las faltas que ayer cometí, y que no debeis atribuir sino á un capricho pueril y á una lijereza indeliberada. Sabreis sin duda que soy altivo por carácter y que tengo todo el valor que cumple á mi

condición; pero también debeis saber que soy hidalgo, aunque me esté mal el decirlo. Sinembargo, si esto no bastare para satisfaceros, por mi parte creo haber cumplido mi deber más allá de lo que exige el desagravio de la ofensa, y así podeis hacer lo que mejor en talante os viniere, que yo estoy pronto á aguardar vuestras órdenes como vuestro servidor,

Don Alvaro Sánchez de Yebra &.ª

Bien! se arrepiente! dijo D. Pedro con un movimiento de cabeza, y fijándose por un instinto mercantíl en la firma y complicada rúbrica de D. Alvaro, y después de dar algunos paseos á lo largo del aposento, pensativo y distraido, tropezó con un sillón de vaqueta, adornado con enormes estrellas y estoperoles de cobre, y allí se arrellanó, dando rienda suelta á sus pensamientos. Permaneció así buen espacio hasta que, saliendo de su distracción con un fuerte resuello, como quien despierta de un profundo sueño, se levantó precipitado, y, acercándose al escritorio, tomó pluma y papel, removió el gran tintero de cuerno, de forma cúbica, y escribió lo siguiente:

"Señor D. Alvaro Sánchez de Yebra.

Señor mio.

Aunque ofendido, y aun provocado, sin razón que yo conozca, no debo ser menos generoso que vos, para aceptar la reparación que me ofreceis por un agravio de que no quiero conservar recuerdo. Sinembargo, si en algo estimais la tranquilidad de mi familia y la vuestra propia, quiero que entendais que la única condición que pongo es que en lo sucesivo excuseis, como os lo ruego, todo motivo de nuevos disgustos.

Con lo cual quedo &.ª"

Antes de cerrar esta carta, en cuya redacción habia gastado siete minutos, la leyó tres ó cuatro veces, como discutiéndola consigo mismo, y la entregó á la dueña con encargo de darla al emisario cuando viniese.

—Ah! quién supiera leer! decia Veremunda entre sí, al salir del cuarto, que este pedazo de oblea, en forma de reliquia, y todavía fresca, no sería obstáculo á mi curiosidad.

Volvió el mercader á sus paseos y soliloquios: no! decia, todas las prendas y buenas partes de Sánchez no me harán variar de resolución. D. Jerónimo aguarda sin duda una explicación conmigo, y no he de burlar su esperanza, dañando á mi propia conveniencia y á la felicidad de mi hija. ¡Y qué sabemos! agregaba después de una pausa, deteniéndose en mitad de su camino: qué sabemos si quizas la humildad y noble proceder de este mozo no hayan sido más que un efecto del amor que sospecho le aguijonea, y el deseo de alcanzar por medio de honesta apa-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

riencia lo que de otro modo jamás obtuviera. ¡El desalmado! decia deteniéndose de nuevo: ¡venirme á mí con burlas y á la niña con devaneos!...Pero ya esto se acabó. *Quad scripsi scripsi.*

El que no tiene hijas casaderas no puede comprender los amargos sinsabores, las vacilaciones, las secretas penas que devora un padre afectuoso y tierno, cuando al llegar la época de darles estado se ve en la forzosa necesidad de escoger de entre el círculo de pretendientes aquel á quien haya de confiar para siempre la suerte de un sér que le es querido, y cuya felicidad le importa más que la suya propia. ¡Cuántas combínaciones no se necesitan para conciliar el afecto del corazón con las conveniencias sociales! El carácter, la edad, la posición, la fortuna, la inclinación, la salud....todos estos son elementos que deben entrar en el cálculo, ó por lo ménos en los consejos paternales, porque se trata nada menos que de un lazo indisoluble.

Esta era la situación de Urrego, que, aunque reacio y caprichoso en lo que tocaba al gobierno doméstico, y un poco más ambicioso de lo que le conviniera en este asunto de matrimonio, no podia menos de fluctuar entre tantas y tan encontradas imaginaciones como le asaltaban de algún tiempo atrás. Y esta situación le afectaba más en aquellos momentos; así era que paseándose, deteniéndose ó sentándose alternativamente, como atormentado por una idea fija, á la cual volvía sin cesar, decía: él es mozo, noble y de hidalgo corazón, como lo demuestra su carta; su familia y relaciones, de lo principal de España; tiene aventajada capacidad para brillar en la carrera pública; es valiente y esforzado; pero.....así como disipó una gran fortuna en su país, de donde por atolondrado le enviaron á Indias, qué de extraño tendria que, si él propusiese matrimonio, y yo le diese la mano de mi hija, viniera á derrochar lo que, á costa de tantos afanes y sudores, he logrado allegar honradamente!

Nada! no hay que darle vueltas; el matrimonio se ajusta en primera ocasión con D. Jeronimo, y asunto concluido.....

Mas, si acaso el mozo despechado intentase algún desmán! El amor es ciego, y la juventud inconsiderada; Sánchez puede atropellar por todo para estorbar mi proyecto...No hay remedio: emplearé todo mi influjo y, si es preciso, mis doblones para alejarle de Santafé; y si no pudiere conseguirlo, me resignaré, descansando en la tranquilidad de mi conciencia. Llegado el caso, haré frente, como hombre, al rigor de la suerte.

Y si Constanza... — decía, parándose de nuevo, — si Constanza...no quiero pensar en ello. Al fin soy padre y tengo en mi mano los medios de hacer respetar mi autoridad. Vengan desdichas! ellas se estrellarán contra mi carácter de hierro, que rompe, más no cede.

CAPÍTULO VIII.

AGAI CUANDOLA IÚ!

La vida para os servir
La deseo;
Mas esperanza no veo,
Y así más gano en morir,
Que la vida
Por vuestra causa perdida
No es pérdida de sentir.

Antonio de Velazco.

Un incidente feliz para D. Pedro vino á secundar sus miras y á definir, por lo pronto, la situación difícil en que se hallaban los tres principales personajes de nuestra historia.

El correo de Cartagena trajo noticia de que se preparaba en Inglaterra una nueva expedición de piratas que debían obrar sobre la costa del Atlántico, y principalmente sobre aquella plaza, empresa que no sería más que la continuación de la que, al mando de Francisco Drake, la había tomado y saqueado dos años ántes, después de haber robado é incendiado á Riohacha, Santamarta y otras poblaciones. Suponíase, no sin fundamento, que este mismo pirata, ú otro, no menos osado, hubiese formado tal proyecto, favorecido por la licenciosa Reina Isabel, que, habiendo jurado odio implacable á la católica España, no perdonaba medio de hacerle la guerra, aun por las vías más reprobadas; y así el Gobernador de la plaza ocurrió á la Audiencia de Santafé, que estaba encargada del gobierno por muerte del Presidente Lope de Armendariz, en solicitud de gente, pertrechos y otros auxilios, fuera de los que había pedido á la isla de Santo Domingo, para poder reanimar el espíritu de la amedrentada población, y reforzar las desmanteladas fortificaciones, que no estaban aún en estado de resistir una segunda invasión, si era que en efecto se realizaba la que para dentro de pocos meses estaba anunciada.

Dictáronse en el acto, con la actividad que el caso demandaba, las providencias necesarias para enviar tropas, armas y aun provisiones, y en esta expedición se enrolaron varias gentes de guerra, que por entónces se hallaban baldías, y algunos jóvenes que, en calidad de oficiales, tomaron servicio con un patriotismo digno de elogio.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Fuese que D. Pedro hubiese tocado todos los resortes que estaban al alcance de su influjo para alejar á D. Álvaro, fuese que éste voluntariamente queria variar de escena, y abrazar una carrera cuyas ocupaciones eran más acordes con su carácter fogoso y ardiente; ó bien por distraer el ánimo y apartarse de las ocasiones de fomentar una pasión que, aunque fuertemente arraigada, creía él poder arrancar de su corazón con el tiempo; sea, en fin, que las autoridades fijasen en él la vista para encargarle una comisión de reserva; el hecho es que D. Álvaro pidió una licencia temporal, dispuso su partida de la noche á la mañana, y se preparó á salir de Santafé prontamente.

Llevaba, en efecto, pliegos que le había confiado la Audiencia para el Gobernador y Obispo de Cartagena y también para el nuevo Presidente D. Antonio González que debía llegar muy pronto á aquella plaza, y de allí subir á Santafé á tomar posesión de su destino.

Se definió, como hemos dicho, la situación de cada uno de los protagonistas; ¡pero de qué diferente manera en cada uno de ellos! D. Pedro respiraba ya con libertad y sentía que su corazón se aliviaba de un gran peso. Sus deseos se habían cumplido y pronto cesaría para él el único motivo de intranquilidad y desagrado que en muchos años había venido á turbar su pacífica y acompasada vida. Sin trabas ni inquietudes podría ya arreglar el proyectado matrimonio de su hija, aprovechando la ausencia, tal vez definitiva, de Sánchez; pues aunque Oviedo se hallaba también á la sazón ausente por tierras de Pamplona, á donde le llamaban sus negocios y la muerte de un pariente suyo que allí se los manejaba, tenía por cierto que ántes de tres meses había de ver concluido este asunto que tan preocupado le traía.

No así los dos apasionados jóvenes que, sin haberse hablado siquiera una palabra, se amaban en secreto, pero con desconfianza, él, de ser correspondido, y ella, de que las demostraciones de D. Álvaro no fuesen más que un vano pasatiempo y mero capricho de la juventud, tan propensa á ilusiones y tan dominada por el espíritu de conquistas amorosas.

Constanza, ingenua y llena de candor, guardaba, sinembargo, profunda reserva, y durante la labor que hacía con su hermana, ahogaba los suspiros que de vez en cuando sentía salir de lo más hondo del pecho, quedándose á medio camino, como aquel viajero fatigado que se detiene y aspira fuertemente el aire para ensanchar los pulmones. Nada sabía de la partida del objeto de su amor, á cuyo dulce recuerdo consagraba,

sin querer, la mayor parte de las horas del dia, distraida y pensativa. El corazón de las jóvenes es como blanda cera, en que fácilmente se estampan las impresiones del primer amor, y una vez impresas es raro que se borren del todo. Y el amor verdadero y puro es como aquellas esencias exquisitas, de las cuales basta una sola gota para impregnar durante largo tiempo el objeto sobre el cual cae; ó como aquellos tintes firmes que, una vez apoderados de la tela, no la abandonan jamas por más esfuerzos que se hagan. Y tanto más fuerte era la pasión de Constanza cuanto menos conocía el mundo y el arte de vivir en la sociedad, donde contínuos desengaños nos aleccionan desde temprano, y cuanto más secuestrada se hallaba del trato de los hombres, que á menudo suele desilusionar á las mujeres dotadas de una fina organización y de una alma bien templada.

Que ese amor era inocente y sincero lo dice claramente la circunstancia de que Constanza, como se ha dicho, no sabía lo que eran novelas ni otras de aquellas lecturas, frívolas en apariencia, pero que, como el acero que choca con el pedernal, hacen brotar chispas que inflaman esa yesca que se llama el corazón femenil, y suelen producir incendios en que todo perece, á veces hasta el honor; en que todo se convierte en pavesas: tranquilidad, virtud, porvenir.....hasta la vida misma en ocasiones! No, ella no conocía esos libros ni esos dramas funestos que debajo de flores bellas y encantadoras ocultan agudas espinas, y aún sierpes venenosas. No eran aquellos tiempos, que llamaremos dichosos en este aspecto, tiempos de literaturas peligrosas, ni de mal entendido cultivo del espíritu de la mujer. Entonces sembraba ésta privaciones del cuerpo y del alma, pero cosechaba larga vida, salud robusta, tranquilidad y alegría para la época en que el mundo la abandona. Hoy siembra placeres por dondequiera para cosechar anticipadamente abrojos, tristeza, vacío del corazón, fastidio de la vida.....¿Y qué ofrecen en compensación de tantos males los asesinos del alma?

D. Alvaro partía con el corazón oprimido, lleno de incertidumbre, y desazón, fluctuando entre el temor y la esperanza, entre la ilusión y la realidad, ignorante hasta la víspera de su partida de los estragos que habían hecho en el corazón de la tierna Constanza su sola presencia y sus amorosas aunque mudas demostraciones. Pero ¡oh dicha! lo que hasta aquel dia no había sido sino una débil esperanza, una sospecha, se convirtió súbitamente en dulce realidad que le sacó fuera de sí de gozo.

El episodio siguiente fué el que vino á revelarle toda la fortuna que él ansiaba, y que colmaba sus aspiraciones.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Entre las pocas personas que por razón de asuntos domésticos tenían entrada en la casa de Urrego se contaba un barbero, á quien llamaban *el Curro*, muy conocido en la ciudad por causa de su oficio, que en aquel tiempo no era aún muy común en Santafé, no obstante que casi nadie se afeitaba por su propia mano. Aunque algo hablador, como es fama que lo son la mayor parte de ellos,—tal vez por entretener y distraer á sus parroquianos del fastidio de la enojosa operación—era hombre discreto y prudente, y nunca se le notó inclinación á abusar de la confianza que naturalmente adquiere el que manosea todas las barbas. Iba á la casa de D. Pedro dos veces por semana para afeitarlo, según la costumbre de aquellos tiempos; pero nada adelantaba con el grave extremeño, que muy de humor había de estar para que le dirigiese alguna pregunta suelta, ya sobre el bueno ó mal tiempo, ya sobre las noticias que corrían en la ciudad; y no porque el Curro no lo provocase en ocasiones, dándole una que otra puntada.

Aconteció un dia que al sentarse D. Pedro en el enorme sillón que ya hemos descrito, colocado cerca de la ventana, se halló que la sirvienta había olvidado traer el agua tibia con que se hacía siempre la operación de la rasura, y maquinalmente envió al Curro al interior de la casa para reclamarla, aprovechando entre tanto los instantes para acabar de leer un papel que entre las manos tenía. El barbero, listo y comedido, voló á la cocina en demanda dol agua, y al pasar por el corredor interior tropezó con la dueña y las dos chicas que, como el grupo de las tres Gracias, y con el mismo vestido con que acababan de llegar de misa, estaban recostadas sobre la baranda, departiendo sobre lo que en la calle habían visto. Irene espulgaba un perillo faldero que tenía alzado, y Constanza acariciaba sobre su blanca mano una guacamaya de gayos y lindos colores, cuya historia referiremos más adelante, aves á que en los primeros años de la conquista eran muy afectos los españoles, y las compraban á los indios para enseñarlas á hablar ó para enviarlas á España como cosa curiosa.

Saludó el Curro con atenta alegría, dando el aviso que traía, y mientras la india sirvienta preparaba el agua, entabló una corta pero viva conversación que, en pocas palabras, produjo una escena notable, casi un drama. Dirigiéndose á Veremunda la refirió cómo al dia siguiente saldría de Santafé una parte de la gente que debía seguir para Cartagena, y cómo algunos sujetos de distinción y oficiales, cuyos nombres les eran conocidos, partirían tambien para defender aquella plaza por si el ataque se verificaba. Refirióles cómo D. Alvaro marcharía dentro de tres días en comisión del Gobierno, y destinado también al mismo punto.....

Al oir pronunciar el nombre de D. Álvaro el rostro de Constanza se encendió como la grana, pero pocos momentos después, al enterarse de la noticia de su partida, se cubrió de tal palidez que los pétalos de un azahar habrían tenido más color que sus mejillas. Por un movimiento involuntario, que no fué dueño de dominar, preguntó al Curro:

—Y volverá D. Alvaro?

—Eso no me lo pregunteis á mí, contestó: puede volver y puede no volver. Si no muere en el sitio, ó si una calentura no lo mata, puede que vuelva, á no ser que siga para España, como algunos piensan.

Pasó como una nube por los ojos de Constanza; acometida de un vértigo, tuvo que apoyarse en la baranda para sostenerse, y exhaló una especie de quejido ahogado, queriendo en vano ocultar su turbación.

Todo esto pasó con la rapidez del relámpago; pero hubiera continuado la conversación si la voz de D. Pedro, que abría la puerta de su cuarto, y con la toalla atada ya al cuello, llamaba al Curro, que ya tardaba, no hubiese hecho que éste diese un salto á la cocina y, tomando el agua caliente, dejase á las tres damas como petrificadas, cada una por distinto motivo. Al pasar de nuevo por el corredor, la guacamaya, que se había posado sobre el hombro de Constanza, repitió con acento meláncólico:

Agai cuandola iú! Agai cuandola iú!

La historia de estas palabras panches era la siguiente;

En una de las varias entradas que los españoles habían hecho pocos años antes á la tierra de los panches, tribu inquieta, indómita y belicosa, habían traído varios prisioneros de ambos sexos para dedicarlos á las labores del campo y aun al servicio doméstico, por la escasez de sirvientes que entonces se experimentaba. Una vez catequizados y bautizados, se les vestía, y pronto comenzaban á aprender el castellano y á servir con bastante inteligencia. Entre ellos habían venido dos muchachas hermanas—*guacamayas*, como llamaban los indígenas á las jóvenes casaderas,—cuyo padre había muerto en un combate con los conquistadores y era uno de los jefes de más fama en su nación. Una de ellas, llamada *Ashinga*, después Magdalena, había criado una linda guacamaya que desde pequeña cogió en su nido, porque, como á ella misma le acontecía, el pobre animalito había perdido á sus padres, muertos á manos de los indios para emplear las plumas en sus *guayucos* y adornos. El pájaro, polluelo aún, era el encanto de la sensible Ashinga, quien lo acariciaba y alimentaba enseñándole su lengua, y el inteligente animal alegraba con su charla

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la cabaña solitaria de las dos hermanas, como para recompensar tantos cuidados. Cuando á la aproximación de los españoles el toque de los caracoles, *fotutos* y bocinas daban el alarma en las montañas de Cunday, huyeron las dos jóvenes para reunirse con el resto de la tribu, y la guacamaya fué su compañera, que no las abandonó hasta que la suerte las hizo caer en poder del enemigo. Prisioneras de Alonso Hernandez, éste quiso arrebatarle á Ashinga su ave querida; pero ella, postrándose delante del soldado, con las manos juntas le dió entender por señas que prefería morir antes que separarse de esta ave que tanto amaba. El tosco soldado, compadecido, perdonó al animal y á su dueño; pero los trajo á Santafé con otros muchos prisioneros.

Cuando ya estos desgraciados abandonaban sus bosques y sus rústicos hogares para trasladarse á otro clima, á la tierra habitada por sus enemigos jurados los chibchas, y por sus opresores y tiranos los españoles, no podían menos de volver los ojos por última vez, como Boabdil al dejar la encantadora Granada, y suspirar de lo más profundo del pecho, diciendo tal vez el último adiós á sus penates desde los altos de Sibaté, (*Siba-té*, sangre del guerrero). Entonces se les oia repetir con frecuencia en tono lastimero:

Agai cuandola iú! Agai cuandola iú!

Adios! oh dolor! Adios! oh dolor! palabras que fácilmente había aprendido el ave prisionera, las mismas que ahora repetía sobre el hombro de Constanza.

Llegados á Santafé, se repartieron los indígenas entre varias personas, mediante un rescate convenido, y D. Pedro de Urrego tomó para su servicio las dos hermanas, con el apéndice de la linda guacamaya; y, muerta poco tiempo después la sensible Ashinga, quizas minada su salud por la tristeza, Constanza la había sucedido en el mimo y cuidado del ave parlera.

Cuando el barbero salía de la cocina la guacamaya repetía, besando á su ama y alzando su hermoso copete:

Agai cuandola iú!

Estas palabras traspasaron como un dardo el corazón de Constanza que, á su turno, traducía interiormente:

Adios! oh dolor!.....

CAPÍTULO IX.

PARTIDA.

Adios, aurora de mi alma!
Adios! ay! si mis suspiros
Que al pasar por estas sierras
Van ablandando sus riscos,
Alguna vez consiguieran
Llegar hasta tus oidos,
Te dijeran cómo muero
Por tu amor, y cómo vivo!

Romance antiguo.

El efecto que las palabras del Curro produjeron en Constanza no habría podido ocultarse á la persona menos avisada, ni por consiguiente á la perspicacia del ladino barbero, quien no perdió un sólo movimiento ni una palabra de las que se cruzaron con él, y que le revelaron todo un secreto, toda una historia en compendio, que él no echó en saco roto.

Apenas salió de la casa de Urrego, se dirigió, como de costumbre, á la de D. Alvaro, á quien diariamente hacía la barba, dejando sólo la negra y hermosa pera y el bigote perfumados, según la usanza de los elegantes de la época, moda que armonizaba muy bien con las largas trusas de las mangas, el calzón hueco y sujeto arriba de la rodilla, la ancha valona de encaje que rodeaba el cuello, la airosa capa corta, y el sombrero apuntado con una rica pluma.

Rabiaba el barbero por referir la aventura de esa mañana, tanto más cuanto que tenía relación directa con su parroquiano; y así, apenas hubo comenzado su oficio, se introdujo con D. Alvaro diciendo:

—Con que al fin tendremos el pesar de que vuesamerced se separe de nosotros, señor D. Alvaro. Confieso que lo siento en la mitad de mi alma; pero, la verdad sea dicha, no crea vuesamerced que es por el oficio.

—Ya, ya, dijo D. Alvaro, estoy persuadido de tu afecto, buen Curro.

—Y no soy yo sólo quien lo siente: personas hay que lo sienten más que yo.....

—No lo dudo: tengo tan buenos amigos!.....

—No sólo los amigos, señor: también hay lindos palmitos que darían un ojo de la cara porque el gallardo D. Alvaro cambiase de resolución.....y que á la hora ésta estarán suspirando, y aun llorando anticipadamente, su ausencia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Cómo ! no sé lo que dices ; de quién hablas ?

—Bien lo sabéis, señor ; pero por daros una buena noticia os lo diré.

Y aquí le desembuchó en un santiamén y con todos sus pormenores la escena que acababa de pasar en casa de D. Pedro, encargándole por supuesto la reserva.

Fué tal la impresión que el relato del barbero causó en el joven, que por poco no se hace cortar la cara con la navaja.

—Hombre ! qué me cuentas ! dijo levántandose de su asiento á medio afeitar. Es posible ! Tú lo has visto ! No te has engañado ?

—Os lo aseguro ! Con estos ojos que se ha de comer la tierra he visto, y con estos oídos he oído perfectamente.....Ah ! estaba tan pálida, tan agitada, tan bella.....!

—Doña Constanza de Urrego ?

—La misma que lleva tan significativo nombre.

Encontrados pensamientos se cruzaban por la mente de D. Alvaro, que no podía disimular el gozo que inundaba su corazón. Ya se deja entender que prolongó cuanto pudo esta conversación, que pidió informes, que averiguó hasta los últimos pormenores y que, finalmente, al despedirse el bendecido mensajero y portador de tan gratas nuevas, le puso una moneda de oro en la mano, y le encargó que observase lo que pasaba en la casa de Urrego, y que no perdiese ocasión de insinuarse con cautela para que pudiese darle noticias de la hermosa prisionera ; aunque, como hombre prudente y de mundo, nada quiso confiarle acerca de su amor ni de los incidentes que habían tenido lugar en los días anteriores. Noble y discreta conducta fué ésta de parte del hidalgo Sánchez que, por respeto á la misma á quien amaba, no pretendió ponerse en comunicación con ella, empleando medios poco decorosos, ni valiéndose de persona que no pudiera nivelarse honradamente con él y con su amada. Por aquí se ve cuán distante estaba el calavera D. Alvaro de desmerecer los títulos y consideraciones de que gozaba su ilustre familia, pues aunque, atolondrado, era no obstante incapaz de una bajeza, ni de la más leve acción que pudiera calificarse de villana. Así que, al despedirse el barbero, le repitió una y otra vez que aquella gratificación que le daba á nada lo comprometía, sino que era una simple expresión de su reconocimiento por sus buenos deseos y por el interés que por él tomaba.

Quedó D. Alvaro solo, y, paseándose en su cuarto, fluctuaba entre la alegría que le había causado la noticia de que su amor era correspondido, y la pena de una próxima separación, tal vez eterna, en circunstancias en que no había tenido tiempo ni aun para saborear aquellos

primeros goces del amor propio satisfecho, que son como la primera cosecha de los amantes y las primicias del corazón.

¿ Por qué lo he sabido tan tarde ? decía suspirando. Sin esto yo me hubiera quedado en Santafé, donde habría sido feliz.....Me quedaré ! exclamaba después : sí ! retiraré mi petición. ¿ Qué necesidad tengo yo de ir á buscar la muerte sin gloria, en una guerra de piratas, ó á influjo de una fiebre maligna ? Sirvo á mi rey y á mi patria, es verdad ; ¿ pero no puedo servirles, y les estoy sirviendo, de otra manera ? . . . En fin, ¿ estoy obligado en conciencia ? ¿Es un deber á que no puedo faltar sin comprometer mi honra ?

Sí ! indudablemente – decía después de reflexionar un poco – estoy obligado.... es un deber.... Estando comprometida mi palabra, está comprometida mi honra. No se dirá jamás que he faltado á ella.... Partiré ! ... Aunque por los encantamientos de una maga se me pusiese ahora delante la misma Constanza, más bella que un serafín.... aunque se postrase á mis piés, rogándome que desistiese de mi partida, y viese correr sus lágrimas.... partiría.... Se ha hecho confianza de mí, tengo en mi poder los pliegos de la Audiencia, se me ha dado una comisión importante, me he comprometido y nada en este mundo me haría faltar á mi palabra..... Partiré !

Y D. Alvaro partió al tercer día.

Pasaremos por alto la relación de su viaje y las emociones de su alma al separarse de esta ciudad, donde quedaba el objeto que más amaba su corazón, con afecto tanto más intenso y vivo cuanto ménos vínculos de familia tenía en ella.

La calzada de Fontibon estaba ya bien adelantada en la época en que D. Alvaro tuvo que atravesar la gran Sabana en dirección á Occidente, por donde se había establecido ya la comunicación con el río Magdalena para salir á la costa del mar de Colón ; pero aun no era permitido hacer uso de ella, y así tuvo que embarcarse en Techo, á una legua de la ciudad, como se hacía antiguamente, en una balsa construida y conducida por los indios, para atravesar el lago que aún ocupaba la parte central de la Sabana en una extensión média de tres leguas, y mayor cuando en la época de las lluvias salía de madre el río Bogotá, como sucede hoy todavía, en que vemos inundarse sus riberas y formar extensos pantanos.

Digamos de paso que las molestias é inconvenientes que esta navegación traía para el comercio no fueron la causa inmediata de la construcción de la calzada, sino los amores de un Oidor. El Capitán Antonio de Olaya—ó Antón de Olalla,—encomendero de Bogotá, llamado el cojo,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

porque en la batalla con los simijacas éstos lo arrojaron por una peña abajo y se rompió una pierna, tenía una hija de quien se prendaron á un mismo tiempo el oidor Anuncibay y un hijo del Capitán Monzón ; y el padre, que vivía en sus haciendas, más allá del río Bogotá, para evitar los disgustos que aquella rivalidad podía ocasionarle, por no residir en la ciudad, resolvió llevarse á su hija y tenerla en el campo hasta que se aquietasen los dos pretendientes. Era tal la abundancia de agua que inundaba entonces la Sabana hasta la estancia de Juan de Aranda,—que dió su nombre al puente que hoy existe allí,—que era preciso tomar la balsa desde muy cerca de la ciudad, con no pocos peligros. El día que salieron Olaya y su hija fué á acompañarlos el Oidor hasta el punto en que se embarcaron, y cuando regresó, atollándose á cada paso, lamentaba la falta de un buen camino y las dificultades que por lo mismo tendría para ir á visitar á la hermosa y rica heredera. Estos pensamientos lo indujeron á proponer á la Audiencia, como lo hizo, la construcción de un camellón ó calzada que diese paso á través de la laguna. Así se acordó, y el mismo Oidor fué comisionado para la obra, que ya se deja entender emprendería con la actividad y presteza que le eran menester.

Puesto de pie D. Alvaro en la balsa, que se deslizaba sobre la tranquila superficie de las aguas, apenas ligeramente arrugada por el viento, miraba á lo lejos la ciudad, rescostada contra la cordillera, alejarse insensiblemente, y le decía adiós con profundos suspiros, procurando fijar la vista hacia aquella parte por donde quedaba la casa de su adorado tormento, como el pajarillo que, al dejar el nido donde queda su amor, se detiene de rama en rama para ver de nuevo el arbusto que le sirve de albergue.

El recuerdo de las palabras del barbero perseguía sin cesar á nuestro navegante, con una tristeza mezclada de alegría. Aquella escena que le había descrito, la pregunta dé Constanza, su palidez, su agitación, todo aquello estaba presente á la imaginación del viajero, y embellecido por las impresiones que produce la vista del campo, el aire puro que se respira y el murmurio imperceptible del agua ; así su ánimo se ensanchaba y su corazón se sentía como bañado en una suave é indefinible ternura. La seguridad de que Constanza lo amaba y la esperanza de volver á verla lo hacían feliz; y cuando, al tomar su caballo en Serrezuela, galopaba con rapidez, no se hubiera cambiado por el niño que corre llevando tras de sí una cometilla de papel que hace volar por los aires, prendida de un hilo. Esa cometilla era para él la memoria de su amada, que le seguía siempre de cerca prendida de su alma.

CAPITULO X.

PELIGROS IMPREVISTOS.

'Una frágil carabela,
Casi imperceptible punto,
Con grandes peligros lucha
Y sin amparo ninguno ;
Las olas como montañas
Atajar quieren su curso :
Ya la arrojan contra el cielo,
Ya la hunden al profundo,
Ya en sus costados se estrellan
Volando en espuma y humo,
Ya la anegan en torrentes
De amargo espeso diluvio.
'El huracán de otra parte,
Y no menos iracundo,
Brama entre sus rotas velas ;
Crugen sus mástiles rudos.'

D. ANGEL SAAVEDRA, *Romances*.

Dejémoslo seguir bajando las montañas, atravesando los valles ardientes, surcando el Magdalena en una tosca y desacomodada embarcación, sufriendo el calor y las plagas de aquella inhabitada región. Dejémosle contemplando de nuevo aquella naturaleza agreste y solitaria, esos bosques seculares no explorados todavía,donde ni la planta ni la mano del hombre han penetrado durante miles de años, patria de las tempestades y de las fieras ; esas inmensas playas desiertas donde al rayo del sol se ven centenares de caimanes alineados en batalla, semejantes á aquellos escuadrones infernales del Dante que guardan la boca del Averno. Dejémosle abstraído contemplar aquellas enormes sierpes enlazadas á los gigantescos árboles, que semejan al grupo de Laoconte, ó tal vez á la escena del Paraíso, y que parecen estar allí admirando la belleza de sus varios colores y de sus escamas, retratadas en las turbias ondas del río; y en fin, en altas horas de la noche oyendo los bramidos horripilantes del tigre que se proclama dueño de aquellas vastas soledades y rey del desierto.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Todas estas horribles bellezas, si así puede decirse, junto con el desapacible aullido de los monos, el canto de diferentes aves, y ese hervor indefinible de la naturaleza en los países cálidos, en que la vida animal y vegetal puede decirse que se ve, se palpa y se conoce con todos los sentidos corporales; todo eso tenía cierto encanto, cierto atractivo poderoso que despertaba en el alma de nuestro viajero ese entusiasmo poético que suele subir de punto en los jóvenes acometidos del mal de amores.

Dejémoslo admirar en silencio tal cúmulo de variados y sorprendentes cuadros, y vamos á encontrarlo en Cartagena, á donde llega después de un largo y penoso viaje.

La guarnición, las autoridades, la población entera se ocupan allí en los preparativos de la defensa, si bien no ha vuelto á tenerse noticia cierta de la expedición invasora; pero las desgracias pasadas los han aleccionado: es preciso estar apercibidos para evitar una sorpresa, un golpe de mano, y además se sabe que por aquellos mares cruzan algunos piratas, y se sospecha, no sin fundamento, que acechan una ocasión para hacer desembarcos y saquear algunas poblaciones.

Teníase también noticia en Cartagena de que el nuevo Presidente D. Antonio González había llegado á la isla Española, pero que asuntos de importancia y quebrantos de salud no le habían permitido seguir su viaje; y D. Alvaro, que lleva pliegos de carácter urgente para el Magistrado é instrucciones para entregarlos sin dilación en propia mano, apenas toma el tiempo necesario para cumplir su comisión cerca del Gobernador y Obispo y descansar de la fatiga del viaje, y en primera ocasión se hace á la vela para Santo Domingo, en busca del Presidente, á fin de rendir allí su comisión personalmente.

El lector que por algún estilo se haya interesado en las aventuras que vamos refiriendo, no verá con indiferencia el episodio que sigue, y que es la rápida relación de lo que aconteció á nuestro héroe en esta travesía. El que no quiera ver la pintura de tales escenas, esquiciada apenas por quien jamás ha sido actor, ni espectador de ellas—ni espera serlo, Dios mediante—puede volverse de Cartagena, si hasta allí ha llegado, ó quedarse acompañando á la desconsolada Constanza y procurando distracción á su dolor, que bien lo ha menester la cuitada doncella.

Navegaba, pues, D. Alvaro á velas desplegadas, con viento favorable y mar tranquila, en el *Pelayo*, navío de tres puentes que, surto en el puerto, había zarpado de él tres días después de la llegada del emisario de Santafé; y ya habían trascurrido dos en alta mar, sin que ocurriese

contratiempo alguno. Al tercero el cielo amaneció encapotado y triste, y en todo él no se dejó ver el sol á ninguna hora. Hacia el mediodía algunas ráfagas de viento contrario comenzaron á alborotar el mar é hicieron necesarias ciertas moniobras á bordo; y antes de anochecer ya la tempestad se había desatado con furia. Las olas inmensas azotaban con fragor los costados del buque, y el viento, que mugía furioso, lo arrastraba como una hoja seca. La pesada mole del navío era como una leve pluma flotando en medio de espumosas montañas de agua, y hubiera podido comparársele á una cáscara de huevo arrojada al pie de una gran cascada.

Podía decirse que las tinieblas de aquella oscura noche duraron menos que la luz eléctrica, pues los mil relámpagos azulosos y deslumbrantes que se sucedían sin intermisión, iluminaban constantemente aquella siniestra escena, que asustaba á la naturaleza misma, y los estampidos formidables de los truenos se unían unos con otros, sin dar lugar á distinguir la sucesión de las ondas sonoras que se extendían por el inmensurable espacio.

Todo ese cúmulo de ruidos estruendosos de la naturaleza es propio del mar: en la tierra se oye la detonación de la descarga eléctrica, el huracán que brama, el volcán que estalla, ó el terremoto que hace crugir el suelo; pero en el océano todo se oye simultáneamente, y parece que esos ruidos que se reproducen en los mil abismos de sus profundidades compiten á porfía sobre cuál se sobrepondrá á los otros. Agréguese á esto los alaridos y gritos de desesperación ó las plegarias de los pasajeros, capaces por sí solas de aterrar al ánimo más fuerte y varonil, y las descargas de los cañones, si llega el caso de pedir socorro.

Aunque arriadas las velas desde temprano, el buque se alejaba más y más de su rumbo, á pesar de los esfuerzos de la tripulación; y sea que el temor y sobrecogimiento de los muy pocos que no pertenecían á ella los hiciesen huir de aquel espectáculo, sea que su presencia fuese, no sólo inútil sino estorbosa sobre cubierta, los que no eran marinos ni podían ayudar á las faenas, se retiraron al entrepuente desde que la lluvia, que caía á torrentes, comenzó á azotar oblicuamente el barco.

Noche cruel y espantosa! Allí permanecieron los desgraciados en profundas tinieblas, anonadados por el miedo, implorando la misericordia divina en tan terrible trance. Allí estaba también D. Alvaro, que con su serenidad, á lo menos aparente, reanimaba á sus moribundos compañeros; pero consagrando sus últimos recuerdos á sus padres y á Constanza, si aquella noche, como lo creía, había de ser la postrera de su

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vida, después de haberse encomendado muy de veras á Dios y pedídole perdón da sus faltas y extravíos.

Percibíanse arriba las voces de la maniobra, y aunque el barco solía crugir, al fin un estruendo mayor que todos hizo comprender á los refugiados que alguna avería notable había acontecido, y era que, en efecto, uno de los palos se había roto. Aquel estado de capilla se prolongaba cruelmente, aunque la angustia se sobrellevaba con la débil esperanza de que la sentencia se conmutase, puesto que tan largo tiempo el buque había resistido heróicamente. Sin embargo, poco después de media noche se oyó una voz estentórea que gritaba desde lo alto: al esquife! al esquife! el peligro es inminente! sálvense los pasajeros!

Dos diferentes efectos produjeron tan aterradoras palabras en los asendereados navegantes: para unos fueron la trompeta que llamará á juicio, pues de medio muertos que estaban, recobraron toda su agilidad y corrieron sobre cubierta, ganando prontamente la escalera; en otros produjo el efecto de un rayo, y quedaron como petrificados, sin fuerzas ni aliento sino para encomendarse á Dios. Aquéllos se abalanzaron á la obra muerta, ya medio despedazada, buscando la salvación en el esquife; éstos, sin fuerzas físicas ni morales, permanecieron clavados de rodillas en el suelo. D. Alvaro fué el último que subió algunos escalones; pero deteniéndose un momento, reflexionó que el riesgo de entrar en aquel reducido bote era tan inminente, si no más, como el de quedarse en el buque, pues una embarcación tan pequeña cargada de gente, en medio de aquel mar furioso y en la oscuridad de la noche, difícilmente podría salvarse. Sin embargo, vacilando un tanto, subió sobre cubierta, cuando ya el bote se había entregado á las olas.....

Quedóse de pie D. Alvaro agarrado á un poste, y contemplando á la luz de los relámpagos aquel triste barquichuelo que subía hasta las nubes y descendía hasta los abismos como un corcho, y en medio del estallido del rayo y de los mugidos del huracán alcanzaba á percibir los alaridos desesperados de aquellos infelices náufragos, de quienes se despidió con un "Dios tenga piedad de ellos!" para no volver á verlos jamás.....

Resuelto á morir con toda la serenidad y la resignación de un cristiano que sabe que los días del hombre están contados, y que él no puede agregarles ni quitarles una sola hora de tiempo, bajó de nuevo y se tiró sobre las tablas, aguardando el momento decisivo y prefiriendo sumergirse allí prontamente á sufrir la larga agonía de ver venir la muerte paso á paso. Una hora después, cuando ya el agua invadía el casco por

todas partes, un golpe terrible conmovió la quilla, estremeciéndose todo lo que dentro había, é hizo rodar dos ó tres cuerpos humanos que allí estaban exánimes.

El barco se había estrellado contra unas rocas ó arrecifes, peligro previsto por el piloto y que lo había determinado á botar la lancha. Por fortuna á la sazón el viento había calmado un poco, y el mar, aunque embravecido todavía, comenzaba á ceder algún tanto. La quilla se había encajado por la proa entre dos rocas salientes de la costa de un islote, y quedó como engastada en ellas. Aunque el golpe fué violento, poco sufrió con él el casco, y apenas comenzó á aumentar la cantidad de agua que le entraba, principalmente por la parte de proa que se rompió.

Los pocos habitantes del frágil edificio no sabían ni lo que había sucedido ni el peligro que podía amenazarlos: desesperados unos y resignados otros, aguardaban la muerte como aquel que, sentado en el patíbulo, se figura que cada respiración es ya la última, y tiembla deconcertado y sin aliento.

Así pasó algún tiempo, fluctuando entre la esperanza y el temor, aunque con un poco más de quietud y tranquilidad. Guarecido el barco entre las rocas, lo que debiera haber sido motivo de ruina lo fué de salvación, pues ni las olas, que ya amainaban, ni el viento que aplacaba su violencia, lo hacían tambalear á uno y á otro lado. Al fin un débil rayo de luz entró por las ventanillas. Oh gozo! ya amanecía! En vez del bramador huracán se sentían solamente ráfagas de un viento tibio que anunciaba la mañana; se distinguían las aves marinas que volaban de una parte á otra por la costa; el mar se sosegaba después del terrible acceso; la tempestad se había retirado á la hora del alba, y apenas se la oía gruñir de lejos, semejante á un ejército que en derrota hace fuego todavía, aunque débilmente.

Sube D. Alvaro á la cubierta, y al ver la tierra de aquel islote y la inmensa extensión del mar bañados por el primer albor del día: "Bendito seais, Dios mío," exclama hincándose sobre las destrozadas tablas, y alzando las manos al cielo: "Bendito seais, pues que nos habeis salvado!"..... y allí permaneció un buen espacio. La mañana era hermosa, el cielo estaba limpio y despejado, el mar apenas se movía después de tan larga batalla, y brillaba con los primeros rayos del sol que, como á saltos, asomaba su ancha faz por el horizonte como para reconocer el campo; todo era silencio y majestuosa calma, tan imponentes como el estruendoso y terrible espectáculo de la noche anterior.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Cuando D. Alvaro bajó para dar la feliz nueva á sus compañeros de infortunio, ya encontró á algunos de ellos que subían llenos de alegría. Todos se postraron á alabar al Señor, que calma las tempestades del océano y manda á las olas y á los vientos, y al ver la posibilidad de una próxima salvación, lloraban de gozo.

Contemplando estaban los casi resucitados náufragos aquel sublime espectáculo, más bello aún por causa del contraste, reconociendo que se hallaban en una isla pequeña, de las varias que, como migajas de pan, se desprendieron probablemente en otro tiempo del continente, y que están diseminadas por aquel borrascoso mar Caribe, que ha sido la sepultura de tantas naos y de tantos hombres; y se disponían á ganar la tierra saltando trabajosamente sobre la parte saliente de las rocas, cuando uno de los de la partida, marinero de la tripulación que, postrado por una cruel enfermedad, había tenido la dicha de no poder seguir á sus compañeros en el esquife, y, reanimado por tantas contrarias emociones, había experimentado una especie de crisis favorable, subiendo á lo alto de uno de los palos que quedaban en pie, comenzó á gritar: embarcación! embarcación! gente viene! el esquife del navío se ha salvado!.....

No pudiendo trepar todos hasta donde él estaba, luégo que bajó saltaron á tierra, subiendo, no sin gran dificultad y peligro, y ayudados de los mismos cables del barco, por las puntas de las rocas. Desde lo alto de una de ellas vieron, en efecto, allá á lo lejos, dibujarse sobre la superficie del océano un cuerpo que se acercaba más y más. Era realmente una lancha con gente que remaba para alcanzar la tierra donde ellos estaban. El marinero volvió á subir al mástil, y, tanto él como los demás, agitaban los pañuelos para hacer señas á los navegantes.

Al cabo de una hora se aproximó tanto la barca que pudieron reconocer, no sin dolorosa sorpresa, que los que venían eran gente extraña, y que el esquife no era el de su buque. Sin embargo, la alegría de tener nuevos compañeros de salvación ó de infortunio, los hizo saltar á sus cuellos, cuando se vieron juntos, y abrazarlos estrechamente.

Cuando hubo pasado la primera emoción, y vueltos al buque tomaron algún refrigerio de que tanta necesidad tenían unos y otros, se refirieron mutuamente sus peligros, y el modo providencial como ellos habían escapado.

No debiendo estar muy distante, según sus cálculos, el buque en que venían, resolvieron aprovechar el buen tiempo y volver á embarcarse todos juntos para salir en busca de él, como en efecto lo hicieron, llevando todo lo que podían necesitar. Bogaban con empeño y, reanimadas ya sus fuerzas por el alimento y por el aire puro y fresco del mar, varios, entre ellos D. Alvaro, se entregaron al dulce sueño reparador, del cual vino á sacarlos el grito simultáneo de los marineros que habían descubierto el navío en lontananza.

Al cabo de dos horas abordaron el ansiado buque con la alegría del desterrado que vuelve á su patria tras larga y penosa ausencia, y hallaron en él al capitán y demás de la tripulación que no habían querido ó podido abandonarlo, ocupados activamente en reparar las averías que había sufrido, las cuales no eran tan considerables como al principio lo suponían.

En resumen, el buque pudo continuar su marcha, recibiendo en su seno á D. Alvaro y demás náufragos, y con suave brisa favorable siguió su rumbo, aunque desviando algún tanto para ir en auxilio del otro buque perdido y ocurrir á salvar todo lo que se pudiera de los restos que tan mal parados habían quedado en las costas de aquel islote desierto.

No nos detendremos con él en esta operación, y únicamente diremos que al quinto día logró aportar sin contratiempo á la Española, á donde era su destino, y también el de D. Alvaro.

Inmediatamente después de su llegada se presentó éste al Presidente González y puso en sus manos los pliegos de que era portador, y que llevaba siempre consigo para cualquier evento, y al mismo tiempo se puso á órdenes del Magistrado para que le destinase de la manera que fuese más conveniente en caso de una nueva tentativa de los piratas patrocinados por la Reina de Inglaterra.

CAPÍTULO XI.

NUEVAS ESCENAS EN EL MAR.

"Habiendo el Uchalí, bey de Argel, atrevido y venturoso corsario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y éstos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debía en ocasión semejante, salté en la galera contraria."

CERVANTES.

Despachados los asuntos importantes que allí detenían al nuevo Pre-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sidente, y restablecida ya su salud, se embarcó para Tierra Firme, trayendo consigo á D. Alvaro Sánchez de Yebra, al Licenciado Gaspar de Peralta, restituido á su plaza de Oidor, y á otras varias personas de su comitiva ó que venían con destino al Nuevo Reino, entre ellos los Padres Francisco Victoria y Antonio Linero, de la Compañía de Jesús, un Coadjutor de la misma, y otros sujetos notables. El Presidente González, como hombre ilustrado y deseoso de hacer el bien del país que venía á gobernar, había concebido el proyecto de fundar en Santafé colegio de Jesuitas para enseñar las ciencias, promoviendo así la difusión de las luces en la Colonia, en el radio y á la altura que en aquel siglo se hallaban en el Viejo Mundo: sabio proyecto que, aunque por entonces no pudo verlo realizado, por las dificultades que opuso algún tiempo después la falta del Arzobispo—pues á poco de su llegada á Santafé murió el ilustre Prelado Zapata como se verá más adelante—hará recordar siempre la memoria de este buen mandatario con gratitud y aprecio. Estos fueron los primeros individuos de aquella ilustre Compañía que vinieron al Nuevo Reino.

Al segundo día de navegación el navío que conducía al Presidente dió vista á dos barcos que hacían rumbo de Norte á Sur, y que se suponía habrían zarpado de las aguas de Jamaica; y aunque arriados los gallardetes—sin duda desde que avistaron la escuadrilla española—observados con atención, el Capitán declaró que eran sospechosos, y una vez persuadido de ser barcos ingleses y probablemente piratas, se despacharon otros dos de los que convoyaban al principal para darles caza, ó por lo menos para observarlos más de cerca y desvanecer ó confirmar las sospechas concebidas.

Uno de ellos, el más velero, los siguió por largo tiempo sin que pudiese darles alcance, y al declinar el día regresó á unirse con los demás. Por fortuna el tiempo era hermosísimo y el mar se veía apenas rizado en su superficie por una brisa suave que le hacía tomar el aspecto de un inmenso campo surcado para la siembra. El Capitán hizo ejecutar un movimiento fingido, y durante la noche mandó virar de bordo en dirección contraria, á fin de acercarse con probabilidad al rumbo que tomarían los barcos perseguidos. La maniobra surtió su efecto, y al amanecer del día siguiente vinieron á hallarse muy cerca unos de otros.

Los barcos ingleses—que en efecto lo eran—izaron su bandera, y viendo á los otros en disposición de acometerlos, como lo indicaban todos los preparativos que se hacían á bordo, y el empeño de darles alcance, resolvieron afrontar el peligro, ya que no les era dado evitarlo, y defenderse, aunque inferiores en todo. Así, pues, hicieron frente, y contestaron á los fuegos de la *Estrella*, que más de cerca los acosaba.

D. Alvaro había pedido ser trasbordado al *Felipe II*, con ánimo de tomar parte en aquella partida de caza por mar, á que lo llamaba su ánimo esforzado y carácter ardoroso, pensando comenzar aquí el primer capítulo de su gloria: nuevo rumbo en que creía hacer una carrera brillante, ó por lo menos adquirir un nombre que le captase, si no la admiración, por lo menos la benevolencia de los émulos que pudiera tener; y quién sabe si no entraba también en los motivos de esta resolución el despecho mismo que le había hecho abandonar á Santafé y el deseo de olvidar una pasión desgraciada: despecho que luchaba, sin embargo, con una secreta y dulce esperanza!

El combate fué recio y obstinado durante una hora, hasta que al fin uno de los buques enemigos muy averiado, haciéndose agua por todas partes y á punto ya de sumergirse, echó un esquife al agua para salvar la tripulación y ganar el segundo buque que se hallaba más retirado. El piloto de la *Estrella* hizo suspender los fuegos, pues hallándose ya inermes los contrarios y no pudiendo ni aun defenderse, habria sido innecesario descargar sobre ellos la mosquetería para asegurarlos á mansalva. Pronto cayó el *Felipe* sobre el otro buque, averiado tambien algún tanto, aunque no enteramente desmantelado y que había recibido á aquellos infelices, que al poner el pie á bordo, vieron sumergirse el primero.

Abordó la embarcación española su presa que no podía resistir, y aquellos valientes se defendieron con un denuedo digno de mejor causa, matando ó hiriendo á varios individuos de la tripulación, hasta que impotentes por entero, se rindieron, entregando todos los papeles del buque, armas y bastimentos, y fueron trasbordados al *Felipe*, que inmediatamente enderezó la proa al navío en que venía el Presidente, miéntras el otro se ocupaba en recoger el botín de la victoria y en acabar de echar á pique el asendereado bergantín.

Uno de los prisioneros era el jefe de los piratas, y otro el segundo piloto, los cuales declararon, aunque ya lo habían declarado los papeles tomados, que la flotilla armada en una de las Barbadas, constaba de cinco buques, y que la descubierta se dirigía á la de Providencia, donde debía aguardar el resto para emprender desde allí sus operaciones de merodeo en las costas de tierra firme. Mas nada se supo de la proyectada

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

invasión y ataque de la plaza de Cartagena, por lo cual el Presidente, creyéndola libre de toda amenaza y peligro, dirigió su rumbo hacia aquel puerto, á donde llegó felizmente.

Según el derecho de la guerra, los españoles lo tenían perfecto para colgar á aquellos piratas de uno de los palos de sus navíos, haciendo así un escarmiento, y no teniendo otra cosa que esperar de estos beduinos del mar, si la suerte les hubiera sido contraria; pero prefirieron conducirlos á tierra, donde el escarmiento de la ejecución podría ser más notorio y trascendental y surtir más saludables efectos á la vista de toda la población, que no allá en medio de la soledad del océano. Proponíase también el Presidente que estos desgraciados tuviesen tiempo suficiente para arrepentirse de sus crímenes y extravíos, y que, reconciliados con Dios, abjurasen de sus errores y se convirtieran á la verdadera fe.

Juzgados, en efecto, y sentenciados á muerte los principales de ellos, se había fijado día para la ejecución, y, tanto los dos sacerdotes que habían venido á bordo como los que entonces residían en aquella ciudad, hacían esfuerzos para catequizarlos, á lo cual se rindieron todos, menos el Capitán, que no podía sobrellevar la humillación de verse prisionero, y que por lo visto no tenía más creencias que la de robar y merodear. Se supo después que él había sido uno de los que habian acompañado dos años antes al bandído Drake en el saqueo de Cartagena, y que era el encargado de incendiar el convento de San Francisco, si no se rescataba especialmente, pues decían que no había entrado en las capitulaciones anteriores por estar fuera de la ciudad, por lo cual tuvieron los frailes que comprar al ladrón su propio convento, dándole mil pesos y cuatro campanas.

La víspera de la ejecución, hallándose el Gobernador de la plaza en su despacho, se presentaron á él el padre Victoria y dos religiosos franciscanos, acompañados de D. Álvaro, y pusiéron en sus manos un memorial, firmado por varias personas respetables, en que le hacían presente que, supuesto que los piratas apresados habían sido puestos á disposición de la autoridad desde el día de su llegada, y que ésta era dueño de administrar justicia ó gracia, ocurrían á él solicitando el perdón y libertad de los reos, acto de magnánima clemencia, con el cual quedarían más escarmentados que con un castigo ya innecesario, puesto que habían perdido sus buques y lo que en ellos traían, y que, arrepentidos y enmendados, podrían ser útiles en adelante con la experiencia de lo que les había sucedido. El Gobernador hizo leer el memorial que decían los peticionarios

era urgente, y guardando silencio por algún rato, dijo después: "se proveerá;" pero antes de retirarse, tomó D. Álvaro la palabra y dijo:

—Señor, si me es permitido agregar algo verbalmente al contenido de esa petición, haré presente á V. E. que se le viene á las manos una ocasión de ejercer, entre muchas, una acción de noble clemencia, en nombre de nuestro augusto Soberano, cuya corte está hoy de gala por los faustos acontecimientos, de que tiene noticia el Excelentísimo señor Presidente del Nuevo Reino, y de que V. E. estará impuesto: la reunión de las coronas de España y Portugal por la muerte del Rey D. Sebastían. Este feliz acontecimiento será celebrado, como es debido, con grandes fiestas en esta plaza, y en Santafé, y puesto que no tardará esto en tener lugar, juzgo que sería un buen principio y digna introducción de tan justos regocijos el conceder el perdón á los enemigos de España que tenemos en nuestro poder y darles la libertad.

Hizo tanta fuerza en el ánimo del Gobernador este razonamiento que no pudo menos de manifestar con su ademán la aprobación que le daba; y despedido D. Alvaro y los que con él iban, reunió inmediatamente á los de su Consejo, los cuales tenían ya noticia del proyecto. y manifestaron que el Obispo lo apoyaba. Consultóse con el Presidente González, y éste manifestó que no hallaba inconveniente en que se accediese. Pero no interesó menos al Gobernador el ver que aquellos mismos religiosos franciscanos, cuyo convento habían pretendido destruir los filibusteros y que habían tenido que rescatar con no pocos quebrantos, eran los primeros en ocurrir implorando gracia para éstos, con lo cual daban un espléndido ejemplo de caridad cristiana, de perdón de los enemigos y olvido de las injurias: rasgo no menos tierno que elocuente, y que demuestra lo que son los corazones donde reinan las virtudes evangélicas.

No se quedaba atrás D. Alvaro en generosidad é hidalguía, pues habiendo sido herido, aunque levemente, en un brazo, en el sangriento combate en que luchó con aquellos desalmados, quería vengarse del mal que le habían hecho, pagándolo con un bien.

Considerado el negocio con detención, se acordó el "como piden," y al siguiente día se publicó por bando el acuerdo que disponía las fiestas reales, en celebración del feliz suceso de que se ha hablado, el cual servía de motivo y fundamento para la libertad de los reos, exceptuando solamente al jefe de ellos, el cual debía permanecer preso en las fortalezas hasta que hubiese ocasión de darle otro destino.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Parecía que el cielo hubiera querido premiar en cierto modo esta buena acción de D. Alvaro, pues aquel mismo día recibió una carta de su amigo D. Juan de Guevara, de quien se había separado en Santafé, y rogádole que le escribiese para darle noticia de todo lo notable que ocurriera, y sobre todo de lo que con gran reserva y cautela lograse indagar acerca de la familia de Urrego, sobre lo cual debería informarse con maña y prudencia con el Curro, que era la única persona que se hallaba en posición de rastrear algo sin comprometer la tranquilidad de aquella casa para él sagrada. Entre otras muchas cosas le decía D. Juan:

—"Gran lástima es que no estéis por acá en estas tierras donde tanto os holgábais hace poco tiempo, disfrutando la dulce clima de esta cibdad, y sus noches serenas y apacibles, cuando á la luz de la luna me acompañábais por esas calles, ó mejor, me acompañaba mi bien templada vihuela con que divertiamos las veladas; que ya desque os ausentásteis creo que será mi pobre instrumento, nido de ratas y de arañas, y mi voz no acertará á salir de la garganta. Porque quiero que sepais, amigo D. Alvaro, que la mejor y más entonada voz se pierde si no se ejercita, y mucho más si le falta el arrimo de la guitarra que la anime y estimule."

"Y ya que tuve ocasión de hablaros de esto, no la dejaré pasar sin deciros que una cierta persona que vos debéis de conocer, según lenguas que he tomado de un nuestro amigo, vive muriendo de aquel mal de que vos también fuísteis acometido, epidemia que con tanta facilidad prende en la gente moza, por el natural ardor de la sangre. Sabed, pues, que aquella palidez y tristeza de que os habló el amigo, son síntomas que no han desaparecido aún, y que anuncian agravación del mal. Él la vió un día acariciando su linda guacamaya y haciéndola repetir ciertas palabras muiscas que me enseñó, y que ya se me han ido de la memoria. No sé qué misterio se encerrará en esto. Pero yo en mejor y más alta ocupación la vide hoy mismo, y fué en el templo comulgando con gran devoción y fervor, y alzaba las manos de nácar ó las cruzaba sobre el pecho, como en guisa y ademán de dar gracias á Dios por algún gran beneficio....."

Al llegar aquí D. Alvaro se detuvo, y mirando la fecha de la carta, se quedó pensativo, y era que estaba echando sus cuentas, hasta que, dándose una palmada en la frente, exclamó: El mismo día! sí! no hay duda: el mismo día en que daba yo gracias en el templo de Santa María... y ella rogaba sin duda por mi salvación! tal vez á la misma hora... Ah! cuán feliz soy! Gracias, Dios mío, porque quisiste unir en aquel instante nuestras almas con un lazo invisible y misterioso!

CAPITULO XII.

LLUEVEN BOFETONES.

> "Finalmente llegó un día el correo con la noticia del fusilamiento de los patriotas. Caldas ya no existía! La señora Tenorio, tía de éste, á quien el Virrey Sámano había prometido interceder por el célebre astrónomo, en medio del profundo dolor que ocultaba varonilmente, se presentó de nuevo á Sámano vestida de riguroso luto, y sin anunciarse, ni saludarle, se le acercó, y le dijo con energía: "Es usted un infame, que ha faltado á su palabra; y el que tal hace con una señora, sólo ésto merece;" y levantando la mano, le dió un ligero revés en presencia de los que le rodeaban, y se retiró con la misma dignidad."
>
> GROOT.—*Historia civil y eclesiástica.*

Hemos dicho que uno de los motivos que determinaron al Presidente González á conducir á Cartagena á los piratas fué el de hacer nuevas y prolijas indagaciones sobre la proyectada expedición invasora de que tanto se había hablado, y en efecto, se hicieron con toda la acuciosidad que el caso demandaba, tanto por las autoridades como por otras personas comisionadas al efecto. Una de ellas era D. Alvaro, que, aunque acometido de un principio de fiebre, ocasionada tal vez por la herida, aunque leve, que había recibido en un brazo, no dejaba de entrar diariamente á las prisiones.

Pero no era éste sólo el objeto que allí lo llevaba. Desde el día del combate naval había reparado en uno de los prisioneros, que por su extrema juventud, pues apenas contaría quince ó diez y seis años, por su belleza y aire distinguido le había llamado la atención, y lamentaba que en tan temprana edad estuviese ya afiliado en la profesión pirática. Parecía que ambos habían simpatizado, pues el joven miraba también con atención y agrado al apuesto y bravo caballero, á quien creía haber visto interponerse para defenderlo después de rendido.

No pudo menos D. Alvaro de interrogar al mozo en una de sus entrevistas acerca del extraño motivo que hasta allí le había conducido, á lo cual repuso éste:

—Raras son mis aventuras y largas de referir.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Cómo! replicó D. Alvaro, apenas os apunta el bozo, y ya son largas de referir vuestras desgracias!

—Lo son en efecto, en mi edad, y, si no lo habéis por enojo, os haré una breve narración de ellas.

—Que me place, dijo D. Alvaro, y, acercando su asiento al del mancebo, recogió toda su atención para escucharle.

—Soy inglés, dijo, y hablo el español porque, como ya os he dicho, residí con mi padre tres años en Madrid, siendo todavía niño. Estando éste para morir me recomendó al conde de Essex, que le debía no pocos favores en las últimas guerras, y él me recibió á su servicio en calidad de pajecillo, pues apenas contaba catorce años. Con este motivo fuí introducido en la corte de la Reina Isabel, y tuve ocasión de conocer allí de cerca á varios de los personajes que en ella figuraban.

Pusiéronme desde luégo ricos vestidos de terciopelo y seda, bordados, con anchas valonas y bocasmangas de valiosos encajes flamencos, grandes lazos de cintas de colores, cadena de oro al cuello, largas y perfumadas melenas, y, en fin, todo el arreo de un paje de alto coturno. Acompañaba al señor conde á los saraos y besamanos, á las danzas y festines y con entrada libre en la corte y palacios reales, le seguia por dondequiera, como la sombra sigue al cuerpo, en compañía de otros dos rapazuelos de mi edad.

El conde de Essex ha sido, como sabeis, el valido ó favorito de la Reina, en reemplazo del Duque de Leicester, que falleció hace poco tiempo; pero el noble conde, joven altivo, aunque de relevantes prendas, parece que no ha sido tan galante y humilde con *Su Graciosa Majestad*, como ésta hubiera querido que lo fuese su gracioso favorito, lo que sin duda impidió que de su soberana viniese á convertirse en su esposa.

—No era eso sólo, interrumpió D. Alvaro: la obstinación de Isabel á aceptar un marido es invencible, tanto que ha prohibido formalmente que se le hable de este asunto, y ha desechado las instancias del Parlamento para que elija un esposo.

—Ya! no se sentirá con vocación para casada, y cada uno es el mejor juez de sí mismo en esta materia. Como decía, casi diariamente íbamos á la corte, donde permanecíamos luengas horas, en la más dulce vagamundería que puede imaginarse. La Reina tenía su gabinete privado donde recibía á los Ministros y otros personajes cuando no era ocasión de ceremonia, y á nosotros los pajecillos de escaleras arriba, como verdaderos guardias de las personas de nuestros patrones, y especie de apéndice ó posdata suya, se nos permitía hacer antesala, por lo que de pronto pudiera ocurrir, en una cámara contigua á la de la Reina.

Allí nos entreteníamos, á veces hasta ocho ó diez de nuestra misma profesión, en jugar de manos, echarnos zancadillas cuando estábamos desprevenidos, darnos porrazos en las espaldas cuando hacía frío, todo procurando guardar un forzado silencio para que nuestra algazara no se percibiese en la cámara contigua. Y no se hacía más caso de nosotros que de los perrillos falderos, que venían á amenazarnos hasta la puerta divisoria ladrándonos tenazmente, y cuya rabia provocábamos nosotros rasguñando la puerta, ó llamándolos en voz baja, hasta que recibían reiteradas y reales órdenes de volver á sus respectivos puestos. Y aun allí, enroscados sobre los muelles cojines de terciopelo, todavía gruñían, conteniendo su mal disimulado prurito, sólo por respeto al lugar.

En ocasiones, y era lo más común, formábamos corros para hablar sandeces, referir anécdotas ó comparar nuestros vestidos, y casi siempre nos divertíamos en hacer muecas delante de los grandes espejos de la sala, ensayando en ellos los saludos graciosos y elegantes que habíamos de hacer á las damas, á imitación de nuestros señores.

Un día me hallaba yo solo en la antecámara con dos pajecillos de palacio; éstos se habían acercado á una ventana para ver de cerca los caballos que sacaban de las cuadras los caballerizos y que se habían alborotado un poco, y mientras tanto alcancé á percibir que hablaban en voz alta en el gabinete de la Reina. La curiosidad propia de mi edad llevóme naturalmente á la puerta, que, contra la costumbre infalible de cerrarla, se hallaba un tanto entreabierta, y asomándome por la estrecha abertura ó rendija que dejaba, pude ver á la Reina de pie, y cerca de ella la hermosa figura del conde, mi señor. La fisonomía de Su Majestad parecía animada, le brillaban los ojos y el rostro se le encendía. Apliqué indiscretamente el oído, y percibí muy bien su voz que decía:

—¿Y creeis que ese miserable católico sea mejor que un protestante?

—Señora, respondió en tono más bajo el joven conde, Vuestra Majestad podrá saberlo tal vez mejor que yo.

Esta respuesta, que era probablemente alguna alusión picante, irritó de tal manera á la arrebatada Reina, que, levantando la mano, le dió un revés en la mejilla.....

Fué tal la sorpresa que esta escena me causó, que me retiré asustado y vine á mis compañeros con el dedo puesto en la boca.

—Amigos, les dije en voz baja, apoyando ambas manos sobre sus hom-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bros y mirando azorado á todos lados: la Reina ha sacudido al conde!.....

—Cómo sacudido!!

—Sí tal, le ha dado un revés con la mano en el carrillo. Lo he visto con mis ojos.....y disputaban.

—Vaya! eso sería de burlas.

—No tal! Su Majestad no es amiga de retozos, como nosotros.

Y maquinalmente nos dirigimos en puntillas á la puerta por curiosear el fin de aquella aventura; pero apenas asomamos las narices vimos al conde que ya se retiraba dirigiéndose á la misma puerta, y entonces corrimos como conejos al ángulo más retirado de la sala, y allí fingimos estar departiendo tranquilamente.

Cuando el conde salió estaba agitado y tenía la fisonomía demudada; lo miramos con disimulo, pero con maliciosa curiosidad, y yo noté muy bien un punto colorado en su mejilla izquierda, rasguño hecho probablemente con alguno de los grandes anillos de la Reina.

Retirámonos inmediatamente y no volvimos á palacio en varios días, habiendo sido acometido mi señor de un fingido mal que no quería él que le permitiese salir de casa. Y en verdad que lo sentía yo en la mitad de mi alma, pues me hacía falta la ociosa ocupación de las antesalas, la crónica alegre de los pajes, y las uvas y almendras que de vez en cuando solían regalarnos las camareras y sirvientes, con otros gajes que siempre recogen los que forman la cola de los grandes señores, espigando inocentemente en el anchuroso y rico campo de los palacios.

Devanándome los sesos sobre la misteriosa aventura de que había sido testigo, y temeroso de un rompimiento y declaratoria de guerra entre las dos potencias, antes aliadas y amigas, conservaba, sin embargo, alguna débil esperanza de un acomodamiento, y tal vez de un tratado de paz que, asegurando la del reino (que muchas veces, aunque negocio de interés público, suele depender de un privado), asegurase también la del conde de Essex y la mía propia, tan íntimamente ligada, por arte de calabazas, con la fortuna próspera ó adversa de la corte de San James.

Esta situación indefinida no podía durar: las tres personas mejor halladas, más felices y contentas de la Gran Bretaña—la Reina, el conde y yo—por una peripecia repentina, por alguna palabra impertinente, iban quizá á trocar sus papeles, y á verse de la noche á la mañana, de orondos y satisfechos, acongojados y mohinos, y tal vez en vísperas de grandes desventuras.

Fluctuaba yo entre el temor y la esperanza, aunque la edad juvenil

poco ó nada se cura de estos achaques de privanzas y desgracias. Pero desventurado de mí! que mi inexperiencia no me permitió medir el abismo en cuya orilla me había colocado mi indiscreción, ni las consecuencias de mi temeraria curiosidad, y aun más, de mi debilidad en charlar con mis compañeros lo que en mal hora había visto y oído, pues que la anécdota, como el vientecillo sutil que penetra por todas partes, fué difundiéndose rápidamente por todas las regiones oficiales, y de allí descendió á las extra-oficiales. Alguno de los pajes lo refirió á su señor ó señora, éste ó ésta lo repitieron en reserva á otro ú otra, no menos discretos y reservados, y al fin, siendo yo el primer eslabón de la cadena en contacto con el conde, éste vino á saberlo por un último eslabón que lo trajo á sus oídos, y conoció, aunque tarde, que su deshonra, si la había, ó por lo menos su vergüenza, era ya pública, no sólo en Londres sino en todo el reino.

Al fin sucedió lo que tenía que suceder: que el conde me llamó y me puso en confesión sobre lo que yo supiera acerca del origen de aquel rumor, y qué parte hubiera tenido en él, pues se me atribuía, no injustamente, ser su autor. A sus primeras preguntas guardé un obstinado silencio, que podía interpretarse por sorpresa, vergüenza ó culpabilidad, y durante dos minutos le dí treinta vueltas entre las manos á mi gorra de terciopelo, y mi rostro cambió otras tantas de color.

Por un momento estuve en vilo de negar la verdad; pero por fortuna recordé de súbito las palabras que mi padre me repetía con frecuencia: "un inglés no miente jamás;" y aquellas otras de mi buena madre, (que Dios haya): "un cristiano no miente ni aun en chanza." Y yo, á fuer de inglés y de cristiano, pujé cuanto pude para no dejar salir de mi boca la mentira... Confesé de llano en plano, creyendo que esta tardía sinceridad me valiese la clemencia del conde... Pero me engañé: irritado éste por la falta que había cometido, me echó en cara mi mezquindad y mal proceder, y me dijo: ¿no sabes que todo lo que pasa en palacio debe ser secreto, y que todo secreto de palacio es secreto de Estado? Cara te ha de costar tu imprudencia, villano rapaz, paje malandrín, pues desde ahora te despido de mi servicio y te destierro de Londres.

Iba yo á hacer alguna observación respetuosa, pero balbucié algunas palabras tan desmañadas, que, interrumpiéndome el conde, me impuso silencio y agregó:

—Y para que lleves la pena del talión, toma!..... y me dió un fuerte papirote que me dolió más en el corazón que en el carrillo.

Retiréme inmediatamente, lleno de confusión, de rabia y de vergüen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

za, pero conocí que la política y el sistema penal de aquella corte tenían á lo menos la ventaja de ser iguales para grandes y pequeños, y que el mismo derecho tenía un conde que un paje para recibir un soplamocos, sin decir esta boca es mía.

Aquel día lo fué de bofetones. Entre los pajes que asistían á palacio había un mozo que lo era de Lord Sidney, con quien traíamos antigua y cordial antipatía por su carácter truhan y grosero. Al pasar por la pieza inmediata me lo hallé allí aguardando la ocasión de dar al de Essex una carta que le traía de su señor. Al verme salir lloroso y mohino, comenzó á burlarse de mí; y, no estando yo en aquel momento de humor de sufrir el suyo, le dí un torniscón que él me contestó con un puntapié; díle la revancha, pagome en la misma moneda, y héteme aquí entablada la lucha, sacudiéndonos en un santiamén diez ó doce golpes, que pudieran haber lucido en el circo de los *boxeadores* más afamados en el pugilato.

Al ruído de la pelotera acudió el conde, y viendo en su casa aquella insólita escena, me repitió desde la puerta la sentencia de deportación en justo castigo de mis insolencias, y yo salí más que de priesa de aquella casa de la cual me despedía para siempre, no sin pena, pues en ella había pasado los mejores días de mi vida.

CAPÍTULO XIII.

DONDE SE DA FIN Á LAS AVENTURAS DEL PAJECILLO.

Al cabo se ha cumplido mi deseo.
Ya me tienes, amigo, sin empleo,
Se admitió mi renuncia esta mañana
Y puedo hacer lo que me dé la gana.

VARGAS TEJADA.

Déjame al menos, deja que respire...
Ay! tú no has sido, Aurelio, desdichado;
No sabes, no. qué bálsamo es al alma
El consuelo de un Dios que seque el llanto
De tus ojos, que escuche tus suspiros,
Cuando te ves del mundo abandonado!

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

—Ya tenéis, señor, al ex-paje,—continuó éste con su habitual buen humor, recorriendo las oscuras y nebulosas calles de Londres, y buscando despechado el modo y la ocasión de salir de este laberinto, quiero decir, del doble laberinto de esta intrincada ciudad y de aquel en que impensadamente me había metido mi atolondramiento é indiscreción. El noble conde de Essex había perdido probablemente la gracia de la Reina Isabel; pero tenía esperanza de recuperarla, aunque no le importase gran cosa, pues al fin se titulaba *Su Graciosa Majestad*. Yo había perdido la del conde, pero ni podía, ni quería volver á ella porque mi orgullo tiene muchos quilates. Además, ardía en deseos de conocer el mundo, de viajar largamente; mi carácter entusiasta me hacía participar de la fiebre de las expediciones lejanas y de los descubrimientos, que en este siglo se ha apoderado de todos los espíritus. Había oído contar maravillas de la América, y me figuraba que aquí las montañas eran de oro y los valles de esmeraldas; todas las bellezas fabulosas de sus ríos, bosques é islas encantadas, de sus climas primaverales, de sus frutas deliciosas, de sus aves canoras, me hacían suspirar por este soñado paraíso, que, como los cuentos de las Hadas, me quitaba el sueño en ocasiones.

Me dirigí maquinalmente al Támesis, en cuyas aguas estaban á la sazón surtos multitud de barcos de todos tamaños y formas, semejantes á garzas gigantescas que se solazan al sol con las patas metidas dentro del agua; otros cruzaban en todas direcciones el río, dejando una huella ó rastro como el que dejan los patos cuando nadan. La vista de tantas embarcaciones me ensanchó el alma y aguijó en mí el deseo de viajar. Fuí á la oficina del puerto donde se lleva el registro de los buques que entran y salen, y tomé nota del nombre del capitán de uno de los mercantes que salían dentro de tres días. Ocurrí á él para que me recibiese á bordo; pero, no pudiendo hacerlo como pasajero porque mis muy escasos ahorros no me lo permitían, le ofrecí mis servicios. No debió de disgustarle mi porte, según pude colegir, y en pocas palabras nos arreglamos, recibiéndome él en calidad de aprendiz de grumete, condición bien triste por cierto, pero que me daba esperanzas de que, si el viento del mar y el de la fortuna nos soplaban favorablemente, podría aspirar á más altos destinos, si es que los hay más altos en un buque que los de un grumete que trepa hasta las gavias y puntas de los mástiles.

El viaje del *Unicornio*, que así se llamaba el barco, era para América, con destino á la Virginia, en donde á la sazón se está formando una colonia inglesa, y á donde se trasladan diariamente muchas personas, huyendo de las persecuciones religiosas que se han encendido en Inglaterra.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Así que, entre los varios pasajeros que venían á bordo se hallaba un sacerdote católico que ocultaba cuidadosamente su carácter hasta donde le era posible, y dos señoras, que al parecer pertenecían á alguna congregación religiosa.

Todo iba bien hasta allí; pero cuando la suerte se declara contraria no hay medio de hacerla cambiar. El capitán, según vimos después, era un hombre ordinario, díscolo, grosero y vicioso, que trataba indignamente á sus huéspedes y subalternos, que juraba, renegaba y maldecía, y que por remate de tantas buenas cualidades, se embriagaba diariamente. Así, pues, en vez de captarse la estimación y benevolencia de los pasajeros, se hacía aborrecer de todos por su carácter altanero y sus modales soeces.

En los dos primeros días de navegación procuró ocultar con aparente afabilidad circunstancias tan poco dignas del jefe de un buque, que es, como si dijéramos, el dueño de casa, cuyas atenciones y cuidados deben ser tanto más solícitos cuanto que en alta mar está uno como en tierra extranjera, peregrino en los desiertos del océano, destituído de todo amparo, y por consiguiente, los deberes de la hospitalidad y los lazos de la caridad se hacen más y más estrechos á proporción que la tierra se aleja, y se halla uno mano á mano con la inmensa soledad.

Al tercer día el hipócrita capitán se desquitó de su forzada abstinencia y se embriagó á sus anchas, y la misma escena se repitió en los días siguientes. Por fortuna el tiempo era bellísimo y sereno y no había peligro próximo. Al octavo día los pasajeros, y aun la tripulación, estaban tan desagradados con la conducta de este mal hombre, con sus reniegos y juramentos, que ya habían resuelto amarrarlo en primera ocasión, si continuaban sus excesos y confiar el mando del barco al segundo, que era hombre entendido, y más accesible y comedido que el otro, y daba á lo menos garantías de que en un día de peligro salvaría el buque y á los pasajeros.

Todo estaba preparado, pero por fortuna un incidente imprevisto vino á hacer innecesario un paso extremo, tan atrevido como desagradable. El capitán se vió acometido repentinamente de una fiebre violenta que lo postró desde el primer día, en términos que no pudo volver á salir de su camarote. Conservó, sin embargo, sus facultades en buen estado, á pesar del delirio que por intervalos lo trastornaba. Algunas personas intentaron por caridad ocurrir á prestarle algún servicio, pero eran despedidas brutalmente, y por fin resolvieron abandonarlo á su suerte.

Un día, movido, no menos por compasión que por curiosidad, me

arriesgué á asomar las narices en el camarote, y, llamándolo en voz baja, le pregunté si necesitaba algo. Contestóme con una especie de rugido semejante al de un tigre enjaulado: "Vete al diablo!" y antes de que me tirara con una bota que iba á coger, me escabullí. Pero insistí el mismo día por la tarde en ir á verle, y como no respondió á mi llamamiento, me aventuré á acercarme al lecho, creyéndolo muy postrado.

—Señor, le dije, vengo á ver en qué puedo serviros. ¿Queréis alguna cosa?

Abrió los ojos y mirándome fijamente, me dijo:

—Estoy muy malo.....Voy á morirme.

—Tal vez no será tanto el peligro, le repliqué. Dios querrá que os mejoreis.

—No!...estoy muy malo...

—Aceptad algún remedio, una tisana.....

Nada respondió.....

—Un vaso de agua siquiera.....

—Bien! dijo vacilando un rato..... traeme un poco de agua con ron.....y azúcar.

No me lo acababa de decir cuando salí gozoso á traer el agua, y á dar á las dos señoras, que se informaban conmigo del estado del enfermo, la noticia de que la fiera parecía amansarse un tanto, y darse á partido. Cuando yo volvía á llevarle el agua me suplicaron que explorase con prudencia el campo, y le insinuase que deseaban verlo y servirle en algo.

El capitán se abalanzó al vaso y se bebió de seguida toda el agua.

—Gracias, me dijo. Tengo mucha sed, la fiebre es terrible. Voy á morirme.....todos me han abandonado.....

—No, señor, le repliqué: al contrario, todos nos interesamos por vos. Las señoras especialmente, se informan con frecuencia... y desean estar á vuestra lado para serviros.

—Que se vayan al infierno!

—Pero, señor, si pensáis que en efecto vais á morir, ¿qué se pierde en que ellas vengan á aliviar vuestras dolencias y á haceros compañía? Son tan buenas, tan dulces!...me preguntan por vos con tanto interés...

Hícele otras reflexiones cariñosas, y al fin convino con alguna indecisión en que entrasen. Al retirarme me dijo:

—Traeme unas naranjas... apetezco las cosas frescas... tengo mucha sed...el agua me ha hecho bien...

Las naranjas me vinieron perfectamente como pretexto para la intro-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ducción de las *Hermanas*, que así las llamaré, pues, en efecto, pertenecían á una congregación religiosa. Las apetecidas frutas les sirvieron de pasaporte, y después de dulces y consoladoras palabras, y de un corto diálogo las señoras lograron calmarlo un poco.

En suma, para no fastidiaros con mi relación, os diré, que así como yo tuve la fortuna de ser el introductor de estas buenas señoras, verdaderos ángeles en carne humana, ellas la tuvieron de ser las felices precursoras del incógnito sacerdote católico que venía á bordo; y aunque parece que el reacio capitán recibió su indicación con el consabido estribillo: "que se vaya al diablo!" ellas con prudente cautela y con tiernas é insinuantes palabras, lograron vencer la pertinacia de su carácter de hierro; y al fin se lo presentaron en uno de aquellos momentos en que, recobradas algún tanto las fuerzas, y libre del delirio que lo atacaba, se hallaba más calmado y accesible.

Excuso deciros lo que pasó en estas conferencias, porque vos podéis figuraros, mejor de lo que yo pudiera pintaros, estas interesantes escenas, esas luchas de la gracia con el espíritu de soberbia y de obcecación.

Pero lo más curioso que hay en esta historia y en el desenlace de este drama, es que, si en el ánimo del capitán hizo alguna fuerza el considerar que una religión que tiene tantos consuelos para todos, y especialmente en aquella hora terrible, y que cuenta en su seno personas tan santas, tan caritativas y desinteresadas, no puede menos de ser la única religión verdadera; así yo también, movido por las mismas consideraciones, convencido por las razones y argumentos indestructibles que había oído, é impresionado fuertemente por el tierno espectáculo que había presenciado en el estrecho camarote del capitán, no pude menos de postrarme en tierra, formar la resolución de hacerme católico, y besar reverentemente el pequeño crucifijo que presentaron al enfermo.

En efecto, al siguiente día no más, supliqué al sacerdote que me instruyese de todo lo necesario para cuando llegásemos á tierra, pues deseaba hacer mi profesión de convertido.

El mismo sacerdote poseía algunos conocimientos en medicina, y del botiquín que llevaba comenzó á hacer algunas aplicaciones al enfermo, las cuales lo mejoraron notablemente; y esto, agregado á los cuidados de las señoras, hizo que en pocos días estuviese fuera de peligro, de suerte que cuando tocamos en las costas de Jamaica ya estaba convaleciente.

Repuesto del todo el capitán y en disposición de continuar su viaje, se hizo á la vela pocos días después con todos los demás compañeros,

excepto yo, que, á mi turno, caí gravemente enfermo, y me fué forzoso permanecer allí en un hospital porque mis exiguos recursos no me permitían otra cosa. Restablecido al fin, y habiéndoseme proporcionado seguir á Méjico al servicio de un director de minas, nos embarcamos en un buque mercante español, y á mitad del camino fuimos asaltados por piratas ingleses que nos quitaron cuanto llevábamos y nos hicieron seguirles incorporados con ellos en la profesión, hasta que vosotros nos dísteis caza en la travesía y, á vuestro turno, nos vencísteis y aprisionásteis para traernos á esta ciudad, resolución que Dios bendiga y premie, pues de otro modo habríamos sido víctimas de los españoles, después de haberlo sido de los ingleses.

Esta es la breve historia de mis aventuras, ó mejor diré, desventuras, pues desde el infausto día del soplamocos de la Reina no he contado otro feliz sino el de mi arribo á Jamaica. Aquí tenéis, pues, señor, á un pirata inocente, á un delincuente honrado, que se complace en manifestaros su profunda gratitud por vuestros buenos oficios, y os desea la más completa felicidad. Ojalá pueda pagar algún día deuda tan sagrada!

CAPÍTULO XIV.

SOLEMNE ENTRADA Y RECIBIMIENTO.

> Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recibirle: tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luégo con otras ceremonias le entregaron las llaves del puoblo, y le admitieron por perpetuo Gobernador de la ínsula Barataria.
>
> CERVANTES.

Gran satisfacción causó á D. Alvaro la relación del mozo, que le había interesado por más de un motivo: su candor é ingenuidad, su buen humor, y sobre todo su excelente corazón y bellos sentimientos despertaron en él un afecto y simpatía tales que, alargándole la mano y estrechando la suya, le dijo: buen joven, desde ahora podéis contar conmigo y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

con mi amistad; vuestra narración me ha interesado sobremanera, y, si puedo seros útil, me holgaré mucho en ello.

Y tan sincero era este deseo, que antes de regresar á Santafé le propuso que le acompañase, que allí la fortuna le abriría tal vez camino para mejorar de suerte; á lo cual el novel marino, después de reflexionarlo, accedió gustoso, vista la buena voluntad de su protector y la halagüeña descripción que del interior del país le hacía.

—Pero he olvidado vuestro nombre, agregó D. Alvaro.

—Hasta la aventura que os he referido, ocurrida en mitad del océano, me llamaba James White; desde aquel día en que me trasformé enteramente quise mudar también de nombre, y me llamé Santiago Blanco, que es la traducción española del que he usado hasta ahora.

Con lo cual quedaron en hacer juntos el viaje, y D. Alvaro fué á informar de lo ocurrido al Gobernador, que ya por su parte tenía noticia de hallarse en el mismo caso de éste algunos otros de los prisioneros, lo cual vino á justificar más y más la acertada resolución de perdonarles la vida, pues hubiera sido una temeraria injusticia, y aun más, un crimen atroz, castigar á los que eran inocentes.

Entretanto la presencia del nuevo Presidente se hacía cada vez más necesaria en Santafé, donde el Gobierno, acéfalo en cierto modo y ejercido provisionalmente por la Audiencia, reclamaba al legítimo magistrado que, con instrucciones suficientes, viniese á poner arreglo en los negocios, á conciliar los ánimos desavenidos, y á ser el faro y esperanza de todos y la prenda de la paz general. Aguardábale, pues, con ansia, y aun con impaciencia, el pueblo, que se prometía hallar en él un padre, sobre todo desde que habían llegado á su noticia las buenas prendas y excelente carácter del futuro mandatario.

Y no se engañó, que el Presidente González fué uno de los mejores que tuvo el reino, por su ilustración, su amor al país y su genio suave y accesible. Atestíguanlo así las varias obras públicas que acometió durante su edilidad, entre ellas, y no la menos importante, el establecimiento del puerto de Honda, que dió vida y animación al comercio que se hacía ya por la nueva vía del Magdalena.

No pudiendo detenerse en Cartagena más tiempo que el indispensable para hacer la visita de la plaza y sus dependencias y para dictar ciertas medidas que creyó convenientes para su buen gobierno y defensa, sin aguardar á las fiestas que se preparaban, partió para la capital en compañía de los tres padres y de las demás personas de su comitiva y servidumbre. D. Alvaro debiera haberle acompañado también; pero una comisión importante que le había dado el mismo Presidente, y sus fuerzas quebrantadas por una fiebre, agravada tal vez por la irritación de la herida, aun no bien curada, y que en un clima cálido como aquél debía naturalmente exacerbarse, le impidieron regresar tan pronto como él y otras personas hubieran deseado. Esta misma causa le estorbó también gozar de los espectáculos y regocijos públicos que días después celebró la ciudad, pues durante ese tiempo estuvo reducido á la cama, falto de fuerzas de cuerpo y alma.

Dejémosle en aquella hermosa y siempre hospitalaria ciudad, emporio entonces del comercio de las Indias occidentales, y patria de tantos hombres ilustres, mientras se repone de sus males, en los cuales le fué de no poco consuelo la presencia y compañía de su nuevo amigo, el honrado aprendiz de pirata, el cual le servía con fraternal cariño y solícito esmero y le divertía con su charla agradable y candorosa.

Dejemos á éste también en compañía del protector que la suerte le había deparado en reemplazo del noble conde de Essex, mientras puede emprender con él la subida del Magdalena, que más adelante volveremos á encontrarlo para decirle el último adiós.

La próxima llegada del Presidente, precedida de la fama de sus buenas cualidades, alborotó á la gente en Santafé, donde se hicieron grandes preparativos para recibirle de una manera digna de su persona y de su carácter público.

Para una Colonia como ésta, cuya vida de ordinario tranquila y monótona hacía que se diese grande importancia á cualquier acontecimiento algo notable, la llegada de un Oidor, el nombramiento de un nuevo Prelado, un pleito ruidoso, un escándalo cualquiera, daban materia para la conversación general, y eran la comidilla de la población durante varios días. ¡Cuánto más lo sería la entrada de un nuevo Presidente ó Virrey, la jura de un nuevo Soberano, y aun la llegada del correo de España, cosa que sucedía dos ó tres veces en el año, y acontecimiento por el cual se echaban á vuelo las campanas de las iglesias!

Todas estas cosas hacían época, según la frase vulgar, en la vida de una generación entera, y para los cándidos y sencillos moradores de la ciudad poca diferencia había entre el recibimiento de un Presidente y el del mismo Rey; y supuesto que á éste jamás le habían de ver, como no fuera en retrato, ó bien yendo á España, pues lo que era su real persona jamás había de venir á hacer una visita á sus amados súbditos de Améri-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ca, renunciada esta esperanza de sus fieles vasallos, se hacían éstos la grata ilusión de que llegaba el mismo Soberano en persona, y como tal trataban á su representante.

La Audiencia en cuerpo, los dos Cabildos, eclesiástico y secular, los regidores y alcaldes, los oficiales reales, todos los empleados públicos, las comisiones de las hermandades y cofradías, la guarnición, el pueblo en masa, todos salieron hasta los afueras de la ciudad; otros en sus mulas ricamente enjaezadas, ó bien en pesados coches de colleras, tirados también por mulas; los jóvenes en arrogantes caballos, y el mayor número á pie, á festejar y obsequiar á su nuevo gobernante el Presidente González. Es de suponerse que en aquella ocasión no habría abundancia de discursos y arengas, y que las pocas felicitaciones oficiales que se le dirigieron las recibiría en palacio. Las damas y personas principales que habían preferido quedarse en la ciudad, habían acudido á los balcones y ventanas de la carrera por donde debía hacerse la entrada, y como las puertas de las casas, estaban adornados con las vistosas colgaduras de exquisitos damascos, brocados y tisúes que en aquel tiempo eran comunes, aun en las casas humildes y entre las familias ménos acomodadas.

Una sola persona, tal vez, en Santafé, no participaba del gozo general, ni mostraba en su semblante la alegría que aquel sacudimiento extraordinario de la población entera en tan solemne ocasión debiera haber producido en un corazón de veinte años, que pocas veces, ó tal vez ninguna, había presenciado una fiesta de esta naturaleza. Constanza, llena de esperanza, mostraba algunas vislumbres de animación, pero pronto venían á oscurecerse cuando las nubes del temor y de la desconfianza pasaban por su imaginación inquieta y asustadiza. ¿Volvería D. Alvaro? ¿Aquel viaje repentino no sería una ausencia definitiva, cuya clave era el secreto de una comisión oficial que quizá lo llevaría hasta España, sin contar con los mil peligros de tan dilatada correría? En apariencia él había ido á Cartagena á prestar sus servicios en la guerra que habría que sostener contra una expedición de piratas, y nadie podía responder de los acontecimientos. El regreso del enamorado galán tenía, pues, diez probabilidades en contra de noventa, y aunque él no había podido declararse abiertamente con Constanza, ni el padre de ésta le había permitido jamás ocasión directa ni indirecta de hacerle la menor insinuación acerca de sus honestas miras—tal era la prevención que contra él y en favor de D. Jerónimo abrigaba—la bella joven tenía fe en las mudas

demostraciones de D. Alvaro, y esto la hacía fluctuar constantemente entre encontrados sentimientos de esperanza y de temor, si bien para la época de que vamos hablando ya casi cedía exclusivamente á este último, y tenía aquélla poco menos que perdida por entero. ¿Cómo era, pues, posible que la alegre fiesta de la llegada del Presidente pudiese animarla, á no ser que por un imposible D. Alvaro viniese con él? Y lo juzgaba imposible porque, aunque el peligro de la guerra se había alejado por lo pronto, no habiendo desaparecido del todo, los preparativos y las medidas de precaución en la Costa debían continuar indefinidamente, y en prueba de ello la gente que de diversos puntos se había dirigido allí, tenía órdenes de permanecer en la plaza guarneciéndola y estando á la mira para cualquier evento.

D. Pedro de Urrego, con toda su aspereza y exagerado celo, habría creído faltar al deber de buen vasallo si no hubiese contribuido por su parte á solemnizar con su presencia la del nuevo Presidente, cumpliendo así lo dispuesto por el bando que, á són de tambor, se publicó la víspera de la entrada de éste. Bien hubiera querido salir también á su encuentro, como tantas otras gentes principales; pero el cuidado de la familia y el deseo de que ésta participase también de la fiesta, le embarazaba y retenía en la ciudad, y así se contentó con hacer uso del ofrecimiento de un sugeto, conocido y paisano suyo, y se trasladó á su casa con sus hijas, la dueña y criadas, desde cuyo balcón podían ver muy á su sabor lo que deseaban y botar desde allí al nuevo mandatario un saludo de bienvenida.

En efecto, á las dos de la tarde, después de haber dormido una buena media hora de siesta y reposado la comida, que por lo regular era entre las doce y la una, y acicaládose como en los tiempos de su juventud con el mejor de los vestidos que tenía, recogida la gente de la casa, y, santiguados todos en el zaguán, cerró el portón con llave y se dirigió, hombro á hombro con sus dos hijas, á la de su amigo, yendo de conserva la dueña y á retaguardia las dos indiecillas que les servían.

Hoy se ve todavía en la esquina de la calle de San Juan de Dios, anterior al puente de San Victorino, y bajando, del lado derecho, una casa de mezquina apariencia, tipo y modelo del gusto arquitectónico común de aquel tiempo, la cual, con las dos que le seguían, eran de las últimas de la ciudad en la época de que hablamos, y estaban á la entrada de ella por el Occidente, por donde se dispuso que se hiciese la del Presidente, en vez de hacerla por las Nieves. Un largo y pesado balcón de madera, hoy pintado de verde, y entonces de ocre, del cual

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ca, renunciada esta esperanza de sus fieles vasallos, se hacían éstos la grata ilusión de que llegaba el mismo Soberano en persona, y como tal trataban á su representante.

La Audiencia en cuerpo, los dos Cabildos, eclesiástico y secular, los regidores y alcaldes, los oficiales reales, todos los empleados públicos, las comisiones de las hermandades y cofradías, la guarnición, el pueblo en masa, todos salieron hasta los afueras de la ciudad; otros en sus mulas ricamente enjaezadas, ó bien en pesados coches de colleras, tirados también por mulas; los jóvenes en arrogantes caballos, y el mayor número á pie, á festejar y obsequiar á su nuevo gobernante el Presidente González. Es de suponerse que en aquella ocasión no habría abundancia de discursos y arengas, y que las pocas felicitaciones oficiales que se le dirigieron las recibiría en palacio. Las damas y personas principales que habían preferido quedarse en la ciudad, habían acudido á los balcones y ventanas de la carrera por donde debía hacerse la entrada, y como las puertas de las casas, estaban adornados con las vistosas colgaduras de exquisitos damascos, brocados y tisúes que en aquel tiempo eran comunes, aun en las casas humildes y entre las familias ménos acomodadas.

Una sola persona, tal vez, en Santafé, no participaba del gozo general, ni mostraba en su semblante la alegría que aquel sacudimiento extraordinario de la población entera en tan solemne ocasión debiera haber producido en un corazón de veinte años, que pocas veces, ó tal vez ninguna, había presenciado una fiesta de esta naturaleza. Constanza, llena de esperanza, mostraba algunas vislumbres de animación, pero pronto venían á oscurecerse cuando las nubes del temor y de la desconfianza pasaban por su imaginación inquieta y asustadiza. ¿Volvería D. Alvaro? ¿Aquel viaje repentino no sería una ausencia definitiva, cuya clave era el secreto de una comisión oficial que quizá lo llevaría hasta España, sin contar con los mil peligros de tan dilatada correría? En apariencia él había ido á Cartagena á prestar sus servicios en la guerra que habría que sostener contra una expedición de piratas, y nadie podía responder de los acontecimientos. El regreso del enamorado galán tenía, pues, diez probabilidades en contra de noventa, y aunque él no había podido declararse abiertamente con Constanza, ni el padre de ésta le había permitido jamás ocasión directa ni indirecta de hacerle la menor insinuación acerca de sus honestas miras—tal era la prevención que contra él y en favor de D. Jerónimo abrigaba—la bella joven tenía fe en las mudas

demostraciones de D. Alvaro, y esto la hacía fluctuar constantemente entre encontrados sentimientos de esperanza y de temor, si bien para la época de que vamos hablando ya casi cedía exclusivamente á este último, y tenía aquélla poco menos que perdida por entero. ¿Cómo era, pues, posible que la alegre fiesta de la llegada del Presidente pudiese animarla, á no ser que por un imposible D. Alvaro viniese con él? Y lo juzgaba imposible porque, aunque el peligro de la guerra se había alejado por lo pronto, no habiendo desaparecido del todo, los preparativos y las medidas de precaución en la Costa debían continuar indefinidamente, y en prueba de ello la gente que de diversos puntos se había dirigido allí, tenía órdenes de permanecer en la plaza guarneciéndola y estando á la mira para cualquier evento.

D. Pedro de Urrego, con toda su aspereza y exagerado celo, habría creído faltar al deber de buen vasallo si no hubiese contribuido por su parte á solemnizar con su presencia la del nuevo Presidente, cumpliendo así lo dispuesto por el bando que, á són de tambor, se publicó la víspera de la entrada de éste. Bien hubiera querido salir también á su encuentro, como tantas otras gentes principales; pero el cuidado de la familia y el deseo de que ésta participase también de la fiesta, le embarazaba y retenía en la ciudad, y así se contentó con hacer uso del ofrecimiento de un sugeto, conocido y paisano suyo, y se trasladó á su casa con sus hijas, la dueña y criadas, desde cuyo balcón podían ver muy á su sabor lo que deseaban y botar desde allí al nuevo mandatario un saludo de bienvenida.

En efecto, á las dos de la tarde, después de haber dormido una buena media hora de siesta y reposado la comida, que por lo regular era entre las doce y la una, y acicaládose como en los tiempos de su juventud con el mejor de los vestidos que tenía, recogida la gente de la casa, y, santiguados todos en el zaguán, cerró el portón con llave y se dirigió, hombro á hombro con sus dos hijas, á la de su amigo, yendo de conserva la dueña y á retaguardia las dos indiecillas que les servían.

Hoy se ve todavía en la esquina de la calle de San Juan de Dios, anterior al puente de San Victorino, y bajando, del lado derecho, una casa de mezquina apariencia, tipo y modelo del gusto arquitectónico común de aquel tiempo, la cual, con las dos que le seguían, eran de las últimas de la ciudad en la época de que hablamos, y estaban á la entrada de ella por el Occidente, por donde se dispuso que se hiciese la del Presidente, en vez de hacerla por las Nieves. Un largo y pesado balcón de madera, hoy pintado de verde, y entonces de ocre, del cual

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

apenas dista un metro el alero del tejado, y en aquel día cubierto con lujosas colchas de seda y otros adornos de la época, semejante en esto al asno de la fábula, era el lugar destinado para que la familia de D. Pedro, con otras que habían sido convidadas, viesen pasar al Presidente y su comitiva, con lo demás que había que ver en aquel día.

Hemos mencionado esta casa porque tiene un grato recuerdo histórico para los habitantes de la actual Bogotá, y es que en ella se alojó provisionalmente el célebre Barón de Humboldt cuando dos siglos después de los acontecimientos que estamos narrando vino á visitar nuestro país. Hasta hace poco tiempo no faltaba alguno de esos viejos del siglo pasado, tradiciones vivas y cronicones ambulantes, que recordase haber visto al joven Barón con su gran casaca bordada, medio militar, medio diplomática, doblada una rodilla en ese mismo balcón mientras pasaba por la calle la MAGESTAD que llevaban como viático para un enfermo. ¡Noble ejemplo dado por el ilustre y sabio viajero, del respeto con que miraba las creencias del pueblo que venía á visitar, por muy diferentes que éstas pudieran ser de las suyas! Siempre la verdadera ciencia fue culta, política y tolerante.

Allí, pues, estaba la familia del extremeño esperando lo que todos esperaban, y divertida al ver el semblante que cada cual ponía con la espectativa general, y con todo lo que á sus ojos se presentaba en aquella calle en que se apiñaba la gente y se estrujaba durante horas enteras para ver á un hombre un sólo instante, y á un hombre á quien había de ver, oir y aun sentir después hasta la saciedad. En estas ocasiones es cuando se puede decir con toda propiedad que los hombres son niños grandes.

De repente el movimiento y rumor comenzaron á aumentar. Las carreras de la gente, las idas y venidas de los noticiosos que anunciaban la aproximación de los viajeros, la algazara y animación que crecían, aquel querer acomodarse cada espectador del mejor modo posible; por último, la nube de polvo que se levantaba á lo lejos, y que se iba acercando poco á poco, indicio nada equívoco de que la cabalgata era numerosa, todo esto tenía suspensa la atención general, los cuellos se alargaban, los ojos todos convergían á un sólo punto, como los rayos de luz que se reunen en un foco. ¡Cuántas veces algunos de los que esto leen habrán presenciado escenas semejantes, como cuando, victorioso después de sus campañas, entraba á esta ciudad, á todo el paso de su caballo y con el sombrero en la mano, el gran Bolívar, único personaje que en estos últimos cincuenta años ha podido excitar de tal modo el entusiasmo del pueblo, si se exceptúan los Prelados que han vuelto de su destierro!

El Presidente, fuese por propia comodidad, fuese por halagar al pueblo, no había querido cambiar su buena mula parda, cuya cabeza estaba casi oculta por el gran jaquimón cubierto de hebillas y chapas de plata, borlas, flecos y cabezal de seda carmesí, por el macizo y lerdo carruaje que habían conducido hasta las lagunas de Fontibón para que entrase en él; y así prefirió venir á sus anchas, gozando de su libertad, y viendo cómodamente todo lo que le rodeaba.

Por fin llegó el momento deseado, que pasó ràpido como todas las alegrías de este mundo. D. Antonio Gonzáiez, Oidor del Consejo de Indias, atravesó gravemente, caballero en su mula enjaezada y con la cabeza descubierta, las calles del tránsito, pasando por debajo de los arcos de laurel y palmas que se habían levantado, precedido por los corregidores de la ciudad y por una guardia de alabarderos, y rodeado de centenares de personas, en medio de vítores y aclamaciones. Y mientras que á todo este concierto y bullicio servían de acompañamiento las músicas, atambores y clarines, la tropa de la guarnición hacía en la plaza las salvas de ordenanza y le presentaba las armas, las campanas de todos los templos se echaban á vuelo, y la pólvora, bajo diferentes formas, hacía detonaciones en los aires.

En el palacio de gobierno le recibían desde la puerta de la calle, y en traje de gala, los maceros y pertigueros de Cabildo con sus largas varas y enormes mazas de plata, los ujieres de la Audiencia, los alguaciles y porteros de palacio y los alcaldes ordinarios, los cuales se hallaban escalonados hasta los salones,, y allí hacían los honores el Cabildo, las dignidades eclesiásticas y varios otros empleados civiles y militares, quienes dirigían la palabra, según su categoría, al empolvado Presidente que había ocupado su gran sitial debajo del solio.

Al día siguiente, á la hora de costumbre, se reunió el mismo acompañamiento en el palacio y se trasladó á la catedral para asistir á la misa mayor y al *Tedeum* que en acción de gracias debía cantarse, y en seguida, tomando posesión solemne de su alto destino, pasó la comunicación de estilo á la Audiencia para que lo hiciese saber á todos aquellos á quienes incumbía, y convocó al pueblo para arengarle, como lo hizo, desde los balcones, en voz clara y firme. Prometióle en su discurso lo que promete todo nuevo gobernante, pero con ánimo decidido de cumplir lo que prometía, como lo cumplió, pues, hombre de buena fe, no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

quería engañarlo con mentidas é hipócritas palabras, como suelen hacerlo los más en todas partes y en todos tiempos. En esos de sólido positivismo no había programas escritos, ni más *credo* que el símbolo de los apóstoles, ni proclamones, ni manifiestos que á nada ligan ni comprometen, puesto que son las más veces puras fórmulas de estilo; y el pueblo se atenía á aquello de que "obras son amores y no buenas razones." Este contestó con vivas y otras demostraciones de júbilo y aprobación, y en seguida el Presidente hizo repartir á la muchedumbre una gruesa suma de dinero en monedas pequeñas de plata, y sacar á las puertas grandes canastas de buen pan, que se distribuyó á los pobres.

Aquel mismo día por la tarde fué á visitar un pequeño hospital que se sostenía con algunos fondos del Cabildo y donaciones de personas piadosas, entre ellas el buen Arzobispo Zapata, y era servido por unos pocos religiosos de los que entonces había en esta ciudad.

CAPÍTULO XV.

TOROS Y CAÑAS.

> El Rey hizo gran fiesta á la Reina en tanto que en Soria estuvo, se hicieron grandes fiestas donde salieron los caballeros habillados, y después de aquellas se hicieron danzas y momos.
>
> Y en los tres días siguientes hubo danzas de los caballeros y gentiles hombres en palacio, y toros y juegos de cañas.
>
> *Crónica de D. Juan II.*

Hemos dejado á la familia del extremeño en el balcón dicho esperando lo que todos esperaban: mal dijimos, que había quien esperase algo más. El corazón de la bella Constanza, tierno y sencillo, palpitaba sin saber por qué; al pasar la cabalgata por enfrente del balcón, atestado de gente, ya esas palpitaciones eran saltos precipitados. Sus ojos buscaban, no ya al Presidente, que tiempo y ocasión tendría para verlo y conocerlo, sino al objeto de sus ansias, y por él habría cambiado en aquel día veinte Presidentes y Virreyes, y aun al mismo Rey en persona,

si hubiera venido à Santafe. Sospechaba, aunque sin fundamento, que había de venir D. Álvaro en la comitiva, y como la imaginación por complacer al corazón suele dar formas, realidad y existencia á lo que se desea, aunque sea una quimera, Constanza se prometía ver en medio de los galanes caballeros aquella pera negra, aquellos ojos más negros aún, aquellas facciones cuyos lineamentos estaban grabados en su memoria, pero que apenas recordaba haber visto como en sueños. Y no podía menos de acariciar una ilusión que tanto la halagaba, procurando cerrar los ojos, digámoslo así, y rechazar todo lo que le fuera contrario.

Y no sólo sus ojos, húmedos de esperanza y brillantes de amor, buscaban ansiosos esa figura que la poesía de la pasión juvenil hacía más bella y rodeaba de encantos mágicos y de hechizos misteriosos: los de su hermana Irene y los de la dueña, sin haberse éstas comunicado su pensamiento, también la buscaban entre la multitud: tal era la fascinación que el gallardo joven ejercía sobre todas ellas y el tierno interés que les inspiraba el secreto amor de Constanza.

El barbero mismo, que entre los remolinos de gente, y muy cerca de los caballos, gritaba vivas al gobernante, seguro como estaba de que éste había de ser también su parroquiano y se dejaría manosear las barbas, examinaba con curiosidad todos los jinetes, por si entre tantos bigotes y melenas alcanzaba á divisar la negra pera de aquel buen señor que tan lindas monedas de oro solía regalar á sus servidores.

Pero ¡oh menguada esperanza! ninguno de ellos había descubierto nada. Las encendidas rosas que la agitación del día y de la interior batalla habían hecho salir á las mejillas de Constanza, se habían tornado en azucenas; y la enamorada doncella, triste y abatida, volvía á su habitual palidez.

Sabido es entre amartelados y finos amadores que la ausencia, lejos de entibiar la pasión la sopla y enciende más y más, y que las ansias crecen y las heridas se ahondan con la separación. ¡Extraño fenómeno, que en ocasiones el mundo moral se rija por leyes diametralmente opuestas á las del mundo físico, pues si en éste la atracción mutua de los cuerpos está en razón inversa del cuadrado de las distancias, en tratándose de afectos, los corazones se atraen en razón directa de las mismas distancias! ¡Santo amor de la patria y de la familia, pregúntalo tú al desterrado que, subiendo á la roca más elevada, pretende descubrir lo que ni las brumas de lejanos horizontes, ni las lágrimas que anublan sus ojos le permiten ver! ¡Y entonces, deshaciéndose en suspiros é incli-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nando la cabeza, se contenta con enviar un saludo y una bendición á los caros objetos que dejó tras de esos horizontes!

Terminada la función, y apenas acababa de pasar la cabalgata, regresó Constanza con su padre, quien, acelerando el paso, llegó á la plaza mayor para presenciar el resto de la ceremonia del recibimiento, y de allí volvió á su casa con sus hijas que, con razón ó sin ella, se quejaban de cansancio, especialmente aquella á quien importaba disimular su emoción con un pretexto cualquiera,

Pasado este efímero sacudimiento galvánico que la población de la ciudad, y con ella la familia de D. Pedro, habían experimentado, las cosas volvieron á su ordinario nivel, siguiendo el curso lento, acompasado y monótono que llevaban anteriormente, con la diferencia de que Constanza, perdida ya casi la esperanza de volver á ver á D. Álvaro, sucumbía á la fuerza del desaliento y de la tristeza, consumiéndose poco á poco sus fuerzas morales, y marchitándose su espíritu como una planta que por largo tiempo carece del riego acostumbrado.

Un día se oyeron sonar en la plaza, á hora desusada, cornetas, múricas y tambores, y la gente se iba reuniendo atraída por la curiosidad de saber lo que aquello podía ser. Unos anunciaban que saldría el Presidente á alguna correría; otros decían que los panches amenazaban invadir el territorio; aquel sostenía que los pijaos subían ya por la cordillera, y que se tocaba llamada para convocar á la defensa; el de más allá suponía que había habido un rompimiento entre la Audiencia y el Presidente; un cuarto daba por cierto que el temible pirata Drake había vuelto con diez buques é invadido á Cartagena. En fin, eran tantas las versiones que en un instante se habían esparcido por la ciudad, que nadie sabía á qué atenerse. Por fortuna la última de esas versiones no había llegado á oidos de Constanza, que si así hubiera sido le habría causado un amargo desconsuelo. ¡Cuándo no ha habido *chisperos* en Santafé y gentes que, por candidez ó por malicia, lo exageran todo, y aun se complacen en inventar noticias, sin reparar en los males que á veces puedan ocasionar!

Estando en estos comentarios se vió salir de la casa del Ayuntamiento ó Cabildo á los regidores y alcaldes precedidos por el secretario, porteros y alguaciles; los primeros montados en mulas enjaezadas, y todos seguidos de una guardia de alabarderos reales. Toda la procesión desfiló por la plaza al són de la música y después por las calles principales, y en cada esquina se detenía para publicar en alta voz un acuerdo

del Cabildo, lo que hacía uno de los alcaldes leyendo, á manera de bando, un papel que tenía en las manos. Por este acuerdo se decretaban, con aprobación del Presidente, las grandes fiestas y regocijos que debían tener lugar próximamente durante una semana, y que consistirían en funciones religiosas, paseo procesional de los pendones, armas y sellos reales, juegos de toros y cañas alternados, fuegos de artificio, máscaras, disfraces y danzas de los indios, representaciones teatrales, y saraos y festines en el palacio presidencial.

Varios y muy justos eran los motivos de estos públicos regocijos, y señaladamente cuatro, que servían de fundamento al acuerdo, á saber: el cumpleaños del muy amado monarca Felipe, que á la sazón reinaba; la reunión de la corona de Portugal á la de España por muerte del Rey D. Sebastián; el matrimonio ajustado por la paz de Vervins, del Archiduque Alberto de Austria con la Infanta doña Isabel, hija de Felipe; y finalmente la feliz llegada y toma de posesión del mando del ilustre Presidente D. Antonio González, favorito del favorito de Felipe II, que lo era el famoso Ministro D. Antonio Pérez, á cuyo influjo debió su afortunado tocayo el ser elevado desde el empleo de Oidor del Consejo de Indias al alto puesto de Presidente del Nuevo Reino. Motivos eran todos estos de júbilo para los fieles vasallos de S. M. y para todos sus dominios, y bastantes á excitar su entusiasmo y alegría sin necesidad de que las autoridades lo ordenasen oficialmente. Terminaba la lectura del plan de las fiestas recomendando á todos los estantes y habitantes de la ciudad que observasen el mayor decoro, orden y compostura, cual convenía á tan altos y nobles hechos como se iban á celebrar, no menos que á la cultura y bien sentada fama del pueblo de Santafé.

Tan agradable noticia se esparció por toda la población como un perfume de alegria que ensanchó todos los corazones. ¿Qué otra cosa mejor que divertirse inocentemente podía hacer un pueblo que vivía en paz y holgadamente con el producto de su trabajo, (que entonces no se conocía la vagancia, ni ésta figuraba entre los famosos *Derechos del hombre*)? Sin cuidados políticos, sin odios de partido ni ambiciones de mala ley, sin divisiones ni rencillas populares, se hallaba feliz, contento y dispuesto á la alegría y al esparcimiento del ánimo. Terminada la conquista y asentado sobre firmes bases el gobierno de la Colonia, ni el pueblo ni los mandatarios pensaban ya en batallar, sino en labrar la tierra y aclimatar la industria europea. Ni se veían otros campamentos y vivaques que las toldas ó tiendas de campaña que en los días festivos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

armaban en los alrededores de la ciudad y en las orillas de los ríos las gentes que en vistosos grupos se diseminaban para pasar un día de campo, bañándose, danzando, punteando una vihuela y comiendo bajo las copas de los árboles. Y por ese estilo la vida se deslizaba dulcemente sin que se echasen de menos goces que no se conocían, ni estuviesen demás las desazones y cuidados que hoy traen desvelados á los políticos monomaníacos, los cuales no aciertan á hallar placer en semejantes nonadas y fruslerías. Los artesanos y menestrales, aunque procuraban salir, y salían muchos, de su condición humilde para elevarse á las capas superiores de la sociedad, lo hacían por medio de su honrado trabajo, y no estimulados por la comezón de figurar en las regiones de la política y ocupar los puestos públicos; y cada cual en su esfera profesaba prácticamente aquella saludable máxima que es un programa entero de orden y por consiguiente de libertad y de pública felicidad: "zapatero á tus zapatos."....

Y volviendo á nuestra narración, desde aquel momento ya no se pensó más que en prepararse cada cual para el ansiado novenario de alegrías y pasatiempos, en que tanto y tan sabrosamente esperaban divertirse. Desde luego D. Pedro de Urrego no les fué en zaga á los demás mercaderes que echaron el resto para contribuir por su parte á los extraordinarios festejos; pero también hizo su agosto, como suele decirse, con la venta de telas y otros objetos de lujo que acudían á comprarle hombres y mujeres, y de que estaba abundantemente provista su tienda: objetos á los cuales tarde ó nunca pasaba la moda, pues éstas no cambiaban de un año para otro como sucede ahora. Los brocados, sargas, damascos, encajes, holandas, cintas, medias de seda, tisúes, botones, plumas, orfebrería y demás artículos de consumo ordinario se agotaron en esta ocasión; y D. Pedro, acreditado y antiguo mercader, hizo una buena cosecha, que le indemnizó con creces de los gastos que en su persona y las de su familia tuvo que hacer, como todo hijo de vecino, para las consabidas fiestas.

El aspecto de la ciudad había cambiado enteramente; sus habitantes, de ordinario tranquilos y flemáticos, habían tomado un aire de actividad y ocupación desusadas; por todas partes se veían acarrear maderas, lonas y canastas; las gentes cruzaban apresuradas por las calles al par de los caballos y arneses; los sastres, talabarteros, batihojas, zapateros, albéitares, carpinteros y peluqueros, aunque en corto número todavía en la ciudad, todos tenían ocupación abundante y andaban afanados buscando lo que necesitaban para sus obras y solicitando oficiales.

Al silencio habitual de las calles había sucedido la animación y movimiento, y todos los semblantes expresaban una misma emoción y una misma esperanza, que rayaba ya en pueril.

Llegó, en fin, la víspera del deseado día, y los fuegos de artificio—con que los indios hacían entonces, y aun hacen hoy en algunos pueblos, un simulacro de combate, danzando con candiles en la mano y quemando pólvora—la iluminación general y los repiques de campanas abrieron la puerta á los placeres que habían de sucederse después.

Al siguiente día el Presidente, acompañado de la Audiencia y demás corporaciones y autoridades, se trasladó en traje de gala á la iglesia catedral, donde los recibieron el Arzobispo y Capítulo Metropolitano, y se cantó la solemne misa de pontifical, se pronunció un discurso gratulatorio y después se entonó un *Tedéum*. En seguida salió la gran procesión en que los corregidores y alcaldes, montados en hermosos caballos herrados con herraduras de plata y los cascos dorados, y con ricos arneses, conducían los estandartes y pendones reales de España y Portugal; luego dos niñas, alegóricamente vestidas, que abrazadas llevaban las dos coronas; atrás los sellos reales, conducidos en lujosas andas, y sobre ricos cojines de terciopelo, y custodiados por otros dos jinetes y una guardia de alabarderos; y, finalmente, los magistrados y autoridades cerraban la marcha, á pie y descubiertos, desde el Presidente hasta los alguaciles de corte.

Al pasar la procesión por la plaza se hicieron las veintiuna salvas de ordenanza, se presentaron las armas, y se tributaron los demás honores que para tal caso estaban determinados, en medio de músicas, tambores, clarines, añafiles y *fotutos*.

Para no cansar con la minuciosa relación de pormenores, baste decir que, conforme á lo que estaba anunciado, hubo días señalados para los disfraces y danzas públicas, y que los toros se jugaron en la plaza, que entonces no había sido todavía empedrada por los presidiarios del *pacificador* Morillo, que fueron nada menos que las personas más ilustres y notables de Santafé, los próceres de la Independencia, á los cuales obligó aquél bárbaro á ejecutar un trabajo tan humillante. Esas piedras que hoy pisamos fueron puestas por las manos de algunos de nuestros abuelos.

Cercóse la plaza en forma circular y se levantaron en contorno tablados, sin duda como los que se hacen aún en nuestros tiempos, adornados con espléndidas telas de seda, y ostentando cada familia notable en el frente del suyo las armas y blasones que le correspondían. El

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

centro que daba al frente de la Catedral lo ocupaba un espacioso palco lujosamente decorado, á donde se subía por una ancha gradería alfombrada, y era el destinado al Presidente, Audiencia y demás altos magistrados, y una sección de él para las damas que debían ser los jurados en las justas de los caballeros, como adelante se dirá.

Allí campaban los retratos de los diversos monarcas españoles y lusitanos, los de los antiguos Presidentes y de los Capitanes ó Conquistadores de que ya no quedaba sino la memoria. El pueblo ocupaba el resto de los tablados y barreras, presenciando alborozado el juego de los toros, que entonces, y hasta principios de este siglo, se hacía como en España, por personas de la profesión: picadores, chulos y demás que aprendían la tauromaquía por principios, como cualquier otro oficio, y se presentaban elegantemente vestidos, al estilo de los majos andaluces. Costumbre era ésta que, organizando debidamente la diversión, la hacía menos repugnante y bárbara que en nuestros días, en que la libertad absoluta da á cada uno el derecho de ponerse en las astas del toro y hacerse matar á vista del pueblo soberano, como los antiguos gladiadores de Roma. Hoy el pueblo, ya ilustrado y conocedor de sus derechos, exclama: fuera trabas! el pueblo no reconoce *barreras*, ni privilegios, ni distinción de clases: fuera los toreros! Todo ciudadano es toreador nato.

Sea que esta afición se halle, como dicen, en la sangre, sea que la costumbre degenere al fin en una segunda naturaleza, es lo cierto que ella constituye el elemento principal, y como la armazón, digámoslo así, de los regocijos públicos en todo país de origen español: afición que, heredada de los romanos, que hacían del circo y de las fieras su pasatiempo favorito, quedó exclusivamente en España, como el pugilato en Inglaterra—diversión todavía más bárbara que el juego de toros.

¿Pero está averiguado que esa afición haya sido verdaderamente nacional en España y sus dominios, que sus gobiernos la hayan protegido y sancionado, y que los pueblos la hayan favorecido universalmente? El erudito Jovellanos, que estudió muy bien esta materia, lo duda, fundándose en muy buenas razones. Sostiene este ilustre español que la lucha de toros no ha sido jamás una diversión, ni cotidiana, ni muy frecuentada, ni de todos los pueblos de España, y calcula que del pueblo entero de la Península apenas la centésima parte habrá visto alguna vez este espectáculo, puesto que en muchas provincias no se conoció jamás y en otras se circunscribió á las capitales, cuyos habitantes eran los únicos que concurrían á él, y eso á largos períodos. (1)

(1) Memoria sobre las diversiones públicas.

En cuanto á sus gobiernos, el mismo Jovellanos habla del horror con que la piadosa reina Isabel la católica vió una de estas fiestas en Medina del Campo, siendo tal la impresión que le causó que quiso proscribir tan feroz espectáculo; pero sus cortesanos la disuadieron diciéndole que para evitar desgracias se había ideado el arbitrio de envainar las astas de los toros en otras astas grandes y así, vueltas las puntas adentro, se templaba el golpe. Pero si á esta buena reina pudieron engañarla, no sucedió lo mismo con Carlos III, quien proscribió generalmente estos espectáculos. (1)

Para no fatigar demasiado al lector pasaremos por alto los demás entretenimientos y diversiones, como las danzas de los indios que, en cuadrillas bien ensayadas por ellos mismos, pintados los cuerpos con achiote y decentemente cubiertos con lindas plumas de variados colores, hacían alarde de su destreza con saltos y muecas extravagantes, combinando figuras grotescas, y manejando con habilidad sus arcos y macanas, con que fingían combates, costumbre de que quedaban hasta hace poco rezagos en las fiestas de algunos pueblos. (2)

Omitamos también hablar de las representaciones teatrales, á que tan afecto ha sido siempre el pueblo español, las cuales tenían lugar en un gran solar contiguo á la plaza, de que era dueño el conquistador Olaya, y que le fué cedido en premio de sus grandes servicios; y digamos solamente que ellas se redujeron entonces á dos ó tres comedias de Lope de Rueda, que era entonces el rey de la escena española, ó por lo menos su restaurador, pues, según afirma Cervantes, ese poeta era quien "la había sacado de mantillas, puesto en toldo y vestido de gala y apariencia." Este comediante era el embeleso de la Corte de Felipe II, como lo asegura el mismo Cervantes, quien dice le vió representar varias veces, siendo él todavía muchacho de nueve á diez años. Natural era, pues, que el eco de aquella gloria y fama, y el resplandor de la moda de Madrid se reflejasen en las colonias, y que lo que allá hacía el encanto de los amantes del teatro, fuera lo que se escogiese como mejor para tan solemne ocasión por los aficionados de Santafé,—que por lo visto no vinieron al país compañías de comediantes hasta muchos años después, en que el español D. Tomas Ramírez construyó el teatro que actualmente tenemos, bajo la protección del ilustre Virrey Ezpeleta.

(1) Ibid.

(2) De aquí la fama tradicional de la primera misa de Aguinaldo en Sopó, donde se hacían en aquel día grandes danzas y escaramuzas de esta clase.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Y vengamos á lo que hace relación con el asunto de esta leyenda, que son las justas ó luchas galanas de los caballeros en que, á estilo de los torneos de los tiempos antiguos, lidiaban estos cuerpo á cuerpo, rompiendo unos contra otros, no ya las lanzas que les servían en la guerra, sino cañas romas y preparadas al efecto, simulando así aquellos primeros combates, y observando todas las reglas y prescripciones que por las leyes mismas se ordenaban para tales casos. "El valor de los antiguos campeones, dice el autor citado, no contento con ejercitarse en la caza, buscó en los poblados y ciudades una escena de lucimiento más pública y solemne, y la halló en las justas y torneos. *Bofardar, alanzar y romper tablados* era diversión muy de antes conocida, y aún del torneo se halla memoria en las leyes alfonsinas, no sólo como una evolución de táctica en la guerra, sino como un pasatiempo en la paz. Los torneos fueron la primera diversión de las cortes y ciudades populosas, y con ellos se celebraron las ocasiones más señaladas de regocijo público: coronaciones y casamientos de reyes: bautismos, juras y bodas de príncipes: conquistas, paces y alianzas: recibimientos de embajadores y personajes de gran valía; y aun otros sucesos de menor monta, ofrecían á la nobleza, siempre propensa á lucir y ostentar su bizarría, frecuentes motivos de repetirlos."

"Lidiábase en los torneos á pie y á caballo, con lanza ó con espada, en liza ó en campo abierto, y con variedad de armaduras y de formas. La justa era de ordinario una parte del espectáculo, á veces separada, y siempre más frecuente, como que necesitaba de menor aparato y número de combatientes. Distinguíase del torneo en que éste figuraba una lid en torno, de muchos con muchos, y aquella una lid de encuentro de hombre á hombre. Y otro tanto se puede decir de los juegos de caña y sortija, porque estas diversiones, juntas ó separadas, admitían un mismo ceremonial, y unas mismas leyes con más ó menos pompa, según el lugar y la ocasión con que se celebraban."

En la época de que vamos hablando estaban aún en uso estas justas, tanto en Europa como en América, y nuestros cronistas é historiadores hablan de varias de las que hubo en Santafé, algunos años después de fundada la ciudad. (1) Pero esa época era ya, puede decirse, la de los

(1) El P. Fray Alonso de Zamora en su "Historia de la provincia de San Antonino" dice á la página 108: "Al Capitán Gonzalo García Zorro, también de los cómplices más principales" (en la muerte del Zipa Zaquesazippa), "estando en un juego de cañas de los que se hacían en las fiestas de toros, en la plaza de esta ciudad de Santafé, lo mataron de un cañazo, que, atravesando la adarga, le dió en las sienes con violencia."

Otro escritor de antigüedades nacionales decía en *El Pasatiempo*: "Los españoles trajeron el caballo, el genio y los gustos de la Edad media, y bien pronto empezaron á verse juegos de toros y carreras de caballos, remedos de torneos y aventuras amorosas. En los lugares que vieron por millares de años los palacios y cabañas de los indios mejicanos, peruanos, araucanos y muiscas, allí mismo se levantaron tablados, hundieron los caballos la tierra con sus cascos, cuadrillas de caballeros lidiaron á guisa de guerreros.

"Los españoles nos dejaron, pues, por costumbre los juegos de toros y cañas y las cuadrillas, especie de torneo que quizá tomaron de los árabes .... En Granada se distribuían en cuadrillas las tribus de los Abencerrajes, Almoravides, Ulémas y Segries, y cual diestros justadores se disputaban la victoria. Mas, ay! que muchas veces convirtióse en veras el hermoso juego, y en vez de risa y alegría, corrieron lágrimas, y la plaza destinada al regocijo se vió teñida de sangre."

No hay duda, pues, de que estos simulacros de fiestas y torneos, á imitacion de los de tiempos antiguos, estuvieron en uso entre nuestros antepasados en los años posteriores á la conquista.

últimos resplandores y agonías del espíritu caballeresco, pues, ridiculizadas tales costumbres por la obra imperecedera de Cervantes, y en decadencia ya la nobleza, vinieron también á menos estos espectáculos en que el pueblo se divertía á costa de la misma nobleza, y ésta se ejercitaba para la guerra.

CAPÍTULO XVI.

POR LO IMPOSIBLE!

"Los alguaciles de corte
Con sus varas en la mano,
A la jineta en rocines,
Están en fila á los lados.
El Rey, la Reina, los grandes,
Las damas, los cortesanos,
Los tudescos y alguaciles,
El inmenso pueblo, y cuantos
En la plaza estan, los ojos
Tornan de Toledo al arco,
Por cuya barrera asoma
Un caballero á caballo."

DON ANGEL SAAVEDRA.

Aunque esta no es una leyenda del género heróico, de esas novelas de grande espectáculo, que abrazan un vasto plan, cuya complicada trama da lugar con desahogo á largos rodeos y episodios, y cuyo colorido caballeresco exige detenerse en descripciones minuciosas de armas, trajes y empresas, tenemos que entrar forzosamente en ciertos pormenores, ya

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

por ser las cañas y justas una de las costumbres y espectáculos de nuestros antepasados, que han desaparecido totalmente, ya por exigirlo así el hilo y curso de este cuento, que de otro modo quedaría cortado, para saltar después bruscamente á nuevas aventuras.

Tres tardes estaban destinadas para esta diversión, y en ellas se habían presentado en la liza varios caballeros, que por la mayor parte eran hijos ó descendientes de los antiguos conquistadores, gente de la vida airada, belicosos y altaneros, que pasaban la mitad de su vida á caballo; insignes retadores, fuertes de cuerpo y reacios de carácter, de cuyas costumbres y pasatiempos ya hemos tenido ocasión de esquiciar algunos rasgos en los primeros capítulos de esta verídica historia.

Entraba cada campeón por una de las dos puertas que á Norte y Sur tenían las barreras que circundaban la plaza, quedando así afiliado cada cual en uno de los dos partidos que debían mantener el campo. Había habido encuentros de los jinetes en mitad de la liza, cubierta de arena; las adargas habían crujido; petos y viseras habían sido destrozados; y multitud de cañas habían saltado en astillas al formidable empuje de los adalides que, cubiertos con cotas de malla, yelmos, espaldares, quijotes y manoplas de acero, remedaban perfectamente á los campeones de los siglos anteriores, aun en los arneses y caparazones de sus hermosos caballos.

¿Quién no recuerda haber leído con placer descripciones de esta naturaleza, hechas con tanto primor como verdad por novelistas modernos, que nos han dejado pinturas vivas y animadas de las costumbres de la Edad media?

El Consejo de las damas que debían ser Jueces se hallaba instalado el último día en su tablado, para adjudicar sendos premios á los vencedores, según las leyes establecidas, y, en efecto, había acordado uno en cada una de las tardes anteriores.

La elección de este Consejo se había hecho de la manera siguiente: los alcaldes y regidores habían insaculado cédulas que contenían los nombres de todas las doncellas principales de la ciudad, llamadas á esta elección por su belleza, juventud, nobleza y demás prendas. De estas cédulas se sacaban á la suerte siete, las cuales eran notificadas para que se reuniesen en punto y hora convenientes, á fin de insacular de nuevo sus siete nombres, y ellas mismas sacaban á la suerte tres, que eran las que en definitiva formaban el jurado.

Todo estaba preparado, como se ha dicho, el último día. A las tres de la tarde se lidió el primer toro, y, muerto este por el primer espada, y

sacado fuera de la plaza por dos mulas enjaezadas y cubiertas de cintas y cascabeles, se jugó el segundo. En seguida las trompas y añafiles dieron la señal de que se comenzaba la Justa y el juego *de la sortija*, y cada cual se acomodó lo mejor que pudo, preparándose para no perder un ápice del espectáculo.

Presentáronse delante del tablado principal los Jueces ó Fieles de la Justa, los alguaciles, los músicos y la guardia de alabarderos,, montados aquellos en garbosos caballos; y saludando al Presidente y á las damas, emprendieron la vuelta de la plaza en ordenada procesión, deteniéndose en cada una de las puertas, para dar lectura al antiguo *ordenamiento de las Justas*, ó sea el ceremonial y reglas que debían observarse, lectura que se había hecho igualmente en cada una de las otras tardes. (1)

(1) Por ser éste un documento curioso, y para dar una cabal idea del espectáculo, vamos á transcribirlo. Decía así:

"Primeramente que fagan quatro venidas los que justaren et non mas: et si en estas quatro venidas el un Caballero quebrare una asta en el otro Caballero é el otro no quebrare ninguna en él, que aya la mejoría el que la quebrare: et si quebrare el uno dos astas, e el otro non más de una, que aya la mejoría el que quebró las dos; pero si el que quebrare la una derribare el yelmo al otro Caballero del golpe que le dió, que sea igualado con el que quebró las dos astas. E otro sí, si algún Caballero quebrase dos astas en otro Caballero, e este en quien fueron quebradas las astas derriba al Caballero que las quebró en él: aunque no quiebre el asta, que sea igualado con el que quebró las dos astas, et aunque le den más loor.

"E si un Caballero derribare á otro, e á su caballo, e el otro derribare á este sin su caballo, que aya la mejoría el Caballero que cayó el caballo con él, porque parece que fué la culpa del caballo e non del Caballero, e el que cayó sin caer el caballo con él, fué la culpa del Caballero e non del caballo.

"Otro sí, ninguna de las varas ó astas quebradas no sean juzgadas por quebradas quebrandolas atravesadas; salvo quebrandolas de encuentro de golpe. E si en estas quatro venidas dos Caballeros rompieren dos astas ó sendas, ó ficieren golpes iguales, que sean los Caballeros juzgados por iguales. E si en estas quatro venidas no se pudieren dar golpe, que juzguen que non hobieron buen acaescimiento. E si se cayere la lanza á alguno yendo por la carrera ante de los golpes, que el otro Caballero alce la vara, et non le encuentre con ella, ca non haria caballería ferir al que non lleva lanza.

"E para juzgar todo esto que aya dos Fielcs: e estos dos preguntando á Caballeros e Escuderos, et á Dueñas e á Doncellas, que allí estuvieren para mejor juzgar con ellos que vieron: et con lo que estos dixeren así juzgarán estas cosas como aquí está dicho. E después que las Justas fueren acabadas, que los Fieles que allí estuvieren pregunten, á los Caballeros, Escuderos et Dueñas et Doncellas que se hallaren presentes, los que mejor lo pudieron ver, quién fueron los que mejor lo ficieron: et con acuerdo dellos el Caballero de los de la tabla, que fuere hallado llevar la mejoría de la Justa, que le sea dada una joya en galardon de los Caballeros de ventura: e esto mismo se hará con uno de los de la ventura, porque el que fuere hallado entre ellos haber llevado la mejoría, que los Caballeros de la abla le den otra joya en galardon, como hicieron los de la ventura al que llevó la honra de los de la tabla."

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Concluída la lectura, los del bando ocuparon sus puestos, y los añafiles dieron la señal de comenzarse la Justa. Eran seis caballeros de la una banda y siete de la otra, que habían ido entrando sucesivamente, vestidos de punta en blanco, á la antigua usanza de la caballería, montados en fuertes bridones. Pero las empresas de sus rodelas y adargas no eran amorosas: en los unos se leía: *Por España*; en otros, *La unión da fuerza;* en aquel, *Por las coronas de España y Portugal*; en el otro, *A la augusta Infanta de España.* Y, en fin, cada cual adoptaba el mote que juzgaba podía estar más en armonía con la ocasión, ó que más lisonjease á los mandatarios y magistrados.

Varios fueron los encuentros de uno á uno, en que algunos jinetes perdieron sus viseras, despedazadas por los golpes del contrario en mitad de la carrera. Muchas fueron las astas rotas que saltaron en medio de la liza. Los caballos retrocedían á veces al impulso de la doble fuerza de ambos combatientes; y á cada golpe el pueblo alzaba uu sordo murmullo y las damas se estremecían, cubriéndose en ocasiones los ojos para no ver la caída de alguno de los mantenedores.

Después de las cuatro venidas que hacía cada uuo con su competidor, iban ambos á ensartar con delgadas cañas la maciza sortija de oro que con lazos de cinta pendía en lo alto de una vara, y cuando alguno la arrebataba, las exclamaciones y aplausos de la multitud resonaban por el ámbito del circo, semejantes á las olas del mar que se estrellan en la ribera, pues era inmensa aquella por la afluencia de gentes que de diez leguas á la redonda habían acudido á la celebración de tan famosas fiestas.

El día iba á terminar, y con él y con el sarao y festín que se daba en palacio, iban también á concluir aquellas memorables fiestas que no habían tenido iguales desde el tiempo en que el conquistador Quesada volvió de España, á donde había ido á defenderse de ciertos cargos y vino con el título de Mariscal del Nuevo Reino y Regidor del Cabildo de Santafe: fiestas que hicieron los vecinos de esta ciudad para desagraviarle en parte, con aquellas demostraciones, del frío recibimiento que se le hizo en la Corte, pues los habitantes de esta ciudad tenían grande afecto por Quesada. Los viejos no recordaban haber visto otras más suntuosas y magníficas, y se hacían lenguas de la profusión, del lujo y de la galantería de los personajes que en ellas habían figurado con más gallardía y nobleza.

El sol doraba ya apenas con sus lánguidos rayos la fachada y torre

de la catedral, y pronto vendría la noche á dar fin á aquel día de sabroso entretenimiento y solaz, cuando el heraldo que estaba de facción en la puerta del Norte anunció con su trompeta que se presentaba un nuevo caballero en demanda de entrada á la plaza. Un sordo murmullo y el tropel de la gente que se agolpaba en aquel punto hicieron suspender por un momento toda otra atención y allí dirigieron sus curiosas miradas todos los espectadores, que no aguardaban esta nueva y sorprendente escena.

Dada la señal de entrada, que no podía negarse á ningún caballero, se presentó el desconocido. Calada la visera y con paso lento dirigió su caballo, blanco como una paloma, hasta enfrente del palco real, donde se detuvo para saludar á los magistrados y á las damas, y pidió permiso para combatir con el caballero ó caballeros que quisiesen aceptarlo por contendiente. Dudose por un momento si los jinetes que ya habían hecho sus cuatro venidas podrían, conforme á las leyes de la Justa, entrar de nuevo en combate, y, después de una breve discusión, los Fieles resolvieron afirmativamente, fundándose en que éste era un nuevo caballero de ventura (1) que no se había inscrito desde el principio, y que rehusarle el reto sería en cierto modo una manifestación de temor ó de desprecio.

Resuelto así el punto, y publicado por los heraldos de una y otra parte, el caballero se dirigió al extremo opuesto del circo, siempre al paso lento de su caballo, pero mostrando una gallardía tal y una gentileza en el porte, que arrebataba la admiración de todos. Los arreos del palafrén que montaba eran sencillos, lo mismo que sus propios atavíos; pero todo el mundo había podido leer distintamente en el fondo de la brillante rodela, que empuñaba en el brazo izquierdo, esta empresa misteriosa, escrita en claros caracteres: POR LO IMPOSIBLE!

Un largo espacio transcurrió, durante el cual reinaba en la plaza un profundo silencio, antes de que saltase á la liza algún competidor; Los caballeros estaban indecisos, no seguramente por temor, sino por una suerte de galantería, pues cada cual dejaba que los demás tomasen la iniciativa, para no ser tildados quizá de presuntuosos. Finalmente, uno de los de la banda del Sur picó su caballo y se adelantó algunos pasos: era Rodrigo Fonte, hijo del famoso Capitán Lázaro Fonte, Re-

(1) Los caballeros de *la tabla* eran los que habían inscrito sus nombres anticipadamente en un registro ó tabla, ofreciendo mantener el campo; y los *de ventura* los que se presentaban sin inscribirse y después de comenzada la Justa.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gidor que fué de Santafé, joven ardoroso y resuelto, que, impaciente de tan larga tregua, no podía aguantar la comezón y el ansia que le aguijoneaba de medir sus fuerzas con las del arrogante desconocido.

Aceptado, pues, el reto, los Fieles y demás ministriles del caso ocurrieron á los dos caballeros para recibir sus armas, y cambiarlas por astas ó cañas bien preparadas. Tomáronles el juramento acostumbrado de no dar golpe ó revés con la caña, sino dirigirla de punta, y de no atacar á su contrario si éste hubiese perdido el yelmo, ó hubiese dejado caer su asta, ó si su caballo, flaqueando, hubiese caído, "ca non habría en esto hidalguía," y que si hubiese caído la capellina no le diesen golpe hasta que la repusiese. En seguida cataron las cinchas, frenos y demás prendas de la montura de cada uno, para cerciorarse de que todo estaba bien arreglado. Y diciéndoles, "¡buen ánimo caballero, y que Dios os dé fortuna!" se retiraron á sus puestos.

El desconocido miró su asta, la blandió en lo alto, como midiéndola con la vista, y en seguida la apoyó contra la tierra, como para probar su resistencia, y se afirmó sobre los estribos. Al tañer de los atabales, los dos adalides, colocados en las extremidades del campo, se saludaron llevando la mano al pecho, y luégo al yelmo, y, aplicando los acicates á los ijares del bridón, partieron como un rayo... "A la buena ventura!" "Dios sea con ellos!" "¡Animo, bravos caballeros!" eran las exclamaciones que simultáneamente se oían entre la muchedumbre, aunque muchos guardaban profundo silencio, contenían la respiración y miraban sin cespitar á los dos combatientes.

Partir estos y encontrarse en la mitad de la carrera fué todo obra de un momento. Rechinó en el circo el resquebrajarse de las dos astas á un tiempo, las cuales, topando en el centro de las rodelas, saltaron en astillas, y cada cual siguió su camino, en medio de la algazara y aplauso de la concurrencia. Los caballos encabritados y haciendo flotar al aire las largas colas, como ufanos de su fuerza y agilidad, parecían impacientes por emprender de nuevo la carrera, y lo demostraban tascando el freno, que ya comenzaba á hacer espuma.

Después de un corto descanso, y renovadas las cañas, como los dos campeones permaneciesen firmes en sus puestos, se dió de nuevo la señal y, partiendo segunda vez como exhalaciones, se encontraron en el centro. El asta de Fonte saltó en pedazos contra la adarga del incógnito, pero la de este fué á dar derecho al rostro de aquel, y le quitó la visera. La muchedumbre aclamó el triunfo del nuevo caballero, pues este golpe era permitido.

Una nueva escena se presentó en este momento. Entre los caballeros que formaban en la banda del Sur, se hallaba también el decano de los conquistadores, uno de los pocos Capitanes de Quesada que aun existían, el nunca bien ponderado Gonzalo García Zorro, encomendero de Santafé, cuyas hazañas encomiará siempre la historia. Este Capitán había venido á la conquista siendo todavía muy joven, pero acreditado por su gran valor. Aunque viejo ya, pues no podía contar menos de ochenta años, se hallaba aún fuerte y vigoroso: fortuna debida, ya á la natural robustez de la raza en aquellos tiempos, ya al género de vida que había llevado antes en la guerra, y que llevaba entonces, viviendo pacífica y tranquilamente en sus tierras.

Por un movimiento involuntario de indignación se adelantó á pedir permiso para retar al desconocido. Habríasele acordado, puesto que él, sea por su edad, sea porque el número de caballeros era desigual en una y otra banda, como se ha dicho, se había quedado baldío y de simple espectador, haciendo el oficio de presidir á los campeones, como decano de ellos; pero los jueces declararon que Fonte debía combatir todavía, á no ser que quisiese ceder el puesto al anciano. Y como aquel permaneciese firme y dispuesto á lidiar de nuevo, se hizo la tercera salida.

En este encuentro las dos astas se rompieron; pero el empuje fué tan violento que, no pudiendo resistirlo el joven Fonte, perdió el estribo derecho y vino á tierra con estruendo y con grande algazara y gritería de todos los circunstantes.

Aquí ya no pudo contenerse el impetuoso Zorro, y exclamó en alta voz: "Voto á bríos! que estos señores caballeros son de lana! ¡Cómo se entiende! que así se dejan derribar de sus caballos!" Y picando espuelas al suyo, se plantó garboso y resuelto en mitad de la plaza desafiando al *caballero de lo imposible*. En efecto, colocados en sus puestos, tomadas las cañas, registradas las monturas y hechas las demás ceremonias que quedan dichas, después de reposar unos instantes, se anunció el cuarto combate, y cada cual se dispuso á presenciar un nuevo estrago.

Todas las probabilidades del triunfo estaban de parte del Capitán, y había apuestas en su favor entre las gentes, ya por ser gallo de más espuela que el otro, ya porque su brazo, avezado en cien combates á manejar la lanza, le hacía mirar aquello como juego de niños. Sin embargo, muchos dudaban que por su edad tuviese todavía la firmeza de pulso necesaria para aquel lance.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Dada la señal por los heraldos, los dos jinetes partieron. Zorro, bien sentado en la silla y derecho como un huso, se inclinó un tanto al llegar cerca de su contrario y embistió con brio. Encuentro formidable! El choque fué terrible... Dos piedras enormes que descienden juntas de la cumbre de una montaña, arrebatadas por un derrumbamiento y en su camino se encuentran y se vuelven pedazos, no se darían más rudo golpe... Una parte de la cimera del desconocido voló por los aires; su fiel caballo dobló las patas traseras, é inclinado del lado izquierdo, hubiera quedado tendido cuan largo era, sin la destreza, agilidad y sangre fría del jinete, que lo hizo levantarse inmediatamente. El famoso caballo negro de García Zorro reculó también un poco, pero permaneció firme. Sin embargo, el golpe fué fatal: la punta de la caña, rompiendo el yelmo del Capitán, le hirió en la sien. El aturdimiento producido por el golpe y el empuje del desconocido hicieron vacilar al viejo sobre su silla, y un segundo después vino á tierra, de donde no pudo levantarse...

Ocurrieron los Fieles y lo alzaron del suelo sin sentido, pero sin herida visible, y lo condujeron á lugar conveniente para darle agua con vino y hacerle recobrar el aliento. Esparcióse la voz de que no había sido cosa de cuidado, y que todo era efecto de la conmoción que había sufrido al caer. El Presidente ordenó que se le condujese á palacio, para atenderle allí hasta su completa reposición. Lamentable ocurrencia que contristó á muchos y especialmente á las sensibles damas, pero que no por eso disminuyó la simpatía que había sabido inspirar el caballero desconocido, que en ninguna manera era reputado como culpable de aquella desgracia.

Pasada la primera impresión del lance y repuestos los ánimos, continuó la diversión, y el desconocido, que hasta entonces había desdeñado ensartar la sortija, como cosa baladí y poco digna de un caballero que aspira á más alta honra y más noble ocupación, fué invitado á terminar la fiesta con esta suerte. En efecto, picó su caballo con cierta negligencia y desgana, y con su caña, que no quiso cambiar por otra más delgada, arrebató en la carrerra la maciza sortija de oro, en medio de ruidosos aplausos, pues era uno de los tres únicos que habían logrado ensartarla; y en seguida se presentó al frente del palco presidencial.

Abierta la portezuela, echó pié á tierra y subió la gradería en medio de las músicas y del tañer de los añafiles, trompetas y atabales, para depositar la sortija á los piés de las damas, como era costumbre de los

que la ensartaban. Habiendo bajado de nuevo, y cubierto siempre con la visera, que se había arreglado provisionalmente, se reunió el Consejo de los Fieles y las damas para resolver quién fuese el vencedor en toda la Justa y acordarle el premio. Resolvióse unánimemente que lo era el caballero desconocido, el cual había llevado la mejoría por las varias suertes que había ejecutado, superiores á todas las demás de los otros, pues, aunque era verdad que su caballo había caído con él, las leyes de la Justa decían que cuando el caballo cae, se supone que la culpa es del caballo y no del caballero, y en igualdad de circunstancias es vencedor el que derriba á otro caballero, cuyo caballo no cae, porque en este caso la culpa no es del caballo sino del caballero.

Votada, pues, la cuestión, era preciso, para proclamar el triunfo del vencedor, nombrándolo individualmente—puesto que no se habían adoptado seudónimos—que se presentase á recibir el premio y galardón, y se descubriese alzando la visera y pronunciando su nombre. El desconocido volvió á subir las gradas é hincando una rodilla y levantando la visera, dijo en alta é inteligible voz:

"Don Alvaro Sánchez!..."

En el mismo instante otra voz estentórea, que no se supo de dónde salía, exclamó:

"Ha muerto el Capitán García Zorro!!..."

El sonido de la trompeta del ángel en el último día no habría aterrado tanto á la inquieta y arremolinada muchedumbre y á todos los demás actores de esta escena. Un grito general se levantó al rededor del palco, semejante al ruido lejano de un impetuoso río, traido repentinamente por el viento á nuestros oidos.

—Don Alvaro Sánchez! decían unos.

—El Capitán Zorro? exclamaban otros.

—Don Alvaro Sánchez! repetían los de más allá.

—Qué hay? preguntaban los que iban llegando.

—Que ha muerto!

—Dónde?

—En palacio!...

—Cómo! si estaba en Cartagena!

—No, que es el Capitán Zorro.

—Pues no cayó del caballo? Cómo va, pues, á recibir el premio?

Y con estos diálogos, entre cómicos y serios, de los desorientados curiosos, pasó inapercibida la emoción profunda que esta doble peripecia

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

causó en los dos más notables personajes de nuestra historia, á saber, D. Pedro de Urrego y la bella Constanza, á cuyos pies se hallaba en aquel momento, con una rodilla en tierra, el afortunado D. Alvaro.

Renunciamos á describir esa emoción que, como el rayo que al romper los aires se divide en ráfagas eléctricas, vino á herir á tantas personas. Una estatua de marfil habría tenido más color que el rostro angelical de Constanza quien, casi desmayada, había apoyado la cabeza sobre el hombro de doña Elvira de Mendoza, una de sus compañeras de jurado, dejando caer los brazos descoyuntados.

Providencial fué aquella singular coincidencia que así hizo dividir la general atención, pues de este modo los que no estaban iniciados en el misterio, pudieron atribuir la emoción de Constanza á la noticia de la muerte del Capitán, que tanto contristó á la población, y especialmente á las nobles damas. Aun el mismo D. Pedro, machucho y suspicaz como era, llegó á dudar de la verdadera causa del desmayo de su hija. En todo caso ésta tenía derecho á que aquello se creyese si, al volverle el sentido, tributaba un suspiro á la memoria del buen anciano, unísono con otro más profundo con que de lo íntimo del alma daba gracias á Dios por tan inesperada dicha.

Un grito se había escapado de su pecho al descubrir el ya tostado rostro de su amante; al encontrarse sus ojos con los de éste, como dos nubes cargadas de opuestos fluídos; al mirarle frente á frente con esas facciones, con esa pera y bigote que allá en el silencio y quietud de la noche se dibujaban en su imaginación como entre nieblas; y, en fin, al oir el tono de su voz simpática y varonil... Pero ese grito de placer y de sorpresa había sido ahogado por la fatídica voz que anunció la triste desgracia, y se perdió como el grito del náufrago entre el estruendo de las olas y el estampido del trueno.

Todo este lance, rápido y animado, pasó como un relámpago, y la prudente reserva de los que en él figuraron hizo disimular lo que de otro modo habría producido un escándalo tal vez de funestas consecuencias. Mientras se confirmaba la noticia de la muerte de García Zorro se procedió á colgar al cuello del caballero la medalla de oro que se había mandado abrir, realzadas en el anverso las armas de España y en el reverso las de Portugal, con una inscripción en el exergo, que decía: "Al caballero vencedor en la Justa."

Repuesta algún tanto la discreta Constanza y pensando con su prudencia instintiva que debía disimular aquella turbación, tomó temblando

la banda de seda de los colores de las dos naciones, en que estaban ricamente bordadas las mismas armas y mote de la medalla,—la cual le fué presentada por los Fieles de la Justa,—y la cruzó por sobre el hombro izquierdo de D. Alvaro, quien, rebosando de dicha, sintió pasar por cerca de sus labios aquellas manos blancas y trémulas: felicidad inaudita por la cual no habría cambiado el garrido mancebo todos sus triunfos y glorias pasados, presentes y futuros.

Otra de las damás que habían sido elegidas por jueces entregó á D. Alvaro la sortija de oro arrebatada por él mismo, felicitándole con una amable y socarrona sonrisa; y éste, levantándose, saludó cortesmente, caló la visera y se retiró en busca de su bridón.

CAPÍTULO XVII.

UN LEGADO REGIO.

LUIS. Pues ahora quiero
Que la lleveis, señor, para bastante
Prueba de mi verdad este diamante;
Que, visto su valor y su excelencia,
No dudo yo, señor, que os dé licencia
De llegar á sus pies.

BERNARDINO. Es piedra rara!
Qué fondo! qué caudal! qué limpia y clara!

LEONOR. Este diamante que ves
Luz que con el sol la mides,
Dí á don Luis de Benavides,
Prenda mia y suya es.
O mis lágrimas me ciegan,
O es el mismo. Hoy sabré yo
Cómo á mis manos volvió.

CALDERÒN DE LA BARCA.

Con las escenas que quedan descritas cayó el telón de estas famosísimas fiestas que nuestros padres oían referir á sus abuelos y estos á sus ascendientes. Pero como en este mundo instable y voltario no hay gusto cumplido, y en él la adversa fortuna siempre va mezclada con los placeres y las dichas, fugaces de suyo, qniso la suerte que tras de la risa viniese el llanto, pues, confirmada aquella misma tarde la muerte de García Zorro, el pueblo contristado hubo de derrramarlo por el famoso conquistador y benemérito Capitán.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Así que, fué preciso suspender el resto de los regocijos. Los salones de palacio quedaron aquella noche poco menos que desiertos, y aun más, convertidos en sala mortuoria, que tales son los contrastes de la vida. A las públicas iluminaciones sucedieron en las calles las tinieblas, al estrépito de los transeuntes el silencio y la quietud, y á los alegres repiques *de la oración* los dobles de las campanas, á cuyo lúgubre y pausado tañido fué retirándose el pueblo lentamente de la plaza hasta que se dispersó por entero.

De veinte leguas á la redonda habían venido á las fiestas multitud de gentes, y aun de Tunja y otras grandes poblaciones habían asistido encomenderos y personas principales, las que, como suele decirse, anochecieron y no amanecieron, pues la mayor parte de ellas, terminado el objeto que las retenía en Santafé, al despuntar la aurora tomaron el camino de sus casas; si bien otras muchas se quedaron para asistir á las exequias del Capitán Zorro.

Hiciéronse estas en la catedral, oficiando el prelado, y fueron solemnes y aparatosas, como era natural. Entre los numerosos asistentes se veía la noble figura de D. Álvaro Sánchez, triste y meditabundo, como quien se reconocía instrumento, aunque inocente, de tamaña desgracia, y no se separó un punto del féretro hasta dejar sus restos en la bóveda en que allí mismo fué depositado. Retiróse al fin conmovido, no sin tributar á la memoria del buen anciano un profundo suspiro, y después llevó luto riguroso durante un mes entero.

Pero ¿cómo, habiéndose quedado D. Álvaro en Cartagena, á la salida del Presidente, pudo hallarse de un modo inesperado en la Justa de la última tarde de las fiestas en Santafe? Eso es lo que vamos á referir, si el indulgente y benévolo lector quiere tener la galantería de acompañarnos de nuevo hasta Cartagena, y dejar descansar unos días á D. Álvaro del molimiento y fatiga de tan penoso viaje y de la cruda batalla que acaba de librar.

Luégo que estuvo repuesto de la enfermedad que le retenía en cama, obra de pocos días, procedió á desempeñar la comisión que le había dejado el Presidente González, y tan pronto como se vió libre de este cuidado, dispuso su viaje para el interior. La subida del Magdalena no se hacía entonces, como hoy, en seis ó siete días, sino en treinta ó cuarenta y aun más: así que, cuando el Presidente aun no había llegado á la capital, ya nuestro hombre estaba también subiendo el río, en compañía de su nuevo amigo y protegido el joven Santiago, que, absuelto de culpa y pena, y

puesto ya en libertad, no sólo había cumplido su palabra de acompañarle, sino que estaba deseoso de internarse en el país y recorrer estas comarcas desconocidas, llenas para él de atractivos y misteriosos encantos.

Bien quisiéramos trasportarlos como por ensalmo á esta ciudad, y evitar la tal vez cansada relación de tan laborioso viaje; pero nos llama y obliga á detenernos, á manera de pasajeros varados, un incidente de sumo interés y digno de ser conocido.

A la salida de los viajeros, ya el inglesito de buen humor se hallaba un tanto indispuesto de cierto antiguo mal de estómago que padecía, y á los pocos días de navegación se agravó considerablemente. Al octavo vino un nuevo contratiempo á paralizar el viaje, pues la embarcación en que subían sufrió un considerable daño, y fue preciso atracar á tierra y desembarcar en la playa mientras se proveía á la urgente necesidad de repararla. Pero Dios, que por caminos no pensados lo dispone todo del modo más conveniente, hizo que este mismo contratiempo fuese favorable en muchos respectos á los viajeros, pues los primeros que saltaron á tierra descubrieron que allá entre el bosque que limitaba la ancha playa se divisaba una especie de caserío de ranchos miserables.

En efecto, había por allí diseminadas algunas barracas probablemente abandonadas por sus antiguos habitadores, pues no se veía rastro de humana planta. En este punto resolvieron asentar sus reales, tomando posesión con el derecho *primi capientis*, ya que no por el de conquista, que no venían en calidad de táles. Y tanto más urgente era instalarse allí cuanto que el joven Santiago se agravaba por momentos de su dolencia y necesitaba algún reposo.

Al acercarse á aquella especie de aduar, vió don Alvaro que se dirigía hácia donde él estaba una persona al parecer cubierta con una raída sotana, y tan ahusada y macilenta que más parecía un cadáver ó una aparición fantástica que un sér humano. ¡Pero cuál fue su sorpresa cuando al llegar cerca de él le tendió los brazos diciendo: don Alvaro!..... Retrocedió éste un paso, pero en el mismo momento, fijándose en el rostro del que le apostrofaba, reconoció, aunque con dificultad, el del padre Antonio Linero, que formaba parte de la comitiva del Presidente González con los otros dos Jesuítas que había encontrado en la isla Española y que habían subido para Santafé.

Refirióle en pocas palabras cómo á la salida de Cartagena había sido atacado de una fiebre terrible que lo había postrado en términos de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

no poder continuar su marcha; y que, temiendo infestar tal vez al resto de los viajeros, había resuelto, no obstante las instancias del Presidente, permanecer allí hasta reponerse y aguardar que pasáse alguna embarcación, ó aceptar la muerte, si el Señor se la enviaba, á lo cual lo había determinado el ofrecimiento de un compañero suyo de quedarse con él, y la seguridad de encontrar allí algunos recursos, pues había dos ó tres habitantes medio salvajes que los habían recibido y tratado con suma afabilidad y atención. En efecto, esas pobres gentes habían cuidado á sus huéspedes más allá de lo que pudiera esperarse, y al fin el padre se había recobrado algún tanto y se hallaba en estado de convalecencia.

No así, desgraciadamente, su caritativo compañero que, atacado también de la fiebre, y siendo de más débil constitución, no había podido resistir, y sucumbió á los pocos días, con el consuelo por lo menos de recibir los auxilios espirituales que pudo administrarle el padre en aquellas soledades.

Condujo éste á sus huéspedes á la miserable choza que le servía de albergue y después á otra más espaciosa que había habilitado de capilla, y en que todo el ajuar se reducía á su pequeño crucifico colocado sobre un rústico y desnudo altar. Allí había comenzado ya á instruír en las verdades de la fé á los dos ó tres infelices que vivían con él.

Conducido el joven Santiago á la habitación del padre, se le prodigaron todos los cuidados que tan estrecha situación permitía; pero la tenaz disenteria que lo atormentaba se resistía á todas las aplicaciones, que se le hacían, y aun se agravaba por la mala calidad de los alimentos y la insalubridad del clima. Con todo, en medio de los agudos dolores que sufría, de la fiebre y del desfallecimiento de sus fuerzas físicas, conservaba en todo su vigor las facultades intelectuales, y solía distraer todavía con su charla á la cuitada tripulación que le acompañaba.

Un día que se hallaba sólo con don Alvaro y con el padre, y en uno de aquellos intermedios de alivio que le daban algún descanso, tomó las manos de ambos entre las suyas, y les dijo:

—Amigos míos, tengo para mí que éste ha de ser el término de mi carrera, y que la Providencia pondrá fin á mi temprana vida en estos espantosos desiertos. Pero ¡cuánto no tengo que agradecer á su bondad, pues que ya que muero lejos de mi patria y de toda sociedad humana, me veo rodeado de tan buenas y caritativas personas y al lado de un protector que ha sido mi segundo padre!

Vosotros me seais testigos de que muero en la fé del Señor y en el seno de la verdadera Iglesia. Y ahora sólo me resta, antes de recibir la absolución de mis pecados de mano de este buen sacerdote, hacer mi testamento, que en verdad bien corto ha de ser.

Hasta ahora os he hablado de mí y de mis aventuras, añadió, dirigiéndose á don Alvaro: ahora voy á hablaros de mi padre, única persona que me ha pertenecido en el mundo. Era este buen hombre, llamado Patrick White, de hidalga y honrada familia y de muy buenas relaciones en la Corte; pero habiendo venido á menos su fortuna, esquivaba con justo orgullo rozarse con sus iguales, y así permaneció oscuro y pobre, consagrado á un humilde trabajo. Todo lo que aceptó del noble Conde de Essex, en premio de antignos servicios, fue que me tomase á su servicio en calidad de paje, según os he referido en otra ocasión. Y á fé que ya era tiempo de darme colocación, pues á pocos días murió.

Pero años antes, cuando todavía gozaba de alguna fortuna, había desempeñado un empleo en la Corte, que cuadraba muy bien con sus gustos é inclinaciones, y era el de guarda-bosque de una de las posesiones reales.

Aquí dejó el enfermo suspensa la relación por sentirse falto de fuerzas, y después la reanudó en los términos siguientes:

Había al norte de Londres un sitio real muy concurrido en otro tiempo y abandonado después por Enrique VIII, padre de Isabel; y así quedó por largo tiempo no obstante sus buenas condiciones de recreo, pues abundaba en bosques y en caza, que es la diversión favorita de los reyes y los grandes. La reina Isabel, joven todavía, resolvió rehabilitar aquel sitio, restaurando las habitaciones, los jardines y bosques, y para dar las órdenes convenientes quiso ir á ver por sí misma el estado en que se hallaba todo, y al efecto invitó á los cortesanos para una partida de campo en la estación del verano. Necesitándose de un guarda-bosque, no faltó quien indicase á mi padre, y al momento fue aceptado, por lo cual hizo parte de la comitiva y partió con la reina.

Los habitantes del pueblecillo que estaba en aquellos dominios echaron, como suele decirse, la casa por la ventana, y recibieron á la reina con fiestas campestres y otros obsequios y demostraciones de amor y de júbilo. Entre esas fiestas figuró como principal el combate de osos, que sabéis ha sido tan del gusto del pueblo inglés, y que se verifica, ya de estos animales unos con otros, ya con hombres fuertes y adestrados;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y como aquellos contornos abundan en esta especie de fieras, fácil les fue á los colonos coger en trampas á unos cuantos de esos Sansones de cuatro patas y encerrarlos en enormes y fuertes jaulas, teniéndolos á dieta mientras llegaba el día del combate.

Al siguiente del arribo de la Corte hubo bailes y canciones de los campesinos, que ofrecían flores y frutas á las damas, y por la tarde tuvo lugar en el circo, formado de grandes estacas, que se había construído en el pueblo, el combate, no ya de hombres con osos, que Isabel, con todo su ánimo varonil, no habría podido presenciar sin horripilarse una escena semejante, sino de los horribles osos entre sí, batallando de dos en dos.

Gran diversión tuvieron por cierto los circunstantes al ver los tumbos que daban y las luchas en que solían quedar algunos muertos: raquítico remedo del antiguo anfiteatro romano, en que nunca se pudo saber quiénes eran más bárbaros y sanguinarios, si las fieras que devoraban á los hombres ó á las otras fieras, ó el pueblo soberano que aplaudía.

Dispúsose para el día siguiente una partida de caza, y en las primeras horas de la mañana partió la cabalgata que iba á batir el bosque, en que abundaban los javalíes, ciervos y otras alimañas de la laya, que, dueños por largo tiempo de su libertad é independencia, se habrían multiplicado sin duda considerablemente. El ladrar de los galgos y lebreles, los relinchos de los caballos, los gritos de los batidores, los penetrantes sonidos de las cornetas de caza y la general algazara, vinieron á turbar el perenne silencio y no interrumpida quietud de aquellos bosques cuasi baldíos.

Corrieron toda la mañana y los monteros levantaron varias piezas que, rendidas por los venablos y jabalinas, ó atarazadas por los podencos, fueron traídas en triunfo á la antigua mansión real. Pero á eso de medio día, cansada la reina de andar á caballo ó de aguardar en su puesto el momento de ver pasar la perseguida víctima, y sufocada por el calor de un fuerte sol de estío, quiso descansar, y retirándose á un sitio apacible y ameno, sombreado por un bosquecillo y refrescado por un bullicioso arroyuelo, saltó de su caballo, y habiendo despedido á los palafreneros con los corceles, se quedó allí con sus damas, sentada á la sombra de los árboles.

Pero ¡ oh desgracia inesperada ! uno de los fieros osos que estaban encerrados había logrado escaparse rompiendo su jaula, sin ser notado, y tomando el camino del bosque, acertó á dirigirse al lugar en que el grupo femenil se solazaba ! ¡Cuál sería el espanto de las tímidas y descuidadas señoras cuando vieron cerca de sí al temible visitante parado sobre las patas traseras, mostrando sus formidables dientes y en actitud de lanzarse sobre el inerme corro !.....

Un grito simultáneo resonó en el bosque, y por un movimiento instintivo corrieron todas á guarecerse tras los troncos de los árboles. Corrió también la reina, pero, enredada en sus propios vestidos y atolondrada por el susto, cayó en el suelo, y en este momento el traidor monstruo se abalanzó sobre su presa.

A los gritos desatentados acudieron los pajes y palafreneros que se hallaban á doscientos pasos de allí ; pero cuando llegaron al lugar de la escena ya mi padre, que andaba por aquellos contornos en busca de la reina, había rendido al oso con su venablo al momento de poner manos sacrílegas sobre la real persona, y estaba tendido á sus pies revolcándose en su propia sangre.

Levantada la reina y recobrados todos del susto, se dirigieron á la residencia real, donde se dió orden de ejecutar, sin fórmula de juicio, á los demás inocentes prisioneros que ninguna parte habían tenido en aquel delito de lesa majestad, por miedo de que se repitiese alguna nueva desgracia ó funesto accidente.

Después de la comida la reina hizo llamar á mi padre á su cámara, y allí, en presencia de sus damas y otros cortesanos, le tributó en tono amistoso y con voz conmovida los agradecimientos á que era acreedor por un servicio tan señalado, hecho, no solamente á su persona, sino al reino entero.

—Deseo concederos, le dijo, la gracia que me pidáis, y os la ofrezco en precensia de las personas que aquí se hallan.

—Señora, contestó mi padre inclinándose respetuosamente: el cumplimiento del deber no es una acción meritoria, ni digna de recompensa. Yo he cumplido el mío y me tengo por muy feliz en ello .....

—Sin embargo, replicó Isabel, yo quiero dar un galardón, no á vuestra fidelidad sino á vuestro valor, y nada es más justo.

—Señora, contestó mi padre, perdonadme, pero para mí es suficiente recompensa la benevolencia y las dulces palabras de Vuestra Majestad.

—Pues bien ! agregó la reina, ya que sois tan modesto como buen vasallo, aceptad este anillo que os doy, no como recompensa, sino como

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

uu recuerdo personal de vuestra soberana, y que deseo conservéis siempre para memoria de este lance, reservándome pagaros después como merecéis.

Y quitándose del dedo una de sus ricas sortijas la entregó á mi padre, quien la recibió hincando en tierra una rodilla, y llevándola á sus labios la colocó después en un dedo de la mano derecha.

De aquí para adelante ningún interés tendría la relación de este episodio. Refiriómelo mi padre antes de morir, y en sus últimos momentos me entregó el famoso anillo diciéndome:

—Conserva siempre este anillo, no solamente como recuerdo de nuestra soberana, sino como prenda de mi amor y de la bendición que te doy en los umbrales del sepulcro. Cuando alguna mala idea te venga, acuérdate de mis consejos y, mirando esta sortija, ten presente que tu padre jamás faltó á su deber, y que supo conservar intacta su honra para que hagas tú lo mismo.

Tomé y besé el anillo juntamente con la mano que me lo presentaba, pero temiendo ser despojado de él en alguna de tántas aventuras como he corrido, lo até en un cordón de seda y lo colgué de mi cuello.

Al decir esto, Santiago se descubrió el pecho, y sacando el anillo que llevaba lo entregó á don Alvaro, diciéndole:

—Tomad, esto es lo único que puedo legaros; guardadlo siempre, y sólo os ruego lo mismo que mi padre me encargó antes de morir: que esta prenda no venga á parar alguna vez á manos indignas. Por mi parte yo lo he cumplido; cnmplidlo vos también.

Aquí terminó esta relación que hizo el joven con las interrupciones que eran consiguientes á su debilidad y padecimientos, y ya no pensó sino en prepararse para el viaje más dilatado é incierto de la eternidad.

Tres días después tenía lugar en la improvisada capillita una ceremonia fúnebre que arrancaba lágrimas de ternura y compasión á don Alvaro, al padre Linero y á los demás compañeros de viaje. En medio de los salmos y oraciones de la Iglesia, que recitaba el sacerdote, depositaban el cuerpo de Santiago, envuelto en una sábana, en la honda excavación que se había hecho en el suelo de la misma capilla. Juntamente con la tierra que se amontonaba sobre su cadáver caían también sobre él algunas flores silvestres, y la aspersión del agua bendita que hacía el ministro de Dios, se confundía con las lágrimas que en silencio se vertían.

Cuando los viajeros volvieron á embarcarse, en unión del padre Linero, ardían todavía en aquel lugar, ya sagrado, las resinas del bosque que se habían quemado en la inhumación de los restos del infortunado joven. Una mirada y un suspiro dirigidos hacia aquella humilde cabaña, fueron la despedida de los que le sobrevivían.

Allí, á lo menos, aquel cristiano que murió en la paz del Señor quedaba reposando á cubierto de los ardores del sol y de las injurias del aire!.....

CAPITULO XVIII.

"Á MADRID ME VUELVO."

Cuando vuela el pensamiento
A tus llanos, me figuro
Que respiro tu aire puro,
Tu aire puro en tu pensil;
Y que encima mi caballo
Voy cruzando tu Sabana
A la luz de la mañana,
La mañana de un Abril.

JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA.

Trasladémonos al sitio de Honda, puerto considerable después, merced al fomento que le dió el Presidente González, á donde llegaron los asendereados navegantes después de no pocas penalidades y contratiempos. Estando allí bajó un correo especial de Santafé que llevaba pliegos para Cartagena y cartas particulares, entre ellas una de don Juan de Guevara para don Alvaro, en la cual le hablaba extensamente de varios asuntos, de mayor ó menor interés, y terminaba diciéndole cómo el nuevo magistrado había sido espléndidamente recibido por toda la población, y para fin y remate de tan señalado acontecimiento se preparaban grandes fiestas y regocijos públicos, tan ruidosos y jamás vistos, que habían de eclipsar y dejar en pañales á los nunca bien ponderados que los antiguos vecinos de Santafé hicieron en obsequio del Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada cuando regresó de España; y que dentro de dos días darían principio estos memorables festejos en que habría todo aquello que tan grande objeto exigía, y lo que la época y la capital del reino pedían de suyo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Referíale puntualmente todo lo que se anunciaba, llamando especialmente su atención á las justas y torneos que estarían á pedir de boca, y en que sólo haría falta la presencia del gallardo caballero don Alvaro Sánchez, tan buen jinete como diestro y valeroso.

Por supuesto que no se le quedaba en el tintero relatarle la crónica de la *Calle de la Carrera*, y la esperanza que tenía de ver en las fiestas "á aquella incomparable beldad que vuesamerced sabe, y que yo no he perdido de vista, durante su ausencia,"—le decía en una postdata de medio pliego. Y así debía ser en efecto, pues don Pedro de Urrego no podía dejar de contribuír, á fuer de leal vasallo, á honrar con su presencia la proyectada ovación, y á embellecer y realzar con la de sus hijas los espectáculos que con tan nobles motivos se ofrecían á todo buen español.

Cuando don Alvaro habló con el mensajero y supo que traía cartas para él las tomó, y, devorando su contenido dos y tres veces, al llegar á la relación de las justas, espectáculo tan de su gusto y tan propio de su carácter, ocurrióle á la imaginación la idea, no muy estravagante por cierto en aquel tiempo, si se consideran las costumbres medio caballerescas de una época todavía cercana á la conquista, de dar una sorpresa al Presidente, á sus amigos, á la población entera, y.....tal vez á Constanza, á quien se figuraba ya ver en la plaza presenciando el combate de los caballeros.

Nada podía cuadrar mejor con su genio, ni halagar tanto su fantasía como esta misteriosa aparición en que haría brillar su destreza en la equitación, su fuerza y bizarría; y así, todo fue pensarlo y darlo por hecho. Escribió, pues, á Guevara dándole parte de su proyecto en mucha reserva, y encargándole con la misma que le preparase ocultamente una armadura completa y un hermoso y fuerte caballo enjaezado; y que todo se lo enviase el último día de las fiestas, que, según sus cálculos, sería el de su llegada á Santafé, á cierto lugar de la Sabana, distante media legua de la ciudad, que, al decir de las crónicas, es la casa de la que entonces era estancia de Juan de Aranda; y le advertía de paso cuál debía ser la empresa y mote que había de llevar el escudo.

Allí debía armarse secretamente caballero, montar y venirse directamente á la plaza al caer la tarde. Para llevar á cabo tan ingenioso plan despachó un expreso á marchas forzadas, y todo se hizo como él lo pedía, saliéndole á la medida de su deseo, pues el acucioso y activo don Juan supo secundar perfectamente el novelesco proyecto de su

amigo, por quien tanto se interesaba y á quien deseaba complacer y servir, y le previno y aparejó todo del mejor modo posible, aun más allá de lo que aquél pudiera imaginarse.

Anticipóse á salir de Honda, dejando allí á sus compañeros de viaje, con pretexto de que se le llamaba con urgencia de Santafé, y cuando, después de largos batacazos por esos barrizales, y pruebas de equilibrio de su mula por despeñaderos y bargas, que eran apenas el borrador de lo que hoy se llama por ironía el camino de Honda; cuando molido y quebrantado descubrió la inmensa Sabana, cubierta de mieses y ganados, su corazon se llenó de alegría, sus esperanzas se reanimaron, y el aire fresco y puro que respiraba parecía que le daba nueva vida y vigor.

"Mucho he subido, decía hablando consigo mismo, pero ya estoy en el primer cielo; cuando haya llegado á Santafé, estaré en el quinto, donde veré lo que....." alusión que quería hacer sin duda á la esperanza de volver á ver á su adorado tormento.

Cuando salió á tierra llana y cambió su jadeante cabalgadura por otra fresca y animosa, galopaba sin aflojar el paso, y al compás de su galope repetía mentalmente aquel trozo de un romance morisco que involuntariamente se le venía á la memoria, y que había aprendido en su niñez, el cual le venía á él como de molde en aquella ocasión:

"Esto dijo el noble moro,
Y de volver con el ansia
A ver la ciudad querida
Donde dejó vida y alma,
Montó de un salto en su yegua,
Que de veloz tiene fama,
Y bebiéndose los vientos
A todo correr avanza,
Y atraviesa la llanura
Que de Zaida le separa."

No interrumpía el joven sus pensamientos sino para mirar aquellas dehesas que á derecha é izquierda llamaban su atención, en donde pacían loz robustos ganados, y esas tierras de pan llevar que ya hacían ostentación de su feracidad, mostrando fachendosamente el rico grano, que, al pasar los viajeros, se mecía al impulso del viento, como para saludarlos.

Al fin divisó tendida en la llanura la gran laguna de Fontibón, semejante á un enorme fragmento de espejo puesto sobre una carpeta verde. Estaba tranquila, como de ordinario, y en su fondo se retrataba

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

el cielo con sus blancas nubes, remedando un abismo insondable. Entró Don Alvaro en una de las balsas en que por allí solían pescar los indios, la cual se deslizaba tan blandamente que apenas se la veía peinar el agua por la proa, digámoslo así, pero ni aun dejaba una leve estela á retaguardia. Nuevos versos le vinieron á la memoria, porque era grande apasionado por la poesía, y tenía un buen acopio de ellos para recitarlos cuando llegaba la oportunidad.

La música y la poesía son excelentes amigos que siempre traen al alma algún consuelo; ya sean festivos, ya graves y entonados, no hay cordial que pueda comparárseles, ni triaca que tánto reanime el espíritu decaido. Decía Cervantes que "la música compone los ánimos descompuestos;" ¿por qué no lo dijo tambien de los versos? Una composición que se recita, como una pieza que se oye ó se ejecuta, hacen correr por las venas un bálsamo delicioso, que, al mismo tiempo que excita el entusiasmo por una parte, nos adormece y calma por otra.

Esos versos de predilección que recitamos con frecuencia, y cuya armonía saboreamos poco á poco como el buen vino, hallando en ellos cada vez nuevas bellezas, son como aquel vientecillo de la mañana que, bajando de la montaña, nos trae los aromas del campo, no preparados por fabricantes, sino simples y elementales, como los da de sí la naturaleza. ¡Cuántos placeres indefinibles aspiramos con ellos! ¡Cuántos gratos recuerdos de la niñez, ó de los dulces afanes de la primera juventud no despiertan á su contacto! Mucho tiene adelantado para la perfección de su sér moral el que es apasionado por las artes, y mucho más el que las cultiva.

Pero sigamos con Don Alvaro, que, semejante en su balsa á aquellos animalillos que dan vueltas y revueltas sobre la superficie inmóvil de un estanque, casi sin tocarla, avanzaba lentamente, acariciado por una brisa fresca y tenue. Hé aquí la rima que le vino á la memoria cuando se hallaba ya en alta laguna, y que era obra de un su amigo, que andando los tiempos había de venir á ser el cronista de sus amores y el historiador de sus hazañas. Titulábase *La Balsa*, y decían así algunas de sus estrofas:

Surque el audaz navegante
Las ondas del mar bravío
Y haga flotar su palacio
Encima del hondo abismo,
Ostentando sus banderas
En los mástiles altivos,

Y mézase entre las olas
Al compás de sus bramidos;
Que yo en mi balsa de juncos
A nadie en el mundo envidio!

Hienda veloz el espacio
Como el pájaro marino
Que apenas moja las alas
En su vuelo fugitivo,
Y reina sobre la espuma,
Lejos de playas y riscos,
Burlándose de los vientos
Con desapacibles gritos;
Que yo en mi balsa de juncos
A nadie en el mundo envidio!

Yo también aquí en mi lago,
Siempre callado y tranquilo,
Contemplo gozoso el cielo,
Y en horizonte indeciso
Miro ocultarse del sol
El resplandeciente disco
Que dora el agua y los campos
Al lanzar su rayo oblícuo.
Ah! que en mi balsa de juncos
Al navegante no envidio.

Y viajo por islas varias
Que hay del lago en el recinto,
Donde se ven rubias mieses
Y ganados y cortijos,
Verdes sotos pintorescos
Y arroyuelos cristalinos
Y todo aquello que cuentan
De la isla de Calipso;
Así, cantando en mi balsa,
A nadie en el mundo envidio.

En vez de arenques y atunes
Tengo tiernos pecesillos
Que al reclamo de mi anzuelo
Vienen y quedan prendidos;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Y tengo brisas, y aun vientos,
Siempre apacibles y amigos,
Que refrescan mis mejillas,
O impelen mi balsa tímidos;
Por eso yo en ella á nadie,
A nadie en el mundo envidio.

Y tengo también espumas
Que saltan, y cual cintillo
De hermosas perlas rodean
Mi embarcación sin ruido,
Sin alzarse hasta las nubes,
Ni mojarme los vestidos;
Ni temo las tempestades,
Ni en los escollos peligro;
Por eso en mi humilde balsa
Al navegante no envidio!

En busca va aquél del oro
Y del ostentoso brillo,
De los placeres, del lujo,
Del tráfago y el bullicio;
Y yo en la playa vecina
Voy á encontrar hoy... hoy mismo,
Los ojos en que he encallado,
La boca en que me he perdido.
Al navegante ambicioso
En mi balsa, pues, qué envidio!

Ese es mi coral, mis perlas
Y mi anhelo y mi delirio,
Y al ver que ella en lontananza
De una roca sobre el pico
Me contempla, como el ángel
Que vela por mi destino,
Ah! mis labios la saludan
Con un beso y un suspiro;
Así en mi balsa de juncos
A nadie en el mundo envidio!

Si estrecho su linda mano,
Si su blanco cuello miro,

¿Qué me importan las grandezas
Que busca afanoso el rico?
Ah! cuando mi balsa atraque
En los juncales marchitos
Mi amor ya estará en la playa,
Y aun su pie en el agua hundido.
Ay! al saltar de mi balsa
¿A quién en el mundo envidio?

En estas y otras reminiscencias se entretenía Don Alvaro, puesto de pie sobre su rústica embarcación, y mirando á lo lejos las altas torres de la ciudad, como otros tantos faros de su esperanza, hasta que al fin llegó al puerto deseado, en el cual no había otros buques anclados que los altos juncales y espadañas de los pantanos, ni más gentes de playa que algunas garzas melancólicas, imagen de la pereza y de la ociosidad.

Ancho era el horizonte físico que se presentaba á los ojos de nuestro caballero *de la ventura*, pero no menos espacioso era el que le abría la esperanza de ver á su amada, y aun de unirse con ella pidiendo su mano, como lo tenía resuelto. Esa esperanza, ó tal vez ilusión, que todo suele ser úno para la juventud, y la espectativa de una próxima aventura en que esperaba salir airoso, y que había de darle fama y honra y gloria, reanimaban su ardor y su entusiasmo, y le hacían volar, que no correr, por la espaciosa llanura.

Llegado al punto que había indicado á su amigo Don Juan, se llenó de agradable sorpresa al hallarle allí á él mismo, que había venido en persona á cumplir sus órdenes, no queriendo confiar á manos extrañas una comisión tan delicada. Allí, pues, se armó caballero, aunque sin velar las armas en el patio de aquella casa, que á él no le pareció castillo, como lo hizo el más grande y famoso caballero que vieron los pasados siglos ni que verán los venideros. Y poniendo la silla al hermoso caballo blanco que le había traído Don Juan, y que, impaciente por volverse á la ciudad, daba vueltas y tascaba el freno, montó con ligereza, teniéndole Don Juan la brida con una mano y el estribo con la otra, y partió á galope tendido, dejando muy atrás á su amigo, que le seguía de lejos, á todo el paso de su caballo.

Antes de diez minutos llegó Don Alvaro solo á la puerta de la plaza, donde se hizo anunciar por el heraldo, según se ha visto.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XIX.

INVITACIÓN EXTRAORDINARIA.

A su palacio de Burgos,
Como buen padrino honrado,
Llevaba el rey á yantar
A sus nobles afijados.
Llegó la gente á la mesa
Y partiéndose á dos lados,
Sentóse el rey á comer
Y los que eran convidados.

ROMANCE ANTIGUO.

Los imprevistos acontecimientos que pnsieron fin á las fiestas, habían impresionado vivamente á Don Pedro, quien no sabía decir cuál era mayor desgracia, si la trágica y lamentable muerte del buen anciano Zorro, ó la repentina llegada de Don Alvaro, que venía á trastornar todos sus planes y á frustrar sus esperanzas de futura paz doméstica.

Por fortuna, machucho y avisado como era, á fuer de buen negociante, había tomado sus precauciones y adelantado sus proyectos respecto de su hija, durante la ausencia del hidalgo calavera. No dejaba, en verdad, de abrigar temores para lo futuro, aun suponiendo que se realizase el matrimonio con el novio acaudalado; pero el haber descargado el peso de la responsabilidad directa y personal sobre un tercero, ó por lo menos sobre un segundo, era ya otro cantar, y su egoísmo de comerciante, en ocasiones más poderoso que el amor de padre, le hacía decir interiormente, sin apercibirse de ello: "allá se las haya Don Jerónimo."

Mientras que Don Alvaro se hallaba ausente había formado su resolución definitiva, sobre lo cual le había hecho nuevas insinuaciones el pretendiente, al saber la partida de aquél; y así escribió á Don Jerónimo, que, como se ha dicho, andaba por Pamplona en negocio de unas minas, diciéndole que importaba su presencia en Santafé para el arreglo de un negocio de sumo interés para ambos, de cuyas causas y pormenores le impondría verbalmente cuando regresase. Por los términos de la carta no podía Don Jerónimo dejar de sospechar que se trataba del apetecido enlace con la hija de Urrego, y viendo casi abiertas las puertas de su felicidad y de par en par las de su deseo, no tardó en despachar cuanto antes los asuntos que allí le retenían, y dejando

las instrucciones necesarias, se vino á pocos días para Santafé, "reventándole el gozo por las cinchas," al considerar cuán pronto y cuán fácilmente había logrado el objeto de sus ansias, y que al fin obtendría la mano de la linda doncella á quien él se imaginaba que amaba tiernamente, y que, además de joven, bella y discreta, llevaría por contera á la sociedad conyugal una cuantiosa dote. Allegábase á esta consideración la de que sus negocios, y principalmente los que le habían llevado por aquellas tierras, marcha ban viento en popa, y le prometían un porvenir halagüeño.

Apresuró, pues, su viaje, casi á marchas forzadas, y pocos días después de terminadas las fiestas llegó á la capital. Y á fe que llegó en buena sazón y oportunidad, pues la aventura final de las Justas, sobre la cual nada quiso decir Don Pedro, estudiosamente, á su hija, era un acontecimiento que podía precipitar un desenlace tal vez desagradable. Decíamos que estudiosamente, porque conociendo Don Pedro su propio genio quisquilloso y carácter arrebatado, prefirió no poner el dedo en la llaga, ni hablar de un asunto en que podían naufragar la calma y tranquilidad de que tánto necesitaba para llevar á cabo sus planes.

Esta circunstancia tenía, además, la ventaja de que tal conducta ejercería una influencia favorable en Constanza, teniéndola grata y por consiguiente dócil á las insinuaciones paternales respecto del matrimonio. Así, pues, guardó un silencio profundo en su casa sobre las fiestas y su extraño desenlace, cosa que por otra parte no sorprendió á las señoras, pues conocían la sobriedad de su padre en esto de conversaciones, y su habitual reserva sobre todo aquello que no eran los negocios de la casa.

Inmediatamente que llegó Don Jerónimo pasó á la tienda del mercader para tratar con él del grave asunto que le había anunciado; mas como no fuese aquel lugar el más á propósito para el efecto, después de los cumplimientos y bienvenidas de estilo y la conversación sobre el tema de los nuevos negocios, que no dejó de avivar en Don Pedro el ansia de concluir cuanto antes el tratado matrimonial, afirmándolo más y más en su propósito, éste citó al pretendiente para el domingo próximo, en su propia casa, donde, para mayor satisfacción, comodidad y confianza, le aguardaba *á hacer la penitencia* á la una de la tarde. Allí, decía Don Pedro para su capote, tendrá ocasión de ver despacio y tratar á la chica, porque, en fin, no es cosa de matrimonio de príncipes, que se casan á ojo, como quien dice, y sólo suelen conocerse en retrato.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Aceptó el de Oviedo con risueño talante y con una gratitud igual á su sorpresa y á su alegría aquella inusitada invitación del que ya consideraba como su futuro suegro, y, después de un rato de tertulia en que uno de los interlocutores estaba detrás del mostrador arrellanado en una venerable silla de vaqueta, y el otro detrás de la puerta, á manera de actor que entre bastidores aguarda el momento de salir al escenario, se despidió lleno de gozo y de dulces esperanzas y con la seguridad de obtener sin dificultad alguna la mano de Constanza. Teniendo de su parte al padre, tenía andado casi todo el camino, pues en aquel tiempo y para estos negocios no se contaba con la huéspeda, es decir, con la novia, ó sea la parte contraria, cuya opinión y gusto casi nunca se consultaban, y que, de grado ó por fuerza, tenía que aceptar el marido que se la daba.

Aun cuando en esa época hubiese estado en uso la presentación que hoy se acostumbra para visitar una casa, y que pudiéramos llamar padrinazgo, pues para todo se estilan los padrinos, así para recibir los sacramentos como para batirse en duelo, y lo mismo para cantar misa como para bendecir una bandera, ó introducir á un individuo en el conocimiento de nuestros amigos ; la invitación directa y espontánea de Don Pedro habría sido suficiente para eximir al invitado de tal formalidad, y ya podía presentarse de buenas á primeras en la casa de su presunto padre político, y entrar como á la suya propia.

El primer cuidado de Don Jerónimo fue proveerse de todo lo necesario para presentarse en el traje que á él le parecía más conveniente y con todo el esmero y pulcritud á propósito, si no para cautivar, á lo menos para llamar la atención y agradar á su futura. Y como estos devaneos suelen rayar en locuras y hacen perder la chabeta, aun á los hombres maduros, que en ocasiones semejantes se ponen en ridículo, Don Jerónimo se trasformó enteramente, y ya sólo pensaba en estudiar el modo de agradar á Constanza, ensayando cortesías, amables sonrisas y posiciones ajenas de sus años y de su carácter. ¡ Lo que hace el apetito desordenado del dinero, que á los más cuerdos les vuelve los cascos y les trastorna el juicio !

Don Pedro, por su parte, anunció en su casa, con tono entre benévolo y grave, el grande, el extraordinario, el nunca visto acontecimiento de una comida ! y la familia quedó maravillada al oír la extraña nueva ; pero mayor fue su sorpresa cuando supo que uno de los invitados era Don Jerónimo de Oviedo, sujeto con quien no sospechaban tuviese su padre tan íntimas relaciones.

La vida en aquel tiempo era barata en Santafé, y sobre barata, los víveres abundantes y excelentes, que siempre fue esta tierra de bendición para los mantenimientos. Si se exceptúan la manera de guisar y condimentar la comida, en que los usos modernos y estilos extranjeros han ido introduciendo innovaciones y reformas, lo sustancial de la mesa, con pocas diferencias, era lo mismo que se ha acostumbrado hasta ahora. Las carnes de todas especies eran excelentes ; las legumbres exquisitas, como mejor cultivadas que hoy ; había rico pan, gracias al buen Jerónimo de Aguayo, que había traído al Nuevo Reino el primer trigo de España y propagádolo en él ; las aves domésticas abundaban ya copiosamente, pudiendo en esto decirse con toda propiedad : "gracias al que nos trajo las gallinas," que lo fue el Bachiller Juan Verdejo, primer cura de Santafé, que importó la semilla, ó, mejor dicho, la raza.

No sólo el trigo : los demás cereales abundaban también ; el maíz era cultivado por los indios, así como la yuca, la *arracacha*, el plátano, &c. Las frutas indígenas rivalizaban con ventaja á las europeas, y aquéllas, si no tan crecidas y sabrosas como las que se producen en la zona templada, merced al influjo de las estaciones, eran, sin embargo, buenas, y de entonces para acá su cultivo no ha mejorado. El chocolate era muy superior al que hoy tomamos, pues que los españoles han tenido siempre fama de prepararlo muy bien, y aun se cree que de Méjico vino la receta para confeccionar el verdadero y delicioso *chocolatl* de los aborígenes de aquel país. Por fin, ya se deja entender que los vinos en aquellos tiempos eran legítimos y puros, y lo que es más, baratos, así que la generalidad de las gentes podían tomarlos: y qué vinos ! los mejores del mundo, que son los españoles.

Si á todo esto se agrega el infalible aceite, el superior vinagre de Castilla, la mostaza y demás condimentos con que nuestros padres sazonaban la comida, tendremos que poco ó nada había que pedir en el fondo á la mesa actual, y antes por el contrario, ésta tendría que pedirle á aquélla, salvas ritualidades y accesorios que por no conocidos no hacían falta.

Quiso Don Pedro combinar esta invitación con la circunstancia casual de estar próximo el cumpleaños de Constanza ; y con tal motivo, y como auxiliar de su plan de campaña en la mesa, resolvió invitar también al Doctor Don Miguel de Espejo, canónigo tesorero que había venido de España con el Arzobispo Don Fray Luis Zapata. Era este prebendado una de las personas con quienes había tenido más amistad en Santafé, y reinaba entre los dos cierto grado de confianza y cordia.

EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lidad á qne no se prestaba fácilmente el extremeño. Hombre grave y respetable, por su edad y luces y por su ruidosa sotana de sarga de Málaga y sus anchos puños de encaje flamenco, era al mismo tiempo afable y aun jovial, donoso en el decir, y de sabrosa y animada conversación.

Con esto y con anunciarle aquel día á Constanza su proyecto, pensaba darla una cuelga famosa, unida á algún pequeño regalo traído de la tienda, que habría de servirle para aquel día en que deseaba estuviese más hermosa que nunca. Así fue que en tono abemolado y medio amistoso recomendó á su hija que se engalanase lo mejor que supiese, pues había de sentarse á la mesa con sus huéspedes ; pero muy especialmente le encargó la mayor atención, amabilidad y fineza con los dos amigos que venían á honrarlos, y á los cuales eran debidas toda clase de consideraciones.

Advirtió, sin embargo, á Veremunda y á sus dos hijas que no se trataba de un banquete en forma, sino de un garbanzo más en la olla, "algo más vaca que carnero, y algún palomino de añadidura," que al fin era domingo, como dice la leyenda del hidalgo manchego. Por lo demás, la bolsa estaba abierta y las chicas y la dueña podían gastar con mano larga aunque prudente.

CAPITULO XX.

UNA COMIDA DE CONFIANZA.

Tenía este caballero
Un criado portugués ....
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto,
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendición ;
Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.

.....

La ensalada y salpicón
Hizo fin ; qué viene ahora ?
La morcilla, gran señora
Digna de veneración !

BALTASAR DE ALCÁZAR.

Decir que los dos días que precedieron á esta memorable jornada fueron de afanes y carreras en la casa de Don Pedro, es cosa que el lector

se figura naturalmente. Veremunda, Irene y Constanza estaban en continuo movimiento, de la cocina á la despensa, y de ésta á la alberca, donde, ayudadas de las dos criadas, lavaban las escudillas, los jarros y cubiertos. Este menaje, en su mayor parte de plata fina, como lo era en casi todas las antiguas familias, estaba condenado á perpetuo encierro en escaparates y alacenas, y sólo se sacaba de él el necesario para el uso diario de los cuatro habitantes de la casa, pues las indias comían en escudillas de madera, y tan á la rústica, como los antiguos romanos, es decir, con los dedos mondos y lirondos.

Matáronse desde la víspera el pavo más gordo, ó sea *pisco*, según el lenguaje de los naturales, dos gallinas y algunos pichones, y se prepararon todos los demás platos de sal y de dulce que debían servirse. Aquel día salieron á lucir la persona todos los *balayes*, coladores y cedazos que con el trascurso del tiempo habían ido aglomerándose, colgados de las vigas de la cocina, y no quedó trasto del uso culinario que no se removiese, á la manera de lo que sucede en tiempo de disfraces con los vestidos de los siglos pasados.

Remangadas nuestras dos amigas hasta el codo, y mostrando los torneados brazos, mientras que la una rompía uno tras otro dos docenas de huevos, la otra molía la canela en el almirez, y al mismo compás la dueña desmenuzaba la azúcar sobre la piedra de moler chocolate. Las criadas entraban y salían con la botija apoyada sobre el cuadril, conduciendo el agua, ó fregaban las sartenes y las pailas, ó preparaban la leña.

Pasemos por alto las demás faenas y manipulaciones que esta inusitada fiesta exigía en tiempos en que no se permitía á ningún extraño, en ocasiones semejantes, que entrase por vía de auxiliar ó supernumerario á la cuasi solitaria cocina.

Llegó el día señalado, y pocos minutos antes de la hora convenida se presentaron sucesivamente, Don Jerónimo de Oviedo y el canónigo Doctor Espejo, ambos en el traje decente que en tal ocasión convenía : el prebendado con sus blancos puños bordados, sujetos por grandes botones de oro y esmeraldas y zapatos con enormes hebillas de lo mismo ; y el pretendiente con su fino calzón de punto de seda, que le ajustaba la pierna, á manera de una larga media, y encima de él, bajando desde la cintura, y cubriendo los muslos hasta arriba de la rodilla, un sobrecalzón en forma de faroles, con trusas de listas de dos colores alternados ; ancho zapato negro con enormes lazos de cinta encarnada sobre el empeine ; un justillo que hacía juego con el calzón, adornado con

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lidad á qne no se prestaba fácilmente el extremeño. Hombre grave y respetable, por su edad y luces y por su ruidosa sotana de sarga de Málaga y sus anchos puños de encaje flamenco, era al mismo tiempo afable y aun jovial, donoso en el decir, y de sabrosa y animada conversación.

Con esto y con anunciarle aquel día á Constanza su proyecto, pensaba darla una cuelga famosa, unida á algún pequeño regalo traído de la tienda, que habría de servirle para aquel día en que deseaba estuviese más hermosa que nunca. Así fue que en tono abemolado y medio amistoso recomendó á su hija que se engalanase lo mejor que supiese, pues había de sentarse á la mesa con sus huéspedes ; pero muy especialmente le encargó la mayor atención, amabilidad y fineza con los dos amigos que venían á honrarlos, y á los cuales eran debidas toda clase de consideraciones.

Advirtió, sin embargo, á Veremunda y á sus dos hijas que no se trataba de un banquete en forma, sino de un garbanzo más en la olla, "algo más vaca que carnero, y algún palomino de añadidura," que al fin era domiugo, como dice la leyenda del hidalgo manchego. Por lo demás, la bolsa estaba abierta y las chicas y la dueña podían gastar con mano larga aunque prudente.

CAPITULO XX.

UNA COMIDA DE CONFIANZA.

Tenía este caballero
Un criado portugués ....
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto,
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendición ;
Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.

.....

La ensalada y salpicón
Hizo fin ; qué viene ahora ?
La morcilla, gran señora
Digna de veneración !

BALTASAR DE ALCÁZAR.

Decir que los dos días que precedieron á esta memorable jornada fueron de afanes y carreras en la casa de Don Pedro, es cosa que el lector

se figura naturalmente. Veremunda, Irene y Constanza estaban en continuo movimiento, de la cocina á la despensa, y de ésta á la alberca, donde, ayudadas de las dos criadas, lavaban las escudillas, los jarros y cubiertos. Este menaje, en su mayor parte de plata fina, como lo era en casi todas las antiguas familias, estaba condenado á perpetuo encierro en escaparates y alacenas, y sólo se sacaba de él el necesario para el uso diario de los cuatro habitantes de la casa, pues las indias comían en escudillas de madera, y tan á la rústica, como los antiguos romanos, es decir, con los dedos mondos y lirondos.

Matáronse desde la víspera el pavo más gordo, ó sea *pisco*, según el lenguaje de los naturales, dos gallinas y algunos pichones, y se prepararon todos los demás platos de sal y de dulce que debían servirse. Aquel día salieron á lucir la persona todos los *balayes*, coladores y cedazos que con el trascurso del tiempo habían ido aglomerándose, colgados de las vigas de la cocina, y no quedó trasto del uso culinario que no se removiese, á la manera de lo que sucede en tiempo de disfraces con los vestidos de los siglos pasados.

Remangadas nuestras dos amigas hasta el codo, y mostrando los torneados brazos, mientras que la una rompía uno tras otro dos docenas de huevos, la otra molía la canela en el almirez, y al mismo compás la dueña desmenuzaba la azúcar sobre la piedra de moler chocolate. Las criadas entraban y salían con la botija apoyada sobre el cuadril, conduciendo el agua, ó fregaban las sartenes y las pailas, ó preparaban la leña.

Pasemos por alto las demás faenas y manipulaciones que esta inusitada fiesta exigía en tiempos en que no se permitía á ningún extraño, en ocasiones semejantes, que entrase por vía de auxiliar ó supernumerario á la cuasi solitaria cocina.

Llegó el día señalado, y pocos minutos antes de la hora convenida se presentaron sucesivamente, Don Jerónimo de Oviedo y el canónigo Doctor Espejo, ambos en el traje decente que en tal ocasión convenía : el prebendado con sus blancos puños bordados, sujetos por grandes botones de oro y esmeraldas y zapatos con enormes hebillas de lo mismo ; y el pretendiente con su fino calzón de punto de seda, que le ajustaba la pierna, á manera de una larga media, y encima de él, bajando desde la cintura, y cubriendo los muslos hasta arriba de la rodilla, un sobre-calzón en forma de faroles, con trusas de listas de dos colores alternados ; ancho zapato negro con enormes lazos de cinta encarnada sobre el empeine ; un justillo que hacía juego con el calzón, adornado con

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

botones de oro, y las mangas de la misma forma y tela de seda de aquél; puños y valona de rico encaje que le rodeaba el cuello; capa corta de seda, del mismo color del vestido, prendida al hombro derecho; y finalmente, para completar el arreo, espadín al cinto con puño jaquelado de acero, y sombrero negro de anchas alas, apuntado con un broche de oro que sujetaba del lado izquierdo tres plumas crespas del mismo color. Sin las canas que en no pequeña cantidad abigarraban ya la pera y bigote, se le habría tenido por un mozo elegante de aquella época, por un Adonis flamante.

Después de las primeras palabras de campechana franqueza y mutua cordialidad, y de una breve conversación sobre asuntos comunes, se presentaron las dos jóvenes en la sala y saludando tímidamente, ocuparon el estrado, que eran unas grandes tarimas cubiertas con espesa alfombra; y aunque no era costumbre entonces muy admitida que las hembras se sentasen á la mesa con los hombres, aquel día debían hacerlo, pues la ocasión lo exigía, y Don Pedro pensaba, no sin fundamento, que era la más propicia para sus planes, por lo cual había invitado, como se ha dicho, con segunda intención al canónigo.

Servida la comida, pasaron, no al comedor, que en ese tiempo no había en las casas pieza alguna destinada especialmente á este uso, ni que tuviese tal nombre, sino á una sala contigua á la principal, y en frente de los dormitorios, donde se veía un enorme armario de ébano con puertas de celosía, destinado á guardar comestibles, y encima de él las lustrosas botijas verdes que contenían el vino seco, el málaga, ó el tinto catalán, todos excelentes, de que el mismo Don Pedro surtía á muchas familias principales, y de que echaba con frecuencia buenos tragos. Y ainda más, haciendo juego con él, el obligado aparador que sustentaba, ó mejor, ostentaba la brillante vajilla y loza de Talavera.

—*Benedic, Domine, nos, et hæc tua dona,* dijo el canónigo con gravedad, bendiciendo la mesa, y á la invitación de Urrego cada cual tomó su gran silla de vaqueta de luengos brazos, que armonizaban perfectamente con la ancha y pesada mesa de travesaños, cubierta con blanco mantel de alemanisco, adornado con fluecos. Presidían juntos en la cabecera Don Pedro y el canónigo, cada uno con su servilleta atada por detrás al cuello, según la usanza de entonces para evitar que se manchasen los vestidos, y al costado derecho se había colocado Don Jerónimo entre las dos hermanas: todo dispuesto así por el dueño de casa.

No nos detendremos á describir todos y cada uno de los platos que se sirvieron por las criadas, bajo la dirección de la dueña: sólo diremos

que después de los principios, que hacían veces de la moderna sopa, vino el monumental puchero, el rey del banquete, llamado por los españoles *olla podrida.* En el amplio bandejon yacían confundidos, y campeaban humeantes, además de las carnes de vaca, cordero, jamón y gallina, el dorado tocino, el negro salchichón, el blando repollo, el plátano, manzanas, pasas, duraznos y demás artículos de la factura pucherística: unión fraternal, y emblema el más cumplido de la igualdad y democracia aplicadas al arte gastronómico.

Distribuyólo todo Don Pedro, desmenuzando primeramente lo que contenía cada plato, pues no había sino un solo cuchillo para todos, según la moda del tiempo, en que se comía con el tenedor y la cuchara, ayudándose con un pedacillo de pan. Ya era éste algún progreso en las costumbres, según observó el canónigo, pues los antiguos no conocieron nada de eso, ni aun los manteles, por lo cual, al decir de Horacio en una de sus Epístolas, los romanos cuando comían se untaban las manos y las barbas, y en ocasiones las narices.

Concluída la olla, tomó Don Pedro un gran frasco de cristal dorado que tenía cerca y sirvió á los convidados en los vasos una regular medida de vino catalán. El señor de Espejo tomó el suyo, y limpiándose los labios con la servilleta, dijo:

—A la salud de nuestro amado Soberano!

Los convidados apuraron el vaso, y limpiándose de nuevo la boca, continuó el canónigo:

—Bueno es este vino, por mi vida! No lo bebieron mejor nuestros padres.

—Ni nuestros abuelos, agregó Don Jerónimo.

—Dispensadme, pero vos que conocéis sin duda el latín, sabéis que *parentes* ó padres equivale á mayores, abuelos, progenitores. Pero hablando de otra cosa, ¿saben vuesamercedes que por fin tendremos dimes y diretes entre el Presidente y la Audiencia?

—Hola! dijo Don Pedro, algo de eso se rugía, pero.....

—Sí, señor, parece que el asunto aquel de Tunja se enseria un poco más de lo que se creía al principio.

—Pues qué hay? preguntó Don Jerónimo.

—Ya sabéis cómo el vizcaíno Miguel Henríquez se apasionó de una dama principal, hija de un rico hacendado y mercader. Quiso casarse con ella y el padre se agravió tanto que lo siguió y persiguió, y aun recurrió á la Audiencia antes de la llegada del Presidente. El Oidor que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

se encargó del asunto le consumió mil ducados, y al fin se ha sabido por informaciones, que el Juez, en ausencia, sentenció á muerte al vizcaíno.

—Con que hasta allá llegaron los señores Oidores! ¿No decía yo que estábamos como moro sin señor? Bendita sea la hora en que llegó el deseado Presidente.....

—No paró aquí la cosa: á Hernando de Torres por haberse acompañado con él, le hizo cortar el pie. A otros azotó ó echó á galeras, sólo por ser criados del Hernando ó del vizcaino.

—Pues digo! no se andaba por las ramas el hombrecito, añadió Don Jerónimo.

—En resolución, fueron tantos los desaguisados que hizo, que el ilustre Presidente, en uso de las facultades que trae, va á instaurar la visita de residencia contra toda la Real Audiencia.

—Con que sólo porque la pretendía, eh? dijo con sorna el de Oviedo.

—Ya lo veis! Pregunto ¿es delito pretender honestamente á una dama aun suponiendo que el pretendiente no sea digno de ella?

—Pero habría algún otro motivo, agregó Don Pedro.

—Puede ser... Se dice que el padre encaprichado, instaba por darla por esposo un sugeto que ella no quería, y con el cual no convenía ni en edad, ni en carácter, ni.....

Don Pedro, procurando disimular la impresión que le hacían estas palabras, llenó de nuevo los vasos, y tomando el suyo, dijo:

—A la salud de nuestro Presidente, y de nuestro ilustre Prelado!

—Y de su digno Secretario, añadió Don Jerónimo, mirando al Doctor Espejo.

Los colores se iban y se venían en las mejillas de la bella Constanza, más interesante aquel día por el rubor y por el esmero con que se había ataviado para presentarse dignamente. Pero su turbación creció cuando su padre, después del brindis, la pidió su vaso y el de su hermana para servirles una parca ración de vino, todo lo cual hacía para mejor ocultar lo que pasaba en su interior.

Al fin recayó casualmente la conversación sobre el tema obligado de las fiestas, con motivo de haber probado el málaga que aguardaba su turno en otro frasco.

—Puedo ofreceros lo mejor que hay en mi casa, dijo Don Pedro, sirviendo á los convidados.

—Lo mejor en materia de vinos, querréis decir, añadió Don Jerónimo, mirando con sonrisa á la bella compañera que tenía al costado izquierdo.

—El pobre Capitán Zorro gustaba en extremo de este vino, continuó Don Pedro, y no hacía mucho tiempo que me había comprado una buena cantidad. Dios lo tenga en su gloria!

—¡Y venir á morir tristemente en un juego de cañas, observó el Doctor Espejo, después de haber salido con vida en tantos combates y aventuras arriesgadas!

—Caprichos de la suerte! dijo el anciano. Nadie sabe cuándo, cómo, ni á manos de quién ha de morir.

—No es por cierto gran fazaña, agregó Don Jerónimo, que un mozo en la fuerza de la robustez y de la edad venza á un viejo octogenario.

—Ni es gran cordura, se atrevió á observar tímidamente Constanza, que un viejo de su edad éntre en juegos propios sólo de mozos, y se exponga temerariamente.....

—Ah! cuando el buen Capitán Zorro era joven, continuó Don Pedro, mientras descuadrilaba una gallina guisada, qué bizarría! Me parece que le veo en aquel día memorable de la asonada contra la Audiencia. Qué arrogancia!

—He oido hablar de ese suceso, dijo el canónigo, pero quisiera oirlo de boca de algún testigo presencial.

—Servidor vuestro, añadió el anciano; aquí me tiene vueseñoría á mí, que tuve ocasión de verlo todo: como que hacía pocos años que había llegado á Santafé. Vaya! me acuerdo tanto como si hubiera sido ayer.

—Referidnos algo de ese lance, si no os enoja, agregó el pretendiente, sirviendo ensaladas y aceitunas en el plato de las señoras con afectada galantería y mirando de soslayo ó Constanza.

—Permítanme vuesamercedes un momento, dijo Don Pedro, sacando la lengua por el lado izquierdo de la boca, que estoy en descomunal batalla con esta gallina, ó gallo, que por lo visto sería más viejo que el Capitán Zorro, ¡Mala zorra te cogiera en el corral! añadió mordiéndose el labio inferior, que así no me viera yo en los apuros en que me estoy viendo.

—No os toméis tanta molestia, dijo el canónigo, que ya parece suficiente lo actuado para que queden satisfechas las mas exigentes aspiraciones. Ya es demasiada penitencia para estos pobres pecadores. Si el señor de Urrego fuese confesor, añadió dirigiéndose á las damas, digo que con tantas y tales como acostumbra.....

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Se quedaría solo en el confesonario, interrumpió Irene.

—Tanto más, agregó el de Oviedo, cuanto que la retaguardia que ha quedado de reserva es, á lo que veo, capaz por sí sola de vencernos y derrotarnos, aunque fuésemos diez veces más en número de los que somos.

Y al decir esto miraba los postres, frutas y turrones que iban invadiendo la sala.

—Pues, señor, continuó el anfitrión, resollando, como quien larga un fardo de las espaldas, serían las doce, poco más ó menos, del día 13 de Junio de 64. Estaba esta niña Irene recién nacida. Yo había cerrado mi tienda y me dirigía á mi casa, cuando veo tumulto en la plaza y oigo voces. Corrían un bando.....

—Pues! el famoso bando de la Audiencia, interrumpió el canónigo, en que se prohibía, bajo pena de azotes, servirse de los indios como bestias de carga, ni maltratarlos.

—Ya! como que había cédula del Rey sobre el particular, y muy justa por cierto!

—Oh! qué buen Rey y qué buen Gobierno! dijo por lo bajo Constanza á Oviedo.

—Como digo: en aquel momento acerté á pasar por cerca de un grupo de Capitanes que estaban en la esquina, departiendo eh? El público pregón vino á turbar la sabrosa plática en que se entretenían el difunto García Zorro, que Dios haya, Juan de Céspedes, Díaz Cardoso, Hernán Venegas, Prado, y no recuerdo cuáles otros. No bien Zorro hubo entendido que á ellos principalmente se encaminaba la prohibición de servirse de los indios y la odiosa pena con que eran conminados, cuando terciando la capa y requiriendo la espada, exclamó: "Voto á Dios, señores Capitanes, que estamos todos azotados!"

—Cómo se entiende! dijo Venegas con voz estentórea y arqueando las pobladas cejas.

—Sí, señores, oid el pregón, añadió Céspedes: doscientos azotes nada menos para cada uno de nosotros..... ¿Pues ese bellaco ladrón ganó por ventura la tierra?

—Seguidme, caballeros, gritó Zorro, que le he de hacer pedazos!

Y al decir esto, Don Pedro entusiasmado alzó el brazo blandiendo el largo cuchillo corvo, con cabo de cuerno, que tenía en la mano, y con que estaba porfiando por trinchar la gallina guisada, y al apoyar fuertemente con la otra el tosco trinchante que la sujetaba, ésta dió un salto en la bandeja de Talavera, y arrojó á lo lejos una abundante andanada de pebre que llegó hasta los puños de encaje de Don Jerónimo y alguna chispa le alcanzó al ojo derecho. Este se echó para atrás, asustado, no sólo con el saludo de la gallina, sino con la acción amenazante de Don Pedro, que representó muy á lo vivo la escena de los Capitanes.

Al saltar el guiso, dijo el canónigo: *asperges me*, y notando el movimiento de Don Jerónimo, agregó: no se asuste vuesamerced, que todavía no hay sangre: lo que ha corrido es manteca. Pero, señor Don Pedro, estos asperges no se parecen á los que suele echar los domingos el Cura de la Catedral.

Fué tal la provocación á risa que les dió á las damas adláteres esta cómica aventura, que en vano intentaron disimularla llevando los pañuelos á la cara; y aumentó de tal modo con el chiste del canónigo, que estuvieron á punto de levantarse de la mesa, y fué necesario para contenerse un tanto que mirasen la cara seria de su padre, que ya comenzaba á enojarse, y á arrugar el entrecejo. Sin embargo, no dejó de retozarles la risa durante el resto de la comida, á lo cual las incitaban tal vez los humillos del delicioso málaga que habían libado aunque con sobriedad.

CAPÍTULO XXI.

EN QUE SE CONTINÚA LA INTERESANTE CONVERSACIÓN QUE DURANTE LA COMIDA TUVIERON DON PEDRO Y SUS CONVIDADOS.

HORMESINDA.—¿Cómo de un frenesí tan desatado
El ímpetu atajar?...¿Mas quién me veda
Correr también de la batalla al campo,
Y entre esos fieros adversarios puesta
Sus golpes recibir? Quizá uno y otro
Con sólo mi morir contentos sean.

QUINTANA.

Restablecido el orden en la mesa, que por el incidente de la rociada del guiso y el susto de Don Jerónimo, se había turbado un momento, el canónigo Doctor Espejo reanudó astutamente la interrumpida conversación, y dijo, dirigiéndose á Don Pedro:

—Con que los Capitanes.....

—Dejamos á los Capitanes echando venablos con motivo del acuerdo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de la Audiencia en favor de los indios, contiuuó Don Pedro. Pues, como decía, estos caballeros, creyéndose heridos, como encomenderos que eran la mayor parte, se alborotan, echan atrás las capas, tiran de las espadas y en pelotón dejan la esquina de la Calle Real y se encaminan hacia la Audiencia, apellidando venganza contra el licenciado Arteaga, á quien se atribuye la obra del acuerdo que tanto los afende.

—Y parece que Quesada también tomó parte en este asunto, dijo el Doctor Espejo.

—Sí, pero por distinto camino. El Adelantado se hallaba en los portales de la plaza, en familiar conversación con el cojo Olaya. Las voces de los amotinados, la dirección que llevan, y las gentes que se agrupan á su rededor, le advierten que se trata de un acometimiento á la Audiencia, y comprendiendo lo que puede ser, le dice á Olaya : Acudid á ellos y decidles que en mi puesto me hallarán, como leal y como bueno. Y fué á cerrar el paso á los descaminados Capitanes.

No era el de Arteaga un licenciadillo á quien pusiesen miedo las baladronadas de aquellos agresores. Sereno y resuelto, aguardaba el momento en que los amotinados llegasen á pedirle cuenta de sus procedimientos ; y armado con una partesana que arrebató de las manos de un guardia, confiaba poder disputarles la autoridad y hasta la vida, decidido á afrontar el torrente de los enojados conquistadores. Al verle así Quesada, que, tan ligero como sus años se lo permitían, había subido ya la grande escalera de la Audiencia y presentádose en la sala, le dijo con voz agitada pero fuerte : Bien! señor Licenciado, muy bien ! Pero en vuestras manos está mejor la vara de la justicia : tomadla, señor, y gritad conmigo, favor al Rey !

—Vamos ! otro trago á la salud del Adelantado Quesada, dijo el Doctor Espejo.

—Y á la de Doña María, la mujer del Presidente Leiva, que en aquel momento apareció en la sala, y poniéndose al lado de Quesada, y tomando en sus manos la insignia de la real majestad, la colocó en las de Arteaga, diciéndole : Señor, á vos y á mí nos toca hoy salvar la autoridad legítima, y defender al Rey en la persona de su representante : no se dirá que en la ausencia de mi esposo no ha habido quien haga sus veces.

—Golpe verdaderamente teatral fué ese, y bien merece la tal Doña María, *nova mulier fortis*, no uno sino muchos tragos á su memoria, ya que no á su salud, que en paz descansará á la fecha.

—Cómo no ! dijo Constanza, á su salud eterna !

—Al ver los Capitanes, continuó su padre, á su caudillo por una parte y á una débil mujer por otra, haciéndoles frente, y enseñándoles sus deberes de fieles vasallos, se inclinaron respetuosos bajando las espadas y descubriéndose las cabezas. En fin, todo se arregló pacíficamente.

—Pero en esta contienda quedaron muy poco airosos y no bien parados los arrogantes Capitanes.

—Por vía de satisfacción y desagravio parece que se convino en decir que no había existido tal acuerdo, y que todo había sido efecto de una mala inteligencia dada al bando.

—Tristes efugios son estos, señor Don Pedro, dijo el canónigo : querer remediar un paso falso y precipitado con otra cosa peor, con una mentira degradante.

—Y después de haber echado tantas plantas unos y otros ! agregó Don Jerónimo.

—Pero, en fin, la majestad de la ley y de la autoridad legítima se salvaron, que en todo caso es lo mejor.

—Vaya una historia que raya en singular aventura, observó el prebendado. Y por supuesto que ella fué la materia de la conversación durante muchos días.

—Toma ! contestó Don Pedro : había tela cortada para los comentarios, exageraciones y mentiras. Y hubiera durado esto semanas enteras, si la pública atención de este pueblo novelero no hubiese distraídose con la noticia que en aquellos días llegó, y fue la grande explosión de la Sierra Nevada de Santa Marta.

—También he oido hablar de ese suceso, dijo el Doctor.

Aquí volvió á estallar la mal dominada risa de las damas, pues al mismo tiempo que su padre dijo con voz rimbombante *grande explosión*, el canónigo rompió contra el borde de la mesa una enorme granadilla que le había ofrecido Irene, y Don Jerónimo, que estaba distraído, dió un nuevo salto en su silla. Por poco no fueron tres explosiones con la de la risa.

—Verá Usía, continuó Don Pedro. Hacía más de un mes que se habían oido ruidos extraños y lejanos como por debajo de la tierra, unas veces sordos y prolongados, otras á manera de descargas de artillería ; y la gente alarmada no sabía cómo explicarse la causa de aquel extraño fenómeno. Esto fue el año de 65, fecundo en acontecimientos ruidosos. ¿ Y qué cree Usía, que era el tal ruido ? agregó rompiendo un gran trozo de turrón de Alicante, y con él el plato en que estaba, pues era más duro que una roca.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Sería la explosión, dijo Don Jerónimo, limpiándose el ojo herido por la manteca del guiso, el cual había quedado resentido.

—Cabalmente, contestó Don Pedro. En esos mismos días llegó la noticia de las formidables explosiones que había hecho la Sierra Nevada, detonando con tal estruendo que los ecos, sea por debajo de tierra ó sea por los aires, se oyeron hasta aquí. Díjose entonces que había arrojado lodo á cuarenta leguas de distancia, y ceniza hasta cincuenta.

—Eso no lo creo yo, interrumpió el de Espejo, pues siendo la ceniza un cuerpo menos pesado que el lodo, debió andar menos. Sin duda habéis invertido los términos. Pero diez leguas más ó menos no importan, siempre que no se trate de cabalgar en mula. *Parvi refert.*

—Díjose también que varios ríos tributarios del Magdalena, como el Nare, el Sabandija y otros, detuvieron su curso para desbordarse después, convertidos en espeso lodo, que infestó todo el país comarcano, y en el cual perecieron todos los peces.

—*Etiam perire piscis.* Pues no las habrían visto ellos más gordas, y eso que se habrían creído á cubierto de los efectos de un terremoto.

—Ello es, señor Tesorero, que nadie muere la víspera, y que la pelada viene, como el ladrón, cuando menos se piensa. Dígalo el pobre Capitán Zorro que en aquel memorable día de la asonada pudo haber sido una de las víctimas, como más arrojado, y sin embargo, vivió muchos años más para venir á morir en un simulacro de combate, después de haberse hallado en tantos y tan furibundos, reales y verdaderos. Pero apuremos esta tintilla, que sentiría mucho verse despreciada por tan honrados huéspedes.

—Que me place! Bien digo yo, que esta comida, ó más bien delicioso banquete, *epulum solemnis*, no es de aquellos que los antiguos llamaban *prandium caninum* ó *cœna canina*, pues los vinos están á rodo, y á cual mejores.

—¿Y qué quiere decir eso de canina? preguntó el pretendiente. Será alguna pulla de su Señoría.

—Llamaban así la comida en que no se servía vino, porque decían que sólo los perros no toman vino cuando comen.

—Pues me quedo con los antiguos, y á su salud va este chisguete!

—Y este último trago á la salud de Doña Constanza, cuyos días celebramos hoy con regocijo:

"....Tollite laudibus,
Natalemque dicite canticum."

Pero, señor Don Pedro, ¿aquella terrible explosión de la Sierra Nevada no fue acompañada de algún gran temblor de tierra? *Magno cum murmure montis.*

—No, señor, á Dios gracias..... Porque aseguro á Usía que entre las cosas que ponen espanto aun en los ánimos más resueltos y enteros, ninguna como un terremoto.

—Luégo vuesamerced los ha sentido!

—Vaya si los he sentido! Como que yo mismo he temblado á par de la tierra. Hacía pocos años que había llegado yo á esta ciudad, y por señas pretendía entonces á la que después fué mi esposa, cuando se sintió en todo el Reino un movimiento extraordinario. ¡Qué ruido! ¡Qué estruendo! ¡Qué polvareda! ¡Qué gritos! Aquello parecía el juicio final. Todos pedían misericordia á grandes voces y en diferentes tonos. ¡Oh espectáculo horrible de ver! Las casas se zarandeaban ni más ni menos como el trigo en el arnero.

—Aprieta! Pues no exagera el señor Don Pedro, dijo el canónigo.

—Como lo digo! y en prueba de ello algunas vinieron á tierra; pero no hubo desgracias de muertes por fortuna. Dice Usía que exagero? Pues sepa que entonces referían los indios aterrados la tradición de otro gran terremoto que hubo antes de la conquista, y en que, decían ellos, algunos cerros y colinas del lado del sur se habían aplanado completamente dejando inmensos montones de ruinas.

—Y vuesamerced dónde se hallaba cuando el temblor? preguntó don Jerónimo.

—Vaya! no quisiera acordarme de aquella noche de susto y de risa, pues hubo escenas verdaderamente cómicas.

—*Infandum, regina, juves*, interrumpió el Doctor Espejo, que traía á cada paso sus citas latinas.

—Serían las dos de la mañana, prosiguió el extremeño, cuando desperté azorado con el estremecimiento y el crujir de las maderas de la casa. Yo habitaba enfrente de la de mi futura, la buena de Beatriz, como que esta circunstancia era la que me había proporcionado verla y apasionarme de su belleza. Pero antes de continuar la relación debo referir una cosa que hace al caso, y es que el padre Diego Godoy, provincial de dominicanos, con otros padres graves, sabiendo que yo tenía ya bien entablado mi comercio con España, me encargaron que les hiciera venir unos sombreros de los que usa su orden y algunos hábitos hechos, y aquel día precisamente acababa de recibirlos; mas como habían llegado un tanto averiados, los había extendido en la sala.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Cuando yo salté del lecho traté de medio vestirme, pero no hallando mi ferreruelo, y queriendo cubrirme con algo para no resfriarme, tomé lo primero que encontré á la mano, no reparando con el susto lo que hacía. Envolvíme en uno de los hábitos blancos y me encajé uno de los dichosos sombreros y salí prontamente á la calle.

Al abrir la puerta, con no poco trabajo, se abría al mismo tiempo la de la casa de Beatriz, y salía corriendo la familia despavorida. La noche estaba clara y pude distinguir á mi futura suegra envuelta en una cobija de lana, y cubierta con el sombrero chambergo de su difunto esposo, llevando un candil en la mano, y á Beatriz en paños menores y cobijada con las polleras de anascote. Cuando nos reunimos en la mitad de la calle, temblando, no sé si de frío ó de susto, y nos reconocimos mutuamente, no pudimos menos de reirnos, pues ya el movimiento de la tierra había pasado, considerando nuestra facha estrafalaria. Las mujeres se acurrucaron en el suelo, y yo entré á la casa á sacar ropa con qué se cubriesen. Desde entonces, me llamaba Beatriz, fray Pedro.

Grandemente se rieron los circunstantes con la grotesca historia, tanto más graciosa cuanto que la habitual gravedad de Don Pedro hacía contraste con la escena descrita. Y habría continuado la hilaridad, como se dice ahora, si Don Jerónimo, que á la sazón tenía la boca llena de pasas, no hubiese con la risa comenzado á atragantarse, por lo cual las señoras tuvieron que darle fuertes golpes en la espalda y hacerle tomar algunos tragos de agua.

Para disimular un tanto el efecto de este trágico episodio, desvió la conversación el canónigo y dijo :

—Pero volviendo á nuestro malogrado Capitán, parece que Dios le tenía reservado para que su muerte sirviese en parte al festejo de las glorias de nuestra nación, como le sirvió la del Rey de Portugal que nos ha hecho dueños de aquel reino.

—Pero díganos Usía, agregó Don Pedro, en tono misterioso, ¿ la muerte de Don Sebastián se ha puesto en claro, y se tiene como una cosa evidente ? Dígolo porque no falta quien juzgue muy probable que, avergonzado este príncipe por el mal éxito de su imprudente guerra en Africa, se hubiese ocultado y ande á la hora esta viajando de incógnito por otros países.

—Eso no es más que una de tantas conjeturas, y tal vez sugestiones de algún interesado. Ya sabeis que había muchos pretendientes á la corona.

—Pero si Don Sebastián viviese.....

—Parece cosa cierta que el imprudente y ardoroso joven pereció en la sangrienta batalla con el ejército de Muley Mohamet, en que los moros hicieron una carnicería espantosa, sin dar cuartel á nadie, y en que sucumbió lo más florido del ejército portugués. Estas son las noticias que con carácter de más autenticidad se han comunicado de la Corte.

—Ya ! dijo Don Jerónimo, cuando el señor Arzobispo lo sabe, y su ilustre Secretario lo dice.....

—Pues ! lo sabrán de buena tinta, agregó Don Pedro.

—Pero admírense vuesamercedes : lo particular y extraordinario que hubo en aquel terrible día y memorable jornada, fué que en él murieron tres grandes personajes, todos por distinto camino ; quiero decir : el joven rey Don Sebastián peleando en el combate, y los dos príncipes moros Muley y Moluc. Este último, aunque se hallaba gravemente enfermo, al ver un cuerpo de su ejército rechazado por el duque de Aveiro, se arrojó de su litera, y lleno de cólera y furor, aunque moribundo, quería combatir. Trataron de oponérsele sus oficiales, pero él se abrió calle á sablazos, hasta que, agotadas sus fuerzas, cayó desmayado. Le pusieron en su litera para conducirle á su tienda, y al volver en sí, llevó el dedo á la boca, como para recomendar el secreto de su muerte y que no se divulgase en el ejército, y en el acto expiró. En cuanto á Mohamet, yendo en persecución de un tercio portugués, se ahogó al pasar un río.

—De manera, dijo Don Jerónimo, que por poco no escapa ni el consueta.

—De manera, digo yo, agregó Don Pedro, que en aquella jornada murieron relativamente más jefes que soldados. Y decidme por vida vuestra, ¿ si no hubiese entera certeza del fallecimiento del rey lusitano, cómo se habría mandado festejar este acontecimiento con públicos regocijos ?

—Si no fuese cierto, dijo Oviedo, las fiestas deberían tenerse por no hechas.

—Y entonces tendría que resucitar el Capitán Zorro, que no sería poca fortuna.

—Dejemos descansar á los muertos, dijo el de Urrego, y recemos por ellos, y en acción de gracias por los beneficios del Señor, un *Pater noster*.

Pusiéronse, en efecto, de pie, y el canónigo con grave devoción, y acompañado con un involuntario regüeldo, dijo el *agimus tibi gratias*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Con lo cual dejaron la mesa, en que habían permanecido por cerca de una hora, y se retiraron á la pieza inmediata.

Bien se deja entender que el dueño de casa, con aquella cordial galantería que es genial en el carácter español, excitado, además, por los humos del mosto, que le había hecho cambiar su natural humor, sazonaría la comida con aquellas frases de expansión y confianza tan comunes en esos casos. Y, en efecto, no cesaba de repetir á sus huéspedes: Vuesamercedes están en su casa; franqueza y cordialidad, que en ello me harán merced; nada de ceremonias y disimular cualquier defecto. Y aun había excedido los límites de su ordinaria circunspección, diciendo á sus hijas: Niñas, animarse un poco, que cuando el buen día se entra por casa..... y decía esto mirando de soslayo á Don Jerónimo. Ya que estos señores se dignan honrarnos.....

Las damas se retiraron de la mesa, y aun de la sala, aunque entonces no se conocía la tolerante moda del *dessert*, tan cómoda para que los caballeros se queden en la mesa bebiendo á sus anchas, si es que en la femenil compañía sólo han bebido á sus angostas. Antes de que Don Pedro sacase del bolsillo derecho del calzón la enorme caja de plata dorada llena de polvo fino de tabaco para ofrecer á los convidados, se presentaron las criadas con platones y jarras de plata llenos de agua tibia y grandes toallas en el brazo para que los señores se lavasen las manos, y se enjuagasen la boca. Y en seguida volvieron éstos á la sala principal para continuar la conversación de sobremesa, mientras la dueña hacía su entrada á la pieza donde había tenido lugar la batalla, para reconocer el campo y recoger los heridos, es decir, los restos del pavo, los frascos del vino, &c. Al ver éstos tan ligeros y vacíos, decía con tristeza: ya no lo llamaremos vino, sino *se fué!*... Pero hágase la voluntad de Dios y todo sea para honra suya y provecho nuéstro. Y llevóselo todo al hospital, ó sea al grande armario que servía de depósito, donde lo guardó cerrando con llave, no sin dar á hurtadillas un prolongado beso al frasco menos vacío que llevaba en la mano.

CAPITULO XXII.

LA SIESTA.

—Decid que es una mujer.
—Señora, mucho me cuesta
No poderos complacer;
Pero no le podéis ver,
Que está durmiendo la siesta.

LOPE DE VEGA.

En estos venturosos tiempos que corremos se les habría servido en el salón á los convidados el café y el *pluscafé*, que con un largo Ambalema ó un aromátlco habano, suelen dar fin y remate, á manera de sainete, á toda comida de amigos; pero tal cosa no se usaba entonces en esta ciudad, y, terminada la pieza principal, sólo se trataba de reposar la comida y dormir la infalible siesta.

Instaláronse los tres personajes en un largo canapé de nogal tallado, y forrado en tripe amarillo, que hacía juego con una docena de bancas ó sillas de lo mismo, sin espaldar, cuyas patas, en forma de interrogante, figuraban las garras de un león. Departían allí gravemente, rodando la conversación sobre diferentes temas, á manera de las *Variedades* de los modernos periódicos; pero no habían pasado diez minutos cuando los tres viejos comenzaron á hacerse alternativamente involuntarias cortesías, inclinando la cabeza tan pronto á un lado, tan pronto á otro; y era que, como todos ellos acostumbraban, sugún se ha dicho, dormir una larga siesta, ya el sueño los llevaba á mal traer, les cerraba suavemente los párpados y les embargaba los sentidos, á lo cual contribuía poderosamente aquel día el haber cargado la mano á los vinos generosos.

Por último, el buen canónigo se rindió á la dulce porfía, y se quedó profundamente dormido balbuceando algunos versos truncados, que era su manía en todas ocasiones, y así se le oía con palabras entrecortadas algo que parecía de Horacio:

"Splendet in mensa . . . .
"Nec leves somnos . . . ."

No cayeron en la cuenta los otros dos, que también llevaban el mismo camino, y siguieron conversando, con puntos suspensivos y re-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ticencias: escena semejante á aquella del combate de los Horacios y los Curiacios, en que iban muriendo de uno en uno los tres campeones. Pero advertido del riesgo D. Pedro, y queriendo aprovechar la ocasión de hablar con D. Jerónimo sobre el obligado asunto del matrimonio, procuró despabilarse un poco, y haciendo levantar al otro, comenzaron á pasearse á lo largo de la sala, hablando en voz baja para no turbar el blando sueño del canónigo, luégo que le notaron dormido, y antes para protegerlo, se acercó D. Pedro á la ventana y la entornó un poco á fin de que no le diese la luz en el rostro; con lo cual, y arrullado dulcemente por el murmullo que hacían los dos interlocutores en su diálogo, se entregó por entero en brazos de Morfeo, con un profundo suspiro, dejándose caer sobre el espaldar del canapé, lo que hizo que el solideo se desprendiese de la corona y saliese rodando buen trecho por el suelo.

Aunque aquel dormir era ya á pierna suelta, no dice la historia si el de Espejo roncó entonces; pero es de suponense que no faltaría tal acompañamiento, pues habían llenado bien el bandullo.

Comunicativos y abiertos estaban los dos candidatos de suegro y yerno, y aquí fue el explayarse los ánimos y el manifestarse cada cual sus más íntimos sentimientos, y sus buenas disposiciones.

—Pues ya habéis visto á mi hija, decía el de Urrego, y confío que os habrá agradado su modestia y recato.

—Y su discreción y hermosura. Vale un reino la niña, contestaba D. Jerónimo, y no podía yo hallar joya mejor.

—Pues bien! suponiendo que el señor D. Jerónimo haya logrado agradarla, creo que es un asunto concluído. Sin embargo, para asegurarnos mejor será bueno que tengáis con ella otras entrevistas, porque dicen que la mujer es de quien la trata. Mi casa está abierta para el señor de Oviedo, y puede venir á ella con confianza cuando á bien lo tenga.

—Viva vuesamerced mil años! Lo haré como dice, y me holgaré en extremo.

—Yo seré quien recibirá la honra. Los domingos y fiestas, especialmente, puede venir á las once; y aun por la noche, si no le fuere molesto..... alguna que otra vez..... podremos echar una partida de damas ó de tablas que yo las sé jugar. Ah! y qué diestro que era en esto en otro tiempo! Cuando me casé, mi mujer, que Dios haya, se perecía por verme dar un asalto y en un santiamén acorralar á mi contrario: y así me decía la difunta con cierto retintín: vaya! que es vuesamerced entendido en esto de damas. Está?

—Ya! ya! por supuesto! Grande y discreto concepto!

—Qué! si era tan donosa mi buena Beatriz! Yo la decía: mona mía, no me habría conformado con que me soplasen la dama. Qué os parece?

—Admirable! A cual más ingenioso!

Quedó, pues, virtualmente arreglado y convenido, después de algunas explicaciones, promesas y aclaraciones, el asunto entre los dos, sin contar por supuesto con la huéspeda, la más interesada en el negocio. Eran esas las costumbres de la época, en que la forma absoluta, tanto en el Gobierno del Reino como en el doméstico (que era, y es siempre en todas partes reflejo de aquél, ya en lo estrecho y opresivo, como en lo relajado y licencioso) no consentía pareceres ni discusiones, ni la libre expresión de la voluntad. Otras costumbres y estilos imperan hoy en nuestra sociedad. A la soberanía popular y á la abundancia y baratura de las garantías y derechos en el sistema político, corresponden la soberanía muchachil en la casa y el desenfado y altivez de los domésticos. Hoy, tomándose el extremo contrario de entonces, un rapazuelo imberbe, ó una niña volantona, alegan los derechos inmanentes del hombre, y rechazan con desdén los mandatos paternos, y aun los simples consejos y advertencias de los que les dieron el ser y están más interesados que ellos mismos en su suerte: todo conforme lo aprenden en la escuela de las novelas, melodramas y folletines, y aun en la escuela donde aprenden á leer. ¡Qué cierto es que todo extremo es vicioso!

Como el diálogo se prolongaba más de lo necesario, hubieron de sentarse de nuevo, y á pocas vueltas, la costumbre, que es una segunda naturaleza, hizo que en lo mejor de la comversación viniesen á hacer tercería coadyuvante al canónigo, quien, despertándose al fin por un ruidoso estornudo de D. Jerónimo, se esperezó, bostezó con una cadencia cromática descendente, y viendo dormidos á los otros, tomó con precaución el sombrero de teja, y, sin acordarse del solideo, se salió en puntillas para no despertarlos. El bueno del tesorero creía que este sueño de sus compañeros había comenzado juntamente con el suyo, y no podía menos de halagarle la idea de que era menos dormilón que ellos. Al abrir la mampara para salir, se volvió instintivamente para despedirse, en fuerza de la cortesana costumbre de saludar desde la puerta, y viéndolos todavía dormidos, cambió el saludo por una bendición, diciendo á media voz: *requiescant in pace.*

El ruido de unos cuantos caballos herrados, acompañado de voces, que pasaban por la calle, y que eran los jinetes elegantes que comenza-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ban ya sus paseos, apuestas y carreras como que era domingo, hizo que se despertase Don Jerónimo, y que tomase el mismo partido que el Doctor Espejo; y, saliendo en puntas de piés, dejó dueño del campo á su futuro suegro, roncando á la bartola. Detúvose en el corredor por ver si descubría por allí á Constanza para despedirse de ella y aprovechar la ocasión de decirle alguna galantería; pero nada vió, aunque estuvo un buén espacio recostado contra un pilar y fingiendo cierta tosesilla, hasta que al fin tomó el portante.

La costumbre antigua exigía que el portón se cerrase mientras duraba la comida. ¡Santa costumbre! Y aun á principios del siglo presente así se hacía en muchas casas de la ciudad; pero aquel día, con el cuidado y afán de atender á la mesa, el precepto se relajó, y nadie en la casa se acordó siquiera de cruzar el palo.

Cuando despertó Don Pedro, dijo, restregándose los ojos y dando un largo bostezo:

—Pues, señor, como iba diciendo hace poco..... Pero al ver que estaba solo, mirando á uno y otro lado, exclamó sorprendido:

—Con que me han dejado solo! ¡Vaya! me gusta la franqueza! Pero bien hecho, me agrada..... y por eso les dije: caballeros, estáis en vuestra casa y podéis hacer lo que mejor en talante os viniere, con toda confianza, como en la vuestra propia..... No tengo derecho de quejarme. Me gusta la gente campechana y franca. Y salió á llamar á sus hijas.

Hemos dicho que el celoso padre había sufrido una transformación aunque momentánea, por causa del vino que aquel día había bebido en mayor cantidad que la acostumbrada, y por la mezcla que había hecho de varios de ellos; y luégo veremos que algo se resentía de estos efectos del mosto. Contra su costumbre, invitó á sus hijas á dar con él un paseo, que, al fin, era el cumpleaños de Constanza, y como tál, día de mercedes; pero ellas se excusaron, pretestando el arreglo de la despensa, y alguna ligera indisposición producida por la fatiga y por la comida misma. En circunstancias normales, esta invitación habría sido una orden perentoria é inapelable.

En seguida, y para colmo de su condescendencia, les permitió que, si querían, quitasen las celosías de la ventana y pasaran allí un rato para ver la gente. Este respiro que les daba no era solamente efecto de la causa que ya se ha mencionado, es decir, de su artificial buen humor, sino también de la confianza que hasta cierto punto le inspiraba el ya casi ajustado matrimonio de su hija, que creía poder realizar muy

pronto. Así, poco ó nada temía ya de los conatos y asechanzas de Don Alvaro, cuya conducta moderada y prudente después de su regreso, le había hecho casi olvidar al temido galán; ó tal vez no pensó en las consecuencias de aquella indiscreción.

Irene y Constanza aceptaron con una sonrisa de gratitud este no esperado obsequio, y en efecto pasaron á una de las ventanas llevando aquélla su perrillo faldero y ésta su parlera guacamaya, mientras que Don Pedro, sintiéndose un poco más pesado que de ordinario, tomó su sombrero y salió á dar un paseo para ayudar á la digestión y para refrescar la cabeza con el aire de la tarde. Pero, bien fuese por el estado en que se hallaba, ó bien preocupado con lo que había ocurrido y con las agitadas escenas del día, creyendo que salía con la familia, sin notar que el portón estaba abierto, cerró con llave y se fue. Pero tan no estaba en sus cabales, que aunque dió la doble vuelta á la llave, no quedó cerrada la puerta, y ésta se entreabrió un tanto.

Pocos momentos hacía que estaban las damas en la ventana, cuando oyeron nuevo ruido de caballos, y vieron venir dos gallardos jinetes en briosos corceles. El súbito rubor y agitación de Constanza cuando la dijo su hermana: 'Es Don Alvaro, acompañado por Don Juan de Guevara,' no pudieron ocultarse á los dos caballeros, cuando reparando en ellas, lleno de sorpresa y de júbilo, y palideciendo un tanto, dijo Don Alvaro á su amigo: es Constanza!!..... Desconcertado Sánchez, á pesar de su sangre fría en todas ocasiones, que tanto poder tiene el amor, que á los más valientes los vuelve tímidos, detuvo el paso de su caballo y pasó lentamente por debajo de las ventanas, contemplando embebecido y lleno de extrañeza aquel inesperado cuadro que le hacía latir fuertemente el corazón.

Al pasar por enfrente de Constanza, una nueva escena vino á aumentar la turbación de todos. El ave favorita de ésta, que probablemente no había visto la calle en mucho tiempo, ni conocía las ventanas, se llenó de alegría y comenzó á hablar y á trepar gozosa por las rejas; y en su entusiasmo por la libertad que se le brindaba, ensayó un vuelo á través de la calle, y vino á pasar por sobre la cabeza del caballo de Don Alvaro para caer al lado opuesto. Varios de los circunstantes corrieron á levantarla; pero Don Alvaro, más ligero que todos, llegó á donde estaba, y desmontándose, la alzó del suelo, la cubrió de besos y la estrechó contra su pecho, acariciando su bello copete.

Es de saberse que, según la costumbre entre los caballeros de la Justa, desde el día de su triunfo en la plaza, llevaba Don Alvaro la sorti-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ja de oro que le habían entregado las damas, pendiente del cuello con un cordón de seda. Ocurrióle, pues, instantáneamente despojarse de la joya, y atándola al cuello del ave parlera, se dirigió á la ventana llevándola posada en la mano, y la entregó á Constanza, diciéndola en voz baja y en palabras precipitadas :

—Señora, la suerte me proporciona ofreceros por segunda vez este anillo que para mí tiene dulces é indelebles recuerdos ! Guardadlo..... él os dirá lo que yo no puedo deciros.

¿ Era esta acción de D. Alvaro una declaración de amor ? ¿ Era una prenda con que su pasión la daba á entender futuros planes é hidalgos pensamientos del amante, que Constanza no tenía motivo para suponer ? Nada podía ésta descifrar, y la confusión crecía y el temor aumentaba ; pero al mismo compás del temor por lo que á su padre hacía, comenzaba á alentarse su esperanza y una secreta alegría venía á endulzar las penas de la pasión comprimida y á compensar con usura tántas horas de desazón, tántas noches inquietas y de cruel insomnio, que habían sido para su tierno corazón un prolongado martirio.

Todo esto pasó rápido y desapercibido. La sorpresa, el susto y sobre todo el amor, mantenían clavada á la hermosa doncella en la ventana, encendido el rostro hasta brotarle sangre, sin atreverse á tomar una resolución, ni á pronunciar una palabra, ni á retirarse de allí, porque una fuerza irresistible la detenía, como el imán al acero, ó como aquel que, presa de horrible pesadilla, lucha en vano por despertar. Su hermana permaneció también allí como alelada, y cuando Don Alvaro siguió su camino, se oyó al ave rescatada que exclamaba en tono melancólico : "agay cuandola iú !"

CAPÍTULO XXIII

REVELACIONES.

Por este agujero quiero
De la llave verlo bien :
Para escucharlos también
Basta y sobra un agujero.
Quiero ver por qué es que luchan,
Y perdonen mis antojos.....
Ya se hablan con los ojos,
Ya con las bocas se escuchan.

GUILLEN DE CASTRO.

Ya se deja entender que los dos actores ecuestres de esta escena pasaron y repasaron repetidas veces por frente de la dichosa ventana, desprovista aquel día de la infalible *celosía*, nombre que hubiera quedado justificado en esta ocasión, si ya no lo estuviese desde tiempo inmemorial, por motivos bien conocidos, lo mismo en Persia, donde tuvo origen esta costumbre, como en los demás países del globo, y muy característica en España y sus colonias. Así que en Santafé rara era la casa de un sólo piso cuyas ventanas no estnviesen provistas de este resguardo y como escudo del honor de las familias. Abolida hoy del todo esta costumbre, han quedado en libertad los dos sexos para hablarse á quema-ropa, y aun para algo más, si la vigilancia maternal no está muy alerta.

Hubieran permanecido allí nuestras damas, y se hubieran holgado á su sabor con las carreras y apuestas de los garridos caballeros que iban llegando, alegres unos, graves otros, pero todos apuestos y garbosos, haciendo piafar sus caballos, tan arrogantes como ellos, si un nuevo incidente no hubiese venido á turbar la sabrosa espectativa en que estaban, y fué el siguiente :

Hallábase el Curro en la tienda que daba frente á la casa, conversando con otros amigos y compatriotas y aguardando como ellos que comenzase el espectáculo dominical de las carreras, cuando salió Don Pedro, según se ha dicho. Notó el barbero que éste había cerrado con llave ; pero ¡cuál fue su sorpresa cuando al correr él también á coger el ave fugitiva de Constanza, vio que la puerta estaba ligeramente entreabierta ! No comprendiendo la causa, pues estaba seguro de haber

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

visto á Don Pedro echar la llave, se resolvió á entrar para avisar á la dueña, cosa de que no se apercibieron las dos jóvenes, distraída como estaba su atención por la escena que acabamos de describir.

Al entrar vió á Veremunda que atravesaba el corredor, y llamándola la dijo cómo el portón estaba abierto, lo que nada tendría de extraño, agregó, si el señor de Urrego no hubiese cerrado con llave cuando salió.

—De veras! exclamó la dueña. ¡Dios Santo! qué me decís!

—Lo que oís..... El señor Don Pedro cerró con doble vuelta y, guardándose la llave en el bolsillo, se fué.

—Ay! Virgen Santa! qué desgracia..... si el señor de Urrego vuelve y halla la puerta abierta..... Buena la tendremos!..... Corred, amigo Curro, corred por vida vuestra, buscad al señor Don Pedro que va de paseo y referidle lo que ha acontecido. Explicadle que sin duda se engañó creyendo dejar cerrada la puerta.

—Voy, voy al punto, dijo; pero antes habéis de saber que hay noticias gordas.....

—Cómo! hablad!

—Muy gordas..... gordísimas.....

—Por Dios..... me asustáis..... qué hay?

—Otro día os lo contaré. Voy á buscar á Don Pedro, dijo haciendo ademán de salir.

—Escuchad..... decid en un momento..... Pero no..... idos más bien: corred, volad en busca de Don Pedro, no sea que llegue y.....

—Adiós, pues, hasta la vista.

—Decid, Curro, ¿será muy larga la relación de esas noticias? Estoy llena de afán por saber, ay Dios mío!

—Pero no puedo irme y quedarme al mismo tiempo..... resolved.

—Marchad presto, ó decid en pocas palabra lo que..... vamos! despachad!

—Como gustéis. Tánta gana tengo yo de hablar como vos de saber lo que diga. Pero antes será bueno cerrar la puerta.

En efecto, corrió el barbero y echó el travesaño ó palo que cerraba por dentro. Al volver, dijo con aire misterioso y restregándose las manos.

—Sabed, buena Veremunda, que Don Alvaro está loco perdido de amores por Doña Constanza y..... y está resuelto á atropellar por todo.

—Vírgen santa de Atocha! qué me decís?

—Como lo oís. Y cuidado que el nene no se anda por las ramas: le conozco como á mis manos.

—Me hacéis temblar, Curro de mi alma!

—Digo! pues cuando él toma una resolución no hay poder humano que le haga echar pie atrás. Y está en sus trece en este asunto.

—Pero, decid, qué piensa, qué intenta el malaventurado caballero.....

Qué piensa?..... qué intenta? ya! Lo que piensa y lo que intenta..... y lo que va á hacer muy presto es.....

—Acabad, por Dios.....

—Escribir á Don Pedro descubriéndole su pasión y sus miras.

—Ah! respiro!..... Bendito sea Dios! ¿Pero de dónde sabéis.....

—He oído involuntariamente una conversación que tenía con Don Juan su amigo. Entraba yo ayer mañana á hacer mi oficio, y estando en la antesala oí que hablaban con calor en la pieza inmediata, y mi genio, ya lo conocéis..... naturalmente curioso, Dios me lo perdone, me llevó en puntillas hacia la puerta para oír.

—Estoy resuelto, decía con firmeza Don Alvaro. No puedo vivir sin Constanza; esta pasión es mi martirio..... y no seré feliz mientras no me úna con ella.....

—Pero pensadlo bien, replicaba Don Juan; reflexionad en calma el paso que vais á dar.

—Lo tengo muy pensado..... No hay remedio..... Pediré su mano.

—Reparad, agregaba Don Juan, que el adusto padre os ha dado pruebas bien claras de su mala voluntad. Además, no falta quien sospeche que tiene proyectado secretamente algún enlace que él estima ventajoso.

—No importa! si así fuere, lucharé á brazo partido con esa nueva dificultad.

—Pero vais á estrellaros contra una roca.

—Me estrellaré y nos perderemos todos, si fuere menester.

—Decidme, ¿estáis seguro de que Constanza os ama?

—Sí, estoy seguro de que ella corresponde á mi pasión. ¿Puede ocultar eso una mujer?

—Pudiera á lo menos fingir.

—Nó! jamás! Constanza es candorosa, incapaz de ficción. Yo he leído en sus ojos lo que está escrito en su corazón. Os amo!

—Mi deber es serviros, sacrificarme por vos, Don Alvaro; pero no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

es menos santo el que tengo, en virtud de los fueros de la amistad, de haceros reflexiones prudentes, y aconsejaros la mesura en asunto tan delicado.

—Os vivo muy agradecido, pero en esta vez, por lo menos, no escucharé vuestros consejos, que quien con ánimo honrado sigue un buen pensamiento, ha de morir sin dejarlo de la mano. Sabéis, Don Juan, que en amores y en guerras, que todo es uno, no pudiendo huir con honra, se ha de luchar hasta rendir la vida.

—Si á lo menos quisiéseis diferirlo para mejor sazón, mientras sondeamos al padre..... y se prepara con arte y cautela el terreno.....

—Estas y otras muchas razones que pasaron entre los dos, agregó el Curro, y que no puedo detenerme á referiros, me han impuesto de los planes de Don Alvaro, y mi deber es hacéroslo saber para vuestro gobierno ..... Que Doña Constanza esté enterada de todo. Y adiós, que se pasa el tiempo, y en la tardanza está el peligro, como suele decirse.

Y diciendo esto, salió el Curro, ligero como una ardilla, y detrás de él la dueña para cerrar el portón, y aquél se dirigió en solicitud de Don Pedro, que, según cuentas, había enderezado sus pasos por el lado del campo que hoy se llama de San Victorino, por donde solía pasear algunas veces.

Quedó atónita la dueña, llena de confusión, y con las dos manos puestas en la cabeza se dirigió á la sala precipitadamente, llamando á Constanza y á Irene, las cuales, á las voces de Veremunda, abandonaron el puesto y vinieron á ver lo que aquéllo podía ser. La agitación no permitía á la buena señora poner en orden sus ideas, ni sabía por dónde comenzar. Dos gruesas lágrimas anublaban sus ojos, y pálida y trémula como una azogada, pronto comunicó el contagio á sus compañeras, que, temblando también, la interrogaban.

Al fin refirióles, como mejor pudo, y punto por punto, lo que había oido de la boca del Curro. Pero no era éste el único, ni el principal motivo de la ansiedad de Veremunda, aunque ya por sí sólo era bastante para turbar la tranquilidad de la casa; sino que ella misma había sido testigo presencial de lo que aquella tarde había pasado después de la comida, entre Don Pedro y Don Jerónimo de Oviedo, oyendo perfectamente el diálogo que tuvieron en la sala, mientras que el canónigo Espejo dormía la siesta. Por donde se ve que las dueñas y los barberos tenían más de un punto de contacto, si bien en achaque de curiosidad, aquéllas, como mujeres, les llevaban á éstos la ventaja.

—Ya sabéis, las dijo, que cuando os retirásteis de la mesa, yo me quedé allí sola arreglando la loza y demás cosas que sirvieron para la comida, pues las criadas por su parte lo hacían en la cocina, y aunque el señor Don Pedro cerró esta puerta que comunica con la otra sala, estando apenas entornada, podía muy bien verse por una rendija lo que pasaba aquí. Yo, Dios me lo perdone (agregó santiguándose) no pude resistir al deseo y natural curiosidad de echar una mirada, y ví que se paseaban á lo largo el señor Don Pedro y Don Jerónimo, conversando en voz baja, pero no tanto que con el silencio que reinaba no se oyese bien claramente una gran parte de la conversación, especialmente cuando se acercaban á esa puerta. Por momentos se detenían y volvían á andar, y durante los pocos que allí estuve (pues de cuando en cuando me retiraba con precaución y hacía sonar la loza para que no entrasen en sospechas), me persuadí por lo que oí muy distintamente, que se trataba de un negocio grave; nada menos que de.....

—De qué? interrumpieron á un tiempo las dos hermanas, llenas de afán.

—Pues!... de matrimonio!... Espero, decía Don Pedro, que mi hija os habrá agradado, pues su discreción y modestia..... Ya veréis todas sus buenas prendas. Don Jerónimo elogiaba la belleza..... el candor..... En fin..... se trataba de una de vosotras; pero yo no atinaba cuál fuese, hasta que claramente pronunciaron ambos el nombre de Constanza.....

Toda esta relación escucharon las hermanas llenas de ansiedad y sobresalto, haciendo interiores comentarios. ¡Cuánto mejor hubiera sido, decía para sí la hermosa Constanza, que Don Jéronimo se hubiese fijado en Irene !.....que al fin su edad aunque discordante con la suya....

Tal vez la misma reflexión hacía por su parte Irene, sabedora ya de la mutua pasión de los dos jóvenes.

Al ver sus dudas y su turbación agregó la dueña:

—No hay que darle vueltas, hijas mías, vuestro padre quiere casar á Doña Constanza con Don Jerónimo. ¡Qué horror! No lo dudéis: es una cosa hecha! El matrimonio está ajustado.

Un corto silencio y una completa inmovilidad siguieron á esta rápida relación, hasta que, rompiéndolo con un suspiro, dijo Irene:

—Bien sospechaba yo algún misterio, y mi corazón no me anunciaba nada bueno de este convite de hoy. Algo se me había alcanzado por las miradas y agasajos de mi padre, de algún proyecto que traía entre manos. Dios mío! Dios mío!

No pudo Constanza articular palabra; su desolación no podía

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

llegar á más alto punto. Estaba confundida y no sabía lo que por ella pasaba en aquel instante con tan extraña nueva. Ya era bastante para hacerla infeliz la oculta pasión que abrigaba por Don Alvaro, sobre todo desde su regreso de Cartagena y después de la aventura de las cañas en que le vió postrado á sus pies para recibir de sus manos el galardón concedido á la destreza y al valor... y á la hermosura, agregaba la cándida doncella en sus adentros.

Lo que para otros era un misterio, ella lo veía sin velos ni sombras, y creía poder descifrar el enigma, que el amor fue siempre candoroso y ocasionado á traducciones muchas veces infieles. Aquel inesperado arribo de Don Alvaro, cuando ella le creía ya olvidado de sus antiguos devaneos: aquella arrogante y significativa empresa de la rodela—" Lo posible está hecho, lo imposible se hará ;"—aquella mirada eléctrica que como una ráfaga instantánea de viento, vino á soplar el incendio, no apagado sino latente, que existía bajo las ruinas de su corazón, y á levantar la llama devoradora que ya la consumía..... nada de esto tenía explicación posible que no se refiriese á un amor acendrado, á una pasión ardiente y á un ciego empeño de afrontar la suerte y desafiar los obstáculos.

En vano habría pretendido desechar en sus noches de insomnio la memoria de aquellos hechos, ni la imagen del amartelado caballero cubierto con sencillos arreos, su espaciosa frente un tanto tostada por el sol y por el aire del mar, su larga y rizada cabellera, sus grandes ojos, brillantes como dos luceros, su voz dulce aunque varonil. Todo esto se le venía de tropel á la imaginación y se le representaba vivamente para amargar su situación y hacerle descubrir el abismo espantoso de desdicha que se abría á sus piés.

Era bastante, sin duda, esta comprimida y ya contrariada pasión, aun sin contar con el extraño episodio de aquella misma tarde, que ponía el sello á tánto cúmulo de emociones, para labrar su desventura. Pero aún debía apurar el cáliz y hacérselo más y más amargo la funesta noticia que le daba Veremunda de los planes de su padre, ya fuesen espontáneos y oficiosos, ya promovidos por ese hombre á quien, ni por su edad, ni por su figura, ni por su carácter vulgar, jamás podría dar su mano, y mucho menos su corazón, aun suponiéndolo libre, por más ejecutorias que tuviese, y por más considerable que fuese su fortuna.

La noble y tierna doncella era toda corazón, lo mismo que Don Alvaro: el negociante Don Jerónimo era todo cálculo y dinero. ¿ Quién no habría dicho que se hacía violencia á la suerte, queriendo unir para

siempre dos personas tan poco conformes y armónicas bajo todos aspectos? ¿ Tántas duras pruebas, larga y pacientemente sufridas, tánta constancia y lealtad, no estaban diciendo que estas dos almas habían sido formadas para unirse y refundirse en una sola, como una gota de rocío se une con otra gota ?

Callaba Constanza, devorando en silencio su pena, con la frente apoyada en la mano derecha, y ésta en el hombro de su hermana. Perdía casi el sentido y no acertaba á dar salida á los suspiros que de su pecho querían exhalarse, porque la respiración le faltaba, ni á las lágrimas que sentía brotar involuntariamente de sus ojos, porque temía que en viniendo su padre había de notar su alteración y ver sus párpados encendidos é hinchados.

Callaba también Irene, los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo.

Callaba igualmente la fiel dueña, con las manos juntas sobre el pecho y los ojos levantados hacia una bella imagen de la Virgen, principal adorno de la sala.... Sólo el ave favorita repetía desde lo alto de la corniza de la ventana: "agay cuandola iú ! ! !"

Esta muda escena vino á ser interrumpida por tres fuertes golpes dados en el portón, y por el rumor que hacían las personas que en él se detenían.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPÍTULO XXIV.

CONFERENCIA NOCTURNA.

NUÑO.—En fin, ya de una vez hija, es forzoso
Decirlo todo aquí. ¿ Qué de ese enlace
Descabellado esperas ? El mancebo
Quién es, y cuáles timbres, qué balsones
Le ilustran á tus ojos?

ELVIRA. Y yo acaso
Nací, señor, princesa ?

NUÑO. ¿ Mas qué bienes
Son los suyos, Elvira ? ¿ Caballero,
Y no más ? ¿ Hombre de armas ó soldado ?
¿ Mal trovador ó simple aventurero ?

ELVIRA.—¡ Eso nó ! Si no os place, nunca, nunca
Me llamaré su esposa, ni cumplida
Veré jamás tan plácida esperanza.
Pero al menos sed justo.

LARRA.

Los prisioneros que desde su oscuro calabozo oyen el ruido que hace el carcelero al abrir las puertas para dar entrada al juez ó notario que ha de notificarles la sentencia, no experimentarán un estremecimiento nervioso comparable al que aquellos tres golpes produjeron en el cuitado grupo femenil. Las dos hermanas no tuvieron fuerza para moverse de donde estaban; pero Veremunda, pálida y trémula, fué á abrir la puerta, y allí se despidieron los que con Don Pedro venían, que eran el barbero y el señor de Espejo, á quien aquél había encontrado en el paseo, y que habiendo notado la falta del solideo, regresaba con él para reclamarlo.

Despedidos los acompañantes, Don Pedro se dirigió á su aposento, y allí se encerró para descansar, sin darse por entendido de la aventura de la puerta, que más le avergonzaba que le acuitaba ; de manera que el chubasco que por momentos esperaban nuestras damas ver desatarse sobre ellas, se disipó instantáneamente como el humo.

Aguardaba allí la hora de rezar el rosario, costumbre cotidiana en todas las casas en aquel tiempo, y, sea dicho altamente, santa costumbre, que reúne toda la familia para terminar el día alabando á Dios, y consagrando á la oración una mínima parte de él. Acostúmbrase en algunas

comarcas de Francia é Italia, que al caer la tarde los pastores recogen sus ganados dispersos y se congregan en algún sitio repuesto y ameno para cantar y danzar á los últimos rayos del sol, mientras sus ovejas balan y sus vacas llaman á los hijuelos con sus bramidos. Esto mismo hace el padre de familia cristiano, con un fin más santo, más tierno y más digno del hombre civilizado.

Mientras tanto sigamos al Curro á su excursión, y veamos cómo desempeñó el encargo de la dueña. Dirigióse, como hemos dicho, á aquella parte de la ciudad que después se llamó barrio de San Victorino, por la circunstancia de que habiéndose reunido los vecinos para sacar á la suerte el nombre del santo que había de ser el patrono de su parroquia, les salió por tres veces consecutivas el de aquél ilustre Obispo, el cual, sin embargo, no les parecía muy simpático al oído.

Era este campo entonces desierto, y estaba cubierto de malezas y arbustos, pues no haciéndose al principio por allí la principal entrada á la ciudad, no tenía la importancia que tuvo después. Pero su misma soledad y aspecto agreste tenían cierto atractivo, y pasado el puente provisional que se había construído sobre el río, se hallaban varios sitios limpios y sombríos, salpicados de salvios y otros arbustos coposos, debajo de los cuales era grato descansar.

Pero esta misma circunstancia hacía que fuese temible, á lo menos en la oscuridad de la noche, pues era la ordinaria guarida de los tunos de mala ley, y aun de los malhechores, que hallaban allí un seguro refugio contra las pesquisas de la justicia y las requisiciones de las rondas.

Cuando el barbero se internó en aquellos matorrales, divisó á Don Pedro en compañía de otra persona con quien conversaba, y era el canónigo Espejo que, según la costumbre de dar un paseo todas las tardes, antes de rezar el oficio, había acertado á dirigirse á aquel mismo sitio, cuando salió de casa de Don Pedro.

—Con que Usía nos abandonó en lo mejor de la siesta, y salió sin decir oxte ni moxte, decía Don Pedro.

—Querreis sin duda decir *hóspite insalutato*..... Ya, ya ! como mis comensales dormían á pierna suelta hacía más de media hora.....

—Al contrario, guardábamos el sueño de Usía ; y no sólo le guardábamos sino que le arrullábamos con nuestra conversación en voz baja y le cerrábamos la ventana.

—De manera que aquí puedo yo decir con el pastor de Virgilio: *Sœpe levi somnum suadevit unire susurro.*

—Sí, señor, eso y mucho más puede decír vueseñoría, que bien

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dicho estará, y no seré yo quien se lo dispute, que maldita la jota que entiendo de latín, y el poco que aprendí en las aulas, así me acuerdo de él, como de la primera camisa.

—Qué quereis Don Pedro! Los que nos hemos criado y amamantado con la dulce miel de los clásicos, y además, por nuestra profesión y ministerio casi nos connaturalizamos con el bello y sonoro idioma de la Iglesia, no podemos menos de mezclarlo con el propio á cada paso. ¿Y qué fué de nuestro compañero el señor de Oviedo?

—Debió de levantar también el campo con la misma estrategia que Usía, pues no le he vuelto á ver.

Esta conversación había tomado otro giro cuando llegó el Curro. Hallábanse los dos interlocutores al pie de un árbol, y decía Don Pedro, señalando el lugar:

—Aquí, aquí mismo fue, en este sitio, donde el famoso Moncada, que tanto dió que hacer en el Reino, mató á un hombre que había denunciado una de sus fechorías.

—Y se escondió aquí mismo, sin duda.

—Nó, señor: tuvo la audacia de pasar á la ciudad para buscar asilo. Cuando demos la vuelta le enseñaré á Usía la tienda en cuya puerta cometió un segundo delito, y fue que, hallándose allí un caballo ensillado, el facineroso cortó con presteza, y con el mismo cuchillo que le había servido para cometer el asesinato, el cabestro con que estaba atado el caballo, y montando en él, abrió carrera y se escapó sin que nadie pudiese impedirlo, y hasta hoy no se ha sabido su paradero. Pero lo que más le dolía al dueño de la bestia, que había entrado á la tienda á echar un trago, no era tanto la misma bestia, cuanto una gruesa suma en oro que en la silla llevaba.

—De manera que vino á servirle al malvado para los gastos de viaje.

—Sin duda el diablo lo protegía, como á todos los bribones, pues que le dispuso las cosas mejor que él mismo lo hubiera imaginado.

El barbero interrumpió esta relación para hacer él la suya, la cual llenó de sorpresa al mercader, quien, llevándose las manos á los bolsillos, dijo:

—No puede ser! Si he echado la llave! estoy seguro de ello.

—No digo que nó, replicó el ladino barbero; vos la echaríais, pero la picarona no quiso hacer su oficio.

Con esto apresuraron el paso y llegaron á la casa, cuando las mujeres se hallaban todavía en la actitud en que las hemos dejado; pero, como ya lo vimos, la tempestad que amenazaba se disipó, y por lo pronto quedó restablecida la calma.

Terminado el rosario, se retiraba Don Pedro á su habitación, donde acostumbraba cenar sólo, y le servían la cena sus hijas, turnándose por semanas. Tocábale á Constanza en aquélla hacer este oficio, y cuando en la noche de que vamos hablando, terminada la refección, levantaba los platos y arrollaba la servilleta, que hacía veces de mantel, disponiéndose para salir, la dijo su padre:

—Aguardad un poco, Constanza, que tengo que hablaros.

Un ligero estremecimiento corrió por todo el cuerpo de la joven al oír este inesperado apóstrofe, y permaneció inmóvil junto á la mesa.

—Tomad asiento, agregó Don Pedro.

—Estoy bien así, señor, contestó la joven tímidamente, permaneciendo de pie.

Don Pedro recostó la cabeza contra el alto espaldar de la silla, y apoyando los codos sobre ambos brazos de ella, cruzó las manos sobre el estómago, y permaneció en silencio algunos momentos. Al fin dijo con voz grave pero cariñosa:

—Hija mía, bien sabéis cuánto os amo, y cuánto me intereso por vuestra suerte..... Yo estoy ya viejo, y los últimos días de mi vida se vienen á buen andar. Vos estais ya en edad de tomar estado, y nada deseo tánto como estableceros ventajosamente. Vuestra felicidad es para mí primero que todo en el mundo, y mi deber de padre es proporcionárosla por todos los medios que estén á mi alcance.

A estas palabras Constanza palidecía visiblemente y su emoción crecía por momentos.

—Vuestra tierna madre, que Dios haya, continuó el mercader, murió por mi desgracia, dejándoos pequeñas á vos y á vuestra hermana. Si yo muero no será bien que os deje solas, destituídas de todo apoyo y expuestas á los peligros que corren las mujeres en el mundo; y aunque á una doncella de vuestras prendas no ha de faltarle un buen esposo que la haga feliz, será conveniente que yo mismo provea á esta necesidad!

Volvió á guardar silencio, y Constanza, turbada y con los ojos bajos, apoyó una mano sobre la silla que estaba enfrente de su padre.

—Qué decís, Constanza?

—Señor, dijo ésta, después de vacilar un tanto: sabéis también cuánto os amo, y cuánto sentiría separarme de vuestro lado.....

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Lo sé; pero esa consideración es secundaria y debe subordinarse á la de mayor importancia.

—No me corre priesa tomar estado, padre mío..... y aun no sé si el del santo matrimonio sería el de mi elección.....

—Qué decís?... ¿Sabéis que he consultado vuestra voluntad, agregó, conservando su estudiada calma, sólo en fuerza del cariño que os tengo?..... Soy vuestro padre y.....

—Y yo vuestra hija obediente y sumisa, pero.....

—Acabad!... no os impido que me abráis vuestro corazón, y me habléis con franqueza.

—La razón natural y la ley de Dios me mandan obedeceros.....

—Pues!.....

—Pero..... perdonadme, padre mío, agregó sacando fuerzas de flaqueza, creo que esa misma ley santa que me habéis enseñado.....

—Continuad!.....

—No me obligaría á hacer el sacrificio de mi felicidad, no siendo necesario.

—No os comprendo..... si precisamente se trata de vuestra dicha, de uniros con un hombre honrado, bondadoso, hidalgo, rico..... en fin, que reúne todas las prendas que pudiera apetecer la más encumbrada mujer del Reino.....

Y de aquí tomó pie Don Pedro para hacerse lenguas y deshacerse en elogios de D. Jerónimo, aunque sin nombrarle.

—¿Y podré saber, señor, quién es ese hidalgo con quien he de unir mi suerte para siempre?

—Hoy mismo le habéis visto y habéis hablado con él..... es mi amigo y compatriota Don Jerónimo de Oviedo.

Constanza volvió á estremecerse, y apoyó la otra mano sobre el espaldar de la silla, callando de nuevo.

—Padre mío, agregó al fin con cierta respetuosa entereza: no pongo en duda las buenas prendas y condiciones de ese señor, y me basta que vos le estiméis y que él pretenda mi mano para que yo también le estime; mas.....

—Mas qué?.....

—Su edad..... lo poco que le he tratado.....

—Niñerías!..... la edad nada significa, y además..... la madurez de los años trae consigo la experiencia, la prudencia, y otras virtudes que aseguran la tranquilidad doméstica.

—Pero si yo no llegase á amarle..... si su carácter no conviniese con el mío.....

—Amarle!..... amarle!..... la gente moza siempre está con esa palabra en los labios.

—Pero decidme, señor, si mi buena madre no os hubiese amado á vos, ¿habríais sido felices?

Aquí vaciló un poco Don Pedro para responder, y al fin dijo:

—No lo dudo..... Yo la amaba mucho, y ella era prudente y dócil..... En fin, ya conocéis mi voluntad, diré más, mi resolución de daros marido que vea por vuestros intereses. Pensadlo, Constanza, reflexionadlo despacio. Tiempo nos queda..... pero será bueno fijar un plazo corto: las cosas que mucho se piensan suelen no salir bien. Ya trataréis más á Don Jerónimo y veréis si tengo razón.

—El asunto es muy grave y delicado, padre mío.....

—No importa! Por mi parte está resuelto.

—Entonces nada me queda que pensar, ni que hacer.

—Retiráos, hija mía, retiráos á descansar; el sueño reparará vuestras fuerzas y calmará vuestra inquietud. Mañana tal vez pensaréis de otra manera y veréis que la fortuna nos ha abierto la puerta, ó más bien, se nos ha entrado por casa, y que no sería cordura despreciar esta favorable ocasión de cogerla, como dicen, por los cabellos, pues que tal vez no volverá á presentarse. Retiráos!

—Una palabra más, señor, añadió Constanza, cambiándole la color del rostro de pálido en encendido, y con voz trémula: decíais hace poco que á una doncella de mis circunstancias no había de faltarle un buen esposo que la hiciera feliz.....

—Así es, en efecto.

—Pues bien! ya que habéis querido consultar mi voluntad, perdonadme que os diga: para una doncella de mi posición ¿no habrá más esposo que pueda hacerla feliz que Don Jerónimo de Oviedo?

El gesto de la cara de Don Pedro indicaba que ya comenzaba á impacientarse, creyendo, contra lo que él se había imaginado, que había resistencia decidida de parte de su hija, cosa que no poco le sorprendía, atendido su carácter manso y apacible y su mesura en el hablar. Sospechaba, por otra parte, que aquella oposición tenía un oculto motivo, y por un momento estuvo próxima á estallar su mal reprimida cólera; pero volviendo sobre sí y reflexionando prudentemente en las consecuencias, dijo con tono más templado y amoroso:

—¿Abrigáis, por ventura, la esperaanza de algún otro partido más ventajoso, para rehusar el que os propongo?

—No he dicho, señor, que le rehuso, ni abrigo tal esperanza..... Pero hay tántos hombres.....

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Decidme, Constanza la verdad, amáis á algún otro?

El rubor hizo encender las blancas mejillas de la cuitada joven, y su respiración se oprimió fuertemente á esta inesperada interpelación.

—¿Como puedo amar á ningún hombre, cuando á ninguno veo....., vos lo sabéis. Y si le amase, entre mi corazón y el suyo..... se interpondría vuestra voluntad.

—¡Hola! interrumpió el extremeño, reconvenciones tenemos?

—Líbreme Dios de ello: yo vivo contenta á vuestro lado. Ojalá nunca me separase de él, pero si así hubiera de ser, ¡cuánto se mitigaría esta pena al lado de un hombre á quien yo amase, y cuyo corazón fuese capaz.....!

—Constanza! !... ese lenguaje..... no os conozco!

—Es el lenguaje de la sinceridad y de la franqueza..... En asunto de tánta monta no debe emplearse otro.....

—Callad!... no provoquéis mi enojo!

—Perdonadme, padre mío, pero no os comprendo..... Si callo me exigís que hable..... y si hablo, me mandáis que calle..... Callaré, señor, y no os imaginéis que os falto al respeto..... Soy vuestra hija, y os amo más que á mi vida.

A este diálogo siguió un largo silencio, durante el cual no se oía sino el chisporroteo del candil que, con honores de lámpara, iluminaba escasa y desigualmente el aposento, haciendo moverse en la pared las sombras irregulares de los dos interlocutores. Pasó así un buen espacio, de duda y de ansiedad para ambos, notándose la alteración de sus semblantes.

—Lloráis?..... dijo al fin Don Pedro.

—Sí, padre mío, contestó la joven, temblando como la sensitiva y dejando resbalar por sus mejillas de jazmín dos gruesas lágrimas. Excusad mi llanto.

—Otras reirían en vuestro lugar. No es para tanto lo que os he dicho.

—Lloro, señor, porque no puedo conciliar el amor que os tengo con el sacrificio que me exigís.... Lloro porque no puedo manifestar lo que siento.... Lloro porque temo ofenderos con cada palabra que pronuncio.

—Todas las mujeres lloran cuando lo han menester.

—Estas son, señor, las primeras lágrimas que me hacéis derramar.

—Es verdad, Constanza, y quiera Dios que sean las últimas!...

—Ay! cuán amargo es el primer llanto de una persona feliz!....

—Dejemos esto, Constanza, dijo el de Urrego impaciente, retirando con fuerza el sillón al levantarse. Por lo que á mí atañe es cosa resuelta; sin embargo, os doy el término de una semana para que lo penséis: consultadlo con vuestra hermana, y mirad que en ello os va la felicidad ó la desdicha. Si un capricho, si algún motivo indigno os hiciese obstinaros, yo os juro....

—Ah! no juréis, señor, por Dios! no juréis! dijo precipitadamente Constanza, haciendo ademán de adelantarse hacia su padre.

—Bien! hasta mañana.

Constanza se acercó y tomándole la mano se la besó respetuosamente, dejando caer en ella una lágrima. En seguida se retiró, y al llegar á la puerta, Don Pedro, que se paseaba por el cuarto, volvió á decirla:

—Pensadlo bien, que os importa.

—Así lo haré, señor, respondió la doncella con voz conmovida, volviéndose también, y haciendo una ligera inclinación de cabeza, salió y dejó caer la mampara.

CAPITULO XXV.

NOCHE DE AMARGA ANSIEDAD.

—Niña, porqué desvelada
Suspiras con tal empeño?
... .
—El rostro, niña, sepúlta
En la holanda, que el espanto
Viendo la sombra se abulta.
—Así derramaré, oculta
Entre sus pliegues, mi llanto.

CAMPOAMOR.

La noche fue terrible, si las hay, llena de angustias y ansiedad. Retirada Constanza en el aposento, á donde entró procurando no hacer ruido para no despertar á su hermana y á la dueña, dió en silencio rienda suelta á su dolor. Su primer movimiento involuntario fue postrarse ante una imagen de la Virgen que cerca de la cama tenía, y con las manos cruzadas, y dejando salir de sus ojos dos torrentes de lágrimas, la pidió fervorosamente luz para conocer lo que en tan apretadas circunstancias debía hacer, y fuerzas para soportar el peso de tántas desdichas como ella se imaginaba que habían de abrumarla desde aquel día en adelante.

Esta oración, hecha con toda la eficacia y unción del náufrago que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

por donde quiera que vuelve los ojos no ve sino peligros, la dió, en efecto, nuevas fuerzas, y se sintió resignada y conforme en aceptar cualquier prueba, por dura y dolorosa que fuese. Las almas piadosas y verdaderamente cristianas hallan siempre en la oración un bálsamo suave que alivia sus penas y que, como el rocío del alba, viene á refrescar la tierra durante la calma y el silencio de la noche.

Es que en la oración Dios se comunica á todos en diferentes grados, según su fé; pero especialmente á los sencillos y humildes, á los pobres de espíritu, y á los que le invocan con el corazón más bien que con los sabios.

Un poco más aliviada, se recogió en su modesto lecho, y corrió el espeso pabellón de lana que se interponía entre ella y el mundo, como una muralla protectora, para entregarse enteramente á sus pensamientos. Tan pronto se imaginaba que Don Alvaro, inconstante y ligero tal vez, le retraería de escribir á su padre, como sabía lo tenía resuelto; tan pronto temblaba al pensar que lo hiciese inmediatamente, y quizá en ocasión inoportuna, pues temía la cólera de su padre, sobre todo después de las señales que había dado de impaciencia y aun de enfado al ver que no hallaba en ella la absoluta docilidad y sumisión que esperaba. Y aquí se sentía apesarada y arrepentida de aquella entereza y resolución que involuntariamente había manifestado á su padre, cosa tan ajena de su carácter, naturalmente blando y amoroso, y del habitual respeto y reserva con que trataba al autor de sus días.

¡Si me habré propasado! decía entrando en cuentas con su conciencia. ¿De dónde hube yo de sacar esos razonamientos que mi padre pudo tomar por desacatos? ¿Quién me dió tánta fuerza y resolución?....

La candorosa doncella no acertaba á explicarse esa fortaleza de ánimo que había manifestado; pero el que ha visto al pajarillo aterrado hacer frente á la lechuza que al anochecer sale de su guarida y se lanza sobre su compañero y lo persigue para devorarlo, y, á pesar de su debilidad, ensaya algún impotente picotazo sobre su enemigo, puede muy bien hallar la clave de ese fenómeno tan extraño para Constanza como sorprendente para Don Pedro.

Aún me parece que oigo las palabras de mi padre, pronunciadas con una calma que anunciaba la tempestad: "al fin yo soy vuestro padre..... en lo que á mí atañe, es cosa resuelta..... no queráis provocar mi enojo..... Si un capricho, si algún motivo que ignoro os hiciese obstinaros, yo os juro..... Ay! qué horror! Ese juramento habría caído sobre mí como un rayo! Juramento..... maldición..... palabras detestables aun en boca de un anciano!....."

Y aquí repasaba una por una la fiel memoria de Constanza todas las palabras de su padre, y reproducía una y otra vez el diálogo entero que con él había tenido en la conferencia, y que por desgracia no era quizá sino el preámbulo de los que habían de tener después.

Y ¡cómo temblaba la pobre niña al pensar en una nueva entrevista con su padre! Si por acaso llegaba á cerrar los ojos, parecíale que le veía airado y sañudo, descargando sobre ella todo el peso de su enojo... Fantasmas crueles y amenazantes pasaban por su imaginación, como las que persiguen al febricitante.

Ya se figuraba obligada á desposarse con Don Jerónimo, á quien no conocía, á quien no podía amar, de quien nada le prometía su corazón, y que todo podría dárselo, menos la dicha y la paz doméstica. Para una joven de veinte años, que adivina la felicidad de la unión conyugal ¿pueden las riquezas, las virtudes, ni todas las buenas prendas colmar el inmenso vacío y el insondable abismo de un corazón sin amor?

Ya sentía rugir la tempestad sobre su cabeza, si, estrechada por su padre, tenía el valor suficiente para rechazar el propuesto enlace, y mucho más si al fin le confesaba, como era de su deber, que amaba al aborrecido galán, al mismo que en otro tiempo le había ofendido con ligereza; al mismo que había triunfado en las justas y recibido de su propia mano el galardón y premio concedido al valor y á la destreza; y, finalmente, y esta era la circunstancia más agravante, al mismo que había sido la causa, aunque inocente, de la muerte del Capitán García Zorro.

Así pasaron las primeras horas de aquella fatal noche, y en vano procuraba Constanza distraer su imaginación y calmar su espíritu agitado para conciliar el sueño, pues cuando menos lo pensaba sentía su almohada empapada con el copioso llanto que involuntariamente vertían sus ojos, y en esta ansiedad pasó la noche entera, con breves intervalos en que dormitaba algunos instantes.

Cuando sonó el toque del alba en la torre de la iglesia de San Agustín, y la dueña llamó desde su cama á las dos hermanas para que, incorporadas, rezasen en alta voz el *Ave María*, según la costumbre general de aquel tiempo, Constanza estaba sentada en la suya en actitud meditabunda. Aquel acto de tierna piedad como que trajo la quietud á su corazón y se quedó tranquilamente dormida; pero no habrían pasado dos horas cuando los primeros indecisos albores de la mañana penetraban ya por las rendijas de los postigos, y en vez de proteger, como acontece casi siempre, aquel dulce sueño del amanecer, la hicieron despertarse azorada, como si la hubiesen tocado las alas de un ángel.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Cuando el día se anunció de lleno, ya ella estaba postrada delante de la venerada imagen, dirigiéndola fervorosas oraciones, y sus plegarias eran acompañadas por los preludios con que los pajarillos, habitantes de la vecina huerta, ensayaban alegremente sus cantos matinales, por el tañido de las campanas que llamaban á los fieles á misa, y por la algazara de la parlera guacamaya que, trepada en una estaca, repetía su confusa gerigonza de muisca y castellano.

CAPITULO XXVI.

SEGUNDA INVITACIÓN.

Ya se párte Don Rodrigo
Que de Vivar se apellida
Para visitar Santiago
A donde va en romería.
Veinte vasallos consigo
Llevaba en su compañía.
Mucho bien y gran limosna
Hacía por donde iba.

SEPÚLVEDA.

Un nuevo incidente vino á complicar para el caprichoso Don Pedro la situación de espectativa y de fluctuación entre el temor y la esperanza en que se hallaba: situación desagradable y extraña en el monótono sistema de vida que llevaba hacía largos años y en su ordinario modo de ser físico y moral.

Había llegado la época en que el Arzobispo Don Fray Luis Zapata de Cárdenas, que felizmente gobernaba la iglesia granadina por aquel tiempo, desde 1573 en que vino al Reino, acostumbraba salir cada año al campo en busca de solaz y descanso, pues necesitaba distraer el ánimo de tántas y tan graves atenciones como le rodeaban: necesidad para él tanto más imperiosa, y exigida por su salud ya decadente, cuanto que durante muchos años, los mejores de su vida, había estado habituado á la inquieta y agitada de los campamentos militares, de la caza y de todos los ejercicios de armas y de equitación propios de la juventud de la época, y le hacía falta algo de ese movimiento y fatiga á que era, además, muy aficionado por carácter.

Para justificar lo dicho y disculpar hasta cierto punto esa pasión, que, ya debilitada, pudiera llamarse simplemente afición, del Arzobispo, es preciso decir en breves palabras quién era el señor Zapata, ó más bien

quién había sido en su mocedad, según lo refieren nuestros cronistas antiguos é historiadores modernos.

Don Luis Zapata de Cárdenas era caballero de noble linaje, de la orden de Alcántara, y como tál había militado en las guerras de Alemania y Flandes con el Emperador Carlos V, hasta llegar al grado de Maestre de Campo. Amigo y conmilitón de otros cuantos mozos de su clase y edad que en los tiempos de tregua se divertían ejercitándose en la caza y montería, había tomado una grande afición á todos estos ejercicios rudos y penosos, y más de una vez se había visto en peligro inminente de perecer, como el hijo de Don Pelayo, ó como el mismo Rey Favila, muerto á manos de un oso.

Habíase hallado también en ocasiones y tomado parte en todos esos juegos á que se entregaba la nobleza en los breves intervalos de paz que permitía la dura condición de los tiempos, y de que nos hablan las crónicas de la época, los cuales por lo común se reducían á ostentar pujanza y destreza en el manejo y tiro de la lanza y otras armas, y la agilidad y gallardía en el arte de la equitación.

Pero repentinamente se obró un cambio extraordinario en la vida y costumbres de Don Luis, que llenó de admiración y sorpresa á sus amigos, semejante á aquel que dos siglos después presenció esta ciudad de Santafé, viendo bajar del solio, lleno de gloria y de aplauso, y en la flor de la edad, al ilustre Virrey Don José Solís para vestir el humilde sayal de lego franciscano; ó bien al asunto de la conocida leyenda bogotana del famoso Capitán Ley.

Refiérese que en cierta ocasión hablaba Zapata con un amigo suyo sobre la muerte, que los dos veían á cada momento cerca de sí, trance con el cual no habían podido familiarizarse, porque la muerte siempre es un espectáculo nuevo para el hombre, y siempre le sorprende, por muy prevenido que para él esté, y por más preparado que piense hallarse para aquella hora suprema. Pactaron, pues, los dos amigos, tal vez en burlas (que los mozos en esto suelen ser poco escrupulosos), que el primero de ellos que muriese, vendría á dar aviso al otro de su paradero y de la suerte que le hubiese tocado en la otra vida. Murió el amigo de Don Luis en Flandes, en uno de los varios combates en que le tocó hallarse, y estando el mismo Don Luis con otros militares en la plaza de Valladolid, se separó de ellos, como si alguna otra persona le llamase, y le vieron parado á alguna distancia, en ademán de estar hablando con ella, pero en realidad solo, por lo cual llegaron á pensar que había perdido el juicio. Mas nunca se supo cuál fuese el misterioso diálogo que tuvo con su invisible interlocutor.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Sin embargo, desde ese día se observó en él una notable transformación: andaba siempre callado y pensativo, y tenía el aire de estar constantemente preocupado por una idea fija, transformación profunda de su carácter que no le abandonó hasta la muerte. Hizo testamento, dispuso de todos sus bienes, y renunciando empleos, rentas, honores y grorias, se fué secretamente á un convento de franciscanos y pidió el hábito de la orden. Lo único que se le oyó decir antes de este último suceso fué, que su amigo había cumplido su palabra.

Poco tiempo había permanecido en la religión cuando fué nombrado Comisario general para el Perú; pasó después á Chile, y á su regreso á España lo fué para Obispo de Cartagena, y poco después Arzobispo de Santafé. Trajo este prelado una preciosa reliquia que colocó en la Catedral, en donde todavía se venera en ciertos días, y fué la cabeza de Santa Isabel, Reina de Hungría, que le entregó con sus propias manos otra Reina ilustre, Doña Ana de Austria, al tiempo de partir para América, y está colocada dentro de un busto de plata. El señor Zapata instituyó á la santa por patrona del Arzobispado.

Los días que precedían á la entrada del santo tiempo de cuaresma, y á las tareas que ésta trae consigo, eran por lo regular los destinados por el señor Zapata para emprender su correría que ordinariamente duraba una semana, aprovechando así el buen tiempo que por los meses de Enero y Febrero era casi seguro. Aquel año había determinado que la salida fuese por el lado de Une, pueblecillo de indios al sudeste de Santafé, visitando á Tunjuelo, Yomasa, Piedra-ancha, Chipaque y otros puntos, y al efecto comenzó días antes á invitar á varios sujetos principales, como lo hacía todos los años, alternando entre unos y otros, como lo exigía la política. Entre los convidados se hallaba en esta vez Don Pedro de Urrego, que ya lo había sido en otras ocasiones, y esta fué la contrariedad que tánto le mortificó, pues vino la invitación á tiempo inoportuno, y en la peor sazón que pudiera haber elegido Su Señoría Ilustrísima.

Cuando Don Pedro recibió en su tienda la invitación del prelado se sintió perplejo, y se agolparon tan de pronto á su imaginación todas las consecuencias que traería para él una ausencia de una semana, no sólo en sus negocios de comercio sino también en el estado de crísis en que se hallaba el plan de su proyectada boda, que por un momento estuvo en vilo de excusarse rotundamente y sin rodeos; pero reflexionándolo con prudencia se contuvo, y para salir del embarazo dijo al mensajero, que era un familiar del Arzobispo, que aquel mismo día resolvería y

enviaría contestación á Su Señoría, pues se hallaba un tanto indispuesta su salud, y tenía graves y urgentes negocios á qué atender.

Sabido esto por el Arzobispo que conocía el genio huraño y nada accesible del extremeño, recomendó al Doctor Espejo para que se le acercase y le redujese amistosamente á aceptar, persuadido como estaba de que tal excusa procedía únicamente de pereza y falta de ánimo. Llegó, en efecto, el canónigo á la tienda, y el mercader se apresuró á sacar fuera del mostrador una silla para que se sentase.

Sin ambajes ni rodeos le dijo el canónigo que era preciso los acompañase, pues él también sería de la partida, y que no debía desaprovecharse esta ocasión de distraer un poco el ánimo y sacudir el cuerpo. Alegróse Don Pedro al saber que su amigo, y también Don Jerónimo, serían de la comitiva; pero no se resolvió á comprometerse, así á dos tirones, y dijo:

—Vueseñoría sabe que no debo, ni me conviene separarme por ahora de la ciudad; ni sería bien que yo anduviese por esos riscos y breñas ejercitando la montería. Ya en mis años prefiero estar quieto en mi casa, cuidando de mi familia.

—Vaya, señor Don Pedro, replicó el de Espejo, esos son demasiados cuidados y vuesamerced se afana más de lo necesario por poca cosa. Eche á un lado la pereza, resuélvase á venir con nosotros, y Cristo con todos.

—De buen grado lo haría si no trajese entre manos ese asunto que usía sabe, y que aún no está del todo concluído. Además de que mi salud no está en el mejor estado, y ya yo estoy algo pesado para andar á caballo.

—Por lo mismo, dijo el canónigo, eso le sacudirá y removerá cualquier mal humor, y su salud se repondrá con el ejercicio, por aquello de *castigata corporis obesitas*.

—Castigo fuera en verdad para mí sacarme de mi casa y de mis casillas para llevarme á holgorios que no son de mi edad ni de mi carácter, aunque bien agradezco la atención. Más apetezco la quietud de cuerpo y alma que otra cosa; y prefiero una gallina engordada en el corral de mi casa, á todos los venados de las dehesas de Yomasa, que puedan ser atarazados por los perros de Su Señoría Ilustrísima.

—De manera que podremos decir del señor de Urrego, si se empeña en quedarse: *Tu nidum servas: ego laudo ruris amœni rivos*, pues que su gusto es tan otro del del señor Arzobispo. ¿Recuerda vuesamerced á Horacio en su Epístola X?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—No conozco yo más Epístolas que las de San Pablo, ni recuerdo al tal Horacio porque no le conocí; pero le aseguro á vueseñoría que ni con Epístolas ni con Evangelios me hallo dispuesto á hacer tal desatino.

—Y si yo dijese al señor Don Pedro que estoy autorizado por Su Señoría Ilustrísima para rogarle que no se moleste en solicitar caballería, pues Su Señoría le enviará uno de sus mejores caballos, ¿no lograré vencer su indecisión é inapetencia?

A esta última insinuación no pudo resistir el desabrimiento de Don Pedro, y cambiando de resolución y de tono, dijo después de un rato:

—Vamos, no es posible hacerse orejas de mercader, aunque lo soy, á insinuaciones tan amables y tan hidalgas. El señor Zapata es una persona tan fina, tan complaciente, tan servicial, que sus súplicas son mandatos. Está resuelto, iré!

Pero en el mismo momento formó el ingenioso plan que luégo veremos, para corresponder á la bondad del prelado y al mismo tiempo proveer á la necesidad de no perder de vista su casa, conciliándolo así todo su astucia mercantil. Y era que sus temores respecto del fantasma de Don Alvaro arreciaban, aunque nada había sabido del episodio de la guacamaya, y temía por momentos un desaguisado, si aquél llegaba á saber que el inflexible padre se hallaba ausente en la famosa correría.

Con esto se despidió el canónigo diciendo á su amigo:

—Gloríome, señor Don Pedro, de poder exclamar hoy con aquel famoso capitán antiguo: *veni, vidi, vixi*, pues que tan fácilmente he logrado vencer su resistencia, y voy á dar tan grata nueva á Su Señoría, que sin duda se holgará en extremo de ella.

Una vez tomada su resolución, preparó Don Pedro todas las cosas, como para una ausencia de algunos días, y dió las disposiciones necesarias en la casa, previendo todos los acontecimientos, aun los más remotos. La víspera de la partida habló á sus hijas del proyectado paseo, de la invitación que había recibido y de cómo le había sido forzoso aceptarla por no parecerle cortés excusarse de llano en plano, ni tampoco digno el decir una mentira pretextando una indisposición, ú otro motivo que en realidad no había. Y llamando aparte á Veremunda la dijo con gravedad:

—Vos, señora dueña, hacéis en mi casa las veces de mi difunta esposa, y os miro como á la segunda madre de mis hijas, en cuanto al cuidado que de ellas tenéis, y al ejemplo de recato y buenas costumbres que les dais. Pero en los días que yo estaré ausente, no sólo haréis las

veces de madre, sino que me reemplazaréis á mí mismo, y quedaréis en mi lugar. Confío en vuestra lealtad y honradez que cuidaréis de mi casa y de mi familia como yo mismo lo haría: no porque mis hijas, á Dios gracias, necesiten guardas ni cerrojos, que las he criado como conviene, y además conozco aquella cantinela que dice:

Madre la mi madre,
Guardas me ponéis:
Si yo no me guardo,
No me guardareis.

Pero con todo, la juventud es inexperta y necesita guía y dirección, pues es propio de los pocos años y de la inexperiencia, despreciar, si no buscar, los peligros. En fin, ya me comprendéis, que al buen entendedor..... y vos sois mujer experimentada y de gobierno.

A todo este largo y enfático discurso sólo contestó Veremunda:

—Señor, descansad, que yo.....

—Sí descanso, y si así no lo hiciera, no me apartaría de mi casa. Que no éntre en ella nadie mientras yo esté ausente: nadie! ois, señora?

—Se hará lo que mandáis..... Y por supuesto que nadie salga tampoco.

—Se entiende!

—Ni aun á misa?

—El domingo..... á las cinco de la mañana.

—Si algo se ofreciese en la calle.....

—No debe ofrecerse nada. A este fin he hecho proveer la casa de todo lo que en ella pueda necesitarse durante una semana, para que no haya entradas ni salidas.

—Salvo algún caso extraordinario.....

—Sólo el de necesitar confesor.

—O médico..... ó sangrador.

—Nada! en casa hemos vivido siempre sin médico, gracias á Dios, y sería gran casualidad que se necesitase en estos ocho días.

—Ya! pero como dice el refrán que "lo que no sucede en un año, sucede en una hora."

—Pero aunque así fuese, por desgracia, habéis de saber que el único médico de Santafé, el Doctor Don Luis Leonardo Pérez de Orosco, vendrá también con nosotros.

—Ya véis, señor, que yo quiero consultar y recibir vuestras órdenes para salvar en todo caso mi responsabilidad.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Don Pedro cortó bruscamente este cómico diálogo, despidiendo á Veremunda, y repitiendo:

—Lo dicho dicho, y tenedlo bien presente.

CAPÍTULO XXVII.

PARTIDA DE CAMPO

Ya alerta, Luis, están tus cazadores
La firme juventud de tus monteros,
Los mozos de trahilla y ojeadores,
Fieles guardas y nobles ballesteros.
....

El perro, pico á viento, inquieto ha dado
Señal que está la res ya levantada,
Y han los fuertes mancebos empujado
Blandamente la caza concertada.
.....

La corneta sonó, é indica el gamo
Que por la ronca el hondo picadero
Cava, la mano abierta; un verde ramo
Da muestras del venado muy ligero.

MORATÍN.

Al día siguiente, sábado, debía madrugar la comitiva para evitar el sol fuerte y gozar del fresco de la mañana, tan agradable en nuestros campos, y así, apenas se había anunciado el día, todos los convidados, cada cual por diverso camino, se dirigieron á la que hoy es plazuela de las Cruces, que era el punto señalado de reunión, pues el Arzobispo deseaba por una parte evitar á sus amigos la molestia de ir hasta el Palacio Arzobispal á sacarle de allí, y por otra que la cabalgata hiciese el menor ruido posible y no llamase la atención pública saliendo estrepitosamente por las principales calles de la ciudad.

A las seis de la mañana estaban ya allí la mayor parte, entre ellos Don Pedro de Urrego, que acordándose de sus tiempos, había montado con más garbo del que era de esperarse, en un famoso cervuno que le había enviado Su Señoría, y despidiéndose, si no con lágrimas, sí con muchos encargos y buenos deseos, de sus hijas que le veían partir con rostro entre risueño y triste, después de haberle pedido la bendición, y suplicándole que se cuidase, picó espuelas al caballo, é inclinándose un poco para pasar por el portón interior, salió á la calle erguido y contento, pues siempre el montar á caballo es un placer aun para los viejos, que

en cierto modo se sienten rejuvenecer; por lo cual sin duda se ha dicho aquello de que no hay hombre cuerdo á caballo.

Hacía algunos momentos que aguardaban en el punto convenido varios de los primeros que habían llegado, distrayéndose en sabrosa plática, y envueltos como por una leve y trasparente gasa que formaba la niebla de la mañana, cuando sintieron el alegre tropel de los pajes y criados del Arzobispo, que con el equipaje venían á buen trote y pasaron por cerca de ellos saludando y anunciando que atrás venía Su Señoría. Llevaban varias petacas de cuero sin curtir, que contenían la ropa, comestibles, vino, loza y demás cosas necesarias en un viaje, y arreaban por delante una media docena de buenas bestias de silla, entre mulas y caballos que, á trote largo, el cuello levantado y las crines flotantes, iban alegres, echando humo por ancas, espinazo y narices, y estornudando á trechos á causa del polvo del camino que levantaban con los cascos.

A retaguardia conducían algunos mozos hasta veinte perros de caza, atados de dos en dos con cuerdas, largos y ahusados y no más gordos que una momia, los cuales, conociendo sin duda el destino con que los llevaban, á manera de presidiarios, se afligían menos que nuestros reclutas, pues que éstos en fuerza de las garantías constitucionales y de la santa libertad y soberanía del yo, lamentan la separación de su casa y de su familia y el atraso consiguiente en sus trabajos agrícolas, mientras que los galgos, no tan patriotas, llenos de esperanza y regocijo, contaban poder desquitarse del perpetuo encierro y forzado ayuno en que los tenían sus amos, á guisa de monjas exclaustradas, y con su inquietud y saltos manifestaban claramente su alegría.

De las petacas y *guchubos* pendían bien sujetos varios jarros de plata, olletas, fuelles y otros utensilios culinarios que podían necesitarse en el camino, sin ocurrir á abrir la ambulante despensa; y en medio de todo esto se veían, presidiendo el grupo y coronando los sobornales, las vihuelas de los arrieros, que, por vía de entreacto, pensaban echar, en ocasión oportuna, algunas seguidillas y tiranas, en aquel tiempo tan comunes entre la población española, pues los indios nunca las aprendieron, y todo lo que acertaron á hacer mucho después de la conquista fué imitar con sus toscos tiples la guitarra española, y con sus desatinados bailes los boleros y fandangos de sus conquistadores, supliendo con las *chuchas* el redoble y compás de las castañuelas.

Una partida de campo, especialmente de hombres solos, se ha considerado en todos tiempos fría y desabrida, si no figura en ella como principal diversión la de perseguir y despedazar inocentes animales, inermes,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

victimas de un mal disimulado instinto y sed de sangre. Si se tratase siempre de tigres y panteras, todavía sería dudosa la justicia de los cazadores en muchos casos : cuanto más tratándose del inofensivo ciervo, que es la paloma de los cuadrúpedos, del tímido conejo, de las cuitadas torcazas y perdices. Con razón decía el sesudo Sancho : " no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, á trueco de un gusto, que parece que no lo había de ser, pues consiste en matar un animal que no ha cometido delito alguno."

Muchos de los señores convidados, llevados de la afición á este no nada inocente pasatiempo, y conociendo la del señor Zapata, se habían puesto de acuerdo para enviar su contingente de galgos y lebreles, juntamente con las cornetas, bocinas y demás instrumentos venatorios, y se proponían hacer su agosto en los páramos de Une y Sumapaz, donde abundaban los ciervos, gacelas y otros animales, á pedir de boca.

Poco se hizo aguardar el buen prelado que, con dos ó tres canónigos, entre ellos el Doctor Espejo, sus familiares y otras personas de su servidumbre, venían á buen paso y en buenas mulas herradas, cubiertos con sus sombreros de anchas alas y sus capotillos. La caballería favorita del señor Zapata era la mula, pues, aunque arrogante jinete, quería sin duda contrariar esta afición de su juventud, y presentarse modestamente en público, como convenía á su carácter y ministerio ; lo que no impedír que, lejos ya de la ciudad, diese un poco más de rienda y ensanche al inocente placer de cabalgar en un buen trotón.

Sin saber quién era, se habría dicho, al verle venir de lejos, que ese hombre había pasado la mitad de su vida á caballo : tal era la gracia y seguridad con que se asentaba en la silla, y la facilidad con que llevaba el cuerpo ; y cualquiera le habría calculado veinte años menos de su edad. Pero todo esto sin amenguar en un ápice la grave dignidad de su porte, y lo respetable de su figura.

Reunidos todos en número hasta de quince personas de á caballo, siguieron la marcha en animada conversación, y separados del prelado para no molestarle con el polvo, y en ocasiones con el lodo que levantaban las patas de las bestias.

La primera estación se hizo en el punto que hoy se llama Yomasa, para tomar un frugal almuerzo, y después de descansar una buena hora, pasar á visitar la *Piedra-ancha* que ha excitado siempre la curiosidad vulgar de los que por aquel camino transitan, como que ese gran bloque de piedra era desde aquel tiempo una de las cosas notabes que hay en los alrededores de Santafé, y cuya presunta historia, ú origen pasan inadvertidos de la casi totalidad de los habitantes, para quienes las ciencias naturales, y especialmente la moderna geología, no son conocidas sino de nombre. Ese canto errático, como dicen los de la profesión, de una forma plana y regular, como una mesa, y de grandes dimensiones, formó probablemente parte en otro tiempo de la extraordinaria barrera de escombros, llamada la *Perdigona*, que se ve al Sur, especie de inmensa nevera que se derrumbó en época muy romota por fuerzas naturales de que no tenemos noticia, y fué arrastrada hasta el punto en que hoy se halla, sugún la opinión de nuestro compatriota el ilustre y sabio General Joaquín Acosta, escombros que no visitaron Humboldt ni Boussingault cuando vinieron á nuestro país á principios del presente siglo.

Algunos de los de la partida tuvieron la humorada de proponer al prelado que el almuerzo se sirviese sobre la misma piedra, donde después han tenido lugar tantos *lunchs*, comidas, y aun bailes, que á todo se presta este salón al descubierto, sin techo ni paredes ; y era que tenían premeditada una sorpresa para los convidados, como en efecto se la dieron. Vamos á referir este lance por la relación directa que él tuvo con Don Pedro de Urrego, y que contribuyó á que éste hallase un pretexto plausible para anticipar su meditado plan de regreso á Santafé.

Abundaba, como se ha dicho, en aquellos contornos la caza de ciervos, y algunos de los cazadores se propusieron levantar uno y hacerlo tomar la dirección del lugar donde estaban los demás convidados almorzando. Levantaron, en efecto, los perros uno hermosísimo que vino á dar directamente á la Piedra-ancha y acosado por los sabuesos, saltó sobre el descuidado grupo. Cuando los de la comitiva oyeron el ladrar de los perros, ya la pieza estaba encima de ellos, con la cola levantada á manera de un blanco penacho. En ese mismo momento la copa de plata en que se servía el exquisito vino, y que iba pasando fraternalmente de mano en mano y de boca en boca, estaba en las de Don Pedro, á quien se la había dado el canónigo Espejo, diciéndole : " tome vuesamerced y pase al vecino, pues ya sabe aquello de *amant alterna Camœnæ*.

Al pronunciar las últimas palabras el canónigo, saltó el venado sobre el mantel, y con la agilidad de un volatín dió otro salto por sobre la cabeza de nuestro mercader, que á la sazón se había quitado el sombrero, y apoyando una de las pezuñas sobre la sien, le hizo una pequeña herida, que pronto se convirtió en un chichón ; y desapareció entre el bosque como una exhalación.

En medio de la sorpresa general y del movimiento que causó el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

inesperado lance, nadie advirtió por lo pronto lo que había sucedido; pero cuando se supo la aventura, y que la sangre de Don Pedro era la primera que se había derramado en esta cacería, fué aquéllo, sin poderlo remediar, motivo de larga risa, aun para los más graves y estirados, incluso el Arzobispo que, no obstante, hizo cuanto pudo para disimular prudentemente.

Dejemos la cabalgata descansando en Yomasa, después de un alegre día pasado sin contratiempo ni fatiga, y regresemos á Santafé con Don Pedro de Urrego que, según lo tenía premeditado, volvió riendas al caballo ya cerca del anochecer, dejando recado al Arzobispo y demás personas de calidad que le acompañaban, con que se excusaba de continuar en su grata compañía, por hallarse un tanto indispuesto, á causa sin duda del cansancio y del calor del sol que había sido ardiente, y más que todo por la contusión de la cabeza que le dolía más de lo que él hubiera querido. Y creyendo estar en Santafé antes de las ocho de la noche, protegido por la luz de la luna llena, metió espuelas al caballo y se vino bebiéndose los vientos.

Pero no contaba el viajero desertor con un contratiempo que había de venir por lo pronto á desbaratar sus planes, cosa tan común en la vida, pues siempre nos fiamos de nuestras propias previsiones y de nuestros cálculos, sin pensar que, como se dice vulgarmente, el hombre pone y Dios dispone. Apenas había andado la mitad del camino, cuando la noche, que ya había cerrado, se hizo tan oscura, á pesar de la próxima salida de la luna, que no se veían las manos y el buen señor no sabía por dónde andaba. Merced á la luz intermitente de algunos relámpagos que iluminaban de vez en cuando el espacio, alcanzaba á distinguir un trecho de camino, que luégo quedaba en más profunda oscuridad. El viento soplaba con fuerza y á lo lejos se oía el rumor de largos truenos que rodaban en la atmósfera, semejante al rugir de un tigre que se oye allá en la apartada selva, y que aun así atemoriza al inerme viajero. Por último, las grandes gotas de agua que comenzaron á caer eran indicio nada equívoco de que el chubasco se acercaba por momentos en alas del viento y que la noche sería tempestuosa.

Seguro como estaba el porfiado chapetón de que pondría por obra sin tropiezo su proyecto y que le llevaría á cabo felizmente, ni aun se había cuidado de llevar abrigos ni defensa para este imprevisto percance, cosa que ni le había ocurrido á la imaginación puesto que el tiempo había estado hermoso y el cielo despejado en los días anteriores. ¿Qué hacer en tal emergencia? O resolverse á arrostrar la lluvia y la borrasca, lo que era una imprudencia, pues estaba lejos de la ciudad, ó buscar asilo en alguna parte para guarecerse. Quiso su buena suerte que á la luz de un relámpago decubriese una humilde casa á la vera del camino, en el punto, ó tal vez la misma, que hoy llamamos la *Venta del placer*, y allí se refugió el malandante caballero, recibiendo franca hospitalidad, pero ya calado del agua que le había caído encima.

Aquí le dejaremos esperando á que escampe el importuno aguacero, que no tenía trazas de amainar en muchas horas, pues los golpes de agua se sucedían unos á otros sin intermisión, y ya ésta corría por el camino como un río, para trasladarnos á Santafé, á ver cómo se encuentran las damas solitarias, y abandonadas por su padre, por quien, no obstante el temorcillo que les inspiraba por su carácter adusto, rogaban sinceramente á Dios le librase de todo peligro y le trajese sano y salvo á su casa y al seno de su familia, que al fin el amor de hijas hacía en ellas su oficio con la ausencia.

CAPÍTULO XXVIII.

LA MULA HERRADA.

D. JUAN—Decidme, qué hace Don Diego
Fuera de casa á estas horas?
Diviértele amor ó juego?
ARCEO.— Juego ó amor le divierte.
D. JUAN.—Todo es uno, á lo que pienso,
Pues amor y juego, en fin,
Son de la fortuna imperios.
Anda de ganancias ahora?
ARCEO.—Yo de pérdida me veo.

CALDERÓN DE LA BARCA.

Hacía algunos días que andaba entre los cándidos y sencillos moradores de Santafé el rumor de una visión ó cosa sobrenatural, que daba lugar á distintas versiones, pero casi todas ellas teñidas con el tinte de lo maravilloso y diabólico á que siempre ha sido naturalmente inclinado el hombre en todos tiempos y en todas partes. Esta conocida y popular tradición, ó sea conseja, que hasta hace pocos años repetían las criadas y nodrizas, y aun las mismas madres, á los niños en las horas en que sus tiernas imaginaciones están más dispuestas á recibir toda cla-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

se de impresiones, es decir, antes de entregarse al sueño, impresiones que deciden muchas veces del carácter y de las ideas de los que más tarde han de ser hombres ; ese vestiglo ó fantasma, decimos, era el de la *mula herrada*, que por aquel tiempo daba pábulo á la conversación de toda la ciudad, como era natural que sucediese con cualquier acontecimiento, por poco importante que fuese, puesto que ni la política, ni las noticias extranjeras, ni las ciencias, ni la alta literatura alimentaban los espíritus de nuestros sencillos y honrados ascendientes, y toda su atención se concentraba exclusivamente en la crónica local.

Que la mula herrada existía en efecto, y que todas ó la mayor parte de las noches, y en altas horas, atravesaba la ciudad de sur á norte, sola y ensillada y haciendo salir chispas de las piedras con las herraduras, era una cosa que no podía revocarse á duda. Varias personas caracterizadas y de entero crédito la habían visto con sus propios ojos, y aun los más despreocupados daban testimonio de la realidad : así el carácter sobrenatural que se le atribuía sólo podía explicarse por las circunstancias especiales de la época. Sin embargo, la mayor parte de los habitantes hablaban por referencias, porque las costumbres de ese tiempo hacían que, salvo algunas excepciones, entre ellas los tunos y vagamundos que andaban á caza de aventuras nocturnas, ó punteando una bandurria debajo de alguna ventana, todos los vecinos se recogían al toque de la queda, y aun muchos se anticipaban á hacerlo al de ánimas, que era á las ocho, y tras del *de profundis*, se quedaban profundamente dormidos. Esa vida era mucha vida para conservar la salud, la robustez y la tranquilidad del ánimo, si bien se pasaba de monótona y desabrida.

El vulgo decía que este endriago era el diablo que venía por cierto Oidor no muy querido del pueblo por su altanería y malos procederes ; otros sospechaban que era el alma del Capitán García Zorro que andaba recogiendo sus pasos, y que, habiendo muerto sin confesión, solicitaba oraciones y sufragios de los fieles, y, en efecto, las personas piadosas rezaban por él un *Pater noster*, cuando las campanas doblaban á las ocho. Los más avisados callaban, temiendo dar una opinión tal vez no muy fundada ; las mujeres se santiguaban al oir hablar de la aparición ; y los únicos poseedores del secreto guardaban silencio para dejar á las gentes en su preocupación, y reirse á costa de los simples. Lo cierto es que esas exageraciones y el aire misterioso con que se referían varias anécdotas, tenían alarmada la ciudad durante la noche.

Había quien, echándola de jaque y arrojado, aseguraba haber seguido á la mula para ver á dónde iba, y que aun le había salido al encuentro para detenerla y preguntarle "de parte de Dios quién era y qué se le ofrecía," como se practicaba en esos felices tiempos con las fantasmas y apariciones; pero que la mula corría cuando la seguían y cruzaba por las callejuelas de las Nieves, ó bien, enfurecida, contestaba alzando las ancas y dando furibundas coces, sin permitir que se le acercasen.

Otros juraban que tenía dos cuernecillos en la frente á manera de los de las cabras, y los ojos de fuego, por lo cual las viejas creían como indudable que era un emisario del diablo, ó el diablo mismo. De manera que, si no era ésta una mula endiablada, era por lo menos un diablo enmulado, como decía el poeta Quevedo, aplicando este retruécano á una suegra.

Lo cierto es que la población estaba intranquila, y el mismo miedo que le tenían las gentes al vestiglo, hacía que se encerrasen herméticamente desde las ocho de la noche. ¡Triste época fué aquella para los niños, fluctuantes entre la curiosidad y el temor, y para quienes la fatídica mula era asunto ordinario de horribles pesadillas durante el sueño !

Pero si la mula era de carne y hueso y realmente existía, qué significaban esos misteriosos paseos nocturnos y periódicos de un animal sin dueño conocido, libre, soberano é independiente de toda dominación extraña ? Vamos á dar la explicación que tenemos por más racional y verosímil en el asunto, y tan necesaria como que ella está íntimamente relacionada con las aventuras que venimos refiriendo, y forman parte esencial de esta famosa y verídica historia.

Hemos dicho que Don Alvaro Sánchez, como todos los mozos de su clase en aquella época, era inclinadillo al juego, aunque nunca se supo que llegase á ser en él un vicio desastroso, ni que hubiese llegado al extremo de arruinarse ó arruinar á otros, aventurando en las cartas ó en los dados su propia fortuna ó la de algún mísero padre de familia. En una capital de tan pocas distracciones y pasatiempos, de tan escasa sociedad, él, joven venido de la corte de Madrid, donde llevaba una vida alegre y disipada, no era mucho que buscase en los ratos que se dan al ocio, un entretenimiento, tal vez no el mejor, pero tampoco el más reprensible, si se atiende á la parsimonia con que ordinariamente lo hacía, y á las personas con quienes se acompañaba. Además, los juegos de suerte y azar, prohibidos por las leyes, eran severamente perseguidos, y cuando había algún denuncio de casa en que se permitían clandestinamente, al momento la justicia, que hacía las veces de la moderna policía, le ponía la mano, con escándalo de la libertad y de la *autonomía*, fruta enteramen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

te desconocida por entonces, hasta en el lenguaje; así era que, aunque no faltaban casos, y casas, en que se eludía la ley, que siempre ha habido y habrá jugadores en el mundo, esto se hacía tan ocultamente y con tantas precauciones, que nada podía trascenderse.

Don Alvaro solía asistir algunas noches á una de esas casas situada en una calle excusada y solitaria del barrio de las Nieves, que era punto de reunión de varias personas, entre ellas algunas notables por su posición y por su clase, y allí pasaban el rato conversando, jugando, ó viendo jugar, y después de media noche se retiraba á su casa, dejando á los demás entretenidos en este pasatiempo, y lo hacía siempre solo, huyendo de las compañías por no llamar la atención y hacer entrar en sospechas á algún curioso.

Las noches que solía asistir Don Alvaro montaba después de anochecer en una mulita parda que tenía, y paso á paso atravesaba casi toda la ciudad, teniendo cuidado de cambiar siempre de rumbo, y después de dar varias vueltas, cuando la noche cerraba por entero, y las calles quedaban desiertas, se dirigía á la casa consabida, que era la de un amigo de Don Juan de Guevara á donde éste concurría también.

Y, lo que era mejor que todo, allí solían cenar, que la incógnita señora de la casa, si la había, se pintaba sola para escabechar un pescado, hacer unas chuletas, asar una gallina, ó preparar una ensalada, y otros primores y habilidades de cocina muy sustanciosas y gratas al paladar, hasta donde el arte llegaba en aquel entonces; con lo cual y con un buen frasco de exquisito vino se refocilaban á sus anchas los actores y espectadores, y aun los *tapados* que de curiosos y aficionados solían introducirse furtivamente, merced á la protección y benevolencia del dueño de casa, que los conocía muy bien.

Otras noches, y por vía de intermedio, las pasaba Don Alvaro en casa de otros personajes de calidad que solían recibir tertulia ó visitas en las primeras horas de la noche, ordinariamente hasta las nueve, ó por una circunstancia extraordinaria hasta las diez; pero jamás sarao alguno, por ruidoso que fuese, pasaba de la media noche, ni aun en los tiempos consagrados á la diversión general, como eran los de Navidad y Carnaval, si se exceptúa la *Noche-buena* en que era lícito prolongar indefinidamente la velada para asistir á la misa *del gallo* y á la de *aurora*.

En el tiempo de *Carnestolendas* nuestros antepasados, y aun nuestros inmediatos abuelos, salían de su apatía ordinaria y echando la flema á un lado se disfrazaban, recorrían en partidas las calles con mú-

sicas, y los bandos opuestos libraban batallas galanas, tirando á las ventanas y balcones, y viceversa, huevos rellenos de harina ó de flores y aguas aromáticas, y, haciéndose familiares con todo el mundo, se untaban de lodo ó se tiznaban. Pero en llegando la noche se restablecía la tranquilidad, se hacía un armisticio hasta el día siguiente, y á las nueve estaban todos los enmascarados de ambos sexos, con las caras tiznadas, santiguándose entre sus camas, encomendándose á Dios y dándole gracias por los beneficios del día y por haberlos librado de no pocos peligros.

Muy otras son las costumbres modernas; cuando los bailes de hoy son tan agitados, tan fatigosos y tan en armonía con el carácter del siglo en que todo es electricidad y vapor, el buen tono, este déspota, digno esposo de la moda, exige que el día se vuelva noche y la noche día, y que el campo no se abandone hasta que las luces artificiales de los salones se eclipsen por la luz del sol que se entra por las puertas y ventanas.

Las damas de aquellos siglos para lucir sus lindos piesecillos y el garbo y elegancia de sus talles en los boleros, minuetos, chaconas y folías, no habían menester más de dos ó tres horas, y eso alternando los bailes con la honesta conversación. Hoy para brincar sin descanso, para atropellarse y estrujarse mutuamente, no les bastan las seis ni las ocho horas en que están en continuo movimiento.

Volviendo á nuestro interrumpido cuento, sucedió que una tarde que el criado de Don Alvaro sacaba la mula á darle de beber en el río de San Agustín, confiado en la mansedumbre y formalidad experimentadas del animal, soltó el cabestro y se entró á una tienda á donde le invitó un amigo á echar un trago. Distrájose allí algo más de lo necesario, y la mula, antojada ó fastidiada de aguardar, aprovechó la ocasión y se marchó sola á dar un paseo; y á trote largo se encaminó por donde lo tenía de costumbre, es decir, por donde la llevaba su dueño, y fué á dar directamente á la casa que éste frecuentaba: tal es la fuerza del instinto y del hábito en los animales, aun en los que parecen y son más calumniados de estúpidos como el asno.

No pareció por lo pronto la mula, y Don Alvaro, que no era hombre á quien se le diese un ardite por la pérdida de una mula, se fué esa noche á pie; ¡pero cuál fué su sorpresa cuando al llegar á la casa encontró que su compañera se le había anticipado á la visita acostumbrada, y que estaba muy tranquila en el patio comiéndose un buen pienso de hierba que el dueño de la casa le había echado! En efecto, al entrar éste la halló en el zaguán, y conociéndola la condujo al interior, sin sospechar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lo que pudiera ser. A la exclamación de sorpresa de su dueño respondió el fiel animal con otra que, ni era relincho ni rebuzno, como quien dice: aquí estamos todos.

Sin comprender una palabra de este asunto, reía Don Alvaro de la chistosa aventura sobando el anca y pescuezo de su talentosa mulita, y supo sacar de ella partido. Cuando fué hora de despedirse diéronle silla, freno y demás cosas necesarias y regresó, como siempre, caballero en su mulita.

Ocurrióle en el camino una idea, y fué que, puesto que la mula sabía de memoria el de la casa, podía muy bien en lo sucesivo irse á pie y regresar á caballo, con lo cual consultaba un doble objeto: hacerse menos notable, y poder visitar á prima noche á ciertos amigos que por allí cerca vivían, sin necesidad de molestarlos entrando á caballo. En efecto, refiriendo aquella misma noche á su criado la habilidad de la mula, le dijo que en adelante saldría de su casa á pie para ir á la reunión consabida, y que él tuviese cuidado de ensillar la mula y hacia media noche ponerla en la puerta de la calle, que lo demás lo haría ella misma.

—Señor, dijo el criado, yo mismo iré á llevarla.

—No, amigo, contestó Don Alvaro, no es menester que estéis en vela hasta la una de la mañana, ni sería bien qne atravesáseis la ciudad á media noche y á pie. Dormid cuanto quisiéreis y cuidad de la casa.

—Y si se extravía la mula?

—No se extraviará, que en teniendo seguro el pienso, no haya miedo que yerre el camino, ó que se deje tocar de alguno.

Y tan bien le salió el plan, que las noches que iba á la casa, se aparecía la mula sola á media noche, y al sentirla en el zaguán salía él mismo á recibirla, y á ofrecerle el pienso acostumbrado, que era el cebo y reclamo que la llevaba allí contenta y á trote largo.

La ciudad estaba completamente solitaria á aquella hora, y como la paz y la quietud de que á la sazón se gozaba, inspiraban completa confianza, y la incipiente civilización del país no traía aparejados los desórdenes y excesos que son el resultado y funesto patrimonio de la ya muy avanzada, no había robos, ni homicidios, ni atropellos, ni desaguisado alguno de los que fueron tan comunes en épocas anteriores, y no eran menester rondas permanentes, ni serenos, ni otros funcionarios encargados de velar por la seguridad pública y particular. Todo lo que por precaución había era un retén en el cuartel de la guarnición, un alabardero de facción en el palacio, y los alguaciles que dormían en la casa del Cabildo para dar ó recibir cualquier aviso que fuese menester.

CAPÍTULO XXIX

CURIOSIDAD SATISFECHA.

Es crédito común que dentro habita
De ese horrible animal, y valga el cuento
El alma de Merlín, á quien prescrita
Cárcel fabrica eterno encantamiento.

QUEVEDO.

La noticia ó rumor general de la *mula herrada* había penetrado en todas las casas de la ciudad, sin excepción, y por consiguiente la familia de Urrego estaba ya orientada de ella, merced á las dos criadas que forzosamente tenían que entrar y salir y estar en comunicación con los de fuera, ya en las tiendas, ya en la fuente á donde iban á cojer agua, ya en el mercado; puntos todos que son una especie de Bolsa donde los criados cotizan muchas cosas, y dan y reciben noticias. Tanto á las dos damas como á la dueña les picaba la curiosidad, no solo de saber lo cierto, sino también de ver con sus propios ojos aquella aparición maravillosa. Pero se habrían guardado muy bien de hacer la menor indicación sobre ello á su padre, y así cuando el partió con el Arzobispo se alegraron de hallarse solas, pues se les presentaba la ocasión de poder satisfacer su curiosidad, si la suerte quería que la mula pasase por enfrente de su casa, por donde se decía que se la veía venir en dirección á la plaza.

No desperdiciaron la favorable coyuntura que se les venía á las manos, y acordaron por unanimidad con la dueña que aquella misma noche estarían en vela hasta la hora en que suponían que pasaría la gran mula negra, de siete piés de alto, de ojos de fuego, y cuernecillos de cabra (que en realidad era parda, de cinco piés de altura y sin más adorno en la frente que la escasa crineja ó mechón que perdonaba la tijera del criado de Don Alvaro). Rezaron aquella noche más tarde de lo ordinario y la cena se retardó también hasta casi las diez, después de lo cual conversaron una buena pieza, y luego pasaron á la sala, y sentándose cerca de una las ventanas comenzaron á hacer comentarios sobre el consabido *espanto*, sobre el paseo del Arzobispo, sobre los recientes sucesos de la casa, que aun las tenían impresionadas, y sobre otros varios temas. Trajo la dueña á cuento el favorito de los duendes y aparecidos, con la sal y pimienta de mil patrañas de que decía haber sido testigo, ó que sus padres le habían referido.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Ah! decía con tono misterioso, si estuviera viva aquella famosa bruja y hechicera Juana García que alcancé yo á conocer, siendo todavía niña! ¡Ella habría podido decir qué cosa es esta alimaña y qué busca por esas calles de Dios.

—¿Y quién era esa bruja? preguntó Irene.

—Ya os lo he dicho otras veces: la misma que fijó los carteles en las paredes del Cabildo, anunciando que la nao en que navegaban los oidores Góngora y Galarza para España se había perdido la noche anterior, á las once, con todos los que en ella iban, por allá cerca de unas islas llamadas Barbudas ó Bermudas, no recuerdo bien.

—¿Y cómo se supo que había sido ella la de los carteles? preguntó Constanza.

—Porque ella misma lo confesó ante el señor Arzobispo Barrios después que fue públicamente excomulgada por sus hechicerías.

—Y fue cierta la pérdida de los oidores?

—Allá iba yo. Unos se reían de la noticia, otros no hacían caso de ella, algunos se alarmaron, y creyendo que podía ser cierta, rezaron por los difuntos oidores; y no faltó quien, más curioso, apuntase la fecha, ó copiase el cartel antes de que lo arrancasen para llevarlo á la autoridad. ¡Y cuál sería la admiración de los incrédulos cuando á la llegada del correo de España, que venía cada seis meses, se confirmó la noticia con todas sus circunstancias de fecha, lugar y demás que había anunciado el cartel! La Juana García hizo otras muchas de éstas, pues era fama que tenía pacto con el malo! Dios nos asista! Aquí se santiguaron todas tres, estrechándose unas contra otras.

—He oido hablar del *correo de las brujas*, dijo Constanza; qué significa eso?

—Desde aquellos acontecimientos es una cosa sabida en Santafé, y se ha confirmado tántas veces eso de que hay un correo misterioso que trae las noticias en un abrir y cerrar de ojos, y como por el aire, que no se puede dejar de darle crédito.

—Virgen santa! exclamaron las dos hermanas sobresaltadas.

—No lo dudéis, hijas mías, hay y existe realmente el correo de las brujas, y en Dios y en mi ánima que no pocas veces he sido testigo de cosas.....

—Pero decidnos, buena Veremunda, ¿vísteis vos la excomunión de la hechicera Juana García?

—Vaya si la ví! como que esto fué por allá el año de gracia de 53 en que yo era una muchacha de menos años que vosotras. Me acuerdo como si lo estuviera viendo, pues mi madre me llevó á presenciar aquella ceremonia que muy rara vez se presenta. Era en la iglesia de Santo Domingo y se veía en el centro de ella un tablado cubierto con paños negros y en sus cuatro ángulos cirios verdes. En el presbiterio, á mano derecha, había una mesa cubierta con una carpeta morada, encima de ella un cojín y detrás un gran sillón, todo del mismo color y sin adorno alguno; y al lado opuesto otra mesa donde había un crucifijo entre dos cirios verdes.

A la hora de la misa mayor desfiló pausadamente la comunidad de dominicanos con sus hábitos blancos, como una manada de palomas, calada la capilla y con los brazos cruzados dentro de las anchas mangas. Cerraban la marcha los prelados del convento que habían salido á recibir al Arzobispo con su comitiva, y todos ocuparon sus respectivos puestos, lo mismo que las autoridades, algunos Capitanes y otras personas notables. Después de algunos momentos de expectativa, se oyó un rumor sordo, y todas las miradas se dirigieron hácia el lado por donde los familiares de la Santa Hermandad conducían á una mujer de aspecto de más de cincuenta años, pero que se conocía que había sido muy hermosa. Traía puesto el sambenito ó grande escapulario, y una coroza en la cabeza, y mientras se ofició la misa la hicieron ponerse de rodillas sobre el tablado, teniendo un cirio verde en la mano.

Terminada la misa, los prelados y la comunidad entonaron algunos salmos penitenciales, y la hechicera, conducida á los piés del Arzobispo, recibió de su mano sobre las espaldas, con un haz de varas de rosa tantos golpes cuantos versículos se cantaban.

—Pobre mujer! exclamó Constanza sobrecogida de terror, qué dolor la harían sufrir las espinas.

—No tal, dijo Veremunda; lo mismo decía yo á mi madre, compadecida de aquella infeliz; pero ella me dijo que las varas se limpiaban, quitándoles todas las espinas. Además, como aquella era una mera ceremonia y no un castigo doloroso, los golpes eran tan suaves que habría podido sufrirlos un niño.

—Se me figura, agregó Irene, una cosa semejante á la bofetada que dan los Obispos en el carrillo á los niños que confirman, y que más parece una demostración de cariño.

—Algunos de los concurrentes, continuó la dueña, rezaban, otros lloraban, y todos miraban con curiosidad; y cuando el prelado pronunció en alta voz (y aquí la dueña enhuecó la suya con énfasis) aquellas solemnes palabras: *¡vade retro, Satanæ!* todos se estremecieron y repitieron el conjuro.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Estremeciéronse también las dos jóvenes, que no era para menos aquella relación y á tales horas, en el silencio y oscuridad de la noche, y cuando el viento movía y hacía traquear de cuando en cuando la celosía de la ventana. Asi que, á pesar de la curiosidad, suplicaron á Veremunda que la suspendiese y que se asomase para ver si aparecía por ahí la mula herrada. Acercóse, en efecto, á la ventana y miró á uno y otro lado, pero nada vió, y volviendo á sentarse en la tarima donde estaba continuó su relación, sin darse por entendida del miedo de las dos hermanas ni de la súplica que le habían hecho.

—Las lágrimas y sollozos en que prorrumpió la penitenciada, se confundían con el murmullo del curioso concurso, y hacían que se disminuyese el horror con que éste la miraba, para dar lugar á la conmiseración.

Terminado al acto, que se prolongó por más de dos horas, por las varias ceremonias que ahora no recuerdo, y durante el cual las campanas de la Catedral y de las demás iglesias tocaban plegaria, llevaron de nuevo á la acusada á la prisión en que estaba, y pocos días después la echaron fuera del Reino, donde había dado más de un escándalo.

—¿Y no había más motivo para ese castigo, interrumpió Irene, que los carteles fijados anunciando el naufragio de los oidores.?

—Ya os he dicho, querida hija, que era una mala mujer. Se la tenía hacía bastante tiempo en opinión de bruja, hechicera y nigromántica por mil casos repetidos y notorios; así fué que lo del cartel, como ya dije, lo denunció ella por su voluntad al prelado, después que había sufrido el castigo de la excomunión pública, así, como también otros muchos hechos maravillosos de que había sido autora.

Por fortuna, de todo se arrepintió y pidió perdón, ofreciendo dejar para siempre este mal oficio. Ya os contaré yo otros de esos casos en mejor ocasión cuando estéis menos asustadizas que esta noche, porque en verdad os aseguro que ponen espanto. Cuando vuestro padre.....

En esto comenzó á dar pausadamente las doce el perezoso y ronco reloj de madera que estaba en la pieza inmediata, uno de los muy pocos que había entonces en Santafé, y al rechinar de las ruedas y á la primera hueca campanada, dieron un salto las damas y se estrecharon más una contra otra. Cortó sobresaltada la conversación Veremunda y por un movimiento involuntario se acercó de nuevo á la ventana, cuyas puertas estaban medio entornadas, comenzó á mirar con precaución á la calle, y no hacía dos minutos que estaba acechando, cuando lanzó un grito agudo, y exclamó, procurando bajar la voz, y toda trémula.

—Ahí viene!!..... Sí,..... allá veo un bulto que se acerca... como de un animal..... No hay duda!..... es la mula!..... Santo Dios! Mirad, mirad..... ya llega.....

Las dos hermanas corrieron temblando á la ventana, y en efecto, oyeron distintamente el ruido de las herraduras de una bestia que venía del lado de San Agustín. No estaba la noche enteramente clara, á pesar de ser plenilunio, según se ha dicho, pues después del grande aguacero que había durado más de tres horas, el cielo había quedado cubierto de nubarrones; pero tampoco estaba tan oscura que á la indecisa luz que había no se distinguiese perfectamente un objeto cualquiera en la calle. Vieron, pues, muy bien una mula ensillada que pasaba á trote por el lado opuesto de la calle, y cuyas cuatro herraduras, como otros tantos eslabones de acero, sacaban chispas al chocar con el angosto empedrado que corría de un lado y otro, pues el centro de la calle no lo estaba.

Petrificadas, sin aliento, pudiendo apenas respirar para lanzar un triple grito, parecía que la sangre se les había helado en las venas. Todo su cuerpo temblaba como el de un paralítico, y era tal el miedo, el terror que dominaba á las tres curiosas mujeres, que cayeron en brazos unas de otras apretándose fuertemente, y sin atreverse á abrir los labios, ni aun á respirar.

Hubieran querido retirarse de allí; pero el mismo susto las detenía, y creían ver fantasmas por todas partes. Por fin Veremunda se arrodilló, y santiguándose una y más veces, comenzó á rezar varias oraciones y lo mismo hicieron sus compañeras.

Repuestas ya algún tanto, propuso Irene que se quedasen allí rezando el rosario, tal vez con la esperanza (que la curiosidad de la mujer jamás se satisface, y antes busca y solicita aquello mismo que repugna y rechaza) de ver si la mula volvía por el mismo camino, y cerciorarse de que no se habían engañado, y que no era aquella una ilusión de su fantasía.

Así lo hicieron, hincándose al pie de la imagen de la Virgen, pero sin separarse una de otra ni el espacio de un palmo, tal era el terror de que se hallaban poseídas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPÍTULO XXX.

¡SI NO VIERAN LAS MUJERES!

Guarte, guarte, caballero!
No fíes en tu fortuna,
Que Don Alvaro de Luna
También fué arrogante y fiero;
Mas se burló de él la suerte,
Que el que de ella se burlaba
Cuando más seguro estaba
Encontró segura muerte.
Guarte, caballero, guarte,
No te andes tan descuidado,
Que no faltará un osado
Que la muerte quiera darte.

CANCIÓN ANTIGUA.

"¡Si no vieran las mujeres!" dijo y puso por título á una de sus bellas comedias aquel "monstruo de naturaleza y fénix de los ingenios" como le llama Cervántes. Y con esto dijo mucho Lope de Vega para manifestar las funestas consecuencias que apareja casi siempre la indiscreta curiosidad de las mujeres. Más por el oido que por la vista pudiera hacerse la exclamación: si no oyeran las mujeres! Dígalo nuestra abuelita Eva, curiosa entre las curiosas, y la primera entre todas las curiosas; pero á nuestro propósito basta lamentar que sus nietas, hasta la centésima generación, la hayan heredado la buena cualidad, y hayan sido tan amigas de ver lo que no les importa. Sin embargo, ¡qué desgraciados seríamos los nietos si las nietecitas no viesen, es decir, si no tuviesen ojos ó fuesen ciegas!! Qué oscuridad tenebrosa en nuestras almas! qué hielo glacial en nuestros corazones! Los habitantes de Urano serían más felices que nosotros..... ¡Y si no oyesen..... Vaya! volvamos la hoja.

Llegó la mula al lugar acostumbrado, con una fidelidad y exactitud dignos de aquellos tiempos y de aquellas mulas, y apenas tuvo el necesario para cenar pues á poco montó Don Alvaro y salió de la casa muy despacio, como quien no tenía prisa de acostarse, ni le urgía mucho el sueño, y siguió vía recta por toda la calle real de las Nieves, buscando la parte no empedrada para no hacer ruido, y atravesó la plazuela de San Francisco, la calle Real, la plaza y la primera calle de la Carrera. De camino recordó que cuando se dirigía esa noche á pie al lugar consabido, había oido que cantaban dentro de una casa, acompañándose con la vihuela, y que, picado de la curiosidad, por parecerle agradables las voces, se acercó á la ventana, y estuvo allí un bu n rato escuchando con cierto placer mezclado de una sensación indefinible de sobresalto, cosa que él mismo extrañaba, siendo, como era, impávido y animoso. Las voces entonaban aquella antigua canción que ha servido para encabezar este capítulo, y al pasar por la misma calle le vinieron á la memoria la letra y la tonada, y comenzó á repetir á *mezza voce* y en falsete:

Guarte, caballero, guarte,
No te andes tan descuidado,
Que no faltará un osado
Que la muerte quiera darte.

Le molestaba, sin saber porqué, aquel prurito involuntario de repetir la cantinela, y procuraba alejarlo y distraerlo, pero maquinalmente volvía á su cantar:

Guarte, guarte, caballero,
No fíes en tu fortuna,
Que Don Alvaro de Luna.....

"¡Don Alvaro!"..... repetía sorprendido; no trocara yo mi suerte por la de mi desventurado tocayo."

Apenas haría media hora que las hijas de Urrego habían visto pasar la mula que ellas tenían por un vestiglo, cuando, llamadas de nuevo por Veremunda, acudieron á la ventana y vieron venir á lo lejos un hombre á caballo, que andaba á paso corto, ó, como se dice entre la gente culta y galana, á paso de caballero. La noche, como se ha dicho, estaba entre clara y turbia y espesas nubes ocultaban el disco de la luna á largos intervalos, de manera que no era fácil reconocer en el primer momento á una persona. No temiendo nuestras curiosas (que no tenían idea de lo que era el fabuloso Centauro) que aquella fuese una fantasma, ni que formase una sola pieza con su mula, como lo creían los indígenas de los españoles conquistadores, no se turbaron tanto que se retirasen á rezar ó siquiera se santiguasen, y así se quedaron allí.

Al mismo tiempo venían del lado de San Agustín dos bultos, ó sean dos personas á pie, una de las cuales llevaba en la mano un farol en cuyo centro se distinguía un corazón rojo. Esta especie de buho sin alas no era desconocido para ninguna de las personas que figuran en esta escena nocturna; pero sí les sorprendía verle á aquella hora por las calles. Era un hombre á quien el pueblo llamaba el *Pecado mortal*, personaje que ha

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

conocido también la generación que hoy está concluyendo, pues hasta hace cuarenta años se veía aún al que ejerciá este oficio andar por la ciudad en las primeras horas de la noche.

No será por demás que recordemos que había antiguamente una hermandad ó cofradía que tenía por objeto ofrecer oraciones y sufragios por los que estaban en pecado mortal, y todas las noches salía un emisario con la linterna que hemos descrito y una campana, y atravesando diferentes calles, dirigía á los vecinos este memento : "un padre nuestro por los que están en pecado mortal!" con lo cual las gentes, no solo rezaban por caridad el padre nuestro, que quizá lo necesitaba más el que rezaba que otro cualquiera, sino que solían salir á la puerta y daban una pequeña limosna, que venía á aumentar los fondos de la hermandad para misas y otras buenas obras.

Este hombre embozado en su larga capa, con el ancho sombrero calado hasta las cejas, su farol y campana, y la voz de bajo profundo con que apostrofaba á las gentes, tenía cierto aspecto medroso, realzado por el silencio y la oscuridad de la noche, y los chicos no dejaban de asustarse cuando oían á lo lejos la campana, y se decían unos á otros : "ahí viene el *Pecado mortal*!"

Quiso la suerte que Don Alvaro y los dos personajes de que hemos hablado, que venían del mismo lado de la calle, se encontrasen precisamente enfrente de las ventanas de la casa de Don Pedro y, reconociendo el primero al del farol, detuvo su mula y le dijo :

—Hola ! amigo, qué hacéis por aquí ? Estas no son horas de andar por la calle, pues siempre os retiráis á la de queda.

—Así es la verdad, contestó el *Pecado mortal*, que también se detuvo con su compañero, en quien reconoció Don Alvaro un religioso franciscano ; pero esta noche ha ocurrido algo que me ha obligado á retardarme. Me llamaron de una tienda donde habia un moribundo y me rogaron que hiciese la caridrd de ir á buscar un sarcedote para que lo confesase. Lo hice, en efecto, porque mi oficio nocturno es contribuir á quc mis hermanos salgan del estado de pecado mortal ; y en esto y en aguardar á que escampase la lluvia, y en quedarme con el enfermo y regresar con este buen padre para acompañarle hasta á su convento, se me ha pasado la noche.

—Muy bien ! estais absuelto, que al fin éste no es más que un pecapo venial, le contestó Don Alvaro en tono festivo ; pero en penitencia os impongo que me deis vuestra luz para encender un cigarro, y así Dios haga las paces con vos.

—Mande vuesamerced cuanto guste, dijo el encapotado abriendo la puertecilla de la linterna y alargándosela á Don Alvaro; poca es la penitencia y muy de mi gusto para que no la cumpla al momento.

Esta circunstancia habría sido muy favorable para que las curiosas damas reconociesen al principal interlocutor; pero al encender el cigarro Don Alvaro, volvió la cara del lado opuesto, y al devolver la linterna, una ráfaga de viento apagó la luz.

—Un padre nuestro y alguna limosnilla por los que están en pecado mortal, agregó nuestro hombre.

—Tomad, dijo Don Alvaro, sacando una moneda y poniéndosela en la mano; por sí ó por nó, os la doy por mí, y por vos.

—Si así fuere, Dios os perdone, y de todos modos os pague la caridad.

Y diciendo esto, se despidieron y cada cuál siguió su camino.

Durante la última parte de este diálogo habían visto las damas aparecer por el río de San Agustín un hombre á caballo que venía á buen paso y que, á proporción que se acercaba, apuraba más y más. Al pronunciar Don Alvaro las últimas palabras y despedirse los de á pie, llegó el nuevo desconocido y deteniéndose junto á aquél, dijo con voz fuerte pero turbada:

—Caballero, si lo sois!... haced el favor de decir qué queréis por aquí y con quién estoy hablando.

—Qué os importa ni lo uno ni lo otro ! contestó con tono firme Don Alvaro.

—Me importa que quiero saber quién es el que ronda mi casa á estas horas.

Don Alvaro, Don Pedro y las hijas de éste, como heridos por un rayo, se reconocieron unos á otros instantáneamente, y al mismo tiempo que los dos caballeros se apostrofaban diciendo:

—Don Alvaro Sánchez ! ! !

—Don Pedro de Urrego ! ! !

las tres mujeres lanzaron un grito penetrante y cayeron como desplomadas de la ventana, más muertas que vivas.

No es posible describir la profunda sensación de susto, de dolor, de rabia, de sorpresa, de admiración que experimentó cada uno de ellos por diverso motivo y por distinto camino. El triple grito que salió de la ventana en frente de la cual estaba Sánchez, y una especie de agonía sufocada, dieron á entender que las mujeres que allí estaban habían perdido el sentido, como, en efecto, lo perdieron las dos hermanas al recono-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cer á los dos caballeros, no pudiendo resistir á tan inesperado como funesto lance, en que se complicaban tántas y tan variadas impresiones á un mismo tiempo. Y ese grito fué el que puso el colmo á la indignación y al furor del celoso padre.

Las apariencias engañan casi siempre, sobre todo á aquellos á quienes ciega la temible pasión de los celos; pero esa noche se reunieron todas las que podían reunirse para confundir á los actores de este drama y para volver los cascos aun al hombre más flemático y sesudo. ¡Qué cúmulo tan extraordinario de coincidencias! ¡Qué rigor de la suerte conjurada contra personas las más inocentes, las más ajenas de culpa en esta desgraciada peripecia! ¡Qué situación tan extraña, tan desesperante! ¡Cuán caros costaron, á Costanza su pueril curiosidad y á Don Alvaro los tiernos suspiros que involuntariamente envió al objeto de su amor, al considerar que en aquel momento fatal sólo le separaba de él un delgado muro!

Habíamos dejado á Don Pedro en la casa donde se detuvo esa misma noche durante el fuerte aguacero. Apenas había pasado éste, cuando se puso de nuevo en camino con no poco peligro de dar una caída, si bien la escasa luz de una esquiva y triste luna que penetraba por entre un denso velo de nubes, le permitía distinguir muy bien la senda, y llegó á la ciudad poco después de media noche, y no como quiera, sino poseído de un humor negro y casi insufrible.

Todo fue divisar al desconocido que estaba parado en la calle, hablando misteriosamente con personas sospechosas que habían apagado la luz de un farol y separádose con cautela al verle venir; todo fue reconocer á Don Alvaro, y oír en el mismo instante el grito de alguna persona que estaba en la ventana, y formar de todo esto un monte de conjeturas, una prueba irrefragable, una convicción íntima de que su hija y aquel malaventurado seductor le deshonraban.

Después de las primeras palabras cruzadas con Don Alvaro, el desgraciado anciano, en el exceso de su cólera, tira de la espada (que en aquel tiempo no se abandonaba jamás esta arma y formaba parte indispensable del vestido), y le dice con tono airado:

—Desventurado! no merecéis entrar en buena lid con un viejo á quien traicionáis, estando ausente, y cuyas canas pretendéis deshonrar; pero defendéos! que uno de los dos ha de lavar con su sangre aquí esta afrenta!

—Dad tregua á vuestra cólera, le decía Don Alvaro, y mirad que en nada os he ofendido.

—Con que, no sólo sois villano y mal caballero, sino también cobarde!

—No soy, vive Dios, ni lo uno ni lo otro, pero sosegáos y oídme!

—Nada tengo que oír: bastante he oído y he visto, por mi desgracia. Defendéos, os digo!...

—Ved, Don Pedro, que yo voy pacífico, camino de mi casa y nada tengo qué ver con vos. De qué me acusáis? Acaso una infundada sospecha..... una rara casualidad.....

—Casualidad!..... Sospecha!..... y os hallo á media noche al pie de mi ventana..... en inteligencia con mi hija, y en mi ausencia!..... Defendéos! si no queréis que os atraviese el corazón!.....

—No me defenderé, que no tengo motivo para aceptar vuestro reto. ¿En qué os he ofendido? Ved que os engañáis... ..

Don Pedro, enfurecido, ciego, sin oír razones, acometió á Don Alvaro, quien, tan impávido como prudente, se desmontó de su mula, y dijo:

—Quiero daros toda la ventaja, y ved que no os ataco: no hago más que defenderme.

—No será! replicó el anciano, que de igual á igual quiero medirme con vos y haceros pagar bien cara vuestra villanía, ó morir en la demanda; y se desmontó también con presteza.

—Heridme, si os atrevéis, agregó Don Alvaro, parando los golpes de su contrario..... matadme..... pero sabed que seréis un asesino alevoso!

Arremetió Don Pedro, acosando al joven, que, diestro en el manejo de las armas, detenía hasta donde la oscuridad lo permitía el brazo del airado mercader. Pero á pesar de su destreza, no podía sostener por largo tiempo tan desigual combate, en que, sin atacar, por respeto á las canas del viejo y por el amor de Constanza, alguna vez había de faltarle el ánimo y la certeza necesaria para desviar los golpes repetidos. Retrocediendo siempre hacia la pared, y al tirar un mandoble para desarmar á su contrario, quiso su mala fortuna que diese un paso falso, que por poco le hace venir á tierra, y Don Pedro, ciego de furor, en ese momento en que no pudo parar el golpe, le dio una estocada, y resbalando su espada por la de Don Alvaro, vino á atravesarle por el costado derecho.....

—Me habéis muerto!! exclamó el desgraciado joven..... Vengado estáis de una ofensa imaginaria..... Sabed que muero inocente..... Dios os perdone, como yo os perdono!.....

—Sí! Vengado estoy!..... vos lo habéis querido..... Pero aun no es completa mi venganza!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Vedme herido y desarmado..... Os entrego mi vida..... pero antes devolvedme mi honra !.....

Y diciendo esto, con las manos puestas sobre la herida, cayó al suelo.

Dirigióse Don Pedro á la puerta de su casa, adonde llamó á golpes redoblados, con ánimo de que se prestasen al herido los socorros necesarios. Pero el *Pecado mortal* que, á las primeras voces de los combatientes, se había ocultado con su compañero en el umbral de una puerta, cuando vio lo que pasaba, y que había caído uno de los dos, salió dando voces:

—Favor ! Socorro ! Favor ! que matan á un hombre !

Y se dirigió hacia la plaza á dar parte á la autoridad, mientras que el religioso que le acompañaba se volvió al lugar del combate, por si acaso era allí necesaria su presencia y el ejercicio de su ministerio. Ya algunos vecinos, al ruido de las voces y de las armas, habían entreabierto puertas y ventanas y miraban cautelosos; así fue que á los gritos del otro salieron varias personas, unas á levantar al herido y otras á aprehender al matador, que entonces todo el mundo se hacía un deber de prestar mano fuerte á la justicia en estos casos, como que se comprendían mejor que ahora los verdaderos intereses de la sociedad, y la absoluta é ilimitada libertad no había engendrado el egoísmo, relajando todos los vínculos que deben ligar á los asociados; ni los guardianes de la pública seguridad acuchillaban al pueblo, curioso ó indignado, pero inerme. Entonces había que temer á los malhechores: hoy temen los ciudadanos á los malhechores y á los que los persiguen.

Ya Veremunda, temblando como una azogada y pudiendo apenas tenerse en pie, había venido á abrir, y con no poco trabajo acertó á poner la llave en el agujero de la cerradura. Los que habían llegado introdujeron por pronta providencia al herido á la misma casa y lo colocaron en el aposento, y aun en la cama de Don Pedro, que al fin había de quedar desocupada durante algunas noches; y entretanto unos corrieron á buscar al cirujano de la tropa y otros á solicitar vendas y demás cosas necesarias.

Un comisario y dos alguaciles llegaron á pocos momentos, y después el cirujano, el cual, hecho el reconocimiento del caso, declaró que la herida era grave, pero que no había peligro próximo, á lo menos por aquella noche, y en seguida se ocupó en vendar y curar al herido. La justicia, por su parte, previas las indagaciones verbales del caso, aseguró al agresor y le condujo á la cárcel, sin que le valiese, para evitarse este sonrojo, ni su posición, ni su conocida honradez, ni su dinero. Marchó

sin ver á sus hijas, en lo cual obró prudentemente, y sólo pidió que se atendiese á ellas y al decoro de su casa, el cual confiaba á las personas honradas de la vecindad. Necesario era esto, por otra parte, puesto que quedaba un hombre herido en la casa, á quien, en buena ley de caballería y caridad, se debía hospitalidad y amparo, y las hijas de Urrego ni se hallaban en estado de hacer los honores, ni habría sido bien que los hiciesen.

Don Alvaro insistía en que le trasladasen á su casa; pero el cirujano declaró que necesitaba absoluto reposo, y que el moverle de allí sería en extremo arriesgado. Así pasó lo que faltaba de aquella noche de crueles congojas, y Don Alvaro, en medio de sus dolores, de su trastorno y abatimiento, recordaba la canción fatídica que había oído y que le anunciaba alguna desgracia.

Habiéndose entregado voluntariamente Don Pedro y confesádose autor del hecho, quedó preso esa misma noche, como se acostumbraba en aquella época de rancias y bárbaras costumbres, en que se hacía justicia seca, y desde el mandatario para abajo todos estaban sujetos á su inflexible vara, que rara vez se torcía ni doblegaba. Así se entendía perfectamente, y en su genuino sentido, la teoría de la igualdad legal, única posible, y practicábase al pie de la letra este decantado dogma moderno. Díganlo, como un ejemplo, entre muchos, el ruidoso proceso y ejecución de todo un oidor Mesa.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XXXI.

UNA NOCHE TOLEDANA.

Por una triste espesura,
En un monte muy subido,
Vi venir un caballero
De polvo y sangre teñido,
Dando muy crueles voces
Y con llanto dolorido,
Con lágrimas riega el suelo
Por lo que le ha sucedido.
En llegando una verdura
Del caballo ha descendido
Y con el dolor que siente
En el suelo se ha tendido.

ROMANCE ANTIGUO, ANÓNIMO.

Aquí debiera terminar esta verídica y lastimosa historia, si fuese una pieza teatral; mas como quiera que la novela, hermana menor de la historia, más bella que ésta, pero más artificiosa y menos recatada, da campo para extenderse con desahogo en los pormenores y desarrollo de los incidentes, llevando la fábula hasta sacarla de los estrechos y severos límites que consiente el teatro, justo será seguir á los principales personajes que han figurado en esta relación hasta conocer el fin y desenlace de sus aventuras; cuanto más que ésta no es una novela propiamente dicha, ni el enredo ó trama que pudieran darle tal carácter, es aquí lo principal: son simplemente cuadros sueltos de antiguas costumbres y tradiciones nacionales, á los que sirve como de argamasa y liga para unirlos, la historia de los cuasi mudos amores de dos buenos mozos y buenos corazones, verdaderos *almas de Dios*.

Así, pues, vamos á encontrar al Arzobispo Zapata y sus compañeros de paseo, á quienes hemos dejado por esas breñas y malezas, unos en demanda de pacíficos ciervos á quienes perseguir, otros en busca de inocente solaz y esparcimiento, tan necesarios al cuerpo como al espíritu, ó, como dice la fábula, para aflojar un tanto la cuerda del arco, no sea que se rompa. Y más que todos necesitaba el buen Prelado este respiro, y como paréntesis de su vida oficial, como que tenía sobre sus hombros la pesada carga de una numerosa grey, y el gobierno y dirección de la

iglesia del Nuevo Reino, una de las principales de América, desde el tiempo de la conquista y colonización.

Apartemos por un momento la vista de la sangrienta y dolorosa escena que queda descrita y dejemos reposar al herido, que apenas puede creer que se halla, como por obra de encantamiento, en la casa del objeto de su amor.

Otras escenas alegres, animadas y bulliciosas tienen lugar en las serranías de Usme, que resuenan con los gritos de los cazadores, el latir de los perros, los relinchos de los caballos y el agudo sonido de las cornetas de monte; pero á las cuales vienen también á mezclarse otras tristes y desagradables, para acibarar el contento de los que se creen tan satisfechos y felices.

Habíanse recorrido ya diversos puntos, con varia fortuna: por acá habían levantado los cazadores más diestros un venado de enorme cornamenta, cubierta de piel, que luégo fue presa de los hambrientos galgos, los cuales, cuando llegaron los de á caballo, habían comenzado su banquete internacional, en uso del legítimo derecho del primer ocupante, ó bien del derecho de gentes perruno; por allá habían *desencamado* una hermosa cierva que, no hallando por dónde escapar, había preferido suicidarse, buscando la muerte en un abismo, y allí se arrojó intrépida y garbosa, como otra Safo por la roca de Léucades.

El venerable Sr. Zapata, semejante á aquellos amantes padres que gustan de ver bailar y divertirse á sus hijos, pero que se abstienen de tomar parte con ellos, y se contentan con recordar sus verdes años y las locuras de su juventud, estaba contento; pero, á pesar de su antigua afición, apartaba los ojos de tales espectáculos, porque el digno ministro de Dios no era ya el famoso Maestre de campo que tánto se distinguía en la cetrería y en la montería en los bosques del Emperador Carlos V. Ni su edad, ni su carácter, ni su posición consentían que participase ya de estos ejercicios; gustaba, sin embargo, de oír referir á los cazadores las exageradas relaciones de sus hazañas y aventuras, en que siempre había que hacer una considerable rebaja.

Quiso, no obstante, la suerte, que hallándose en aquellos páramos, donde no había más ranchería que los toldos ó tiendas de campaña que habían llevado para pasar allí dos días enteros, y que se habían colocado á la entrada del páramo en un terreno limpio, rodeado de árboles y maleza, los batidores levantasen un gran venado. El Sr. Zapata se hallaba distante del lugar de la batahola con otros dos caballeros que le acompañaban, sin más objeto que pasear y observar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Los dos caballeros, que oían acercarse los gritos y el porfiado ladrar de los perros, se separaron un poco del Arzobispo para observar de qué lado venía la presa, y se internaron en la maleza, distraídos con la curiosidad, alejándose más de lo que la cortesía podía permitirles; pero no habían pasado cinco minutos cuando, á largos saltos, y alzando la elegante cola á manera de una pluma, se aparece el gamo en el lugar donde estaba el descuidado Arzobispo, y, veloz como un relámpago, pasa tan cerca de él, que hubiera podido casi tocarlo con la mano, lo que hizo que el Sr. Zapata arrojase un grito, acordándose, sin duda, de otros tiempos.

Sea que el caballo se asustase con aquella súbita aparición, y con el grito del jinete, ó sea que se alborotase también, por ser quizá de buena raza de cazadores y haberse hallado en otras campañas y correrías de esta especie, lo cierto es que salió despedido; y como ya iban llegando los perros que más de cerca seguían al venado, con su algazara acabó de alborotarse, y ya no hubo medio de contenerlo, siendo menester toda la pericia del jinete para mantenerse sobre la silla, y para evitar que las ramas de los arbustos le hiciesen daño. Corre aquí, salta allá, ya salvaba un matorral ó una zanja, ó se sumía en un pantano; y le duraron el aliento y el brío hasta que vino á dar en un tremedal, donde quedó enterrado, y de donde el Sr. Zapata pudo con gran trabajo salir, después de luchar con el barro largo tiempo.

Como esto pasó después de mediodía, el resto de la tarde lo empleó el Prelado en ver cómo podía orientarse del lugar en que se hallaba. No se atrevía á emprender la salida á pie, ni á dejar su caballo en aquel lugar; gritaba cuanto se lo permitían sus pulmones, llamando en su auxilio; pero la soledad que reinaba por allí era completa. No se oían ya ni las voces de los cazadores, ni el ladrar de los perros; sus dos compañeros se habían extraviado igualmente, y engolosinados con la batida, se alejaron considerable trecho, y cuando volvieron á los mismos lugares donde le habían dejado, no hallándole ya allí, creyeron que, cansado de esperar, se había marchado. Cada uno de los de la partida creía que el Sr. Zapata estaba con los otros, y así cuando ya cerca del anochecer se reunieron todos en la ranchería para repartirse los despojos de las víctimas, se sorprendieron de no hallarle allí. Todos se preguntaban unos á otros si le habían visto, y sus dos compañeros decían que estaban en la persuasión de que había regresado á los toldos, tomando el camino trillado que á ellos conducía.

¡ Cuál sería, pues, la sorpresa que experimentaron todos cuando no le vieron entre ellos! Reunidos ya la mayor parte de los de la corrida,

iban llegando sucesivamente los demás, unos con sus perros ensangrentados y jadeantes, otros contándose sus lances y aventuras, pero ningnno había visto al Arzobispo, y todos participaban de la misma sorpresa, y todos preguntaban, pero ninguno acertaba á responder. Comienza con este motivo á difundirse el alarma; pónese en movimiento gran parte de la gente; envían peones, ojeadores y monteros, que, diseminándose en diferentes direcciones, vayan á buscarle; y, no contentos con esto, los mismos jinetes, aun no desmontados de sus caballos llenos de sudor, vuelven las riendas y se distribuyen por acá y por allá, temiendo de tan larga ausencia que le haya sucedido al Prelado algún contratiempo. Los que estaban con él cuando se anunció el venado, se dirigen nuevamente al punto donde le dejaron, para ver si pueden hallar sus huellas; pero todo es en vano, pues las que se distinguían de los cascos de un caballo, desaparecían súbitamente, sin volverse á encontrar.

Entrada ya la noche, volvieron muchos desconsolados, anunciándose unos á otros que no le habían hallado. Oíanse resonar á lo lejos y los ecos repetían los agudos toques de las bocinas que llamaban al extraviado, y se alentaba un tanto la débil esperanza de que al fin se reuniese con los que las tocaban; pero pasaban los minutos y las horas y ninguna noticia llegaba al campamento. La consternación fue profunda y general, y el placer se convirtió en lamentos y en suspiros y la alegría en zozobras y temores, figurándose que quizás el caballo lo hubiese derribado y estropeado, ó tal vez muerto.

Habiendo sido inútiles las diligencias practicadas durante las primeras horas de la noche, preparáronse teas ó antorchas con ramas secas y *frailejón*, que por allí abundaba, para volver en su busca, y en los puntos más altos se encendieron hogueras, cuya luz pudiese verse desde lejos, y volvieron á diseminarse por el páramo. Algunos trepaban á lo alto de los árboles ó arbustos, y gritaban á fin de que los oyese, levantando sus antorchas. Así se pasó gran parte de la noche sin resultado alguno, y lo que no hubiera sido tan difícil durante el día, fue casi imposible en la oscuridad, no obstante la débil luz de la luna en un cielo opaco y nublado. Los criados y pajes no dejaron la pesquisa hasta el amanecer, llevando consigo los perros para que olfateasen el rastro del caballo; los demás se recogieron muy tarde mohínos y descorazonados; y bien habían menester de hacerlo, pues el frío era intenso y ya no podían soportarlo, á pesar de las hogueras encendidas. No les era posible, sin embargo, conciliar el sueño, ni podían hacer más que lamentar tamaña desgracia, y rogar á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Dios fervorosamente que librase y favoreciese á su buen Prelado y amigo durante aquella fatal noche, mientras ellos con la luz del día podían renovar con más fruto sus diligencias.

Amaneció éste y al primer rayo de la aurora comenzó de nuevo el movimiento; todos se dispersaron, y ateridos de frío se internaron en el páramo. En las primeras horas nada se pudo saber; pero fueron tan perseverantes los esfuerzos que se hicieron, y tánto el interés y solicitud con que se le buscó, que al fin vinieron á hallarle tres de los peones, guiados por el lejano relincho de un caballo.

El asendereado Arzobispo, perdida la esperanza de salir de aquel lugar, aunque el caballo había logrado con inauditos esfuerzos desembarazarse del lodo, como ya la oscuridad cerraba á toda priesa, prefirió quedarse allí y pasar una mala noche, á exponerse á nuevos y mayores peligros por aquellos barrizales y despeñaderos, sin guía, sin luz y sin la orientación necesaria del lugar en que se hallaba la ranchería, y confiando en que sin duda le buscarían. Así que, encomendándose á la Providencia divina, recogió una gran cantidad de *frailejón*, y con ramas secas y helechos formó una especie de cama debajo de un grande y coposo arbusto que descollaba en una hondonada, y allí se acostó sin más abrigo que su gabán, su gran sombrero de lana, y una especie de ancha gualdrapa que llevaba el caballo, el cual desensillado para que la silla sirviese de almohada, pasó la noche atado á un palo, si bien inquieto por causa del frío.

¡ Cuánto habría dado el Arzobispo de Santafé por tener á mano en aquella ocasión el recado necesario para hacer fuego ! En aquella desventurada noche habría tenido para él más subido precio una piedrecilla de chispa y un eslabón que todas sus grandezas pasadas y presentes, y recordaba con dolor aquellas noches de invierno que había pasado de facción en las campañas de Flandes, á cuyo rigor había podido resistir merced al vigor de cuerpo y alma de que había gozado en su juventud. De ese modo habría podido encender una hoguera, que, al paso que hubiera servido para que le descubriesen sus gentes, también le habría venido muy bien para calentarse.

Grande era la desgracia y peligro en que se hallaba el buen Prelado; pero él, como hombre de resolución y valor, tuvo la suficiente paciencia para arrostrar aquel contratiempo, sin quejarse, y resignado como buen cristiano. Y en verdad que no poca materia se ofrecía á una persona tan piadosa como él para meditar largamente sobre las vicisitudes de la humana vida.

La noche siempre es larga para el afligido y para el enfermo; pero para el que se halla en mitad de un páramo, sin abrigo ni amparo, en medio de la niebla y azotado por un viento helado y penetrante, sin saber dónde se halla, ni á cuántos riesgos desconocidos está expuesto, sin tomar alimento ni refocilar el estómago con un trago de vino, ni poder calmar la sed con un sorbo de agua, la noche debe ser eterna y desesperante.

Cuando los que por allí se habían acercado columbraron al través de la espesa niebla de la mañana el caballo desensillado, que tiritaba de frío y de hambre, y luégo hallaron á su señor tendido en su rústico lecho improvisado, no pudieron contener una viva exclamación de gozo, tras de la cual vino el llanto que derramaron, besando las ateridas manos del Prelado. Allí le encontraron donde había pasado la noche más cruel y horrorosa, pues no tenía fuerzas para levantarse, ni aun para moverse. Todos sus miembros temblaban, y la agitada respiración y pulso frecuente indicaban una fiebre no ligera; el color del rostro era más bien encendido que pálido, los ojos hinchados, la voz débil y ronca, una tos seca y frecuente, eran todos indicios de un fuerte constipado. Desde la cabeza hasta los pies todo le dolía, y era tal la postración, que queriendo hacer un esfuerzo para levantarse, apoyado en las manos de los que allí estaban, no pudo moverse y volvió á caer desplomado. Esta languidez y caimiento, con todos los demás síntomas que se presentaban, les hicieron entrar en cuidado. Uno de ellos, por fortuna, previendo que habría de pasar la noche en el páramo, llevaba una cantimplora de buen vino, y le hizo tomar unos tragos, mientras que otro le envolvía y abrigaba con las mantas de que iban provistos; y finalmente, un tercero regresaba en busca de los demás compañeros. Uno ú otro de éstos habían llegado ya por allí, é inmediatamente se dio providencia de sacarle á la ranchería. Mientras se cortaban palos para hacer una cama portátil, se encendió una grande hoguera para calentarse, y cuando todo estuvo preparado, le cargaron y condujeron con no poco trabajo y fatiga, por la escabrosidad del terreno y espeso monte, teniendo que atravesar más de media legua de camino, pues tanto así se había extraviado el Sr. Zapata, y á eso de las nueve llegaron á los toldos.

Allí se le prodigaron todos los cuidados que eran posibles, dándole fricciones en el cuerpo, preparándole un caldo con vino, y dejándole reposar bien abrigado, mientras se disponía la marcha para Santafé, que por momentos se hacía urgente, pues el accidente era grave para una

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

persona de su edad, que, aunque fuerte y robusta por constitución, estaba ya un tanto enervado por el género de vida que llevaba hacía algunos años, y á la sazón con un principio de catarro.

Pensóse en dar inmediatamente aviso á Santafé; pero el Sr. Zapata se opuso decididamente, pues deseaba que no se alarmase á la población, ni se hiciese ruido con esta aventura; mas, habiendo declarado el médico Orozco, que era de los de la partida, y cuyos servicios fueron muy oportunos, que el accidente era muy alarmante, se dispuso el viaje para la ciudad, adonde se proponían entrar sigilosamente y ya bien avanzada la noche, como en efecto sucedió, viniendo los cargueros á marchas redobladas y alternándose con frecuencia.

Mas, á pesar del secreto que se quiso guardar, esto no impidió que el *correo de las brujas* esparciese la noticia del accidente y próxima llegada del Arzobispo enfermo, la cual se difundió por la ciudad, y desde esa noche la calle y la Casa Arzobispal se veían llenas de gente, en parte por curiosidad y en parte por el interés general que inspiraba la salud del Prelado, á quien el pueblo amaba tiernamente.

CAPITULO XXXII.

FIN DE LAS AVENTURAS DE DON ALVARO.

No dijo más, que la muerte
Convirtió su voz en hielo,
Volando á tomar el alma
Entre los héroes asiento.

D. ANGEL SAAVEDRA.

Mientras lo más notable y granado de la ciudad prodigaba sus cuidados y atenciones al ilustre Arzobispo, y el pueblo rondaba la calle y circulaba por los patios y corredores de Palacio, en las iglesias y monasterios se hacían preces públicas y rogativas por su salud; los templos se veían abiertos á todas horas y los fieles acudían á ellos á orar por su restablecimiento, pues el médico había declarado que la vida del Pastor estaba en peligro: noticia aciaga y funesta para todas las clases de la sociedad. El Presidente, los Oidores y todos los altos Magistrados acudían solícitos á informarse por momentos del estado en que se hallaba;

felizmente existía la mejor inteligencia y armonía entre las dos autoridades eclesiástica y civil, lo cual tenía al pueblo contento y tranquilo, como que las desavenencias entre los dos poderes han sido en todos tiempos de funestas trascendencias para la paz y el sosiego de los ánimos y un pernicioso ejemplo que ejerce su influjo en todas las regiones sociales. El ejemplo que viene de arriba es ó el más provechoso ó el más perjudicial, según que lo sea de cordial unión entre los que gobiernan, ó de disturbios y malquerencias, de animosidades y querellas.

En tanto que esto pasaba en el Palacio Arzobispal, la casa de Don Pedro de Urrego era también el teatro de escenas semejantes: los señores principales, los relacionados y amigos de éste y de Don Alvaro, y muchas personas que, aunque indiferentes, tenían simpatías y afecto por el joven, acudían también á solicitar que se les ocupase, ó á informarse del estado del enfermo, que cada día era más grave, y no daba sino débiles esperanzas. Allegábase á esta amistad ó simpatía la circunstancia del desgraciado acontecimiento y del modo como había sido herido Don Alvaro, y el interés que generalmente inspiraban su juventud, gentileza y nobles prendas. La muerte que viene por el camino ordinario, sobre todo en una edad en que ya la disolución es natural y la tierra reclama su tributo, sorprende, pero no es tan dolorosa como la muerte violenta é inesperada, especialmente en persona joven, robusta y que promete largos años de vida.

¿Cuál sería esta pena para la tierna Constanza, y para el mejor y más íntimo amigo que tenía Don Alvaro, que era Don Juan de Guevara, que aquella misma noche se había separado de él, viéndole sano y lleno de vida? La blanca mano que cultiva un bello jardín, ó el hortelano que hace una visita á su verjel, cuentan gozosos, aquélla las rosas que han brotado en sus búcaros, éste las frutas que han llegado á sazón; pero ¡cuál es su dolor y su sorpresa cuando á la mañana siguiente, la jardinera sólo halla los despojos de sus más hermosas flores dispersos por el huracán ó por el granizo, y el hortelano los restos del banquete, que con sus jugosas frutas han hecho las golosas avecillas!

Durante todo el domingo que siguió á la noche de aquella tragedia, la desventurada Constanza no supo lo que había pasado por ella, ni aun tuvo noticia de que su amante se hallase en su propia casa, pues aunque había recobrado el sentido, su cabeza estaba medio trastornada, y no acertaba á darse cuenta clara de lo que había sucedido. Fácil es concebir el estado en que se hallaba la infeliz y apasionada joven, á quien en un solo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

día habían asaltado tántas penas cuantas podía haber experimentado su tierno corazón en todo el curso de sus tranquilos y apacibles años.

Imagen de la vida es el mar: quieto hoy, ó apenas arrugado por una ligera brisa; en calma absoluta mañana, que desespera al viajero y al marino. A veces duerme semanas enteras reflejando como un cristal la clara luz del cielo; pero llega un día, un día que amaneció tal vez alegre y risueño con su aurora de ópalo y rosas, con su cielo de zafir y sus blancas nubecillas, con sus auras viajeras y refrescantes, y de repente el punto negro que se descubría en el horizonte crece y se convierte en un inmenso manto tenebroso que cubre el cielo; el viento se desencadena y ruje entre las jarcias, y el mar, como espantado, se inquieta y brama, y se apercibe al combate; y al fin el trueno formidable estalla por todas partes y el rayo cruza en cada segundo los espacios! Entonces el navío que maldecía la calma, desaparece en los abismos ó sube hasta las nubes, y las ballenas y tiburones huyen horrorizados á los más profundos senos del Océano.

Este era el contraste de que había sido testigo la inocente y enamorada doncella en la casa en que había pasado los mejores años de su infancia y las misteriosas primaveras de su adolescencia, que alternaban entre vagos deseos, inciertas esperanzas y doradas ilusiones, semejantes á los sueños de un niño al acercarse la aurora.

La deshecha tempestad que se había desatado sobre aquella casa, antes quieta y silenciosa, tenía como atolondrados á sus habitadores, y aun no habían recobrado el uso cabal de su razón, que tánto sufrió al primer golpe de aquel súbito cambio.

La primera pregunta que hizo Constanza fue por su padre.

—¿Dónde está?.....Qué le ha sucedido?..... Quiero verle!.....

A estas preguntas, repetidas una y otra vez, nadie osaba responder, y ella volvía á caer en el sopor de que había salido por un momento. Viendo tan obstinado silencio, se prendía con ambos brazos del cuello de Irene, y con acento de indecible dolor le decía:

—Mi padre!..... Don Alvaro! dónde están? dónde están?.....

La respuesta de su hermana era un sollozo y un torrente de lágrimas; y entonces la infeliz joven volvía á caer desplomada al suelo. Irene la levantaba diciéndola:

—Tened valor..... hermana mía.....

—No puedo tenerlo, contestaba, no es posible resistir tántos golpes. Me duele el corazón..... siento que se me parte.

Y si en este momento entraba la dueña, corría á abrazarla y repetía sus preguntas:

—Qué es de mi padre!..... Qué es de Don Alvaro!.....

—Ambos viven, decía la buena mujer, os aseguro que..... y las lágrimas de sus ojos acababan de decir lo que ella callaba.

Al tercer día, aprovechando un momento en que la abandonaron las personas que le impedían la salida, corrió al cuarto de su padre y entró desatentada. Al llegar cerca del lecho reconoció á Don Alvaro, y se detuvo, cruzó los brazos y contempló un momento aquel rostro pálido y ya desfigurado por la cercanía de la muerte, y cayendo al fin de rodillas, ocultó la cabeza entre las manos, y largos sollozos salieron en tropel de su pecho. Hubieran impedido esta entrevista los que allí estaban, por temor de la emoción que pudiera causar á Don Alvaro, pero respetando tan gran dolor se retiraron prudentemente.

Pasados algunos instantes de terrible silencio, tomó Don Alvaro la mano de Constanza, y con voz débil, casi agonizante, pero con tierno acento, la dijo:

—Con que al fin os veo cerca de mí! El Cielo me concede esta dicha antes de morir.....

—Don Alvaro!!..... exclamó la joven, y tomando su helada mano, la llevó á los labios.

—Vuestras lágrimas me darían la vida, si los decretos de lo alto no fueran irrevocables!..... ¿Sabéis, Constanza, que muero por vuestro amor?

—Ah! sí!..... yo soy la causa de tamaña desdicha! pero sabed también que yo os amo..... que os he amado mucho..... que os amaré siempre! .....

—Siempre!..... con que es verdad que me amáis!..... Decídmelo otra vez!

—Sí!..... mil veces!..... con toda el alma!..... con un amor igual á todos los amores del mundo juntos!.....

—Os amaré! Sí! decís bien!..... me amaréis aun después que ya no exista..... La vida!..... qué importa!..... La vida es un suspiro..... y pronto se acaba..... Pero el amor no se acaba jamás!

—No!..... nunca!.....

—Es un fuego que no se extingue..... una llama que no se apaga..... que nos sigue hasta el Cielo..... si ha sido un amor puro y cristiano!.....

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Sí !..... hasta el Cielo.....

—Y allí se amarán los que se han amado acá abajo !.....

—Sí ! en Dios y por Dios !.....

—Los que debieron unirse en la tierra, y no se unieron..... ¿ no os parece, Constanza ?

—Sí ! formarán un solo espíritu, un solo amor !

—Es verdad que hoy nos separan..... pero.....

—Dios lo ha querido, Don Alvaro..... resignémonos con su santa voluntad.....

—El es grande y misericordioso..... y ha querido que mi ángel de guarda estuviese en forma visible á la cabecera de mi lecho de muerte para consolarme..... A la sombra de vuestras alas moriré tranquilo, ángel mío !..... Mirad, Constanza, cuando pertenezcáis á otro.....

—Nó ! jamás !..... Cerrad el labio y no acibaréis más mi dolor ! Jamás seré de otro hombre.....

—Un favor os pido, Constanza..... Yo he perdonado á vuestro padre..... Decidle vos que me perdone..... el haberos amado..... Este es mi único delito..... Pero era un amor puro, santo !

—Con que le perdonáis, noble amigo !

—Sí ! le perdono de todo corazón..... Aun más: le amo..... porque es vuestro padre y porque vos le amáis. Y si él os perdona á vos, también me perdonará á mí..... porque vos y yo somos una sola cosa..... ¿ no es verdad, Constanza ?.....

—Sí..... un solo corazón..... una sola vida !..... Pero pensad en Dios y en vuestra alma ! Que mi presencia aquí no sea un obstáculo para vuestra salvación.....

—Sí ! bella amiga ! Todos mis pensamientos son en este momento para Dios..... El último será para ese Dios bueno que así se digna consolarme..... Pero le pido que me deje uno para vos, Constanza, uno solo !.....

—Ay ! y yo os doy el ejemplo de ofenderle !..... ¿ Pero dónde está mi padre ? Por Dios !..... decidme, dónde está..... Quiero verle, arrojarme á sus pies.....

Un gemido desgarrador lanzado por ambos hizo que el cirujano se acercase y hallase sus cuatro manos fuertemente trabadas, y ambos casi espirantes. El sabía que cualquiera emoción fuerte sería funesta para el herido; pero también sabía que de todos modos debía morir, y no se atrevió á privarle de los consuelos momentáneos que pudiera tener. Quiso separarlos, pero Don Alvaro, con voz desfalleciente, le dijo:

—No ..... una palabra más..... un momento por favor..... Sed vos mismo testigo de lo que voy á decir, y que lo sean cuantos aquí están !..... Mirad, Constanza..... llevo aquí al cuello un anillo precioso... tomad..... es para vos..... es mi anillo nupcial..... aceptadlo, si queréis ser mi esposa.....

Y quitándoselo, ayudado por el médico y por Don Juan de Guevara, que no había abandonado un momento á Don Alvaro, lo puso en el dedo de Constanza, quien lo besó con lágrimas.

—El que me lo dio al tiempo de morir me dijo: "Este anillo era de la Reina Isabel de Inglaterra..... Os lo entrego..... y sólo os ruego que él no venga á parar jamás á manos indignas"..... Ya lo véis !..... cumplo su voluntad, pues que..... pasa á manos de otra Reina..... la Reina de mi corazón..... y de mi vida..... á manos de mi esposa.....

—Ah ! sí ! lo soy, Don Alvaro..... Soy vuestra esposa, á despecho del mundo entero..... y acepto vuestro corazón y vuestra mano. Os lo prometo en presencia de Dios y de los hombres.....

Y volvió á besar el anillo tiernamente.

Viendo el cirujano que se prolongaba demasiado este diálogo, y que Don Alvaro estaba próximo á un parasismo, tomó á Constanza suavemente, y ayudado por el mismo Don Juan y por otras personas, la hizo salir casi arrastrando y perdido el sentido, y llamó en su auxilio á los demás que estaban en la casa.

Una hora después de esta entrevista volvió á pulsarle el médico, y dirigiéndose al religioso que estaba en la pieza inmediata, le habló algunas palabras. Este se acercó al lecho, y sacando un libro, comenzó á rezar, no habiendo necesidad de otra cosa, porque Don Alvaro había recibido fervorosamente el día anterior todos los sacramentos, como fiel hijo de la Iglesia.

Hincáronse todos los que allí estaban al pie del lecho y rezaban enternecidos con el sacerdote; y cuando éste pronunció aquellas solemnes palabras: "Sal, alma cristiana, de este mundo ! Recibid, Señor, á vuestro siervo, por aquella santísima agonía que padecisteis"..... confundiéronse los sollozos con el estertor del moribundo. Pocos instantes después cesó todo rumor. El médico cerró con llave la puerta del aposento y abrió de par en par las ventanas.

Don Alvaro había espirado !

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XXXIII.

UN DÍA SIN SOL.

Murmuraban por las calles
De unas orejas en otras
La no pensada caída
De aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres
Y las iglesias entonan
El entierro de aquel cuerpo
Que del cuello sangre brota.
Pusieron el cuerpo helado
Debajo una dura losa;
Al rededor de la tumba
Arden lumbres, todos lloran
De la miseria infelice
La tragedia lastimosa.

ROMANCE DE DON ALVARO DE LUNA.

Por más de un motivo merecía aquel llamarse día sin sol, pues en la noche del mismo en que había muerto Don Alvaro exhaló su último aliento el ilustre Arzobispo Zapata; y aparte del duelo general que esta doble desgracia había producido en la ciudad, es fama que el siguiente fue triste, opaco y nebuloso, en términos de no haberse visto en todo él un solo rayo del astro rey de la alegría.

El pueblo y la Iglesia quedaban huérfanos con la muerte del digno Prelado, acaecida á los ochenta años de su edad, y diez y siete de su feliz gobierno episcopal, enmedio de las lágrimas de toda la población que lamentaba una pérdida inmensa é irreparable. No le faltaba razón para ello, que este ilustrado y virtuoso Prelado fue uno de los mejores que tuvo el Nuevo Reino, y que más dignamente ocuparon la Sede Metropolitana. Dejó muchas obras buenas, muchos grandes ejemplos y muchos hijos desvalidos, que eran los desgraciados á quienes socorría á manos llenas. Pero lo que hace su mejor elogio es que murió pobre, pues todas sus rentas las distribuía entre *sus acreedores*, que así llamaba él á los indigentes y á su iglesia.

Fue Don Alvaro también generalmente sentido, como se ha dicho, y es notable la disposición testamental, por la cual legaba sus mejores

caballos y sus mejores armas al pariente más cercano del Capitán García Zorro, de cuya muerte había sido causa, aunque involuntaria, y en buena lid. Disponía, además, que se devolviese á su madre una cadena de oro de que pendía un relicario que ella misma le había colgado al cuello al tiempo de partir para América.

La población entera aguardaba por momentos la fatal noticia de la muerte del Arzobispo, y á pesar de eso, cuando al amanecer resonaron en los aires los fúnebres dobles de las campanas que llevaban á todos los ámbitos de la ciudad la triste nueva, sus habitantes se consternaron, y muchos vertieron lágrimas de dolor, que tal es el imperio de la virtud y los fueros de la ciencia y de la cultura, cosas todas que reunía este eximio Pastor. Día sin sol fue aquél verdaderamente, por haberse eclipsado este astro brillante de la iglesia americana; y así la ciudad vistió luto y la guarnición le llevó por nueve días, habiéndose cerrado en los tres primeros todas las oficinas y tiendas de comercio.

Un día entero estuvo expuesto al público el cuerpo del venerable anciano, vestido con sus ropas episcopales, y al siguiente se le hicieron las suntuosas exequias que á tan alto personaje eran debidas, en su iglesia Catedral, concurriendo todas las autoridades, magistrados y corporaciones, y haciéndosele los honores que le correspondían.

El mismo día tuvieron lugar las del desgraciado joven, cuyo féretro, así como el del Sr. Zapata, fue regado con amargo y sincero llanto. ¡Qué espectáculo tan aflictivo, y qué coincidencia tan triste para una ciudad de corta población, ver desaparecer en un mismo día, y sepultar casi á un mismo tiempo dos personas conspicuas y dignas del afecto general, y con circunstancias tan inesperadas y sorprendentes en uno y otro!

Aun de los pueblos circunvecinos acudieron aquel día multitud de personas, no siendo los menos solícitos los indios, los cuales llegaban en cuadrillas, guiados por sus tenientes, tocando sus pífanos y tamboriles y llevando sus estandartes arrollados en señal de duelo. Justos motivos tenían los cuasi desheredados aborígenes, para llorar á este buen padre que tántos esfuerzos hizo por mejorar su suerte, dictando sabios reglamentos para sacarlos de la humillante condición de ignorancia y servidumbre en que se hallaban.

¡Y cómo no habían de amar los dueños de la tierra á aquel que los protegía contra las depredaciones y maltratamientos de los que los habían vencido y conquistado, los cuales, tal vez con el disfraz de amigos del pueblo, tan cómodo para ganar gloria y fortuna, como sucede en todos tiempos, los despojaban y vejaban hasta diezmar su raza miserablemente!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Aquella fecha quedó marcada con líneas negras en los anales de la ciudad de Quesada, y la tradición la ha guardado con religioso respeto.

Cuando salía de la casa de Don Pedro de Urrego el cadáver del noble castellano, los que le acompañaban oían la charla interrumpida de la linda guacamaya de Constanza, que, saliendo como á despedirse del que fue amante de su señora, y suyo, repetía en tono melancólico su estribillo favorito:

"Agaí cuandola iú!"
Adiós! ¡Oh dolor!

Echemos un puñado de tierra sobre los restos de esos dos cristianos, y dejémoslos en su última morada sobre la tierra, para poner término por hoy á estos cuadros históricos y de costumbres, dando noticia de la suerte que cupo á algunos otros de los principales personajes que en ellos han figurado.

Más para imaginadas que para descritas son las escenas que pasaron en la casa de esta desolada familia, después de los acontecimientos que hemos narrado, y las que tuvieron lugar en la prisión del desgraciado padre cuando pudo ya comunicarse libremente con sus hijas. ¡Cuáles serían los encontrados sentimientos que experimentaba el corazón de Don Pedro de Urrego en la cárcel de Corte, donde permanecía preso, mientras se terminaba el juicio que se le seguía, es fácil concebirlo. La muerte inesperada del Arzobispo, á quien pocos días antes había dejado en Yomasa, bueno, sano y contento, prometiéndose un agradable paseo; la no menos lamentable del caballero á quien una suerte obstinada le había puesto siempre por delante en su camino, como una sombra, como un fantasma que le perseguía, y que en un momento de ciego arrebato había sido su víctima! Su casa, antes silenciosa y desierta, albergue sagrado de su familia y de su honra nunca mancillada, hoy ocupada por extraños que tal vez profanaban aquel que él creyó apacible asilo de su vejez; sus hijas privadas de la guarda y vigilancia de su padre; el galán mismo á quien él había mirado hasta entonces como enemigo de su reposo, tendido en su propio lecho, y éste empapado en sangre, tal vez inocente, que debía caer sobre él y sobre su familia, en ese lecho donde él mismo debiera haber agonizado algún día, y entregado á Dios su alma libre de crimen y de remordimiento. ..... Finalmente, él, cristiano viejo y rancio español, antiguo mercader, honrado y respetado por propios y extraños, andando ya en la tarde de su vida y entrado en el invierno de sus años, se veía sepultado en una prisión como un facineroso, avergonzado y confuso, hecho el blanco de las hablillas, y, lo que es peor, mancillado tal vez á los ojos del mundo en lo más santo y delicado que tiene el hombre!.....

Todas estas consideraciones habrían sido suficientes para abatir el ánimo y rendir las fuerzas, no ya de un pobre y desgraciado preso, ó como si dijéramos, de un *delincuente honrado*, que pasa largas horas solitarias en el silencio de una cárcel "donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación", según la frase de Cervantes, sino para cualquiera otra persona menos preocupada, pero dispuesta á meditar sobre la instabilidad de estas cosas humanas tan deleznables y que pasan como sombras, sobre este vaivén del mundo, que todo lo revuelve, trastorna y confunde cuando menos se piensa.

¡Cuántos y cuán tristes sucesos en menos de dos semanas, que para muchas personas eran como un sueño, como una horrible pesadilla! ¡Cuántos cambios súbitos y todos funestos en una sociedad de ordinario tranquila, de costumbres suaves y acompasadas, pacífica y bien gobernada en lo general! En una ciudad que, á más de doscientas leguas del mar, se hallaba, mucho más que hoy, secuestrada del tráfago del comercio universal, y de la frecuente comunicación y trato diario con extranjeros de todas partes del mundo, de estos que, si dejan con su contacto algún barniz y como aroma de civilización y cultura, también, por la ley eterna de las compensaciones, largan entre los naturales cierto polvo de corrupción y malos hábitos, y no sé qué almizcle de despreocupación y egoísmo muy contagioso; tales sucesos, decimos, debían afectar profundamente á la capital del Nuevo Reino.

Por lo mismo que esta ciudad, medio anacoreta, vivía en el centro de las montañas y en lo más retirado de las cordilleras, como huyendo del trato humano, tan tristes acontecimientos tenían en ella una resonancia que no habrían tenido en otra parte, y tomaban proporciones escandalosas. ¡Cuánto más sucedería esto con los actores de ellos y con sus más allegados parientes ó amigos!

No seguiremos el curso del juicio que se siguió á Don Pedro, que tampoco esto hace á nuestro propósito, y sólo apuntaremos que de todas las informaciones y declaraciones numerosas que se tomaron con actividad, resultó clara, como la luz del mediodía, la completa inocencia de Don Alvaro, y su noble é hidalgo proceder; aunque también se comprobó que aquél no había sido un homicidio premeditado y consumado á sangre fría, ni con circunstancias repugnantes; que no había habido la-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

zos ni acechanzas, sino que el lance había sido efecto del arrebato de un primer momento, en que el agresor no fue dueño de su razón; de un acto primo, que nadie es poderoso á dominar en ciertas ocasiones; y finalmente, que el anciano intimó una y varias veces á su contrario que se defendiese, puesto que estaba armado.

Hubo quien indicase (que nunca faltan malquerientes y hombres ligeros en sus juicios) que Don Pedro había dado cita á Don Alvaro para matarlo en su propia casa; pero tan horrible suposición fue desechada, por juzgarse de todo punto imposible que, no ya un hidalgo honrado y buen cristiano, sino el más perverso hombre y el corazón más depravado, fuesen capaces de tánta infamia y villanía. Las Ordenanzas militares españolas no asignan pena para el delito de traición, por suponer que tal delito no puede cometerse jamás. La legislación común criminal debería igualmente no prever la circunstancia indicada por inverosímil.

Pesado todo esto en la balanza de la justicia, y habida consideración á todas las circunstancias atenuantes de que hablaban las sabias leyes españolas, Don Pedro salvó su vida, que de otro modo habría estado muy en peligro de perder, como la perdió un personaje de la más alta calificación, de que ya hemos hablado, por un homicidio que no ejecutó él con su propia mano. *

Fue sentenciado Don Pedro á seis meses de prisión, á pagar mil ducados de oro para la familia de Don Alvaro, y á destierro por cinco años del Nuevo Reino. Esta última pena, por dura y en cierto modo afrentosa que fuese, envolvía, sin embargo, una mira de prudente política, pues tenía en ocasiones por objeto alejar de la vista del pueblo al autor de un crimen (que siempre se reputaba tal aun el más justificado duelo), cuando éste era una persona notable ó calificada, para que no tuviese presente, y antes olvidase pronto, la lección de inmoralidad que se le daba, como que el pueblo siempre es propenso á hallar disculpa de sus desmanes en los ejemplos que recibe de las altas clases de la sociedad.

* Hasta hace poco tiempo existia la gran piedra de forma esférica que se puso como señal y monumento de este acto de justicia, en el mismo lugar en que fue decapitado el oidor Cortés de Mesa.

CAPITULO XXXIV.

PARTIDA.

Próspero viento mientras tanto pide
Veremundo al Señor, postrado en tierra,
Y se alza y con la mano se despide
Y un largo adiós entre sus labios yerra.
La cara barca con la vista mide
Una vez y otra vez, hasta que cierra
En la distancia la visión querida,
Y aun permanece en pie, y aun la apellida.

DON MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE.

Pasemos por alto el tiempo que transcurrió entre la terminación del juicio y la salida de Urrego de Santafé, durante el cual la vida de Constanza fue una agonía continuada, un dolor no interrumpido, que si no agostó por entero su belleza corporal, por lo menos marchitó las rosas de sus mejillas, imprimiendo á su faz angelical un sello de profunda melancolía. Sus ojos esplendentes se apagaron, el carmín de sus labios se tornó en pálido color de nácar, quedando semejantes á los pétalos de una rosa seca, y su frente tersa y brillante se arrugó ligeramente. Vivía encerrada, aun antes de adoptar un nuevo género de vida, y enteramente abstraída, y cuando una emoción súbita venía á remover la espina que tenía clavada en el corazón, se estremecía y un profundo suspiro salía de su pecho, así como los volcanes, en apariencia quietos y apagados, arrojan de vez en cuándo un humo espeso, acompañado durante la noche de un débil resplandor.

Mucho meditó la hermosa doncella durante este tiempo, y en sus largas noches de insomnio maduró el plan que había concebido desde que la espada de su padre atravesó el pecho de su amante, y también el suyo..... Ella había prometido á Don Alvaro, estando presente la imagen de Jesús crucificado, y delante de un ministro suyo, no ser jamás de ningún otro hombre, y en su interior ratificó este juramento, aun á riesgo de tener que arrostrar el enojo de su padre; y lo cumplió, como adelante veremos.

Los medios que para ello empleó serían pormenores secundarios en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

esta relación: baste saber que la piedad y el influjo del canónigo Dr. Espejo, encargado del gobierno del Arzobispado en Sede vacante, lograron dar cima al proyecto de Constanza, que, aunque joven, había vivido demasiado para su desdicha y no hallaba ya en el mundo sino tristes recuerdos y el horizonte oscuro de un incierto porvenir. No fue, pues, un arrebato del momento, hijo del despecho producido por aquella desgracia que mató su esperanza juvenil, sino un pensamiento madurado con perseverancia y calma, lo que la determinó y afirmó en su propósito, resuelta á afrontar todos los obstáculos humanos, y á hacer cuantos sacrificios fuesen menester, aun los más duros, aun los más heroicos, para coronar el único, el inmenso deseo de su corazón.

Despidámonos de Don Pedro de Urrego y de su hija Irene, que con lágrimas y suspiros van á alejarse de Santafé, y retrocedamos para ver cuál era y cómo se llevó á efecto ese plan de Constanza, á que el Dr. Espejo cooperó, sacrificando las consideraciones que debía á la amistad de Don Pedro, al deber de procurar la dicha de su hija y satisfacer sus santos deseos; cosa que hoy parecería extraña, pero no así en esos tiempos de sólida piedad, en que se veían primero los intereses del alma que los del cuerpo, y en que todavía se aceptaba como moneda corriente aquella tan conocida sentencia: "si alguno dijere que el estado del matrimonio es más perfecto que el del celibato, sea anatema."

No tuvo, pues, inconveniente el nuevo Provisor en inclinarse del lado de Constanza y favorecer su proyecto, cuando la vio tan decidida y resuelta, si bien la hizo aquellas reflexiones amistosas que en tales circunstancias exige la prudencia. No dejó de hacerlas también al cuitado padre con todo el interés y miramiento de un buen amigo para que se resignase y consolase, ya que su resistencia no había de ser parte á detener la irrevocable resolución de su hija, y que ésta, por su edad, era libre para elegir estado; sin embargo, todos los consuelos de la amistad y de la religión no impidieron que éste fuese un nuevo y rudo golpe para el tierno pecho de un padre que, aunque adusto, amaba entrañablemente á sus hijas, y poco faltó para que flaqueasen las ya gastadas fuerzas morales del anciano al saber que Constanza tomaba el hábito de religiosa.

Partió éste dentro de pocos días, pues concluído el término de su prisión, apenas se le concedió el necesario para el arreglo de sus negocios, y partió triste y desconsolado, como qne al fin abandonaba su segunda patria, el país de sus afecciones, donde había hecho una considerable fortuna y vivido feliz tántos años; la patria de sus hijas, donde era conocido y honrado más que en su propio país, y sobre todo donde dejaba un pedazo de su corazón, á quien ni súplicas, ni amenazas, ni persuasiones habían logrado ablandar para que desistiese de su obstinada resolución.

En la fluctuación de encontrados sentimientos, tan pronto resolvía despechado pasar á España y no volver jamás á América, y tan pronto creía mejor quedarse en alguna de las Antillas, y ocurrir á la Corte en primera ocasión, solicitando se le rebajase la pena ó se alzase el ostracismo, pues temía, no sin razón, que la edad, el cambio de clima y de costumbres, y más que todo, las desazones y sufrimientos del ánimo, habían de minar su salud ya un tanto achacosa, y no le permitirían ver el término de su destierro. Y no dudaba lograr esta gracia, como la había obtenido Quesada, desterrado del Reino por diez años, á causa de la muerte inhumana dada al Zipa Zaquesazipa.

El remordimiento, ese gusano roedor, que, como el buitre de la fábula, está constantemente devorando nuestras entrañas, es como la sombra del delito, y á dondequiera sigue á las malas acciones; y por este recuerdo tenaz y vergonzoso es que puede explicarse el tormento eterno del infierno, donde únicamente llega á conocerse todo el alcance del pecado, medido por la grandeza de Dios. Y ese remordimiento era tal vez para Don Pedro el mayor castigo de su culpa, superior con mucho al de la justicia humana.

Hay quien asegure que Don Jerónimo de Oviedo, su ex-yerno, partió con él, y aun alguno adelanta que, andando el tiempo, vino á casarse con Doña Irene, puerta que sin duda había dejado abierta para conciliar al fin sus propios intereses con los de Urrego. Si en efecto fue así, á lo menos el Don Jerónimo, hombre por lo visto muy positivo y poco dado al romanticismo, había tomado la cristiana resolución de no quedarse solterón, conociendo que este es un papel muy triste en la sociedad para un rico entrado ya en edad. Otros dicen, y es lo más verosímil, que él quedó encargado en Santafé de los negocios de su amigo, hasta nueva resolución.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XXXV.

EL PRIMER MONJÍO EN SANTAFÉ.

Aquí todo es solaz, todo alegría,
Todo inmortal dulzura,
Todo consuelo y paz, todo ventura.
....
Ya por vos no suspiro,
Y en manos del Señor mi suerte miro.

MELÉNDEZ.

Sin seguir á Don Pedro en su viaje, ni á Constanza en su convento, dejemos á aquél en la isla Española, adonde llega sin grave contratiempo, y á ésta entregada á la vida de oración y retiro y al cumplimiento de sus nuevos deberes como novicia; y pasemos por alto un año entero, época en la cual nada podríamos referir de especial interés ó que tenga relación directa con esta historia. Es ya tiempo de asistir á su escena final, y si el lector bondadoso ha podido seguirnos hasta aquí, no llevará á mal el que le hagamos despedirse para siempre de nuestra bella protagonista, como nos despedimos ya del único hombre que ella amó en el mundo. Y así como asistimos á las exequias de éste y pusimos una flor sobre su tumba, justo es que asistamos también á las cuasi exequias de Constanza, que se sepulta viva, y que presenciemos aquel momento solemne y decisivo en que su existencia se parte en dos mitades, una que pertenece á la tierra y otra al cielo.

Era el mes de Diciembre, tan risueño y resplandeciente en nuestra zona tórrida, como triste, nebuloso y frío en el hemisferio del Norte; mes dichoso para los cristianos, y hoy mucho más para los católicos, asociado como está á la declaratoria de dos grandes dogmas. Este mes es como el domingo del año, fiesta continuada para las niños y aun para los hombres y viejos, y cuyas ceremonias y culto especial quedan grabados en la memoria, sin que se borre jamás la emoción que hacen experimentar ¡ Quién sabe si esas emociones, si esos recuerdos siempre frescos de la infancia, esa imagen de la estrella milagrosa que brilló sobre la cuna del Pesebre, no hayan venido á ser para algunos, en medio de las miserias y de los

desengaños de este mundo, un consuelo supremo, una dulce esperanza, un signo salvador !

Reía la ciudad entera con infantil placer, y sus habitantes, casi sin excepción, circulaban por las calles, de día asistiendo piadosamente á las misas del Aguinaldo, y de noche visitando los diferentes pesebres ó nacimientos, á que todo el mundo tenía entrada franca, porque esta diversión piadosa conservaba su antiguo carácter, en que lo principal del espectáculo era la representación del tierno Misterio, y lo accesorio y secundario las figuras y escenas grotescas que hoy forman el todo de la función, á que se concurre con un espíritu enteramente profano.

Además de esto, en la primera hora de la noche salían de todas las iglesias y ermitas de la ciudad, que en aquella época ya pasaban de diez, los *rosarios*, que eran procesiones en que los capellanes y comunidades sacaban por las calles la imagen de la Virgen, cantando armoniosamente el rosario, y acompañados por multitud de personas del pueblo, especialmente niños, que con faroles puestos en la extremidad de una vara, y con arbolitos formados de laurel y arrayán, iban adelante en dos filas, y con sus respectivos estandartes, respondiendo en altas y no muy acordadas voces el *Ave María* que cantaban los sacerdotes.

Todas estas procesiones convergían á la plaza mayor, y estando allí reunidas, daban juntas la vuelta por ella, cantando la letanía, que terminaba con una solemne *salve*, entonada en coro por todas las comunidades; después de lo cual se retiraban á sus respectivos cuarteles en el mismo orden en que habían venido. Los mil candiles, faroles, luminarias, antorchas y hogueras, que á porfía se encendían en todas las calles por donde pasaban, la pólvora que se quemaba y la multitud de gentes que salían á acompañar la procesión, daban á esta fiesta una animación verdaderamente extraña é inusitada.

En la tercera de estas alegres noches, cuando ya se retiraban las procesiones, se oyó un rumor entre la gente que obstruía la calle y algunas voces repetían: "la monja! la monja! ahí va la monja!" En efecto, se veía una litera ó silla de manos, conducida por dos hombres y escoltada por varias personas de distinción, que penetraba con dificultad por entre la multitud, y en ella iba Constanza, que salía de la casa de una respetable matrona, en donde se hallaba en calidad de depósito, terminado el tiempo del noviciado, á la de Doña Ana Hurtado de Sandoval, respetable señora y no menos distinguida, que debía ser la madrina de Constanza en la solemne ceremonia en que ésta iba á hacer la profesión

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de votos en el convento de la Concepción, y estaba encargada de vestirla de gala, como se acostumbraba para entrar al claustro, después de andar en lo que se llamaba los *requerimientos*.

Eran éstos una especie de prueba á que se sometía á las futuras monjas, concluído el tiempo del noviciado, y cansistía en sacarlas del convento, y llevarlas de nuevo á ver el mundo y la sociedad. Vestidas á la última moda iban por las casas haciendo visitas, asistiendo á reuniones y tratando con toda clase de personas durante varios días. Si después de gozar de estos placeres del mundo la candidata resistía á la tentación é insistía en volver al claustro, la vocación era decidida y profesaba; de lo contrario quedaba libre de todo compromiso y podía quedarse en su casa.

Hemos entrado en estos pormenores en obsequio de la generación que comienza á vivir, que los ignora, y también de la siguiente, pues el restablecimiento de los conventos y monasterios tardará todavía algunos años. Es probable que ni nuestros hijos ni nuestros nietos lo vean; pero tiene que llegar el día en que esto suceda, y lo decimos, porque no participamos de la opinión de los miopes, que califican al catolicismo de decrépito: por el contrario, á la luz de la historia, de la religión y de la filosofía lo vemos en su infancia. El catolicismo comienza hoy á vivir y á hacer peninos, y todos los males que ha sufrido y sufre, todas las persecuciones, vejaciones y atropellos no son más que los males de la dentición. Para que esta religión divina llegue á la edad de la gota ó del asma, es preciso que pasen millares de años, á no ser que la Providencia disponga otra cosa, y que, alzando la mano, detenga el movimiento de la tierra y venga á juzgar al mundo, para cerrar la puerta de los siglos.

Era el de la Concepción el primer convento de monjas fundado en Santafé, y su primera piedra se puso en Septiembre de 1583, debiendo este monasterio su existencia á la munificente piedad de Luis López Ortiz y Cristóbal Rodríguez Cano, cuyos herederos forzados, pero no forzosos, han sido nuestros Gobiernos modernos; fundaciones que sólo pueden llamarse de *manos muertas* porque, en efecto, esas manos generosas murieron hace luengos años, no obstante que su voluntad está viva, y no aprueba un solo momento tales despojos. Concluído el edificio, entraron como fundadoras las primeras monjas que hubo en esta ciudad, Doña Catalina de Céspedes, Doña Ursula de Villagómez, Doña Isabel Campuzano y otras varias señoras de distinción y fortuna, á las cuales se agregó más tarde Doña Constanza de Urrego y Flores de Villahermosa, nuestra bella y encantadora protagonista.

Al siguiente día se veían en las primeras horas de la mañana muchas gentes que corrían en dirección de la plaza y se agolpaban á las puertas del monasterio. En medio de estos grupos movibles se descubrían dos ricas y vistosas literas, forradas en grueso damasco carmesí, doradas y cubiertas de molduras, exquisitos arabescos y prolijas pinturas, de cuyos ángulos pendían grandes fluecos y borlas de seda y oro, y eran conducidas por pajes lujosamente ataviados, por entre las gentes, á quienes una necia curiosidad hacía agruparse al rededor para ver á la nueva monja. Las campanas repicaban sin cesar en señal de alegría, el órgano de la iglesia resonaba con dulces y armoniosos acentos, y las principales damas y caballeros se apresuraban á salir de sus casas para asistir á aquella función, nueva hasta entonces en Santafé.

Llegadas las literas á la puerta del templo, salieron, de la una la madrina, cubierta de ostentosos encajes y joyas, según el uso del tiempo, pero en traje serio cual convenía en la ocasión, y de la otra Constanza, vestida de gala, un tanto pálida, pero con semblante grave y sereno, descubriéndose en su frente de alabastro los efectos de largas veladas y meditaciones, y en sus ojos, algo amortiguados, los vestigios de una lucha secreta, en que al fin había vencido. No era la víctima que coronada de flores llevaban al sacrificio: era la personificación de una expontánea y pura oblación hecha por la virtud en aras del amor divino, á la cual asistían otros ángeles invisibles, batiendo sus alas en señal de júbilo. Era, digámoslo así, el público pregón que la hija amante y cristiana daba de la expiación voluntaria que por su parte quería hacer ante Dios y los hombres del delito de su padre: acción tan generosa como noble, cuyo espíritu solamente podían comprender las almas grandes, templadas por el diapasón de la de Constanza; pero que tal vez se ocultaba al pueblo rudo y superficial.

Habían bajado á recibirla y á hacer los honores de la casa, el Provisor Dr. Espejo, los capellanes y varios sacerdotes, los cuales las condujeron hasta el altar mayor, donde, después de rezar algunas oraciones y salmos, pusieron sobre las sienes de Constanza una gran corona de flores artificiales y le presentaron un cirio encendido, y luégo salieron á la calle y la acompañaron hasta la puerta del convento, donde ya la aguardaba la abadesa con toda la comunidad para llevarla adentro. Introdujéronla en el coro bajo y allí la fueron despojando de todas sus galas: el justillo de rico terciopelo con alamares y botones de plata; las anchas mangas sobrepuestas que bajaban hasta la rodilla, adornadas de exquisitas blon-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

das y encajes; la plegada basquiña de brocado; los aderezos y joyas; la valona ó gola de encajes flamencos que le rodeaba el cuello; los alfileres y lazos que sostenían el peinado; y, en fin, todos los arreos de la más gentil y elegante dama de la corte de Felipe II. Y en su lugar le fueron poniendo, con varias ceremonias, el hábito de lana, blanco como la nieve, el manto azul, la toca, que le cubría la cabeza y garganta, y encima de todo el velo blanco de novicia.

Pero antes de esta última operación, la madre abadesa tomó en su mano la implacable tijera y, estando Constanza de rodillas, fue cortando uno por uno los suaves y negros rizos de aquella hermosa cabellera que formaba el mejor adorno de la futura monja. Al presenciar esta escena no pudieron menos de enternecerse los circunstantes, y ¡quién sabe si la sensible doncella, no obstante el temple heroico de su alma, no se afligió interiormente, suspirando como el jardinero que ve sus más bellas flores tronchadas y arrebatadas por la borrasca, ó como el militar á quien degradan públicamente arrancándole sus insignias! Sin embargo, en su semblante impávido y sereno no se notó la más leve alteración, y, antes por el contrario, parecía mirar con fría indiferencia aquella operación que ponía el sello á su separación absoluta del mundo!.....

Por final de tan conmovedoras escenas, la abadesa la hizo extender en el suelo, boca abajo, con la cabeza apoyada en un cojín, y allí, con las manos juntas, hizo su solemne profesión, entonando lentamente, pero con voz clara y firme, la melancólica y grave salmodia, que es como el postrer adiós dado á todo lo que pertenece á la tierra.

Concluídas estas ceremonias, le pusieron de nuevo la corona, y en seguida dio el abrazo fraternal de bienvenida á toda la comunidad, desde la abadesa hasta la última hermana, quienes la estrechaban contra su pecho llenas de regocijo.

Excusémonos de pasar luégo con el lector y con otros sujetos de alto respeto, como el canónigo Dr. Miguel de Espejo, el Deán y varios sacerdotes y personajes de calidad, á las salas del locutorio, donde se sirvieron los refrescos de costumbre: la aromática aloja, las horchatas, vinos, pasteles, mazapanes, bizcochos, dulces, frutas y turrones, y toda aquella abundosa y delicada colección de exquisitos postres y manjares que con tánto arte han sabido preparar siempre las obsequiosas monjas en tales casos. Corramos aquí un velo y dejemos á Constanza en su nueva habitación, contenta y feliz, después de haberse cerrado para ella en aquel día las puertas del mundo y abiértose las del cielo.

Fortuna, y no poca, fue en tan solemne ocasión la ausencia de Don Pedro y de Irene. El desolado anciano y la afligida hermana no se habrían sentido con el valor necesario para asistir al sacrificio; y sus fuerzas físicas y morales habrían flaqueado, siendo tal vez impotentes para resistir tan terrible prueba.

No así Don Juan de Guevara, el íntimo y fiel amigo y confidente del desgraciado Don Alvaro, el cual se hallaba allí presente, con el corazón conmovido y las lágrimas prontas á salir de los ojos. Ni cómo hubiera podido ver impasible aquel acto, imponente para cualquiera, y mucho más para él, que había participado de los devaneos, de las esperanzas é ilusiones de su amigo, y que tenía por Constanza el afecto y simpatía que se reflejaban del pecho de Don Alvaro en el suyo propio!

Un incidente, al parecer insignificante, contribuyó á aumentar, si era posible, el acerbo dolor de aquel buen amigo. La víspera de la primera entrada de Constanza en el convento tomo ésta en sus lindas manos á la compañera de sus penas y placeres, y estrechándola contra su pecho y cubriéndola de caricias, empapó con su llanto el bello plumaje del ave. Era la última despedida para su separación eterna, á la cual correspondía el inocente animal con sus palabras favoritas:

"Agay cuandola iú!"

con lo cual redoblaba el llanto y los suspiros de Constanza.

Queriendo hacer de ella un legado especial, la envió por medio del Curro á Don Juan de Guevara, como un doble recuerdo suyo y de Don Alvaro, rogándole que la conservase y la cuidase como lo había hecho ella misma.

No pudo menos de enternecerse el sensible Don Juan al recibir el ave huérfana yá, y desde aquel día la mimó y acarició como una dulce prenda de sus amigos.

Al amanecer del día en que debía tener lugar la profesión de Constanza, extrañó Don Juan no oír la charla de la parlera guacamaya que siempre le despertaba, y saltó del lecho para buscarla; pero ¡cuál fue su aflicción y su sorpresa cuando la halló muerta al pie de su cama!.....

Las últimas palabras que con tono melancólico había repetido el pobre animal cuando entró Don Juan por la noche en su aposento, habían sido:

"Agay cuandola iú!"

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XXXVI.

YA ES TARDE!

.... Es ya tarde, Almanzor!
Qué delirio!..... Ya es tarde: en su cadena
Me ha esclavizado el Rey.....

DON NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS.

Un año había transcurrido, desde la partida de Don Pedro, según se ha dicho, cuando tuvieron lugar los acontecimientos que acabamos de referir, durante el cual, la calma había comenzado á alborear en los espíritus, que no hay herida que á la larga no cure el tiempo, aunque las cicatrices se irriten de vez en cuándo, y la sangre restañada vuelva á correr de la mal curada llaga. La gota del dolor que cae en el corazón lo impregna y deja en él una mancha que casi nunca se borra sino con la muerte; pero la sabia Providencia ha dispuesto que ninguna fuerte emoción, sea de gozo ó de pena, dure por largo tiempo con la primera intensidad, pues que nuestra flaca naturaleza no podría resistirla.

Todo estaba tranquilo en la ciudad y en el Reino; las tribus inquietas y belicosas de los muzos, panches, pijaos y otras, se habían sosegado; el Presidente González continuaba gobernando á contentamiento general y hacía el mejor uso de las instrucciones que traía de la Corte, y de las amplias facultades que le había delegado el Rey, para remediar los abusos del mal gobierno de los oidores, dictando las providencias convenientes para atajar los males que aquejaban al país. El Fiscal de la Audiencia, Dr. Francisco Javier Chaparro, había sido residenciado por el Presidente y enviado á España, y poco tiempo después los oidores Peralta y Albornoz salieron de Santafé nombrados para el mismo destino en Charcas. Al Fiscal reemplazó el licenciado Aller de Villagómez, y á los dos oidores los licenciados Egaz de Guzmán y Miguel de Ibarra. Estos tres sujetos vinieron juntos de España, y habiendo hecho escala en Santo Domingo, Don Pedro de Urrego, que á la sazón se hallaba en aquella isla, quiso aprovechar la ocasión, poco común entonces, de enviar noticias suyas á su hija con todos los pormenores del viaje, y aun le escribió

una carta en que la disuadía con encarecidas instancias de que abrazase definitivamente el estado religioso, resolución que él atribuía á una obcecación y despecho del momento, hijos de aquella aventura desgraciada que, si en un principio, decía, había merecido lágrimas y profundo duelo, no debía hacer precipitar y comprometer por toda la vida la suerte de una noble doncella, á quien esperaban mejores destinos y más risueño porvenir.

La ocasión se le venía á las manos á Don Pedro, y ninguna le parecía más favorable que el viaje á Santafé de estos señores, que á su respetabilidad personal unían la de los cargos que traían y alto carácter de que venían investidos, cosas todas que les daban un grande ascendiente. A su llegada fue, pues, inmediatamente á visitarlos, y como supiese que el Fiscal venía casi como interino, y que tenía esperanza fundada de regresar pronto para obtener más alto cargo en la Península, según se le había prometido, dirigióse á él sin vacilación, y le manifestó el objeto principal de su visita. Expúsole en breves palabras el motivo de su residencia provisional en aquella isla, refiriéndole en compendio la historia de sus aventuras, y concluyó rogándole encarecidamente le hiciese la merced de ver á su hija, tan pronto como llegase á Santafé, y la diese noticias suyas; y que, además, si no lo había por enojo, fuese servido de entregarle en propia mano una carta que iba á escribir para Constanza (de cuyo contenido le enteraría previamente á Su Señoría), y otra para el Provisor, Vicario General del Arzobispado, Dr. Miguel de Espejo. Díjole cómo iba á espirar pronto el año del noviciado de Constanza, y que las demoras é inconvenientes que se tocaban para escribir á Santafé hacían urgente aquella medida y disculpaban su atrevimiento.

El Fiscal, que era hombre bondadoso, recibió muy bien á Don Pedro, y condolido de sus penas y desgracias, no puso dificultad en prestarle el servicio que le exigía: antes bien, le ofreció de buena voluntad, y mostrándole cuánto le interesaba esta relación, que en llegando á Santafé se abocaría personalmente con la monja y cooperaría por su parte á esforzar las razones de Don Pedro, á efecto de que sus deseos se viesen cumplidos. Con lo cual quedó tan contento y agradecido el buen señor, que no cabía en sí de gozo, y ya se le figuraba ver de nuevo á su hija y estrecharla entre sus brazos, cubriendo, con un generoso olvido todo lo pasado.

Llegados con felicidad los tres personajes á esta ciudad, al cabo de cuarenta días, que fue mucho andar para aquellos tiempos, en que se empleaban cuatro y seis meses en venir de España, y de éstos no pequeña

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

parte en remontar el Magdalena; y al siguiente día de su llegada, aun no despachadas las más importantes diligencias oficiales de que venían encargados, el primer cuidado del licenciado Villagómez fue informarse y hacerse conducir al monasterio de la Concepción en demanda de Doña Constanza, en virtud de lo ofrecido, y por no querer confiar á ninguna otra persona esta comisión, en cierto modo reservada. Estimulábale también á ello la noticia que tuvo de hallarse igualmente en el dicho convento una parienta suya, Doña Ursula de Villagómez, que había sido una de las fundadoras ó primeras monjas.

Lleváronle á la portería, y llamando al torno, en que una voz de tiple le contestó con el acostumbrado saludo: "Ave María Purísima!" pidió se le llamase y permitiese ver á Constanza, y en seguida le hicieron pasar á una de las salas del locutorio, donde las monjas acostumbraban recibir sus visitas. Allí aguardó algunos minutos, cosa nada extraña para quien venía de una corte donde era muy común hacer antesala en los palacios de los grandes, á veces horas enteras, y se distrajo entretanto mirando los retratos al óleo del ilustre Arzobispo Zapata, con quien por primera vez hacía conocimiento, y del piadoso Luis López Ortiz, fundador de aquel convento, los cuales, con otros varios cuadros místicos, adornaban la sala.

El consabido "Ave María Purísima"! pronunciado por una voz dulce, argentina, angelical, sacó de su distracción al licenciado, y volviéndose, vio á la monja de pie, cubierta con su velo, á través del cual, y á la escasa luz que entraba por una parca claraboya, se descubría confusamente la perfección de unas facciones admirablemente delineadas, y el mal disimulado brillo y hermosura de unos ojos, que, aunque clavados en el suelo, hacían sentir la magia de su mirada.

Sorprendiéronse en extremo uno y otro al verse frente á frente: el caballero, deslumbrado y conmovido por las circunstancias que le rodeaban, sólo en aquel lugar lleno de unción y de un perfume celestial, y apenas alumbrado por una débil luz, teniendo en frente, separada por una doble y maciza reja de hierro y de madera, aquella visión del cielo; y la monja al hallarse en el mismo sitio con un hombre solo y para ella desconocido, ricamente ataviado y que llevaba en sus manos la insignia de la autoridad.

Después de un corto silencio, rompióle al fin el licenciado diciendo:

—¿Tengo la honra de hablar con doña Constanza de Urrego?

—Para servir á Dios y á vuesamerced, contestó ésta. Así me llamaban en el mundo. Pero haced el favor de tomar asiento.

—Perdonad, señora, no estoy muy habituado á estas ceremonias, dijo acercando á la reja una grande y pesada silla de guadamacil; y además, como recienvenido ignoro.....

—¿Con quién tengo la fortuna de hablar? interrumpió la monja, sentándose en el suelo.

—Soy el licenciado Aller de Villagómez, fiscal, si Dios quisiere, de la Real Audiencia.

—Señor, me honra mucho el favor de tan alta visita.

—De paso, en mi viaje, por la isla Española, he visto á vuestro padre y á vuestra hermana; gozan de muy buena salud, y hasta donde es posible.....están contentos.

—¡Bendito sea el Señor!

—Me han recomendado mil recuerdos para vos, y todas las expresiones de afecto que podéis imaginar de quien tanto os ama. Yo me tengo por feliz en ser el portador de ellas y presentároslas personalmente con todo mi respeto.

—Viva vuesamerced mil años y el Señor pague todas sus bondades.

—Ya podéis figuraros todo lo que vuestro padre y desgraciada hermana habrán sufrido en cerca de un año que hace están separados de vos. ¡Ojalá hubiera estado en mi mano aliviar sus penalidades!

—Agradezco infinito á Usía sus buenos deseos. Creo que algo ha perdido mi señor padre la memoria.....ya se ve! con tántas desgracias!.....Me parece que há más de un año que partió.....

—No sé: eso me ha dicho.....y además, me ha recomendado con encarecimiento que os entregase esta carta que os escribe.

—¿Pues no es Usía carta viva?

—Yo cumplo, señora, lo que ofrecí.

—Oiré gustosa cuanto de él me dijere Usía, y doy gracias al Señor porque me ha enviado tal mensajero.....Pero.....no sé si podré recibir una carta.....sobre todo en este lugar. Si quisiese Usía ser servido de dejarla en el torno á su salida.....

—Escusad, señora, tal vez soy indiscreto, pero ofrecí á vuestro padre entregaros en propia mano esta carta, y tengo de cumplirlo, á fuer de caballero; pero si no os place, ó vuestras constituciones os lo prohíben, por lo menos he de leérosla yo mismo. De esta manera podré decir á vuestro padre que me consta que habéis quedado enterada del contenido de la epístola.

—¡Sea enhorabuena! Si no puede ser de otra manera.....Y como nada habrá en ella reservado (y decía esto mirando con cierta inquietud

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hacia la parte más oscura del callejón ó pasadizo en que se hallaba) ó que no deba saber Usía.....me haría gran favor.....(y miraba de nuevo, como á alguna persona que la acompañaba).

—Así es la verdad, cuanto mas que ya conozco el contenido de la carta, como que el mismo D. Pedro, vuestro padre, me la leyó antes de entregármela.

Y rompiendo la nema y desdoblando el grueso papel, comenzó á leer pausadamente :

" Señora doña Constanza de Urrego.

Santo Domingo y Octubre &c.

" Amada hija de mi alma.

" ¡Cómo podrá mi anciana y trémula mano pintaros en breves caracteres la honda pena que experimenta mi corazón a toda hora, viéndome separado de la prenda que más amo, y que fue en un tiempo, con su hermana, el objeto de todos mis desvelos y cuidados! Díganlo los suspiros que esta pena arranca de mi pecho, donde de continuo vive abierta la llaga de esta fatal ausencia. Díganlo también con más verdad las personas que, como el señor licenciado y fiscal de ese Nuevo Reino, portador oficioso de ésta (á quien mucho os recomiendo) han sido testigos de mi dolor.

" Amarga soledad, Constanza mía, que nada puede ya alegrar en este mundo : ni el trato con los hombres, ni la vista de nuevos objetos, ni los cuidados y esmeros de vuestra hermana Irene!.....Sólo Dios podrá, compadecido de mi amarga situación, aliviar mis penas ó darme resignación para sobrellevarlas. Confío en Él, hija mía, que esto no ha de durar siempre y que oirá mis ruegos y los de vuestra afligida hermana.

" Pronto se cumplirá el año de noviciado que se exige en ese monasterio, para resolver sobre vuestra suerte futura. ¿Y querríais, por un mero capricho, por una nonada, llevar adelante vuestra determinación, y dejar á vuestro padre entregado al dolor de tamaña desgracia y á la desolación más espantosa ? Miradlo bien, hija mía, consideradlo con detención ; y si no son parte á ablandar vuestro corazón las súplicas de vuestro anciano padre, séalo la gratitud que le debéis por su amor entrañable, por su desvelo, por la educación cristiana que procuró daros, por la memoria de vuestra buena madre.

" Aun es tiempo, hija mía, de recobrar vuestra libertad.....

—Señor, interrumpió Constanza, mirando en la dirección de siempre, me parece que todo el contenido de la carta llevará el mismo camino. ¡Cuán bueno es mi padre! ¡Si él supiera cuánto le he amado, y cuánta

gratitud conservo en mi corazón!.....Escusáos la molestia de continuar.

—Poco nos falta y voy a terminar. Permitidme que cumpla lo que ofrecí á vuestro padre, supuesto que no habéis recibido esta misiva en propia mano.

" No dudo, continuó, que seais muy feliz en ese monasterio, consagrada á Dios y rodeada de tantas almas puras y santas, de tantas madres respetables ; pero aseguráos por vida vuestra de la vocación que Dios os haya hecho, no sea que luégo venga un arrepentimiento estéril y tardío.

" El señor Fiscal de la Real Audiencia se presta generosamente, como particular y como amigo, á daros su apoyo y á auxiliaros en todo aquello que sea compatible con el decoro, para la salida del convento y regreso al seno de vuestra familia. No faltará una señora de respeto que os reciba en su casa, mientras se presenta favorable coyuntura para emprender el viaje, y en todo caso él, que es otro yo, hará mis veces y os proporcionará todo lo necesario para llevar al cabo nuestra determinación, y aun para conduciros á mi lado, si es que (como lo creo) no quisiereis agravar más mis penas y dar el último golpe à vuestro anciano padre que os ama, os abraza y os bendice con todo su corazón.

" *Don Pedro de Urrego.*"

Un minuto de silencio siguió á esta acentuada lectura, durante el cual sólo se percibió un mal reprimido suspiro que salía del pecho de Constanza, indicio del enternecimiento que le habían causado la memoria y las amorosas palabras de su padre. Y como nada adelantase ésta, dijo al fin el licenciado :

—Y bien, señora, ¿qué os parece?

—Mucho me cuesta el decíroslo ; pero.....puesto que lo ignoráis, dijo la monja con dulce y tranquila voz, y alzando un poco con sus manos de marfil el velo negro que la cubría el rostro, fuerza es que lo sepáis.....Ya es tarde!.....Tres días ha que he hecho mis votos solemnes delante de Dios.....

—¡Qué decis! exclamó el Fiscal, levantándose de la silla.

—Lo que oye Usía.....¡Ya es tarde! No soy ya una novicia, sino una monja profesa, como lo indica este velo.

—¡Dios mío! ¡cuánto he tardado! dijo el caballero, llevándose ambas manos á la cabeza y dejando caer el papel que en una de ellas tenía. ¡Con que llego tarde! ¡Desventurado de mí!

Nuevo silencio siguió á este diálogo, breve pero animado, durante el cual el Fiscal quedó suspenso y como alelado.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Si el señor licenciado ha de ver otra vez á mi padre, dijo la madre Constanza, levantándose del suelo, ó si ha de escribirle, espero que me haga la merced de decirle lo que ha visto y lo que ha oído, mientras yo puedo hacerlo en mejor ocasión. Dígale Vueseñoría que ya estoy casada.....que tengo un esposo á quien amo tiernamente.....que me hará feliz.....y que no me abandonará jamás!.....Que he tomado el nombre de este bello y amante esposo, sustituyéndole al de Urrego, que tan caro me era en el mundo, y me llamo Constanza de Jesús!

—Reverenda madre, debo pedir perdón á Vuestra Reverencia. Si yo hubiese sabido.....

—Yo soy quien lo necesita.....Dios nos perdonará á todos, según su infinita misericordia.....Decía, pues, que tengo ya un esposo, y que el anillo que al morir puso en mi mano el que lo hubiera sido en este mundo, se lo he ofrecido gustosa á aquel otro, como anillo nupcial, y en prenda de eterno amor y fidelidad.

—¡No os comprendo!

—Ese magnífico anillo de diamantes y zafiros, que son los colores del hábito que visto, ese anillo que en señal de matrimonio me dio un moribundo, era de la Reina de Inglaterra; y como no debía pasar á manos indignas, pasó á los pies del Rey de los Reyes. Cuando Usía venga alguna vez á nuestro templo, fíjese en la rica custodia que está dentro del Tabernáculo, y al pie de ella verá incrustado ese anillo, juntamente con otro que fue premio del triunfo en unas justas. ¿Qué mejor ni más alto destino pudiera darles el día de mis bodas?

—¿Y esto es todo lo que tenéis que decir á vuestro padre?

¡No! Dígale Usía también que le envío un recuerdo.....que le será grato. El día en que entré á esta santa casa para no volver á salir de ella, me despojaron de mis galas.....porque no traía el vestido nupcial.....y mire Vueseñoría, cortaron los rizos de mis cabellos.....Pero ese día me ocurrió un buen pensamiento.....pedí permiso para recoger dos de ellos y conservarlos para mi padre y hermana.....Este es mi regalo de boda..... Cuando Usía salga por la portería los hallará en el torno, juntamente con algunos escapularios que deseo lleven al cuello para que la Virgen Santa los precava de nuevos males. Uno de ellos es para Usía.....

—Reverenda Madre, mucho os lo agradezco, y lo conservaré siempre.

—Señor licenciado, á ellos y á vos deseo toda suerte de felicidad, y jamás os olvidaré en mis oraciones.

Al decir esto, se oyó la campana del claustro que llamaba á la Comunidad. Constanza hizo una reverencia y con las manos cruzadas

sobre el pecho, se retiró por el oscuro pasadizo que conducía al interior del convento.

Aun divisaba absorto el Fiscal la extremidad de aquel hábito más blanco que la nieve, el cual se iba eclipsando entre la sombra, cuando una mano invisible corrió la cortina de bayeta que cubría las rejas del locutorio.....El ruido que hicieron las argollas al rozarse con la varilla de hierro, le sacó de su abstracción, y con el corazón oprimido y húmedos los ojos, se retiró de aquella sala perfumada y misteriosa.....

FIN.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

BREVE ESTUDIO

SOBRE FRAY DOMINGO DE LAS CASAS,

MISIONERO CONQUISTADOR DEL NUEVO REINO DE GRANADA

"Ninguna historia hay que no se adorne de variedades, ni hay alguna que no tenga necesidad de perdón ó disimulo."

El P. F. Alonso de Zamora.

I

Mucho tiempo ha que he deseado escribir alguna noticia circunstanciada sobre un hombre cuya historia es casi desconocida entre nosotros, no obstante haber hecho un papel muy importante en la conquista y colonización de este país. Y no sólo importante, sino el más noble y simpático, como que su misión fue de paz, sus trabajos humanitarios y apostólicos y sus armas espirituales. Hablo del bondadoso y entendido Fray Domingo de las Casas, el protector de los indios, figura conspicua de ese grupo de hombres sufridos y valerosos, que, entre indecibles fatigas y peligros, emprendieron escalar la gran cordillera de los Andes, y coronaron su empresa titánica, plantando la Cruz y fundando una ciudad á nueve mil pies de elevación, y á más de doscientas leguas distante del mar de Colón, en el lugar mismo donde estaba el asiento del antiguo imperio de los chibchas.

El carácter humilde, el candor, la modestia y todas las demás virtudes que formaban la fisonomía moral de Las Casas parece como que se aunaron para sepultar su memoria en el olvido y no dejar de él más que su nombre, brevemente mencionado en la historia, y la gratitud de las almas á quienes hizo tanto bien. Pero por esa misma razón es justo que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

alguno de nosotros intente hacer resaltar tan grata memoria de entre la obra de sus colegas y hermanos, tropa de infatigables soldados de la verdadera civilización, que jamás pensaron en trabajar para su propia celebridad ni para sus intereses personales ó mundanos. El gran religioso dominicano de quien me propongo hablar en estas páginas es principalmente representante de la obra de su Orden en nuestro país, y por consiguiente las noticias que la historia nos suministra sobre esos religiosos en aquella época y teatro de la conquista española son complemento importante de su noticia biográfica.

Pocos años después de ocupada y pacificada la tierra y de establecido un gobierno regular en la nueva capital, regresó FRAY DOMINGO á la Península, como lo verá el lector más adelante, y aquí cesan los pormenores que de él pueden darse con certeza. Por lo mismo, uno de los principales objetos de este escrito, cuyo plan primitivo era más extenso y ha sido preciso reducirlo en su desarrollo para darle cabida en esta *Revista*, es excitar á los compatriotas peninsulares de LAS CASAS á que perfeccionen y concluyan esta investigación con los numerosos documentos que, acerca del mismo religioso, deben hallarse en España, en los archivos de su Orden.

Fray Bartolomé de las Casas, presunto hermano, ó por lo menos cercano pariente de Fray Domingo, es joya muy preciosa de la honra de España y testimonio eminente contra los detractores *en masa* del carácter nacional; y bien vale la pena, en mi concepto, de que se consagre alguna diligencia á darle al primero un digno compañero, si no de su talla colosal, á lo menos muy semejante á él. Nuestra historia, menos conocida y estudiada, aunque no menos interesante que la de Méjico, América Central, Chile y Perú, merece que se haga más familiar en el Antiguo Mundo y que se aprecie debidamente la memoria de los hombres prominentes que en ella han figurado, en todas materias, durante más de tres siglos.

Este ensayo ó *estudio* no es, pues, como ya se ha dicho, sino el principio, ó sea una parte de la biografía de DOMINGO DE LAS CASAS. Quiera la buena fortuna que él despierte suficiente interés, para que antes de muchos años los amigos de nuestra común historia hispano-americana nos obsequien con su cumplido remate. Con tan halagüeña esperanza he emprendido un trabajo cuyas dificultades no se me ocultaban, por la necesidad de revolver crónicas y libros viejos muy escasos por cierto de lo que yo buscaba en ellos.

Por desgracia mis más perseverantes esfuerzos para obtener, no ya

pormenores, sino á lo menos datos generales acerca de su origen, familia, nacimiento y venida á América, han sido infructuosos, y ni aun he logrado que algunos de mis amigos que recientemente han visitado á España, hayan podido obtener noticias que den luz sobre nada de esto; las pocas que se hallan en las crónicas antiguas, ó en las historias modernas, no dan materia suficiente para un trabajo completo; pero sí se desprenden de ellas algunas observaciones é inducciones para un somero estudio sobre aquella época no poco interesante de la conquista.

A este informe boceto puede prestar cierto colorido poético el que á esa historia da el espíritu caballeresco de dicha época, su misma antigüedad relativa, y el movimiento y agitación de aquel revuelto siglo en que surgieron en el mundo tantos y tan grandes acontecimientos políticos y religiosos.

Antes de entrar en materia, en lo que se relaciona directamente con la persona de Las Casas, parece necesario hacer algunas reflexiones preliminares acerca del carácter de la época á que este escrito se refiere.

II

Entre los errores que el tiempo, la pasión y la falta de criterio han sancionado sin réplica, hasta que algunos curiosos y muy competentes escritores han comenzado á refutarlos, restableciendo la verdad en sus propios fueros, hay dos muy notables: el uno el de atribuír á los Gobiernos de la Metrópoli, como único objeto impulsivo de sus empresas en América, la ambición y la codicia, y como única política en la prosecución de ellas el empleo de medios violentos y extremados, hasta el punto de sancionar y aprobar, ó por lo menos permitir, la destrucción de la raza indígena que habitaba este continente, haciéndose así cómplices de sus agentes en tan bárbaro propósito; y el otro el de creer que los conquistadores y capitanes, que, bien por delegación, ó bien por capitulación, se apoderaron de estos territorios, y sujetaron á sus moradores, eran llevados en sus crueles excesos y rapiñas del fanatismo religioso, como auxiliar de su ambición y pretexto para cohonestar sus desmanes.

Uno y otro error son crasos, é hijos de la ignorancia y á veces de un mal entendido espíritu de nacionalismo, ó, si se quiere, americanismo exagerado que profesa como único criterio de su doctrina la prevención ciega contra todo lo que procede de nuestros antepasados ó tiene relación con ellos: pasión irreflexiva que ofusca el recto juicio y, no permitiéndole discernir lo bueno de lo malo, lo mismo proscribe lo útil y provechoso que lo perjudicial y repugnante.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

No pretendo hacer la apología de los Reyes de España : digo lo que me parece justo y lo que es verdadero, ó por lo menos verosímil. Los americanos, sin excepción, hemos relegado á la región del polvo y de las telarañas los escudos y blasones de nuestros abuelos, y casi podría asegurarse que en todo el continente no se encuentra una sola ejecutoria de nobleza que no haya sido ya pasto de ratas y polilla. Pero tampoco habrá un solo hombre cuerdo que, por un arranque inmoderado de justo odio á la memoria de los titulados *pacificadores*, sacie su venganza fusilando los retratos de esos Reyes, ni haga autos de fe con las reales cédulas y pragmáticas, documentos que, dicho sea en paz, á pesar de su origen aborrecible, no dejan de servir como cosa *ben trovatta*, cuando conviene sacarlos de entre el polvo y darles carta de naturaleza, declarándolos vigentes.

Esos Reyes estaban en su derecho, aun más, era un deber suyo tratar de engrandecer y dar esplendor á sus dominios por medio de conquistas y ensanches de territorio, ya emprendiéndolas por su cuenta, ya aceptando las que hacían sus súbditos. Esa es la historia de todos los tiempos y de todos los países. Hoy es, y la Inglaterra, la Rusia, la Prusia, los Estados Unidos, el Brasil y otras naciones invaden á sus vecinos y se entran á sus tierras, ó sostienen sus propios dominios en regiones lejanas, y mueven guerras y cuestiones temerarias para apoderarse de lo ajeno. *Su Graciosa Majestad* la Reina Victoria, á título de graciosa, se llama hoy, y se hace llamar, Emperatriz de la India, y ha agregado á su mesa un nuevo y suculento plato : la isla de Chipre. Gran parte de los dominios de la Turquía se hallan próximos á caer en las garras del águila moscovita, porque así lo dispuso en su testamento Pedro el Grande. California y Tejas, ayer no más, eran territorio mejicano : otra águila no menos poderosa los cubre hoy con sus alas. El milano de Cerdeña ha hecho también su presa en nuestros tiempos, extendiendo las suyas hasta la Sicilia y fabricando su nido en el Quirinal. El Emperador Guillermo se ha hecho declarar dueño de casa en el ámbito espacioso de la antigua Alemania. Y todo esto cuando van ya corridas cuatro quintas partes del siglo XIX. Esta es la reproducción de los acontecimientos de todos los siglos conocidos : el drama el mismo, los actores y el público diferentes.

Pero es preciso confesar que los monarcas españoles no sólo tenían en mira el engrandecimiento material y la preponderancia política, sino que también eran guiados por otras miras benéficas y humanas, y que á sus conquistas por las armas asociaban siempre las conquistas morales

por la evangelización de los gentiles, llevando con la fuerza material la suave luz de la civilización cristiana. Por esto ocurrían siempre á los Sumos Pontífices en demanda de su apoyo y sanción, y solicitaban permiso para el envío de religiosos de diferentes Órdenes que, en calidad de misioneros y catequistas, marchaban como un segundo ejército pacífico y conciliador, que, al paso que con el prestigio de su caridad templaba la rudeza de los hombres de armas, con su predicación y ejemplo trasformaba los corazones y los espíritus, é iluminaba los entendimientos de los desgraciados que "yacían sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte", según la expresión de Zacarías.

Son ya muchas las cédulas, leyes y providencias de aquellos Gobiernos repetidas veces citadas por algunos de nuestros historiadores modernos, las cuales tenían por objeto la protección y alivio de los indígenas, para que sea necesario reproducirlas, ni aun mencionarlas aquí ; pero no dejaré de recordar, como dignas de la piedad y sensible corazón de una grar. mujer, las palabras que la Reina Isabel la Católica consignó en su testamento, diciendo : "Que por cuanto el principal fin é intención suya, y del Rey su marido, de pacificar y poblar las Indias, fue convertir á la santa fe católica á los naturales, y enviar para ello religiosos para instruírlos en ella y enseñarles buenas costumbres, suplica al Rey, su marido y Señor, muy afectuosamente, y encarga y manda á la Princesa su hija, y al Príncipe su marido, que así lo cumplan, y que eso sea su fin principal, y que no consientan que los indios de las tierras ganadas y por ganar reciban en sus personas y bienes agravios, sino que sean bien tratados."

No hay, pues, para qué hablar de otras disposiciones protectoras de la raza conquistada, y altamente benéficas para ella, de que están llenos los libros antiguos, como las que la exceptuaban del servicio de las armas, las que les aseguraban el dominio y propiedad de extensos y feraces terrenos, con prohibición de enajenarlos, las que los asimilaban á los hijos de españoles que entonces se llamaban nobles, para el efecto de que recibiesen la misma instrucción y educación que éstos recibían en los colegios oficiales, y otras del mismo jaez : disposiciones que no pensaron siquiera en tomar las demás Naciones conquistadoras de la misma época, como lo nota oportunamente uno de nuestros más juiciosos historiadores modernos, y lo veremos más adelante.

Esta política bienhechora era coadyuvada liberalmente por los Papas, que ningún interés directo podían tener en ella, fuera del general de la humanidad y reducción de los infieles á la fe cristiana. Ese inte-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rés no era nuevo en ellos, pues ya se había manifestado anteriormente con respecto á la infeliz raza africana, reputada por más vil y tratada con más crueldad, si cabe, por aquellas mismas naciones. Díganlo, si no, las repetidas y muy apremiantes instrucciones dadas por la Corte Romana á los misioneros católicos en África, á fin de contrarrestar el inicuo comercio negrero, y los favorables resultados obtenidos en parte.

Me permito citar solamente, á este respecto, y en comprobación, algunas palabras del ingenuo escritor Bernardino de Saint-Pierre, tan moderado como imparcial. "Por más que hayan dicho de la ambición de la Corte Romana, ella acudió con frecuencia al socorro de las Naciones desgraciadas. Hé aquí un ejemplo tomado á la ventura, y que someto al juicio del lector. Se refiere al comercio de esclavos, abrazado sin escrúpulo por todas las potencias cristianas y marítimas de Europa, y condenado por la Corte de Roma. Merolla en el segundo año de su misión se halló solo en Sogno por la muerte del superior general, cuyo puesto fue á ocupar el P. Josef Bussetto en el convento de Angola. Hacia el mismo tiempo recibieron los misioneros capuchinos una carta del Cardenal Cibbo, en nombre del Sacro Colegio, la cual contenía quejas amargas sobre la continuación de la venta de esclavos, é instancias para hacer cesar finalmente tan odioso abuso. Pero ellos vieron muy pocas apariencias de poder llevar á ejecución las órdenes de la Santa Sede, por cuanto el comercio africano consistía allí únicamente en marfil y la trata de negros, ó sea el tráfico de esclavos. Todos los esfuerzos de los misioneros vinieron á parar en que lograron excluír de este comercio á los ingleses." (1).

Ya se deja comprender, pues, cuáles serían las instrucciones benévolas y caritativas dadas á los religiosos misioneros que venían á América, y cuáles las miras y sentimientos de la Santa Sede respecto de los desgraciados indígenas, á quienes desde el principio de la conquista se les negaba aun el carácter de individuos de la raza humana, afirmando que no eran capaces de recibir ni comprender las verdades de la fe, ni eran aptos para la civilización, y en consecuencia, no sólo se les miraba, sino que se les trataba como animales.

El reverso de esta política humanitaria era la baja y vulgar ambición de la mayor parte de los conquistadores, hombres aparentemente religiosos, pero en realidad soldados descreídos y corrompidos, á quienes las costumbres y aventuras de la vida militar de aquellos tiempos les

(1) *Bellezas de los estudios y de las armonías de la Naturaleza.* París, 1835. Tomo II, p. 211.

habían encallecido el corazón y hecho insensibles á las desgracias ajenas. Y este es el segundo error en que se ha incurrido, atribuyendo generalmente á los tales un celo piadoso exagerado. No era la conversión de los infieles lo que á ellos les importaba: por el contrario, un motivo diametralmente opuesto al sentimiento religioso les hacía desear que los indios no recibiesen la instrucción evangélica, que podía civilizarlos y hacerlos menos abyectos. Su verdadero interés era que aquella raza, natural enemiga de los invasores, se fuese aniquilando. Así lo confirma el mismo fray Bartolomé de Las Casas en sus obras, hablando de los conquistadores de este Nuevo Reino de Granada. "Es digno," dice, "de consideración cuán contraria es la conducta de los españoles á lo que se les manda por el Rey en orden á la Religión. No sólo no la enseñan ellos á ningún indio, sino que impiden por todos los medios indirectos posibles que los religiosos prediquen y la enseñen, porque han formado concepto de que la predicación del Evangelio y del catecismo es obstáculo para sus robos de oro, perlas y piedras preciosas." (1)

Fue tal el empeño que tomaron en propalar la especie de que los indios no eran hombres, y tales las proporciones á que se elevó la cuestión, que al fin llegó hasta la Corte y luégo hasta Roma, y fue necesario que el Papa Paulo III reuniese una consulta de teólogos para oír las enérgicas reclamaciones que sobre el particular hacían el Obispo de Tlascala y los frailes dominicanos misioneros, y en consecuencia expidiese una bula en que declaró que "los indios, aunque privados de la luz de la fe, no lo están, ni deben estarlo, de su libertad y del dominio de sus bienes; y que, como individuos de la raza humana, no deben ser reducidos á servidumbre." (2)

No es extraño este juicio erróneo acerca del carácter equívoco de los conquistadores en el común de las gentes, que no leen con reflexión, ó que tal vez no leen de ningún modo, nuestros anales, cuando entre los historiadores mismos no falta quien declame contra ese supuesto espíritu fanático. "Era funesta estrella," dice Plaza, "de los Monarcas indianos perecer por la bastardía de algunos codiciosos europeos que, empapados en sangre inocente, tremolaban con una mano el estandarte de la civilización y de la filantropía, y con la otra levantaban el Crucificado para pillar, usurpar y degollar en nombre de un Dios de mansedumbre y de benignidad." (3). Si esta diatriba se dirige á los religiosos misioneros,

(1) Colección de las obras del venerable Obispo de Chiapa. Tomo I, página 196.
(2) Zamora, *Historia de la provincia de San Antonino.*
(3) Plaza, *Memorias para la Historia de la Nueva Granada.*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nuestro compatriota se equivocó lastimosamente ; y si, como es verosímil, se dirige á los capitanes, el doctor Plaza también se equivocó, pues él debía saber muy bien que éstos no tenían más crucifijo que la espada, la cerbatana y el arcabuz. En lo que menos pensaban ellos, según se ha dicho, era en hacer el papel de apóstoles y propagandistas, más atentos al provecho de sus propios bolsillos que al bien de las almas ajenas.

Si ellos hubieran abrigado en sus pechos sentimientos cristianos, siquiera piadosos, habrían pensado en dulcificar la suerte de los infelices que ellos mismos se habían adjudicado y distribuído como rebaños. El duro trabajo personal á que los sujetaban, hasta asimilarlos á bestias de carga, era tanto más doloroso para los muiscas, cuanto esta nación no era tan bárbara, ni estaba tan atrasada que mereciese el nombre de tribu salvaje. La civilización, aunque escasa, que había alcanzado, hasta el punto de ser los más cultos de América después de los mejicanos y peruanos, les infundía ese sentimiento noble de dignidad que no debe confundirse con el natural de la independencia, común á todos los pueblos y tribus, y por consiguiente se veían humillados, de manera que llevaban la doble carga física y moral á que los habían condenado los que se reputaban sus amos y señores por el derecho del más fuerte, y en realidad eran sus tiranos y opresores.

¿ Mas por qué maravillarse de tal conducta de parte de los españoles, cuando la historia nos dice que otro tanto y algo más han hecho todos los conquistadores del mundo, aun en tiempos de avanzada civilización y cultura ? Permítaseme hacer algunas citas en gracia de la oportunidad, y porque ellas pueden dar más fuerza á las reflexiones ya hechas.

Mais au delà des mers, partout où la soif de richesses amènne l'abus de la puissance, les peuples de l'Europe, à toutes les époques de l'histoire, ont déployé le même caractère. (Voyage d'Humboldt, liv. 3.e) " Cito aquí este pasaje (1) de un viajero filósofo é imparcial, no con el fin de justificar á nuestros mayores de sus crueldades, sino con el de hacer ver, de una vez, que todas las naciones europeas, y no sólo la española, se han manejado del mismo modo en circunstancias análogas. La Inglaterra y la Francia, los dos pueblos que se consideran más cultos y humanos, han consentido las mayores atrocidades para con los pueblos conquistados, y eso no en siglos anteriores, sino en el pasado y en el presente."

Aun puede citarse lo que dijo Mr. Burke en 1788, en el Parlamento inglés, respecto de las iniquidades cometidas en la India por orden del

(1) General Acosta, *Compendio histórico.*

Gobernador Hastings. " Azotaban á los indios por la noche y por la mañana, y así lastimados, los metían en agua fría para azotarlos de nuevo, atando juntos los padres con los hijos, frente á frente, á fin de que el azote que no caía sobre el padre cayera sobre el hijo, hasta que los dejaban medio muertos, para que, apremiados con estos tormentos, descubrieran algunos puñados de grano que habían ocultado de la rapacidad de sus verdugos para alimentar escasamente sus familias. Habían imaginado lacerarles las carnes con ramos espinosos y con varas de una planta cáustica y venenosa, cuyas heridas se convierten en lepra, y aun se gangrenan, pereciendo los infelices. Otras veces les ataban los dedos unos con otros, con tal fuerza que parecían no formar sino una sola pieza, y luégo con cuñas y martillos los separaban, mutilando así estas honradas y laboriosas manos, que no habían cesado de ocuparse en beneficio del Imperio Británico. Por último, endurecidos á fuerza de crueldades, daban á las mujeres tormento de fuego, ultrajando el sexo, la decencia, la naturaleza misma, todo por el ansia del oro etc."

" Veamos ahora lo que se ha hecho en este siglo XIX á la vista de la Europa entera por un pueblo civilizador, y oigamos á sus mismos Generales, y en primer lugar al General Duvivier, que murió en París á manos de los facinerosos que pretenden reformar la sociedad por los medios más sangrientos y brutales.

" Hemos sometido el país (la Algeria), gracias á nuestras hachas y pajuelas, cortando los árboles, incendiando las mieses, y apoderándonos así de un pueblo reducido al hambre y á la desesperación. Hace once años que no hacemos otra cosa que demoler casas, destruír los árboles, incendiarlo todo, degollar los hombres, las mujeres, los niños, cada día con mayor furia."

" Hay hechos todavía más, inhumanos que el pueblo francés ha condenado unánimemente, como el gobierno y el pueblo español reprobaban lo que se hacía en América por los conquistadores." (1).

Poco faltó para que en este siglo el gobierno francés hiciese con Abd-el-Kader lo que hicieron los españoles con Moctezuma y Xicotencal en Méjico, ó con los Zipas en Bogotá.

Pero venían á neutralizar todas esas malas impresiones en América los buenos oficios y mejores tratamientos de los religiosos que, no muy á contentamiento de los capitanes, enviaba la Corte de Madrid, como para hacer contrapeso á esa enorme carga. La dulzura y bondad de

(1) General Acosta, *Compendio histórico* 29

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

aquellos hombres apostólicos, reverso de los otros, su interés ilimitado y nunca desmentido por los pobres indígenas, por cuyos derechos abogaban sin cesar ; esos defensores incansables de su libertad, de sus bienes, de su dignidad misma de hombres, les hacían hasta cierto punto llevadera á los naturales la vida que algunos no tuvieron valor para soportar en Méjico y América Central. Tan paternal desinterés y cariño endulzaban el amargo trago de una civilización que se les imponía y que tan cara les costaba. De buena gana la hubieran comprado ellos con todo el oro, esmeraldas y demás riquezas de su codiciado país, á trueque de no verse cautivos y maltratados.

Leyendo con atención nuestras crónicas, ocurre una reflexión, por lo menos curiosa para el observador, y es que la historia de España en América registra dos períodos igualmente ominosos para ella y de alto escándalo para la humanidad, los cuales forman sus dos eslabones extremos, el alpha y el omega de su dominación en esta parte del Nuevo Mundo. El primer período fue el que puede llamarse de ocupación y colonización, ó sea la época de los capitanes y encomenderos, visitadores y audiencias ; estado caótico y anárquico en que poco se hizo en bien del país, hasta que, pasado un cuarto de siglo, se organizó una nueva forma de gobierno, con la posesión del primer Presidente, don Andrés Venero de Leiva, de grata memoria.

El tercero y último período fue el de los *pacificadores* Morillo y Sámano, que duró tres años, tres meses y tres días, breve, pero funesto reinado del terror, iniciado en 1816 y terminado en 1819 con la memorable batalla de Boyacá, después de dos siglos y medio de paz y de progreso relativo, y de las peripecias y guerras civiles de 1810 á 1816, época de incubación del *self government*.

No queda para la honra de la España sino ese período intermedio del gobierno de los Virreyes, animado, en lo general, de un espíritu de adelanto relativo y de verdadero interés por el país que gobernaban. Digo relativo, porque claro está que en aquel tiempo aun no se habían realizado en ningún país del mundo conocido los prodigiosos descubrimientos con que hoy se enorgullecen las ciencias, la industria y el comercio.

No debiera yo insistir en estas ideas, muchas veces repetidas, y que parecen entrañar una oficiosa y mal disimulada apología del Gobierno colonial, si temiera incurrir en la indignación de los ultra-americanistas que las anatematizan ; pero la verdad histórica y el deber del escritor justo é imparcial no temen nada de eso. Deber, sí, porque es preciso combatir hasta donde sea posible ese espíritu exagerado que va invadiendo la sociedad y haciéndose sentir en todos los negocios de la vida, hasta el punto de que el hijo irrespete y desobedezca, si es que ya no se burla de su padre y lo desprecia, sólo porque las canas que ve brillar en su cabeza le dicen que nació algunos años antes que él, y que ya pertenece *al pasado ;* sin tener en cuenta la educación que le dio, los sacrificios que por él ha hecho, y aun los bienes de fortuna que ha allegado para que él los herede y disfrute.

III

Pero volvamos al asunto principal. Entre las ordenes religiosas que enviaron á sus hijos á este continente, y por cuyos trabajos apostólicos pueden llamarse, y fueron llamadas, "conquistadoras de América," deben mencionarse las de dominicanos y franciscanos, principalmente los primeros, los cuales, por determinación del gran Papa Julio II, vinieron á fundar conventos, universidades, hospitales é iglesias, y á ellos se debió en gran parte la reducción y civilización de los naturales, logrando con la fuerza de su persuasiva lo que muchas veces no podían los Ejércitos con la fuerza de las armas. A esta orden, fecunda en grandes ingenios, le bastaría registrar en sus anales los egregios nombres de Tomás de Aquino, Luis de Granada, Bartolomé de Las Casas, Cristóbal de Torres, Luis Beltrán, Enrique Lacordaire y muchos otros, para ser llamada ilustre y benemérita, aun sin contar con los eminentes servicios que prestó en el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Todos saben que á ella se debió la grande y benéfica reacción religiosa de Europa en el siglo XIII y la destrucción de no pocos errores de la época. Nadie ignora tampoco la parte importantísima que tomó en los designios del gran Colón para el descubrimiento del continente occidental. Todos los historiadores, y entre ellos uno muy imparcial y muy competente, Washington Irving, dicen que no sólo al ilustre fraile franciscano Juan Pérez de Marchena, guardián de la Rábida, se debió aquel primer impulso que recibió tan gigantesca empresa, sino también á Fernando de Talavera, prior del convento del Prado, y confesor de la Reina Isabel, personaje de grande influencia, y órgano de comunicación de Colón con los soberanos de España.

Muchos otros frailes de la misma orden abrazaron calurosamente la idea de Colón ; y en la grande asamblea de teólogos que se reunió en el convento de dominicanos de San Estéban, de Salamanca, la sostuvieron con ardor y entusiasmo. El autor ya citado dice que cuando el sabio genovés expuso y desenvolvió su teoría, "los frailes de San Estéban fueron

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los únicos que le prestaron atención profunda y grande interés, mientras que los demás parecían permanecer indiferentes." (1)

No menos benemérito fue otro sabio dominicano, fray Diego de Deza, del cual dice el mismo Washington Irving: (2)

"Es justo añadir que muchos de los entendidos oyentes de Colón quedaron convencidos por sus razonamientos y encantados con su elocuencia. De este número fue Diego de Deza, digno religioso del orden de Santo Domingo, profesor entonces de teología en el convento de San Estéban, y después Arzobispo de Sevilla, que era la segunda dignidad eclesiástica de España. Este fraile fue gran protector de Colón y le ayudó y auxilió aun con su propio dinero."

Conquistadores se ha llamado á estos religiosos, pero en mi concepto ellos tuvieron un mérito más elevado que los verdaderos conquistadores, si se atiende á la diferencia de condiciones, carácter y oficio de unos y otros. Aquéllos, sin más interés que el de la humanidad, sin ambición personal de gloria ó de riquezas, se exponían á los multiplicados peligros de las enfermedades en climas deletéreos, de la hostilidad y carácter feroz de algunas tribus, de los insectos venenosos y otras molestas plagas, y sufrían resignados todas las fatigas é incomodidades de dilatados viajes con incierto rumbo por comarcas desconocidas é inexploradas, el calor, el frío, el hambre, la sed, el cansancio, todo al par de aquellos otros hombres robustos, habituados á las privaciones y endurecidos en la vida de los campamentos y de los ejercicios corporales. Aquéllos, naturalmente más débiles y delicados, sufrían doblemente, y con la circunstancia de no tener ni el recurso de la defensa personal en un caso apurado, pues que no llevaban más armas que su breviario y su crucifijo, ni les era permitido derramar sangre humana. De seguro ellos no habrían podido manejar una de esas enormes espadas que los capitanes blandían como una pluma, y que los hombres de hoy apenas pueden mover con trabajo.

Mas no tratándose aquí de referir la historia de la participación gloriosa que tuvieron los frailes dominicos en la conquista, ni siendo del caso entrar en pormenores que darían demasiada extensión á este escrito, pasaremos al asunto principal que en él he tenido en mira, y que por su naturaleza exigía forzosamente algunas reflexiones previas que le sirvieran como de introducción, tanto más indispensable cuanto no es posible separar las escasas noticias que sobre FRAY DOMINGO DE LAS CASAS

(1) *The life and voyages of Christopher Columbus*, páginas 40 á 49.
(2) Ibid.

pueden darse, de la historia general de los sucesos en que él tomó una parte tan interesante, ya activa ó ya pasiva.

IV

Corrida apenas la primera década del siglo XVI, los religiosos del convento de Salamanca vinieron á América y se establecieron en la isla Española, donde fueron los primeros que empezaron, no sólo á predicar el Evangelio y á reducir á los indígenas á la vida civilizada, sino también á abogar por ellos y á defenderlos, aun en la misma cátedra sagrada, contra los abusos y violencias de los encomenderos, lo que al fin hubo de suscitarles persecuciones y calumnias de parte de éstos. Esa misma causa y persecución fue uno de los motivos que tuvo el insigne Bartolomé de Las Casas, yá sacerdote, para tomar el hábito de Santo Domingo, y padecer así, según asegura el P. Zamora, en defensa de la verdad y de la justicia. Los religiosos que pasaron á España á sincerar sus procedimientos y desvanecer las calumnias de sus malquerientes, obtuvieron en la Corte las primeras ordenanzas que se hicieron en favor de los indios, que contenían veintidos capítulos, norma de otras que se expidieron después, mirando á su libertad y enseñanza. Estos, que trajeron consigo otros religiosos, fundaron el primer convento seminario y edificaron la Catedral en aquella isla. De aquí pasaron algunos á Cumaná, donde, en el ejercicio de su ministerio y en corroboración de la fe, sellaron ésta con glorioso martirio, primeros que en América derramaron su sangre á manos de los salvajes. Otros se trasladaron de la misma isla, ya ennoblecida con el nombre de su excelso patrono Santo Domingo, á Nueva España, y llegaron á Méjico en 1526.

Por este tiempo regresó de España el P. fray Tomás Ortiz, uno de los que habían sido enviados á la Corte, donde quedó enfermo, y vino á Santa Marta nombrado Obispo con el Gobernador García de Lerma y veinte religiosos más. De aquí pasaron algunos en 1533 á la conquista de la gobernación de Cartagena con don Pedro de Heredia, y unos pocos siguieron al abogado don Gonzalo Jimenez de Quesada, que asumió por su propia cuenta y riesgo el descubrimiento y conquista de lo que se llamó después el Nuevo Reino de Granada, en 1536. Entre estos últimos venía el ilustre FRAY DOMINGO DE LAS CASAS, de quien se trata principalmente en el ligero boceto que se está esquiciando.

Nada se sabe, como se ha dicho antes, sobre el santo varón, su familia y origen, primera educación y carrera eclesiástica; descuido, si no ya omisión deliberada y antojadiza, de los primeros cronistas de nuestro

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

país, que no podían llevar en paciencia las severas reprensiones de los Obispos y sacerdotes que les enrostraban sus escandalosos desafueros. El mismo Quesada no sólo guarda un silencio estudiado acerca de los importantes servicios prestados por los sacerdotes á su gente y á los indios, sino que en su "Compendio historial" llega hasta calumniarlos, diciendo que "los mismos frailes prendieron y remitieron preso á España al Obispo de Santa Marta fray Tomás Ortiz, donde, afligido de trabajos, murió sin consagrarse." Quesada no se hallaba en América en el tiempo del supuesto atropello, y no vino sino cuatro años después. Pero lo cierto es que con humos de conquistador y con notable ingratitud se complace en hablar mal de los Obispos y de los religiosos, contagiado como estaba de la peste de la codicia y de la soberbia. No trató con más benevolencia al esclarecido Presidente Venero de Leiva, por haber informado éste mal sobre ciertas expediciones temerarias de Quesada, y aun ofende su probidad y buen nombre, lo que prueba un carácter rencoroso, como el de casi todos sus conmilitones.

Una prueba, entre otras, que confirman este concepto, es la venganza ruin que ejerció con el meritísimo capitan Lázaro Fonte, su amigo y compañero, al cual, por ciertas palabras que se le escaparon, hizo que un soldado lo denunciara de haber ocultado una esmeralda de gran valor. Formóle causa y en breve término lo sentenció á cortarle la cabeza, lo que se hubiera ejecutado sin dilación si FRAY DOMINGO no se hubiera interpuesto enérgicamente, y hecho esfuerzos extremados para salvarle la vida, y lograr que se le admitiese la apelación para la Audiencia de Santo Domingo; lo que se concedió á condición de salir inmediatamente desterrado para el pueblo de Pasca, como lo hizo, exponiéndose á los mil peligros que allí corría entre los panches. ¡Con cuánta razón dice un historiador nuéstro que, aunque el amigo viejo es tan bueno como el vino viejo, si éste se llega á agriar, no hay vinagre más fuerte y corrosivo

Se ha creído siempre, generalmente, que FRAY DOMINGO era hermano de aquel otro célebre Las Casas (Bartolomé), varón insigne, de fama universal y de imperecedera memoria, por sus luces, su vasta inteligencia, virtud y extraordinaria caridad; aquel á quien llama la historia *el apóstol de los indios*, historiador él mismo y muy notable como escritor. No sabemos qué fundamento haya para tal creencia; pero, si no fue su hermano, por lo menos es de presumirse que lo ligaban con él no lejanas relaciones de parentesco, y así lo puede inferir una sana crítica apoyándose en varias consideraciones. El apellido Las Casas es ya una coincidencia que arguye, aunque débilmente, en favor del parentesco. No era

raro en aquel tiempo que dos ó más miembros de una familia abrazasen la carrera eclesiástica, y aun tomasen el hábito en una misma religión: lo vemos así en fray Domingo de Ladrada, compañero de Bartolomé de Las Casas, que era hermano del Maestro fray Juan de Ladrada, Obispo de Cartagena; en fray Jerónimo de Loayza, hermano del Cardenal fray García de Loayza, Virrey de las Indias Occidentales; y otros ejemplos que registran las crónicas entre los personajes notables que se trasladaron á América. Agrégase á esto que uno y otro LAS CASAS vinieron juntos en el segundo viaje de los siete que hizo Bartolomé, circunstancia que indica el designio de prestar á la Iglesia y á su Orden unos mismos servicios y correr unos mismos peligros. Si se comparan los rasgos más notables del carácter de ambos, se halla tanta semejanza, que sólo dos hermanos pudieran tenerla: la misma energía y actividad, el mismo celo, la misma elevada inteligencia, la elocuencia persuasiva en ambos, la índole apacible y generosa; pero especialmente esa caridad inagotable, ese corazón lleno de amor y de compasión para con los desgraciados, esa nobleza de sentimientos con que uno y otro tomaron resueltamente á su cargo la defensa y protección de los oprimidos indios, á despecho de la rabia de sus opresores. En suma, el retrato moral que de Bartolomé hace la historia se refleja muy claramente en DOMINGO, y no puede hablarse del uno sin recordar involuntariamente al otro.

Un célebre biógrafo moderno de Bartolomé de Las Casas, Mr. Arthur Helps, guarda silencio en su interesante libro acerca de la familia ó parientes del mismo Las Casas, y sólo dice que Bartolomé fue hijo de Antonio de Las Casas, uno de los compañeros y contramaestres de Colón en su primer viaje; que Bartolomé nació en Sevilla en 1474; que su padre llegó á ser rico y que le envió á estudiar á Salamanca hasta la edad de 18 años, en que recibió el grado de licenciado (1). Pero, ó el biógrafo no se cuidó de averiguar el resto de su parentela, ó lo creyó innecesario para su propósito. Debe observarse, sin embargo, la notable circunstancia de haber profesado en el mismo Salamanca FRAY DOMINGO, y por consiguiente hecho allí sus estudios lo mismo que Bartolomé, y ésta es una nueva presunción que hace sospechar un próximo parentesco. Nuestro historiador Plaza así lo asegura, sin vacilar, en el siguiente párrafo de sus *Memorias para la Historia de la Nueva Granada*. "Reunida la tropa castellana y previa la celebración de la misa por el P. FRAY DOMINGO DE LAS CASAS, pariente del célebre Obispo de Chiapa (Bartolomé), pasearon en gran cabalgata el recinto de la nueva ciudad etc."

(1) *The life of Las Casas, "the apostle of the Indies," by Arthur Helps.* Londres, 1868.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La misma aseveración rotunda hace el P. Zamora en su obra ya citada, diciendo (1), con motivo de cierta calumnia que algún envidioso forjó contra el Padre, y de que se hablará más adelante : "Todos los más conquistadores y encomenderos de aquel tiempo están recusados en los informes que hicieron contra los frailes dominicos, porque estos religiosos, celadores siempre de los abusos de vender á los indios como esclavos, y de otras vejaciones que les hacían, fueron de opinión, y la defendieron en las cátedras y púlpitos y consultas, de que sólo el Rey, y no otros, los debían tener encomendados. Y como en este tiempo vinieron de España aquellas leyes que contra los abusos introducidos solicitó el Obispo de Chiapa, don Bartolomé de Las Casas, y como el P. Domingo de Las Casas era su primo hermano, y fraile dominico, derramaron el veneno de su intención etc."

Parece que el verdadero apellido de la familia no era *Casas* sino *Casaus*, de origen francés, el cual se conserva aún en alguna familia española ; y, según varias memorias, el primer progenitor que pasó á España lo hizo como soldado para servir al Rey Fernando III en la guerra contra los moros de Andalucía. Le sirvió en la conquista de Sevilla, en la cual ciudad fijó su domicilio, y en ella sus descendientes gozaron los honores de la nobleza y españolizaron la pronunciación de la palabra *Casaus*, convirtiéndola en *Casas*. Esto dice don Juan Antonio Llorente en la vida que escribió de fray Bartolomé, y agrega que éste salió de España en 1498, de edad de 24 años, con su padre, y sirviendo de secretario á Cristóbal Colón, con quien regresó en 1500.

El mismo Obispo de Chiapa dice : "Yo, Bartolomé de Las Casas, ó Casaus, fraile del Orden de Santo Domingo, me determiné á escribir la presente brevísima historia por consejo de muchas personas etc."

No es de omitirse otra circunstancia notable, referente á la familia de Las Casas, y que registra el mismo editor de las obras citadas, y es la de ser parientes del célebre Conde de Las Casas, autor del atlas geográfico publicado con el supuesto nombre de Mr. Le Sage, y consejero de Estado del Emperador Napoleón I, á quien acompañó en su destierro á la isla de Santa Helena. El mismo Napoleón, según refiere el Conde de Las Casas (2) se entretenía con éste haciendo entes de pasar á América, donde, decía, les habrían hecho un buen recibimiento en atención al parentesco del Conde con el célebre Bartolomé de Las Casas, tan conocido y amado en aquella parte del mundo.

(1) *Historia de la Provincia de San Antonino*, capítulo X.

(2) *Diario de Santa Helena.*

Sea de esto lo que fuere, si la memoria de nuestro ilustre misionero y apóstol quedaría muy honrada con entronques de tanta valía, también es cierto que no necesita de ellos para que su figura aparezca en el cuadro de la conquista iluminada con luz viva y radiante, que, sobre el fondo oscuro de humo y sangre que lo entenebrece, la hace destacarse en agradable contraste con las demás.

De la importancia de Fray Domingo y del lugar distinguido que ocupaba entre los sugetos calificados que vinieron al Nuevo Reino, nos da una prueba el hallarse siempre su nombre el primero entre todos los de los demás eclesiásticos ; y en la relación que de ellos trae el P. Zamora, se encuentra inmediatamente después del de los Obispos enviados á América, especialmente dominicanos. El mismo Quesada da testimonio de ello, no obstante lo que de él se ha dicho antes, respecto á su mala voluntad para con el clero, pues asegura que "todo el Ejército le respetaba por su virtud, letras y ánimo varonil."

Para hablar de los trabajos evangélicos de Las Casas, y de las crueles penalidades que tuvo que sufrir durante largo tiempo hasta internarse en estos remotos dominios de los Chibchas, sería preciso seguirle paso á paso en sus laboriosas excursiones por Cartagena, Santa Marta, Zenú, Calamar, Darién, Urabá y toda la costa septentrional de Tierrafirme, así como entre las tribus de Bondas, Taironas, Machanaes y otras más ó menos indómitas y feroces ; pero no es ésta mi tarea por ahora, ni lo consienten los estrechos límites de un artículo de revista. Así le seguiremos únicamente de lejos en la casi fabulosa expedición de Quesada aguas arriba del Magdalena. Además, siendo tan conocida esta historia, cualquiera se hará cargo de lo que aquí pueda omitirse. Peligros por agua, peligros por tierra, según la expresión de San Pablo ; peligros en el desierto como en el poblado ; hambres caninas, sed devoradora, plagas insoportables ; enemigos por dondequiera en las flechas envenenadas, aliadas de las víboras y escorpiones ; amenazas y asaltos de las fieras de los bosques y de las fiebres malignas ; soles abrasadores, lluvias tropicales, y qué sé yo cuántas otras incomodidades y desdichas que formaban el cortejo de aquella nunca vista empresa ; todo eso era común para nuestros pobres religiosos con el soldado más encallecido y habituado á una vida dura y aperreada durante largos años.

El Adelantado tenía órdenes del Emperador de no emprender conquista alguna sin consultar el parecer de los religiosos que estaban en su distrito. Así lo hizo antes de resolver la proyectada subida del Magdalena, especialmente con Las Casas, cuya opinión y consejo eran alta-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mente respetados, y éste, después de meditar y estudiar el punto detenidamente, y atendiendo más á las ventajas materiales que reportaría su soberano y á las morales y sociales que obtendría la causa de la civilización y de la fe, que á los inconvenientes y obstáculos que encontrarían para llevar á cabo el descubrimiento de las tierras interiores, lo dio favorable y unánime con el de los otros sacerdotes, y todos se ofrecieron para venir acompañando el Ejército como soldados del Evangelio. Estos animosos capellanes, confesores y predicadores de los expedicionarios, eran los PP. Fray Domingo de Las Casas, fray Pedro Zambrano, y dos clérigos, uno de los cuales se llamaba Juan de Legaspes.

V

Dispuesta la jornada con las prevenciones necesarias, partieron de Santa Marta el 5 de Abril de 1536, ochocientos hombres con ocho capitanes, ochenta y cinco de á caballo, y gran número de indios de ambos sexos, ya bautizados, y amigos de los españoles. El Licenciado con parte de la gente salió por tierra, atravesando el territorio de los Chimilas, hasta llegar á Zampollón, donde aguardó á que se le reuniera la flotilla que venía por el río. Pero apenas comenzada la obra, fracasó con estrago, pues los cinco bergantines y dos carabelas que salieron del puerto, naufragaron al penetrar por las "Bocas de Ceniza," en los deltas del Magdalena, barrera hasta hace poco insuperable, que, á manera del Cerbero de la fábula, parecía impedir el acceso á nuestro país por el puerto natural del Atlántico. Casi todos los que pudieron salvarse en algunos islotes, perecieron á manos de los indios que los poblaban ; dos bergantines lograron llegar á Malambo y Punta de Hicacos, y de allí pasaron los restos de estos infortunados navegantes á Cartagena.

Entre esos restos se hallaban los dos religiosos mencionados, que corrieron con fortuna la terrible borrasca, y fray Pedro Zambrano se quedó en su convento de Cartagena, de donde pasó á Nueva España. Esto dio motivo á que Quesada lo multara, callando su nombre en el "Compendio historial," como en castigo de su defección. No sucedió así con Las Casas, quien, con inquebrantable constancia, perseveró hasta el fin, con ánimo resuelto y sereno. Él también pertenecía, á su modo, á aquella raza granítica de Colones, que jamás echaron pie atrás, y que habían borrado de la lengua la palabra *imposible:* raza á que, con miras más ó menos nobles y elevadas, pertenecieron también Cortés, Quesada, Belalcázar, Balboa y otros muchos.

La llegada á Santa Marta de algunos fieles soldados de los que tripulaban los asendereados bergantines, reanimó entre todos el espíritu de empresa. Se hizo nueva tentativa con la esperanza de que esta vez no fuese frustrada, y se enviaron otras embarcaciones con nuevos tripulantes, al mando del licenciado Gallegos, á los cuales se reunieron otros de los derrotados que encontraron en Malambo con los desmantelados buques, á donde llegaron con felicidad, superadas yá las dificultades y riesgos de la travesía por las bocas del río. Allí venía también Las Casas.

En Zampollón se reunieron con Quesada, y allí comenzaron, dice Zamora, á hacer memoria de los trabajos pasados ; recordaron con tristeza las calamidades que habían padecido y que esperaban padecer en una empresa en que no llevaban más rumbo ni guía que la corriente de un río peligroso, lleno de tantos enemigos como salían á su encuentro á probar su valor. El ánimo de aquellos hombres esforzados comenzó á decaer, ya flaqueaban sus fuerzas, con sólo la imaginación de tales peligros, y se atemorizaron hasta el punto de proponer la vuelta á Santa Marta. Pero ¡ quién lo dijera ! El animoso Las Casas, el humilde fraile dominicano, que con ellos había emprendido de nuevo la subida del río, tomando la palabra, les hizo ver lo desacordado de tal resolución, y el riesgo y la responsabilidad de perder una ocasión tan favorable de dar cima á la gloriosa empresa y reducir tantos pueblos bárbaros á la fe, para presentarlos luégo al mundo como hombres civilizados ; sin contar con las inmensas riquezas que para la corona de España iban sin duda á encontrar en estas regiones. Su elocuencia inspirada, el tono de convicción con que habló, y el ascendiente que siempre tuvo sobre el Ejército conquistador, hicieron cambiar la situación como por encanto, y á úna determinaron continuar inmediatamente su viaje, como lo hicieron, después de celebrar Las Casas el Santo Sacrificio para implorar las bendiciones del cielo y obtener en él buen éxito.

Con la del santo sacerdote salieron unos por tierra rompiendo los tupidos bosques, y otros por agua, supeditando á buen remar las corrientes del caudaloso río, hasta entonces no explorado.

Pero no fue ésta la única circunstancia en que la poderosa palabra de Las Casas sirvió de palanca para mover las voluntades de los desalentados viajeros, y para restablecer la calma y la concordia entre ellos. Llegados al cabo de muchos días al puerto de la Tora, rendidos de cansancio, y agobiados por el calor y las plagas, propusieron de nuevo á su general que desistiese de empeño tan desgraciado, persuadiéndolo que se volviese á Santa Marta. Con la contradicción y disgusto que éste les manifestó

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

subía de punto el descontento, y llegó hasta el extremo de amotinarse los soldados con gran vocería y arrogancia. Pero cuando ya parecía todo perdido, el P. Las Casas volvió á hablar, y, tanto con la suavidad de sus palabras como con la fuerza de sus razonamientos, acalló el tumulto y se apaciguaron los ánimos exaltados. "Vosotros sabéis," les dijo, "cuánto ha hecho la Nación española con la tolerancia y sufrimiento de sus hijos y con el heroísmo de sus soldados, nunca vencidos por los hombres ni por la naturaleza. ¿Y vosotros seríais los únicos á quienes arredrasen los peligros y las fatigas? Nó! Dios coronará nuestra constancia y bendecirá nuestros esfuerzos, que no se dirigen sino á su mayor gloria. Aguardemos con paciencia la recompensa de tantos trabajos y no tardaremos en obtenerla. Á la vista tenéis el ejemplo de otros compatriotas vuéstros que á la sazón se hallan en las Indias en posesión de grandes riquezas, por haber vencido mayores ó iguales calamidades que vosotros." Y, agregando á sus palabras los agasajos y tiernas demostraciones de un paternal cariño, la tempestad se disipó, y el regreso á Santa Marta quedó aplazado indefinidamente para mejor ocasión.

El Tasso, que escribió su *Jerusalén libertada* medio siglo después que tuvieron lugar estos acontecimientos, modeló sin pensarlo por la interesante figura de Fray Domingo la de su Ermitaño Pedro, que, inspirado, como aquél, por un celo apostólico, exhortaba á los soldados de Godofredo á perseverar incansables en su empresa, hasta darle cima.

La experiencia había acreditado cuán importantes y acertados eran siempre los consejos de este prudente religioso, pues la única vez que los desatendió el Gobernador García de Lerma, pagó bien caro su capricho. En una entrada que hicieron á la poderosa nación de los Taironas, cuyo valor y tenacidad se ha comparado con la de los Araucanos, pretendió asentar sus reales en su misma capital, la populosa Posigüeica, contra el parecer de Las Casas, que le acompañaba en todas sus excursiones. En vano lo disuadió una y otra vez de tan temerario intento, atendidos el número y las circunstancias de los beligerantes. García de Lerma se obstinó en manifestar su arrogancia, y plantó en el centro de la población su tienda de campaña, creyendo que, á título de Gobernador, había de ser respetado; y al fin pagó su presunción con la completa derrota que le dieron los indios, que, burlándose de él, le embistieron en crecido número, é hicieron gran carnicería en sus soldados, arrebatándole la tienda y vajillas.

Los descubrimientos que hicieron en este viaje y las alegres esperanzas que concibieron por las señales seguras de un éxito feliz, los determinaron á volver á la Tora para recoger el resto de la gente que allí había quedado y emprender nuevamente la subida con todo el grueso del Ejército, dejando allí lo puramente necesario, en guarda de lo yá descubierto.

Poco propenso como soy yo á dar el carácter de milagrosos á ciertos hechos que, juzgados con criterio y reflexión, no pasan de la categoría de hechos naturales y comunes, debo, sin embargo, contar lisa y llanamente lo que en este escrito tiene que relacionarse con su protagonista, sin añadir ni quitar nada. Refieren las antiguas crónicas que en el viaje de regreso sucedió un accidente digno de mención, (1) y fue que cuatro leguas antes de llegar á la Tora, siendo apenas medio día, y á insinuación inmotivada de Las Casas, mandó el General que arrimasen á tierra las canoas, y allí hicieron noche, sin que ni él ni Las Casas supiesen darse cuenta de aquella resolución inesperada. Al llegar al día siguiente á la Tora supieron que toda la tarde del anterior hasta la noche, habían tenido sitiado el pueblo gran número de canoas de indios flecheros, que estuvieron á punto de llevarse los bergantines. Vieron, pues, con asombro que, á no haberse determinado á atracar los buques la tarde anterior y hacer temprano la ranchería, hubieran perecido á manos de aquella inmensa multitud de bárbaros, que no levantaron el sitio hasta entrada ya la noche. El Padre dio gracias al cielo por esta inspiración, que no podía explicarse él mismo: su corazón no le había engañado.

En esta ocasión fue cuando Quesada imitó aquel acto heroico de Hernán Cortés, quien puso fuego á las naves en que llegó á Méjico con su gente, para quitar á ésta toda esperanza y todo medio de regresar á España; pues habiendo determinado aquél que los enfermos imposibilitados para proseguir se embarcasen y volviesen á Santa Marta, dio igualmente orden para que todas las canoas que hasta allí los habían conducido volviesen también á dicho puerto, sin que quedase una sola embarcación, á fin de quitar á los mal contentos la ocasión de poder regresar á la costa, y aun á España: acto de temeraria energía que demuestra el carácter férreo del Licenciado, y el ascendiente que, sin haber abrazado la profesión de las armas, sino la del foro, ejercía sobre aquella soldadesca insubordinada. Pero no puede dudarse que mucho contribuían á refrenar los ímpetus de los ya descorazonados aventureros, la presencia y la voz del venerable fraile que, en otro aspecto, puede decirse era un segundo jefe de la expedición.

(1) Zamora y Quesada, en sus obras ya citadas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VI

Después de haber descansado algunos días para reponerse de las pasadas fatigas y recobrar las fuerzas de alma y cuerpo, que comenzaban ya á faltarles, se fijó el de la partida en demanda de los exploradores, ó sea la descubierta que se había mandado adelante. Las Casas, según refiere el historiador fray Pedro Simón, celebró la misa, y les hizo una elocuente plática, en que alabó en términos encarecidos el valor y constancia indomables de los jefes de la expedición, y la lealtad y obediencia del Ejército, y los animó á que con el favor divino venciesen las dificultades y trabajos que les esperaban, hasta coronar la grande obra que habían emprendido, asegurándoles en nombre de Dios que ya no serían tantos, pues tenían á la vista el descanso, riqueza y abundancia que prometían las tierras que ya divisaban próximas, según las noticias recibidas.

Al acabar el discurso vieron todos con sorpresa cerca de ellos una india joven, de agradable presencia, que como una aparición providencial saludaba á los extranjeros entre risueña y temerosa. ¿Era acaso un angel en carne humana que venía incontinenti á confirmar las palabras casi proféticas que acababa de pronunciar el santo varón, y á reanimar y consolar á los expedicionarios? Lo cierto es que, interrogada por señas, pues no había intérprete de su dialecto, les dio del mismo modo noticia de tierras limpias que había más arriba, de donde se sacaba la sal que ellos habían cogido en una canoa de indios. Estas eran las tierras de Nemocón y también las de Vélez, que estaban al respaldo de aquella sierra de Opón, que ya se divisaba, llamada así por su cacique. La india se les ofreció de buena voluntad á acompañarlos, temerosa sin duda del mal que ellos pudieran hacerle si se manifestaba hostil. Probablemente había venido también en la canoa que días antes habían apresado los exploradores, llena de sal y de mantas finas, y cuyos conductores se habían arrojado al agua aterrados, para salvarse, abandonando la embarcación.

No eran pocas las dificultades de todo género que tenían que vencer todavía para llegar al término deseado; pero al fin todo lo logró la constancia inapeable del carácter español; aunque no sin que muchos infelices sucumbiesen en aquellas soledades, víctimas de las fiebres, úlceras, animales ponzoñosos y otros enemigos del hombre, y dejasen sus huesos entre atolladeros y precipicios, sin más sepultura que el lodo ó la maleza. A todos ellos atendía y asistía nuestro caritativo religioso, en el ejercicio de su ministerio, muchas veces con riesgo de su propia vida.

Entre éstos citaremos un caso que mencionan los cronistas especialmente, y que no carece de interés. Un valiente y simpático soldado, llamado Francisco Tordehumos, á quien todos sus compañeros profesaban particular afecto, enfermó gravemente; no le era posible ya dar un paso, por tener los pies ampollados y llenos de heridas, sobre lo cual le atacó una fiebre violenta, que en pocas horas lo postró. Fue necesario dejarlo á la misericordia de Dios, al pie de un grande árbol, y seguir el derrotero. No se resolvió Fray Domingo á dejar abandonado á aquel pobre hombre, que tanto cariño le había manifestado y que partía siempre con él la escasa ración que podía haber á las manos. Su juventud, su buena presencia y mejores sentimientos le inspiraban grande interés. Determinó, pues, dejar adelantar á sus compañeros, y quedóse allí con otro soldado amigo del moribundo, y con la indiecita que con ellos venía, para asistirle á lo menos con los auxilios espirituales. Todo un día pasaron con él, y por la noche, á la luz rojiza y vacilante de una hoguera que habían encendido, presenciaron la agonía del pobre hombre, que ya no conocía ni podía hablar. Encomendada el alma con las oraciones de la Iglesia, recibida durante el día su confesión y absolución de sus pecados, acomodaron al agonizante del mejor modo que pudieron, sobre una cama formada de varas y hojas de palma, y con profunda pena se separaron, al rayar el día, del que ya reputaban muerto. Merced á la sagacidad de aquella rústica é improvisada Hermana de la Caridad, dieron alcance al siguiente día á los viajeros, que no habían adelantado mucho á causa de las breñas y malezas, é hicieron alto todos juntos en el valle que después se llamó del *Alférez*, donde les fue forzoso detenerse dos ó tres días para emprender con nuevos bríos el camino.

Pero ¡cuál fue la sorpresa de los que reputaban á Francisco ya pasto de las aves carniceras, cuando le vieron aparecerse entre ellos sano, salvo y fuerte como en antes! Sobre todo Fray Domingo y la india que los acompañaba, no podían creer á sus propios ojos y ésta no se atrevía á acercársele, creyéndole, sin duda, temible aparición de un fantasma. Refirió entonces á sus conmilitones cómo el P. Las Casas, cuando le vió tan enfermo, le había aconsejado que se encomendase á la Virgen, y que si se sentía con fuerzas para ello, rezase el santo rosario, devoción favorita de los dominicanos. Que en la mañana de aquel día en que le dejaron solo, durmió apaciblemente dos ó tres horas, y creyó ver en su sueño una bellísima señora que vino á consolarlo y asegurarle que no moriría hasta que viese el fin de su jornada. Y despertando, se halló libre de la fiebre y tan aliviado de todas sus dolencias, que pudo levantarse y conti-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nuar su camino, sirviéndole de guía para seguir á sus camaradas las huellas que habían dejado sus pies en el lodo, y la maleza que tronchaban para abrirse paso por la selva.

Lo que hay de positivo en esta historia es que Tordehumos asistió á la fundación de Santafé y vivió después mucho tiempo en esta ciudad, donde, con la fortuna que adquirió, hizo varias fundaciones piadosas en memoria de aquel beneficio, imponiéndolas en sus haciendas de Buenavista y Cota. No faltó jamás á la devoción del rosario, y dispuso que se le enterrase en la capilla de esta advocación.

La parte poética y peregrina de esta aventura es que Francisco, en recompensa del interés que la generosa joven había tomado por él en su desgracia, se había quitado del cuello, cuando estaba casi espirante, un rosario que su buena madre le había puesto al tiempo de su partida de Sevilla, y se lo había entregado. La sensible joven lo conservó siempre ufana colgado á su garganta. Su amigo el buen Padre no tardó mucho en instruírla y bautizarla con el nombre de Francisca.

Si hemos de dar crédito á lo que narran nuestras crónicas, ó por lo menos inferirlo, no fue ésta la única vez en que el P. Las Casas tuvo ocasión de admirar actos de nobleza y de valor en que figuró con honra el bello sexo indígena ; tal fue, retrotrayéndonos á la época anterior á la conquista del Imperio muisca, aquel que presenció en la batalla que los soldados del capitan Alonso de Ojeda dieron á los valerosos indios Turbacos en la Provincia de Cartagena, según lo trae Zamora. El combate fue sangriento y las mujeres peleaban con tal denuedo, que de una moza de veinte años se refiere haber muerto á ocho españoles, antes de agotar las flechas de su carcax. A sus manos murió el jefe de la tropa, Juan de la Cosa, y no quedaron de los doscientos hombres de éste sino un soldado y el capitan Diego de Ordaz, que fue á llevar la triste nueva á su General.

Otro tanto sucedió en Canapote, pueblo de la misma gobernación, donde las mujeres pelearon valerosamente al lado de sus padres y maridos contra los soldados de Heredia.

Pero el espectáculo más interesante que presenció Las Casas fue el que tuvo lugar con motivo de la paz y alianza que asentó Heredia con el poderoso cacique Zipacua, para lo cual les sirvió de heraldo y mensajero una india cristiana llamada doña Catalina, que habían traído de Santa Marta, vestida en traje español, la cual desempeñó su misión con tanto acierto como el mejor agente diplomático. En prueba de la ratificación que el Zipacua daba á los tratados, envió al Adelantado cien

indias viejas cargadas de maíz, yucas, carne de monte, pescado, frutas y otros regalos, y á éstas acompañaba igual número de indias jóvenes de hermoso parecer, adornadas todas con joyas de oro fino. Aquéllas depusieron sus presentes á los pies de sus nuevos aliados, y la que parecía presidir al otro gentil coro comenzó á despojarse de sus joyas para ofrecerlas á Heredia y sus capitanes, ejemplo que inmediatamente siguieron todas sus demás compañeras. ¡ Feliz embajada en que los españoles recogieron ese día una cantidad no despreciable del codiciado metal ! Después se supo que este acto de generosidad había sido enteramente espontáneo, tal vez determinado por la amable acogida y buena impresión que les habían hecho los gallardos militares. Las jóvenes debieron de parecer tan bién á éstos, que desde entonces quedó Zipacua entre los españoles con el nombre de *Pueblo de las hermosas*.

Aprovechó Las Casas la ocasión que se le presentaba de esta paz y buena disposición para dirigir á los zipacuas un caluroso discurso, en que, por el intermedio de doña Catalina, que conocía el idioma, les afeaba su grosera idolatría, persuadiéndoles de que no había sino un solo Dios verdadero, espíritu puro, eterno é infinito, y de que debían destruír esos ídolos que, aunque de materia preciosa, eran al fin fabricados por ellos mismos, (1) como en efecto los destruyeron ; y casi todos ellos, instruídos después en nuestra fe, la abrazaron gustosos, y rindieron vasallaje al soberano de España.

Pero, dejados aparte varios otros episodios más ó menos interesantes, que nos llevarían muy lejos, tiempo es ya de apresurar el paso, porque todavía nos falta que andar antes de llegar á la esplanada que riega el Funsha, para asistir á la fundación de la capital y asiento de todos los gobiernos que ha habido en nuestro país, término feliz de tantos trabajos y coronación de la ardua empresa acometida por Quesada.

Se ha omitido también referir minuciosamente todos los importantes servicios prestados por Fray Domingo de Las Casas durante su permanencia en Santa Marta, ya en su convento, ya en el curato de la Catedral, y ya, finalmente, entre las tribus y pueblos bárbaros de aquel territorio, evangelizándolos y reduciéndolos á la vida cristiana y civilizada, á costa de peligros y fatigas incontables. Si algún día fuere posible hacer una edición especial de este *Estudio*, esa será la ocasión de registrar en él más de un pormenor interesante.

(1) Un puerco-espín de oro que *adoraban* en el templo de Zipacua, y que pesó cinco arrobas y media, y ocho patos del mismo metal en el templo de Camapacua. Aquí puede decirse que hacía alianza el celo religioso y desinteresado del santo sacerdote, que de nada de esto participaba, con la codicia de los capitanes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VI

Pocos días les bastaron para salir á tierras limpias y abiertas, pasando gradualmente de los ardores estivales del Magdalena á la temperatura primaveral de la gran mesa superandina, con no poco regocijo de aquella descabalada tropa, que, tras un año entero de indecibles sufrimientos, creía pasar al fin del infierno al cielo : contraste que coronaba dichosamente su imponderable constancia y resignación, como se lo había predicho el P. Las Casas, cuando estaban ya á punto de flaquear aun los más animosos y resueltos. En el pueblo llamado Ubaza pasó revista Quesada á su gente, y vio con dolor que de ochocientos hombres de armas y gran número de indios é indias que habían traído como cargueros, quedaban solamente ciento sesenta y seis, habiendo muerto los más, ó quedado abandonados en las playas y bosques, sin que fuese humanamente posible socorrerlos en tanta desdicha (1). A este puñado de hombres intrépidos pertenecían los dos únicos sacerdotes que los acompañaban, "traspillados de hambre, desnudos y desfigurados", según dice el P. Simón, á saber, Fray Domingo de Las Casas y el clérigo Juan de Legaspes.

Llegaron todos á la eminencia de la serranía y extendieron la vista por tierras dilatadas, llenas de grandes poblaciones. Bajaron con brevedad, y en la primera á que llegaron los recibieron de paz los indios, hospedándolos en sus casas y dándoles de comer en abundancia. Allí dispuso el P. Las Casas que se celebrase el santo sacrificio de la misa, y fue la primera que se dijo en territorio del dominio de los Zaques y Zipas. Levantó allí mismo una gran cruz, y postrados delante de ella dieron gracias rendidas á la Divina Providencia, que les había concedido pisar aquellas tierras, en que sin gran trabajo hallaban alimentos sanos y abundantes. Viendo el agasajo que les hacían aquellos buenos indios, descansaron con sosiego algunos días ; convalecieron los enfermos, se vistieron los desnudos, y con los buenos pastos se refrescaron y repusieron los fatigados caballos, que parecían dar también muestras de regocijo, como si participasen de la felicidad de sus amos.

De aquí para adelante dieron los españoles á los chibchas el nombre de *muiscas*, por haber sabido que éste era el del idioma que se hablaba

(1) Don Juan Florez de Ocariz en su *Nobiliario* trae el origen y genealogías de estos heroicos restos del Ejército de Quesada.

en todo el reino del Bogotá, nombre que vino á corromperse en el de *moscas*, muy bien aplicado por el inmenso número de habitantes que hallaron en esta planicie, y que algunos hacen ascender á once millones en todos los dominios del Zipa. No parece exagerada la cifra, si se atiende á la grande antigüedad de las razas americanas, á la suavidad del clima de las mesas andinas, á la abundancia de mantenimientos y fertilidad de las tierras, y á que las guerras que se hacían las tribus y parcialidades, si bien frecuentes, no eran tan sangrientas como las de los pueblos civilizados, puesto que no tenían las armas, proyectiles y demás medios de destrucción que han inventado las naciones modernas. Agrégase á esto que la poligamia era permitida entre ellos como institución necesaria, término medio entre el matrimonio de los pueblos cristianos y el abuso y desenfreno del estado enteramente salvaje.

Después de varios días de marcha entraron á Guachetá, grandísima población á que el P. Las Casas puso el nombre de San Gregorio, por haber llegado el día en que la Iglesia celebra la memoria de este santo, y con él fue siempre conocido aquel curato de los dominicanos. Todos estos indios los recibían de paz, creyendo que eran hijos del sol, al cual ellos adoraban. De aquí tomó ocasión Las Casas para decirles, por medio de los intérpretes que traían desde las tierras de Vélez, que esos extranjeros eran hombres como ellos, hijos del Sol de Justicia, Cristo Jesús, en cuyo nombre venían de paz, y cuya fe debían abrazar para conseguir una felicidad eterna después de esta vida ; impugnándoles su idolatría y los inútiles sacrificios que hacían. Levantó una cruz en el suntuoso templo del Sol que allí tenían y la dejó plantada, con advertencia de que no la quitasen de aquel lugar, y antes bien la respetasen y venerasen, porque, de lo contrario, él mismo vendría á tomarles cuenta de su osadía. Así lo cumplieron con tanta fidelidad, que cuando años después vinieron otros religiosos á catequizarlos, hallaron la misma cruz en el templo y les refirieron los indios que un hijo del sol, que había pasado por allí con otros, la había plantado en ese lugar.

Pero esta sagrada insignia parece que no era desconocida entre los indios, pues, según refieren Fray Pedro Simón y otros religiosos dominicanos, en los altos de aquellas peñas habían hallado algunas cruces pintadas con almagre ú otra sustancia tan fuerte, que no se habían borrado, no obstante hallarse descubiertas y expuestas á la influencia del agua, del aire y del sereno.

Desde allí pasaron á Suesca, llamado por los naturales Suezusca, población libre, que á nadie reconocía vasallaje, y especie de *ciudad de*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

asilo, á donde se acogían todos los que por algún delito huían del rigor del castigo. Desde aquellos altos descubrieron los hermosos campos de Bogotá, que tánta alegría como sorpresa y admiración, siempre crecientes, causaron á los españoles, que veían trasladarse su patria á estos desiertos como por encanto. Los dos sacerdotes postrados dieron gracias al cielo por la ventura que les deparaba, y siguieron todos, no ya en tanta paz y tranquilidad como hasta allí habían venido, pues, avisado el Zipa de Bogotá de su aproximación, había enviado ya numerosa gente armada, con la cual tuvieron que sostener varios encuentros y aun reñidas batallas en Zipaquirá y Cajicá, hasta que triunfantes entraron en Chía, donde los recibieron de paz y les hicieron presentes los habitantes. LAS CASAS aprovechó tan favorables circunstancias para instruírlos, ayudado de los intérpretes, en la doctrina cristiana, mientras llegó la semana santa, que se celebró allí con gran contento de los españoles, casi todos los cuales confesaron y comulgaron. Interesante sería ver á aquella inmensa multitud de gentiles mezclados con los cristianos, tributando homenaje al verdadero Dios en aquellos días, los más solemnes que tiene el culto católico.

Al decir del historiador Zamora, "hizo el P. FRAY DOMINGO todo lo que debía á su obligación en aquella semana santa, en que se portó como un apóstol, y con efectos tan conocidos, como se vio en la templanza con que procedieron los españoles en la conquista de este Reino, de que no se refieren tantos horrores como los que hubo en las otras de esta América". Estaba allí gravemente enfermo el Cacique, que había salido en persona á visitar al General, acompañado de los personajes principales y de su guardia, y trayéndole muchos presentes. El había oído las predicaciones de LAS CASAS con atención y respeto, y éste, que acudió al enfermo con presteza, acabó de instruírle y terminó por administrarle el bautismo. Quedó tranquilo y consolado, y murió como verdadero cristiano. Estas fueron las primicias que recogió el venerable LAS CASAS en el vasto y poblado reino de Bogotá, y al considerar el buen efecto que tal ejemplo había de producir entre los naturales, se bañaba en lágrimas de gozo. Las exequias se le hicieron por los dos sacerdotes, según el rito cristiano, asistiendo á ellas el General con sus soldados, y se le tributaron los honores militares que le correspondían como jefe, y como amigo y aliado suyo, de lo cual quedaron maravillados y muy complacidos los chías, que por primera vez veían ceremonias semejantes.

No acompañó LAS CASAS á Quesada en la incursión que hizo á la tierra de los famosos panches, á donde pasó después de haber ocupado,

no sin alguna resistencia, la gran capital del Zipa y su espléndido palacio, el más suntuoso de cuantos hasta allí habían visto, sino que, conociendo el motivo que allí llevaba al General, que era la sed insaciable de oro y esmeraldas, provocada con las muchas que halló en Bogotá, el buen religioso prefirió quedarse con los indios instruyéndolos en las verdades de la religión, y procurando templar con suaves palabras y afable continente la mala impresión que en ellos habían dejado la codicia de los españoles, la ocupación de sus *alcázares*, que así los llamaron éstos, y la profanación de su templo. Pero no fue mucho por entonces el fruto que de ellos obtuvo, pues, preocupados y afligidos como estaban por la fuga de su soberano y trasplantación de sus grandes riquezas á lugares tan ocultos que hasta hoy no han podido descubrirse, poca ó ninguna atención prestaban á las enseñanzas y exhortaciones del hombre de las ropas talares, no obstante la simpatía que por él manifestaban.

Regresó Quesada de aquella campaña sin haber recogido todo el botín que él se había figurado, con la mira de pasar á las tierras situadas al Norte, donde, según más exactos informes, esperaba hallar en abundancia lo que deseaba. Un indio mozo, resentido con los suyos, ó temeroso de los españoles, les indicó que los criaderos de aquellas piedras verdes estaban en un pueblo llamado Somondoco, distante cinco soles, ó jornadas. Consultó el General con sus capitanes, no menos codiciosos que él, y todos, á una, fueron de parecer que se abandonase lo descubierto y se hiciese una entrada á aquella tierra. No pensó así el buen LAS CASAS, quien, con más criterio y menos ambición que los soldados, opuso muy buenas razones á esta tentativa, que bien pudiera, en su concepto, aplazarse para más oportuna y favorable coyuntura. Pero hubo de ceder á la obstinación de los capitanes, con la esperanza de hallar él también por su parte más abundante mies en esas pobladísimas regiones, y de encontrar á su regreso más preparado el ánimo de los azorados muiscas para recibir la semilla del Evangelio.

No seguiremos esta expedición en su paso por Engativá, Usaquén, Guasca y Guatavita, poblaciones de mucha consideración, especialmente la última, corte de señores poderosos que en más prósperos tiempos fueron soberanos, hasta que el usurpador Thysquesusa, que reinaba en Bogotá, los sujetó á su dominio. Dejémoslos seguir por Chocontá y Turmequé, ciudades no menos opulentas en que hormigueaba la gente, donde los recibieron con regalos y sahumerios de resinas olorosas, que quemaban en unas planchas de oro redondas á manera de patenas. Veámoslos partir de Tenza y entrar al valle de Baganique, cuyos moradores salieron

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

á su encuentro, no ya con sahumerios y comestibles, sino con flechas y macanas, y gracias al arrojo de Martín Galeano que montado en su caballo y casi solo venció toda aquella muchedumbre, quedó despejado el campo y la población abandonada á los invasores, que hicieron en ella buena presa de víveres, esmeraldas y gran cantidad de ropa de algodón.

Pasemos por Tundama ó Duitama, señorío de un Cacique poderoso y el más guerrero que había en el reino de Hunza ó Tunja, y dirijámonos á la capital de éste. En el camino se le presentó á Hernán Venegas, que mandaba la descubierta, un indio principal que, según se supo, gobernaba en el valle de Baganique, enemigo capital de su Rey por haber hecho morir éste á su padre ajusticiado, y hallando ocasión de vengarse, descubrió el secreto que tántos indios habían guardado. Dióle noticia del Zaque ó sea Rey, que eso significaba en su idioma, llamado Quimuinchateca, poderoso y opulento señor de aquellas tierras, ofreciéndose á conducirlos á su Corte. Dado aviso al General, y examinado el indio, éste se ratificó en lo dicho, por lo cual partieron apresuradamente, y llegaron el día de la Asunción de Nuestra Señora, sobre lo cual dice Quesada lo siguiente: "Este día no era razón caminarlo, y así lo que se hizo fue que las personas principales se confesasen y comulgasen para ir con más devoción á robar al Cacique de Tunja, é ir más contritos á semejante acto, poniéndose con Dios de aquella manera para que no se les fuese el hurto de las manos. ¡Oh ceguedad extraña, entonces mal entendida, de los conquistadores!"

Parece como que éstos se empeñasen en añadir á la codicia la deslealtad y la burla, pues que se echaban mutuamente en cara su ambición y malos procederes. Las palabras que quedan citadas así lo prueban, ó por lo menos son una confirmación de lo que antes se ha dicho acerca del carácter rencoroso y poco benévolo de Quesada, de que todavía encontraremos algunos indicios más.

Vistieron al indio al uso de los que traían de Santa Marta, y determinó el General tomar á su cuenta aquella empresa con la gente más escogida. Caminaron con toda la priesa con que los urgía el *baquiano;* así fue que cuando, avisado el Zaque de que venía gente extranjera, envió á su encuentro algunos hombres con regalos para entretenerlos mientras tenía lugar de ocultar sus inmensos tesoros, ya los españoles se hallaban en los burgos de la ciudad, y entraron en ella al ponerse el sol, que reflejaba sus rayos en las láminas de oro bruñido que pendían de sus muros, las cuales, como estaban juntas, se agitaban con lá brisa de la tarde y rozándose unas con otras formaban una música agradable y misteriosa. La turbada y confusa multitud se quedó como alelada al ver aquellos arrogantes jinetes, sus armas y vestidos, y ellos sin detenerse rompieron bruscamente por entre la muchedumbre de curiosos, hasta llegar á las mansiones reales.

El Rey Quimuinchateca, imposibilitado por su edad y corpulencia para salvar su persona, como lo había hecho el Zipa de Bogotá, mandó cerrar las puertas del palacio, y requerir todas las avenidas, formadas de fuertes cercos de enormes maderos. En una de las habitaciones se había recogido apresuradamente gran cantidad de oro, en cargas acomodadas para sacarlas en hombros de sus vasallos, y comenzaron á arrojarlas por la parte superior de la primera cerca, cosa que no advirtieron los invasores por haber ocurrido todos á la entrada principal. Los que iban adelante rompieron las fortísimas ligaduras de las puertas, y entró el General Quesada con Antón de Olalla y doce compañeros más, quedando afuera la infantería.

Estaba el Zaque sentado con gravedad en una silla baja y le rodeaban infinidad de guardias, criados de su servidumbre y mujeres, adornados todos con patenas de oro en el pecho y medias lunas en la frente, cubiertos con vistosas plumas y vestiduras matizadas de varios colores. Los cronistas calculan en cincuenta mil las personas que había dentro y fuera del cercado. De tanta grandeza y magnificencia quedaron admirados los españoles, pero el traidor guía les aseguraba que aquello era nada en comparación de las riquezas que aún les quedaban por ver.

El Zaque, sin dar muestras de sobresalto, se mantuvo sentado, con severo continente, juzgando que ninguno le faltaría al respeto. Pero cuando Quesada reconoció que era el Rey, se le acercó cortesmente á abrazarlo, acción que procuraron estorbar sus Ministros, como escandaloso desacato que se cometía contra su persona; con lo cual se levantaron tales voces, que no fue posible hacerlos callar para dirigirles el requerimiento acostumbrado en nombre de Dios y del Rey de España. A pesar de las demostraciones de paz y amistad que les hacían, fueron tales los gritos dentro y fuera del palacio, y tal la confusión, que Antón de Olalla, hombre esforzado, se vio en la necesidad de echar mano al Zaque para asegurar su persona en prisión. Aquí se turbó el ánimo del Zaque, y perdiendo su gravedad, dio grandes voces, con que representaba sin duda el atrevimiento de aquellos extranjeros.

La multitud se embraveció en términos que llegaron á las manos con los invasores, dando espantosos alaridos; pero el capitán Gonzalo Suárez Rondón y los soldados de á caballo que estaban en la parte exte-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rior, se pusieron en guarda para que no entrara socorro de fuera, dejando al valor de los que estaban dentro el desempeño de lance tan peligroso. En este momento ocurrió un incidente verdaderamente dramático: el venerable Las Casas, que advirtió lo que pasaba, rompió denodadamente por entre propios y extraños, y llegó agitado al lugar de la escena principal, á tiempo que una de las mujeres que rodeaban al Zaque había echado mano á la espada de Olalla, y forcejeando con él por quitársela, había caído por tierra, herida en las manos con los filos del arma.

—Teneos! gritó Las Casas con voz estentórea: ¡Qué vais á hacer, hombre desatentado! ¿Es ésta la hidalguía castellana de que os jactais? ¿Qué nobleza, qué valor es ultrajar á una débil mujer? ¿No la véis herida? ¿Queréis todavía sacrificarla á un furor insensato?

Las voces del tumulto cesaron por un momento, y conociendo los indios el espíritu con que hablaba aquel hombre, que no se parecía á los demás, se agruparon á su rededor; las mujeres con lágrimas en los ojos se hincaban delante de él, otras le tomaban las manos, ó se agarraban de sus vestidos, intercediendo por su soberano. Quesada le dijo con voz alterada:

—Bien podéis, Padre, mezclaros en lo que os incumbe. Id á calmar esa chusma, asegurándole que su Rey, aunque está en poder nuéstro, nada tiene que temer.

—Andad, General! contestó con entereza el religioso, que no vine yo á esta conquista para encubrir violencias, ni para solapar desmanes, sino para predicar el Evangelio á estos pueblos desgraciados, y para favorecer á los débiles y oprimidos. Bien hacen ellos en defender á su soberano, que ningún agravio os ha hecho hasta ahora, ni tiene más delito que ser dueño de grandes posesiones y riquezas. Dejemos tales crueldades para las fieras que habitan en las selvas, y antes que poner manos violentas sobre estos infelices inocentes, postrémonos en el polvo á dar gracias al Dios grande y bueno, porque nos ha traído hasta aquí con tanta misericordia.

Fue tal la entereza con que habló el fraile y con semblante de tanta dignidad, que el mismo Jiménez, turbado y como avergonzado, envainó su espada, y todos permanecieron quedos, esperando el desenlace de esta escena.

Las Casas dijo por señas á los alborotados indios que él respondía por su Rey, y que bajo su responsabilidad quedaba allí, con lo cual se aquietaron y fueron retirándose tristes y cabizbajos, desconfiados é irresolutos unos, pero todos dirigiendo al sacerdote miradas suplicatorias y expresivas.

Este desgraciado Zaque era también usurpador y tirano, como lo fueron Thysquesusa en Bogotá, Motezuma en Méjico y el Inca Atahualpa en el Cuzco; pero esto no justificaba los procederes violentos de los conquistadores, porque una tiranía jamás disculpó otra tiranía, sea cual fuere el nombre que la última tome, y la capa con que se cubra. Algunos historiadores apasionados han pensado, con extraño criterio, que el derecho de la guerra autorizaba tantos desafueros; ¿pero de qué guerra se trataba, cuando los beligerantes ni aun se conocían, cuando de potencia á potencia no había precedido declaratoria formal, ni había agravios que vengar, ni reclamaciones desatendidas que alegar como fundamento?

Ya se comprende que el derecho de conquista, que es el derecho del más fuerte, pueda ser beneficioso para la humanidad, porque así lo demandan el natural movimiento progresivo de ésta y la imperiosa necesidad de que los pueblos cultos lleven su civilización á los pueblos bárbaros. Sin la irresistible pujanza y espíritu invasor de Roma conquistadora, el mundo no sería hoy lo que es. Pero ese derecho de conquista, que parece ser una misión divina desde los tiempos bíblicos, tiene también sus leyes y sus límites prescritos por la humanidad, la moral y la religión, á lo menos desde que la era cristiana alumbró con su luz bienhechora al mundo para regenerarlo. Ni Cortés tuvo razón para aprisionar y vejar á Motezuma, ni Pizarro para quitar la vida á Atahualpa, ni Quesada para sacrificar inhumanamente á Thysquesusa y á Zaquesazipa. Ni mucho menos la tuvieron en este siglo XIX los franceses para llevar á fuego y sangre la bandera de la civilización moderna á las colonias de Africa, cuando todavía resonaba en todos los ámbitos del globo la *fanfara* del 93; cuando no hacía cincuenta años que aquella orgía que se llamó la gran revolución había proclamado ostentosamente y en todos los tonos conocidos los *derechos del hombre*, aturdiendo al mundo con el consabido estribillo de *libertad, igualdad, fraternidad*.

Los reyes de España se hallaban á cerca de dos mil leguas distantes del teatro de la conquista, y ocupados en la guerra con Francia, y aun con el Papa Paulo IV, y no podían impedir, y tal vez ni aun saber, lo que por estos mundos de América sucedía, pues las comunicaciones eran tardías y difíciles; mientras que Argel estaba á las puertas de la República francesa, que no podía ignorar las atrocidades que se cometían con los árabes, aun con violación de la fe de una solemne capitulación.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VII

De sumo interés es la narración de los sucesos que siguieron á la ocupación y saco de Tunja y prisión del Zaque. Nadie ignora lo que aconteció en Sugamuxi, ó Sogamoso, á donde entraron también á saco los insaciables invasores ; ni el incendio, casual ó deliberado, de su famoso templo del Sol, residencia del poderoso Cacique de Iraca y Pontífice máximo de los muiscas, y el más espléndido y suntuoso en estos países ; ni la invasión á Paipa, ciudad populosísima y muy rica, donde sufrieron un considerable descalabro los españoles, y tuvieron que retirarse. Pasaré, pues, por alto los pormenores de esta expedición, por no figurar en ella personalmente Las Casas, quien, según parece, se quedó en Tunja, quizá disgustado por la poco digna conducta de sus compatriotas, ó tal vez para acompañar y consolar al Zaque, á quien dejó Quesada con guardias, pero permitiéndole que le viesen y asistiesen los personajes de su Corte, sus mujeres y personas de su servicio. Agregábanse á estos motivos el de haber empeñado su palabra de favorecerle y responder de su persona, temeroso como estaba, sin duda, de algún atropello por parte de los soldados, en ausencia del General.

Recogido el cuantioso botín que hicieron en Sogamoso, que, según los cronistas, se apreció en más de cincuenta mil castellanos de oro y gran cantidad de esmeraldas, regresaron á Tunja, sin que pensasen siquiera en tomar posesión de aquellos territorios en nombre de su soberano, como es uso y costumbre entre los conquistadores. Todo su anhelo era descubrir riquezas y averiguar dónde las había, sin pararse en los medios de conseguirlas. Estos señores se habían adelantado á su siglo y profesaban el utilitarismo puro, sin que supiesen más aritmética de los placeres y las penas que la de pesar los castellanos de oro y las esmeraldas que desamortizaban á sus legítimos dueños, para que entrasen en la circulación.

Por aquí puede colegirse fácilmente que aquella cruel ejecución que ordenó Quesada en Suesca, de un pobre soldado llamado Juan Gordo, uno de los que más habían servido como *machetero,* ó sea zapador, por creerse que había quitado á un indio unas mantas finas, que éste había dejado abandonadas por huír atemorizado, sólo fue una superchería, y no un acto emanado de un principio de justicia para moralizar el Ejército. Los jefes sólo trataban probablemente con estas órdenes severas de impedir que los simples soldados se apropiasen lo que podían haber á las manos, y que aquéllos creían pertenecerles á ellos exclusivamente.

Determinólos también á apresurar el regreso la noticia que recibieron de haberse descubierto el sitio en que se hallaba oculto el Zipa de Bogotá con sus tesoros. Estímulo fue éste que los compelió á dar libertad al Zaque Quimuinchateca, si bien lo llevaron preso hasta Suesca, sin duda para obligarlo con agasajos y promesas á descubrir lo que había ocultado, que, según el dicho del indio denunciante, excedía en mucho á lo que habían recogido.

No pararon aquí las desventuras de este infeliz monarca. Estando en Suesca, se confirmó el rumor que ya corría desde su prisión en Tunja, de que sus vasallos, creyéndolo perdido en manos de los españoles, sobre todo desde que lo sacaron de su capital, se habían apresurado á darle un sucesor, tal vez en interinidad, y elevado al trono á un sobrino del mismo Zaque, llamado Nompanim, nombre de un antecesor suyo, y que era el heredero legítimo, según las leyes de sucesión de los muiscas, las cuales no concedían este derecho á los descendientes por línea recta, sino á los hijos de las hermanas. Esta especie de defección inesperada de su pueblo, que tanto sentimiento le había manifestado en su desgracia, estuvo á punto de quitarle la vida, y le hizo reflexionar cuán instable es la suerte y cuán voltario y efímero eso que se llama opinión pública y esplendor de la grandeza. Viejo yá, afligido, robado y humillado, apenas tuvo fuerzas para retirarse al pueblo de Ramiriquí á llorar su pasada gloria, y á terminar una vida que, por cansada y decrépita, era ya para él una carga insoportable.

Acabó de rendir sus agotadas fuerzas un nuevo golpe, cuya relación podrá tal vez amenizar un tanto la monotonía de estas páginas. Ashinha, la más joven y hermosa de sus mujeres, siendo todavía niña, había conocido á Nompanim, y desde entonces, atraídos ambos por mutua simpatía, se habían profesado tierno y secreto afecto ; pero elegida desde la edad de quince años por Quimuinchateca para ser su favorita, los dos amantes tuvieron que renunciar á tan dulces esperanzas, aplazando sus legítimos deseos para mejor ocasión. El, con la seguridad de suceder á su tío en el gobierno, le prometió hacerla su esposa en la oportunidad, y ella le juró por el rayo del sol que en ese momento iluminaba su frente, un eterno amor y fidelidad, y aceptó desde luégo la manta fina de algodón y el brazalete que, como arras anticipadas, respondían del cumplimiento de su mutua palabra. Cuando llegó á Suesca la para ella regocijada noticia de lo ocurrido en Tunja, no vaciló un momento en su resolución, y, como la paloma prisionera que se escapa de la liga, voló ansiosa á los brazos del feliz amante que la aguardaba en ellos lleno de alborozo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

No fue ésta la única deserción de parte de las mujeres que habían acompañado al caduco Zaque en su forzada peregrinación : ya había resuelto otra de ellas separarse de su soberano, de su familia y aun de su país, eligiendo para sí la mejor parte, como aquella feliz María, hermana de Marta, de que nos habla el Evangelio. Después que Quesada con su gente, tras un breve reposo de pocos días, siguió su marcha para Bogotá, no tan precipitada como hubiera querido, porque las abundantes lluvias de la estación habían hecho intransitables los campos y senderos, nuestro misionero permaneció en Suesca, donde quedaron también tres soldados apenas convalecientes de sus enfermedades, y otros dos que los custodiaban y protegían. Entre otros objetos se proponía el sacerdote consumar la catequización de algunos indios que se habían mostrado dóciles á su voz y le manifestaban simpatía, y vamos á ver cuál fue el desenlace de este santo proyecto.

VIII

Era media noche ; la lluvia caía á torrentes ; una formidable tempestad estallaba sobre los valles de Suesca y el fragor del trueno era repercutido por las colosales rocas cortadas á tajo y llamadas *el balcón*, que se elevan perpendicularmente á una inmensa altura, presentando un magnífico panorama (1).

El venerable Fray Domingo estaba en oración, arrodillado delante del pequeño crucifijo que llevaba siempre consigo, y que por la noche colgaba en la pared. Profunda era su meditación, que le tenía completamente abstraído de todo lo que pasaba fuera de su alojamiento, donde no se oía en los intervalos de los truenos sino la fuerte respiración ó ronquido de los cinco soldados que allí mismo dormían á pierna suelta, tendidos en el suelo y cubiertos con sus mantas. Pero lo que no pudo el estruendo de la tormenta, que fue sacar al Padre de su éxtasis, lo hizo un ligero rumor que sintió á la puerta del aposento. Dirigióse á ella para abrirla, y á la luz deslumbrante de un relámpago vio una mujer envuelta de arriba á abajo en una gran manta listada, y detrás de ella otra que la acompañaba. El primer movimiento de aquélla fue llevarse un dedo á la boca para pedir al Padre silencio y reserva, y luégo, al trémulo resplandor de un hacecillo de mimbres impregnado de cierta resina olorosa que ardía en un rincón de la sala, le mostró sus manos mojadas por el agua de la lluvia, en las cuales se veían todavía las cicatrices de las cor-

(1) Poéticamente descrito por nuestro compatriota Diego Fallon.

taduras que en otra ocasión le había hecho la espada de Antón de Olalla, cuando ella, por defender á su soberano, había forcejado inútilmente con el temerario capitán.

Manifestóle con ademanes y bien claras señas que deseaba seguirle y separarse de los suyos, dispuesta como estaba á recibir el bautismo y abrazar la doctrina en que él había comenzado á iniciarla. Turbóse algún tanto el religioso con esta aparición nocturna, que, á no ser por el agua que destilaba por todos sus miembros y que empapaba el suelo, la habría tenido por una importuna alucinación de Satanás, que venía á turbar su oración ; pero se tranquilizó luégo al reconocer en ella á su catecúmena, á quien solía ver con frecuencia. Su primer movimiento fue ir á despertar á los soldados para que presenciasen tan rara entrevista, pues no era decoroso para un sacerdote permitir que ella fuese acaso mal interpretada. Habiendo entrado ambas mujeres á la estancia, cubiertas con la decencia que el caso requería, se explicó el intento del proyectado viaje y se concertó lo que debía hacerse. La india tomó de manos de su compañera, que desde luégo estaba en el secreto de todo, y era también catecúmena, algunas esmeraldas, láminas de oro y otras pequeñas alhajas, y arrojándose á los pies de Las Casas, le suplicó las aceptase, como una muestra de su gratitud, y prenda de la palabra empeñada de su conversión ; pero el santo varón rehusó decididamente tomar nada de aquello, y sólo por sus repetidas instancias consintió en distribuírlo entre los soldados, reservando solamente una pequeña piedra para incrustarla al pie de su crucifijo, como un homenaje tributado al que es autor de todo bien, y en memoria de esta singular aventura.

Entre tanto la tempestad se alejaba y sólo se oía á lo lejos el sordo gruñido de prolongados truenos. La lluvia había cesado y la luna llena, limpia y bruñida como si saliese de un baño, volvía á brillar en el zenit al través de la húmeda atmósfera. Al despedirse la india de su padre y protector en el patio de la casa, señaló con la mano el disco plateado del astro, como diciendo : mañana cuando, al anochecer, aparezca de nuevo en el horizonte, partiremos en busca de los cristianos. El Padre la bendijo y cerró de nuevo la puerta de su estancia, mientras sus dos amigas desaparecían ligeras como dos corzas entre los árboles que asombraban la entrada de la casa.

El misterio de esta entrevista se explica muy bien, porque si ella se hubiese verificado de día, las dos neófitas se habrían hecho sospechosas, y el escándalo tal vez frustrado su proyecto, mucho más cuando ya el Zaque tenía sospechas de la probable apostasía de su querida compañera.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Prevenido lo necesario, partieron la noche siguiente las ocho personas que figuraron en la anterior, y dos ó tres indios más que también las siguieron, llevando el avío, y, no sin grandes fatigas y penalidades, dieron alcance, á la tercera jornada, á algunos de los gandules que transportaban á espaldas las cargas de oro recogido en el saqueo de Tunja, Sogamoso, Paipa y otros pueblos, y que eran en número de doscientos indios. Al llegar á Chía se unieron con el ejército que estaba allí descansando y preparándose para invadir de nuevo el cercado del Zipa.

Desde que los españoles habían llegado la primera vez á sus tierras, éste había huído con su Corte á los bosques que demoraban al Occidente de la capital, trasponiendo sus tesoros para sustraerlos á la codicia de aquéllos ; y allí permaneció oculto hasta el regreso de los invasores de la expedición á Tunja y Sogamoso. Aunque Thysquesusa tenía una casa de recreo cerca del pueblo de Tocatativá (hoy Facatativá), no creyó prudente permanecer en ella, y se retiró á una de las extensas y profundas cavernas que aun se ven en sus alrededores. Además de los corpulentos árboles y tupida maleza que entonces ocultaban su entrada, los indios de la servidumbre habían hecho fosos rodeados de fuertes cercas de madera, no muy elevadas, que formaban un amplio recinto ó patio, donde se verían bien resguardados contra cualquier ataque ; pero prevenidos siempre con centinelas y vigías que desde lo alto de las rocas oteasen la vasta llanura para advertirles de cualquier peligro.

Con el aviso anticipado que había recibido Quesada (que nunca faltan traidores á ninguna causa), se había dirigido cautelosamente á aquellos sitios para dar una sorpresa al Zipa. Hallábanse los descuidados muiscas celebrando una de las varias fiestas que tenían en el año, á las cuales eran siempre invitados los Caciques vecinos, si bien en esta vez no lo había sido sino el de Chía, el más poderoso de todos, y que por leyes ó tradiciones pretendía tener derechos á la corona. El Cacique había enviado á su hijo para que le representase, y aquel mismo día había llegado trayendo regalos para el Zipa, entre ellos, según refiere Zamora, un gran vaso de oro, en el cual hicieron esa noche sus libaciones.

Thysquesusa y toda su comitiva y mujeres se hallaban por la noche reunidos en la espaciosa caverna, formada por la multitud de rocas planas y regulares que se hallan como á quinientos metros, á la salida de la actual población, y que es un perfecto salón de piedra, de más de veinte de largo: sitio al cual se da hoy malamente el nombre de *Cercado*, confundiéndolo con el verdadero Cercado ó residencia de la Corte, que era en Funza. Allí estaban comiendo, bebiendo, danzando y cantando en voz

baja, iluminados solamente por algunos hachones de resinas, cuya luz se amortiguaba con grandes mantas colgadas á la entrada.

En el momento de llevar Thysquesusa á los labios el pesado vaso de oro con que le había obsequiado el Chía, sonó en lo alto de la roca un grito de alarma, y á pocos instantes llegó uno de los centinelas dando aviso de haber descubierto, á la escasa luz de las estrellas, gente extraña por aquellos contornos. Quedaron suspensos y como petrificados por algunos momentos, sin atreverse á tomar resolución alguna, pero se hizo prevenir la gente de armas. A la segunda señal de alarma ya los castellanos estaban encima de ellos, sin que les impidiese la entrada la nube de piedras, tizones encendidos y saetas que les arrojaban. La confusión más grande reinaba en la caverna, y cada cual se escapaba como podía. Las mujeres persuadieron á Thysquesusa que saliese con ellas por una especie de portillo que formaban dos altísimas rocas que había detrás de la caverna, y con efecto se alejaron con la precipitación que les permitían sus ya turbados sentidos y flojedad de piernas, causados, no sólo por el miedo, sino también por el licor que habían menudeado aquella noche. Pero al llegar á un arroyo que se hallaba como á doscientos pasos, dieron sin pensar con un grupo de ballesteros que por allí había rodeado, y Alonso Domínguez, caporal de todos ellos, sin saber que el Rey iba entre aquellos fugitivos, disparó acaso el pasador de la ballesta, y sin tocar á ninguno otro, vino á atravesar al Zipa por las espaldas. Los suyos, aunque sorprendidos y aterrados con aquel funesto golpe é inesperada desgracia, guardaron no obstante profundo silencio, como instintivamente, y contra su costumbre de gritar y hacer *guazabaras* en casos semejantes, y lo condujeron sigilosamente á un montecillo cercano, donde murió á pocos instantes, mas sin que nada de esto supiesen los españoles.

Tal fue el fin lastimoso de este débil y tímido monarca. Sus vasallos hicieron doloroso sentimiento de su muerte, pero con tanta reserva, que los españoles ignoraron por mucho tiempo tal desgracia, y creyeron que había huído. Saquearon lo que pudieron, y entre las preseas que cayeron en su poder, se halló el vaso de oro del Chía, que pesó quinientos castellanos.

Sabida esta desgracia en Funza, los muiscas, ardiendo en ira y respirando venganza, se apercibieron para acometer á los españoles, que se hallaban entretenidos en buscar al Zipa y sus tesoros, y sin pérdida de tiempo determinaron levantar nuevo Rey que sucediese al difunto, y eligieron de común acuerdo al hijo del señor de Chía, que se había venido ocultamente á la capital, el cual juró vengar la muerte de su antecesor,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

aunque había sido tirano y de aviesa condición, é hizo convocar inmediatamente todos los hombres de armas que debían servir en la guerra. Desde aquel día fueron tantos y tales los asaltos que dieron á sus enemigos, que no los dejaban descansar ni de día ni de noche, ni podían soltar las armas de las manos. Moría infinidad de muiscas en tan desesperada lucha ; pero habiendo éstos retirado y destruído todos los bastimentos, los españoles se hallaron muy apretados del hambre y de las lluvias, por lo cual se replegaron á Bosa y desde allí enviaron embajadas al nuevo Zipa, ofreciéndole paz y amistad. Y como á la sazón se veían los muiscas amenazados con una nueva guerra por parte de sus inquietos vecinos, se asentaron las paces y se hizo alianza ofensiva y defensiva contra los panches, enemigos perpetuos suyos.

IX

Pasemos por alto los sucesos varios que ocurrieron después, y los mil incidentes de la guerra de los aliados con aquella belicosa tribu, y veamos que no fue menos trágico el fin del nuevo Zipa que lo había sido el de su antecesor. Pero antes volvamos los ojos á nuestro protagonista, el cual, aprovechándose de la tregua y profunda paz en que se hallaron por algún tiempo los naturales, que habían reconocido vasallaje al Rey de España y se habituaban yá á la vista y trato con los españoles, empezó la predicación del Evangelio, dándoles noticia de los misterios de la fe católica, y logrando que muchos recibiesen el bautismo y aprendiesen la doctrina cristiana. Abundante era la mies y él supo beneficiarla. Su dulzura y maneras insinuantes, su mirada apacible, el tono cadencioso de su voz, todo hacía que le mirasen con cariño y afición y dispusiesen sus corazones y sus entendimientos á recibir las semillas que en ellos sembraba el incansable apóstol, con no menos gloria de Dios que de su amada patria, y de la ilustre orden monástica á que pertenecía. Tenía ya varios intérpretes entre los neófitos, que entendían suficientemente el castellano y le enseñaban á él el idioma de la tierra, que era el chibcha, un tanto difícil de pronunciar para un europeo, pero bastante expresivo y rico en voces, en declinaciones y conjugaciones, y que era una de las cincuenta y cinco lenguas raíces ó matrices conocidas en América, de que se derivaban infinidad de dialectos ; idioma que hoy se halla completamente extinguido, pues, á excepción de las retiradas tribus salvajes que aún quedan, en toda la vasta extensión de nuestra patria sólo se habla el castellano, más ó menos puro.

No es posible dudar que Las Casas escribiera algo sobre la lengua chibcha, cuando menos un vocabulario, como lo hacían la mayor parte de los misioneros ; y aun es de presumirse que á su regreso á España diera á luz algunos escritos. En corroboración de esta idea vienen las palabras de nuestro compatriota José María Vergara, en su *Historia de la literatura en Nueva Granada.* "El estudio de las lenguas indígenas, dice, pertenece también exclusivamente á la Iglesia. Los dominicanos fueron los primeros que se dedicaron á recoger los despojos de una lengua que iba á perderse, conservando así abierto el camino que habían de recorrer los sabios futuros, inquiriendo los secretos de las naciones muertas. Los Padres dominicanos eran eximios *lenguaraces*, como se llamaba entonces á los poseedores de la lengua indígena. Muchos de los Padres tenían *métodos* ó vocabularios escritos, de que se servían para el trato con los indígenas".

El P. Bernardo Lugo, catedrático de lengua muisca en el convento de Santo Domingo, redactó en ella dos catecismos, y, á falta de imprenta, envió copias á España, por orden de su provincial, para que allí se imprimiesen, según refiere nuestro historiador Groot. Todo esto hace creer que tan inmediato pariente de Fray Bartolomé de Las Casas, que fue escritor fecundo, no callase al volver á su país, sino que antes, imitando á aquel otro filántropo consanguíneo suyo, perseverase en su obra humanitaria, cooperando activamente, por medio de la palabra y de la pluma, á las miras que uno y otro se habían propuesto en bien de la humanidad.

X

No era bien claro para los dos hermanos Quesadas, ni para otros jefes, cuál había sido en definitiva la suerte de Thysquesusa, y llegaron á persuadirse de que Zaquesazipa no era sino un simulacro de Rey que habían puesto en lugar del otro, dejando entrever que éste había muerto cuando en realidad estaba oculto con todos sus tesoros, y esquivaba cobardemente sostener sus derechos con franqueza y defender su patria y sus vasallos, al mismo tiempo que negaba su obediencia al Rey de España y á la Santa Sede. Esta sospecha los traía tan irritados que Quesada resolvió hacer acusar á Zaquesazipa de usurpador y detentador de los tesoros de Thysquesusa. Se convino en que la acusación se dirigiese al mismo Quesada por sus capitanes, y éste, autor principal de tan innoble farsa, según él mismo lo confiesa en su *Compendio historial*, la admitió, librando mandamiento de prisión contra la persona del supuesto Zipa,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lo que se ejecutó con grande espanto y sorpresa de los indios sus vasallos, que, á pesar de su rudeza é ignorancia, no concebían que estos extranjeros fuesen capaces de tanta felonía. Fue conducido á Bosa aprisionado y con guardia de soldados españoles, mandada por el Capitán Gonzalo García Zorro, encargado de prender al Zipa y custodiarlo.

Entablado el juicio y hecho el requerimiento necesario en nombre del Rey, para que dijese dónde se ocultaba el legítimo soberano Thysquesusa, y dónde se hallaban sus tesoros, que pertenecían á los invasores, como despojos ganados en guerra lícita, contestó que el Zipa había muerto violentamente á manos de los invasores, como se podía comprobar con multitud de testigos ; que todo el tesoro real se había repartido á diferentes personas, dividido en porciones para que lo guardasen, y que por tanto él no era sabedor de su paradero ; pero que se le diese término de cuarenta días, en que se obligaba á llenar de oro y esmeraldas la casa en que lo tenían preso. Concediósele el plazo que pedía ; pero, espirado éste sin que el Zipa hubiese podido cumplir su promesa, se le redujo de nuevo á prisión y se redoblaron éstas.

Toda mala acción conduce á cometer nuevos delitos. Quesada, para intimidar á Zaquesazipa y obligarle á dar el denuncio que deseaba, hizo reducir también á prisión á dos de los Uzaques, ó sean principales señores de su Corte, á quienes suponía cómplices y encubridores, y darles tormento para que confesasen. Así se verificó, mas no respondiendo éstos á las preguntas que se les hacían, sin más fórmula de juicio los sentenció á muerte, sentencia que se ejecutó al instante, ahorcando á aquellos dos infelices inocentes, aunque grandes señores, de sangre real, poderosos en riquezas, tierras y vasallos. Extraños principios de Derecho de gentes, que, sin embargo, tres siglos y medio después, y en pleno reinado de la *Libertad*, habían de restablecerse por los descendientes del mismo Quesada y sus tenientes, para conducir atados y apaleados á los nietos de aquellos primeros muiscas á ofrecer el sacrificio de su vida en aras de la ambición de los caudillos y aspirantes al poder.

Sabedor el P. Las Casas, que había quedado en Funza ejerciendo su ministerio de catequización con los naturales, del horrible atentado cometido por Quesada, corrió en busca suya, y llegando á su presencia, le hizo ver en pocas pero enérgicas palabras toda la gravedad y fatales consecuencias de un abuso semejante de la fuerza. " Descaminados vamos, señor, le dijo, queriendo perseguir la sombra que siempre huye. ¿ Cómo podremos atraernos el amor y el respeto de estas gentes rudas, ni cómo lograréis vosotros haceros pacíficamente dueños de sus riquezas,

si ven en nosotros tantos desafueros y escándalos ? Los tesoros se ocultarán más y más, y cada día se alejará también la esperanza de que los infieles reciban la luz del Evangelio y se sometan al yugo de Cristo y de nuestro soberano. Porque ¿ qué idea se formarán de una religión y de un Dios anunciado por hombres que dicen traerles la paz, la dicha y el espíritu de humanidad y mansedumbre, y que con sus obras predican todo lo contrario ? Mi deber es decíroslo, señor, y sabiendo el peligro en que se halla la vida del Zipa, interceder por él para que no sea víctima, tal vez inocente, de un mal avisado celo por la honra y los derechos de nuestro Monarca ".

—El prisionero no es el legítimo Zipa, respondió Quesada sorprendido, y después de guardar silencio por algunos momentos ; es acusado de usurpador y detentador, y además, de irrespetuoso, contumaz y rebelde, pues que no da más contestación que el desprecio y el silencio á lo que se le interroga.

—No entro por ahora en la consideración de los motivos personales que os hayan movido á juzgar á ese hombre ; pero sean cuales fueren....

—No soy yo quien lo acusa : es el Ejército, interrumpió Quesada.

—Pero ¿ qué derechos se conceden á ese infeliz ?

—Se le concede el natural de la defensa.

—Loado sea Dios ! exclamó el Padre, juntando las manos, que me depara una ocasión de hacer el bien. Aquí me tenéis, señor, dispuesto á ser el defensor de Zaquesazipa.

—Eso no os toca á vos, Padre, ni es propio de vuestro ministerio ; nombrado tiene yá defensor el reo, que sabrá cumplir bien y fielmente su oficio.

—El reo !!..... ¿ Y se puede saber quién es el defensor ?

—Hernán Pérez de Quesada.

—¡ Vuestro propio hermano !.....Ved, señor, que la injusticia de la tierra provoca la justicia del cielo.

—¿ Sabéis, Padre, añadió Quesada, un tanto exaltado, que me parece que os propasáis más allá de lo que os incumbe y es menester ?

—Confieso que es osadía de mi parte ; pero insisto. Osadía llamó también el Rey D. Alfonso la exigencia de nuestro Cid Campeador, cuando éste le pidió juramento de no haber muerto á su hermano el Rey D. Sancho..... Con todo, el altivo Rey D. Alfonso prestó por dos veces el juramento en manos de un simple Capitán como el Cid. Mayor es la distancia que hay entre vos y yo ; pero prometedme que no tenéis parte alguna en tan desventurado proyecto, y que haréis lo que á vuestra hi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dalguía conviene para que no se tuerza la justicia ni se empañe el claro nombre español con el sacrificio de un inocente. Yo os encargo la conciencia y os hago presente el baldón que recaería sobre vos, y sobre mí, si no interpusiese mis ruegos para salvar la vida de ese hombre.

—Pues yo no tengo de prestar juramento alguno, ni consentiré que nadie sea osado á turbar los procedimientos de un Tribunal que juzga en nombre del Rey, aunque sea el mismo Cid Campeador.

Diciendo estas palabras, Quesada volvió la espalda á Las Casas y salió enfadado. El supuesto juicio continuó, y para agregar la burla á la crueldad, Hernán Pérez, nombrado defensor por su hermano, se convirtió en fiscal y le acumulaba cargos sobre cargos, concluyendo por pedir que se le diese tormento, como en efecto se le dio, y en él espiró, según dice el mismo Quesada, *con calenturas extraordinarias*. Si todos los historiadores, y entre ellos Quesada, no refiriesen este hecho como comprobado, apenas podría creerse; aunque no faltaron ejemplos de atrocidades semejantes en que figuró el mismo Hernán Pérez, y no sólo en el Nuevo Reino, sino también en otros países de América conquistados por los españoles: tal fue el del Inca Atahualpa, pérfidamente sacrificado por Francisco Pizarro en el Perú; con la diferencia de que su hermano Hernando Pizarro era el único amigo y consuelo de aquel infeliz en la prisión, y se interesaba vivamente por él, tratándole con las consideraciones debidas á su rango, mientras el hermano de Quesada, el traidor abogado de Zaquesazipa, pidió su muerte en vez de defenderlo, como era su deber. Otra diferencia hubo, y fue que los jefes y soldados del Adelantado consintieron y guardaron criminal silencio en el asesinato del Zipa, mientras que los de Pizarro, más nobles y humanos, protestaron altamente contra la violencia, y aun estuvieron á punto de irse á las manos con los allegados de éste, y de que estallase una insurrección.

Profundamente afligido quedó Las Casas con este nuevo desengaño, no porque viese que ya su antiguo ascendiente sobre el ánimo de los capitanes comenzase á decaer y que no se atendían sus consejos, sino porque un sentimiento de generosa compasión y caridad le hacía lamentar el principio de una serie de injusticias y sinrazones indisculpables para con los infelices naturales. Hubiera deseado volverse á su patria, temeroso de que la creciente codicia y ambición que se desarrollaban en los conquistadores, le hiciesen ser testigo en lo futuro de nuevos atropellos y desmanes que él no podía evitar; pero el buen religioso no tenía los medios necesarios para regresar, y por otra parte estaba penetrado de la importancia de su presencia en estos países, donde comenzaba yá á cose-

char los frutos de su celo apostólico. Además, sabía que el sacerdote desde que recibe la imposición de manos, acepta sin vacilar el deber de consagrar su vida entera al servicio de Dios y de la humanidad, sin restricción, sin reserva ni salvedades: vida de abnegación, de sacrificio y aun de martirio, si es necesario. No ignoraba que si el sacerdote al recibir las órdenes sagradas deja entreabierta la puerta que separa las dos regiones del cielo y del mundo, para entrar y salir por ella fácilmente, ó siquiera sea para mirar por una rendija hacia este valle que tánto amamos, á pesar de ser valle de lágrimas,—nombre que muchos no tienen derecho para darle,—en vano se alucina con la idea de una verdadera vocación, que en realidad no es más que una triste ilusión.

Hubo, pues, de resignarse á ofrecer á Dios éste y cuantos otros sacrificios tuviese que hacer, aceptándolos como pruebas meritorias, y con más veras se consagró en adelante al desempeño de las funciones de su ministerio, por lo mismo que tan contrariado se veía.

No faltará quien pregunte por qué Las Casas no escribió estos sucesos haciendo una relación fiel de tan importante sección de la historia de la conquista. Si en efecto nada escribió, cosa que, como se ha dicho al principio, no está todavía averiguada, puede creerse fácilmente que su misma prudencia, su extraordinaria caridad y tolerancia hicieron nacer en su alma bondadosa escrúpulos, hasta cierto punto disculpables, como que temería ofender la reputación de sus compañeros, amigos y compatriotas, por muy perversos que éstos hubieran sido; y con mayor razón si de esos escritos hubiera de resultar á su autor alguna gloria. Un hombre tan humilde como Fray Domingo no podía dejar de sofocar cualquier movimiento de vanidad y cualquier humillo de amor propio que se levantase para empañar la pureza de su conciencia. Si no era un deber suyo hablar, pudo callar; y puesto que los males pasados ya no tenían remedio, preferiría guardar silencio antes que exponerse á deslustrar la fama y buen nombre de sus camaradas.

Pero hay otra consideración de mucho peso respecto del problemático silencio de Las Casas, y es que éste, como ya se ha dicho, fue cruelmente calumniado, después de su regreso á España, por algún malqueriente (que nunca faltan á los hombres de mérito) y aun por el mismo Quesada, según él lo refiere, si bien se desdijo formalmente después, restituyendo su crédito al santo varón. Si éste hubiera hecho públicos los malos procederes de los conquistadores, sin duda se habría dudado de su imparcialidad y juzgado que, bajo la capa de la historia que escribía, se ocultaba el dardo venenoso de la venganza personal.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El sesudo dominicano Zamora, cronista de su orden en Santafé, que es uno de los que más largamente han hablado del ilustre Las Casas, explayándose en tributarle justos y desinteresados elogios, abundando en los filantrópicos sentimientos de éste, y condenando los excesos de los conquistadores, hace una observación, que no está por demás reproducir aquí, acerca de la suerte como providencial que tuvieron varios de los responsables de los actos de crueldad que se han referido. En primer lugar hace notar que el mismo día de la sangrienta ejecución de Zaquesazipa se incendió repentinamente el pueblo de Bosa, donde ésta se verificó, y quedó todo él reducido á cenizas, escapando á uña de buen caballo los españoles que allí estaban; suceso que refiere igualmente en su *Historia de Méjico* el Arzobispo de Santo Domingo, Agustín de Avila.

"El más culpado, dice Zamora, fue el General Quesada, según él mismo confiesa; por lo cual, y por otras usurpaciones y temeridades, se vio en grandes trabajos y prisiones en el Consejo, de que después de muchos ruegos, á que también ayudaron sus grandes servicios, lo sentenciaron á destierro perpetuo de este reino que había conquistado, y multa de mil pesos de oro. Pagada ésta, se levantó el destierro después de algunos años, y volvió á este reino, sin más premio que el nombramiento de Regidor y Mariscal perpetuo. Aumentó otros servicios y consiguió el título de Adelantado, con tres mil pesos en indios vacos. Siempre vivió pobre y adeudado ; pero, como hombre de gran corazón y capacidad, lo llevó todo con paciencia cristiana, hasta que murió de lepra en la ciudad de Mariquita." (1)

"A su hermano Hernán Pérez de Quesada, continúa Zamora, mató un rayo estando en un navío para salir del puerto del Río del Hacha. El mismo rayo quebró una pierna al Capitán Gonzalo Suárez Rendón, después de haber estado éste preso en la cárcel pública por orden del Adelantado D. Alonso Luis de Lugo, que habiéndolo tratado no con aquella decencia que merecían su calidad y servicios, le quitó la mayor parte de su hacienda."

"Al Capitán Gonzalo García Zorro, también de los cómplices más principales, estando en un juego de cañas que se hacían en fiestas de toros, en la plaza de esta ciudad de Santafé, lo mataron de un cañazo que, atravesando la adarga, le dio en las sienes, etc." (2)

(1) El 16 de Febrero de 1579. Sus restos fueron trasladados en 1597 de Mariquita á la capilla del Humilladero, en Santa Fe, y posteriormente á la Catedral, donde se depositaron en las bóvedas del presbiterio.

(2) Véanse los *Cuadros históricos y novelescos del siglo XVI*, capítulo 16.º de este mismo tomo.

Y ya que se ha mencionado á Pizarro, aunque extraño á nuestro asunto, bueno será agregar que éste murió también desastrosamente, asesinado por sus mismos compatriotas en una conjuración encabezada por el joven Almagro, pagando así con tan lamentable fin la muerte del Inca Atahualpa; así como éste pagó también con la suya la del desdichado Huáscar y su familia.

Antes de continuar estos apuntamientos, en que la figura del abogado Quesada aparece cubierta con algunas sombras que la oscurecen, es justo recordar los lados buenos de su carácter y las bellas cualidades que le adornaban, para dar á cada uno lo que le corresponde. Quesada era de carácter enérgico y perseverante, firme y pronto en sus resoluciones, hombre de capacidad é instrucción, generoso y abierto, atento y comedido con todos, de imaginación viva y perspicacia notable, sufrido en los trabajos y de una constitución física privilegiada. Fue tal vez codicioso, pero nunca avaro: al contrario, su generosidad llegó hasta el despilfarro, por lo cual vivió siempre pobre y endeudado. La gran riqueza que adquirió en América la disipó en España en poco tiempo para sostener con brillo su posición social y satisfacer su vanidad aristocrática; y si ha de contarse la prodigalidad entre sus buenas cualidades, es porque este defecto tiene no sé qué de grande y noble, comparado con la avaricia, que es pasión baja, mezquina y vulgar. Los cronistas dicen que era de índole bondadosa, y que la fortuna que adquirió de nuevo á su regreso de España la empleó en el socorro de las clases indigentes y en fundaciones filantrópicas, de las que no queda ya memoria. Los hombres de noble carácter suelen conocer y enmendar sus extravíos en la edad avanzada, cuando la calma de las pasiones da lugar á la reflexión, y tal parece que le aconteció al Adelantado. Prestó muchos é importantes servicios á su patria, leal y desinteresadamente, aun en tiempo de los Visitadores y Presidentes, y contribuyó mucho al establecimiento de un Gobierno regular y al mantenimiento del orden en la Colonia. Era en extremo querido del pueblo y su parecer fue siempre acatado en todas las cuestiones importantes (1).

Si Quesada tuvo parte en la calumnia que espíritus díscolos y mal intencionados levantaron al buen Las Casas, arrepentido, al fin, de ello, y con la lealtad de hombre honrado, se retractó paladinamente. Este solo acto hace el elogio de Quesada. Lástima es que su *Compendio historial*, ó *Ratos de Suesca*, que escribió en su vejez, no haya visto la luz

(1) Véanse los *Cuadros* ya citados.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pública, pues aunque algunos que lo vieron manuscrito (4), y otros por referencias, lo hallaban escaso de interés y poco digno de publicarse por la inexactitud de algunos de los datos que contenía, él habría servido á lo menos, á falta de otro mérito, para justificar á su venerable autor de muchos de los cargos que le hicieron sus émulos. Las pocas noticias que de esa crónica han tomado nuestros historiadores son de sumo interés, y no es posible que un libro histórico, escrito por un testigo presencial de los hechos, deje de ser importante y verídico en su mayor parte. Una sola página de esta naturaleza que hubiera contenido bastaba para hacer apreciable dicho manuscrito. Además, el mariscal Quesada era hombre de letras y de no vulgar educación, y en su trato familiar, ameno y espiritual.

Pocas veces se presentará mezcla tan rara y contraste tan singular como el que formaban las opuestas cualidades de su carácter. Valiente, pero cruel en ocasiones; magnánimo, pero rencoroso; abierto, franco y desprendido, pero codicioso; benévolo y prudente, pero arrebatado é iracundo muchas veces; discreto y cortés hoy, y altanero y desbocado mañana. Pero es de observarse que á proporción que avanzaba en edad se iba despojando de los defectos de la inconsiderada juventud y adquiriendo las buenas prendas de la edad provecta; metamorfosis ocasionada tal vez en él, no sólo por la experiencia que procura el tiempo, sino también por los trabajos y desengaños que tuvo que sufrir en el curso de su larga y aventurera vida. Así que cuando regresó de España era un hombre diferente, hasta cierto punto, del que habían conocido sus antiguos camaradas y conmilitones.

XI

A fin de asegurar lo conquistado y afirmar del todo su dominación y gobierno sobre los atemorizados indígenas, determinaron los españoles fundar una villa que sirviese de capital y cuartel general, y también de centro y núcleo de las comunicaciones, comercio y operaciones militares de la futura colonia. Se necesitaba elegir un sitio á propósito para la fundación, y que reuniese todas las condiciones apetecibles, á saber: clima sano y agradable, aguas abundantes y situación acomodada para la defensa contra cualquier movimiento que pudieran intentar los natu-

(4) Existía en la Biblioteca nacional hasta 1848, de donde lo tomó el Dr. A. Plaza cuando escribía su *Historia*, y á su muerte, según dice J. M. Vergara, se perdió entre sus papeles.

rales; y que al mismo tiempo se prestase para la fabricación de materiales de construcción y otros. Los Capitanes Juan de Céspedes, Pedro Fernández de Valenzuela y otros subalternos fueron comisionados para recorrer en todas direcciones el hermoso, extenso y fértil valle de *los Alcázares*, hoy la mágnífica sabana de Bogotá, donde tenía su Cercado y residencia oficial el Gobierno de los Zipas.

Explorado el campo en más de tres leguas á la redonda, les pareció el punto más conveniente una aldea llamada Theuzaquillo, sitio de recreo de la familia real y su Corte, á orillas de un riachuelo cristalino que descendía bullicioso por las faldas de la cordillera que demoraba al Oriente. Este sitio reunía todas las cualidades indicadas, además de lo ameno y risueño del variado paisaje y del espléndido panorama que desde allí se descubría en inmensa extensión al Norte, al Sur y al Occidente, por lo cual resolvieron, una vez hecha la elección, salir de Bosa á la fundación de la villa, para la que habían de servir de base doce casas grandes y capaces entre las que allí tenían los indios.

A cierta distancia de ellas y en un punto pintoresco se levantaba el edificio principal, que era el que habitaba el Zipa en las épocas del buen tiempo, en que comenzaban á secar las lagunas y pantanos. Este edificio se componía de otros cuatro, de forma casi semicircular, reunidos en uno solo y con techos muy altos y terminados en punta, lo que le daba el aspecto de un castillo con sus torres; y siendo esta forma cónica bastante usada entre los chibchas, sin duda por este motivo dieron los españoles á este territorio el nombre de *Valle de los Alcázares*. El principal de dichos departamentos, que daba al Oriente, era destinado á la habitación de la persona del Zipa, y estaba entapizado de pieles de leopardos, venados y tigres, y grandes mantas finas de colores. De las paredes colgaban placas de oro en forma de soles y lunas, diademas, armas diferentes, instrumentos músicos é ídolos de arcilla, piedra y aun de oro. Entre estos adornos se veía una gran lechuza blanca, disecada, símbolo de la luna, ó Huythaca, bella mujer, á quien Bóchica, según sus tradiciones, convirtió en lechuza por sus malas artes. En las ventanillas y puertas de la habitación pendían láminas de oro y campanillas, que, agitadas por el aire, producían un sonido melancólico pero agradable. A este departamento no podía entrar nadie sin permiso del Zipa, á quien se solicitaba por medio de un caracol engastado en oro, que hacía sonar desde afuera el solicitante, indicando su posición, empleo, condición ó sexo, para todo lo cual había signos especiales, como se usa en la milicia

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

con los toques de corneta. Un caracol ó bocina semejante respondía desde adentro, concediendo ó negando el permiso.

Otro de los departamentos con sus anexidades estaba destinado á las Tyguyes ó mujeres del Zipa, y sus *guarichas*, doncellas que hacían los oficios de damas de honor; y allí se veían también pieles, mantas y esteras finísimas, y pendientes de las paredes multitud de joyas, brazaletes, coronas de oro, plumas, telares para tejer, caracoles pintados, aves vivas ó muertas, ídolos, *múcuras* y otras vasijas y objetos femeniles. Tampoco se podía entrar allí sin solicitar audiencia.

En el tercer departamento residían los señores de la Corte y comitiva que acompañaban al Rey, y allí estaban depositadas todas las armas é instrumentos de guerra; *fotutos*, lanzas, macanas, flechas, estandartes y bocinas, y las andas en que aquél era conducido por dondequiera.

Y finalmente, en el cuarto se hallaba la servidumbre que hacía los oficios bajos, como preparar la carne de venado, el pescado de agua dulce, maíz, chicha, yerbas y ají, que constituían la ordinaria comida, y además toda la vajilla necesaria, una parte de la cual era de oro.

Había otras piezas accesorias, en una de las cuales se fabricaba el jabón de *guabas*, ó frutilla, con que acostumbraban bañarse el cuerpo, los colores y barnices de que tanto uso hacían, y últimamente el sahumerio para sus ceremonias religiosas, que se componía de hojas de hayo, ó coca, trementina, caracolillos, almejuelas, *moque* ó *gaque*, especie de incienso silvestre (1), y otras resinas de agradable olor.

Este grupo de edificios, llamado la gran *thythua* ó bohío, de un solo piso, estaba rodeado paralelamente de dos cercas de fuertes maderos estrechamente atados con cuerdas de *fique*, teñidas unas con cochinilla, otras con bija, ó con *chilca* (añil verde), lo que producía un efecto agradable á la vista, y esta pintura se renovaba todos los años, después de la época de las lluvias. De trecho en trecho sobresalían otros maderos más altos, semejantes á los que se usan en nuestras haciendas de campo para sujetar el ganado bravo; y en ellos estaban colgadas y distribuídas artificiosamente muchas aves muertas, de alegres y vistosos plumajes, que se traían de las montañas vecinas y de las tierras calientes, y cuyas plumas se empleaban en los adornos de los vestidos y cabeza. También alternaban con ellas grandes cabezas de venados, osos, leopardos y otros animales monteses, que denunciaban la grande abundancia de ellos en aquellos tiempos, así como la afición de los indios á la diversión y ejercicio de la montería, la cual probablemente tenía también entre ellos sus leyes y reglamentos.

(1) Una parte de estas noticias se ha tomado de la obra del historiador nacional Piedrahíta, creyendo que tales pormenores no carecen de interés para el lector.

Antes de proceder á la ceremonia legal de la toma de posesión de la tierra y fundación de la ciudad, el P. Las Casas representó á Quesada que para hacerla más solemne, para asegurar á la nueva ciudad la estabilidad necesaria, y para dar á la religión la parte que en este acto le correspondía, implorando al mismo tiempo las bendiciones del Cielo para la futura colonia, convenía fabricar, si nó una iglesia, por lo menos una grande *enramada* ó tinglado espacioso y desahogado, donde pudiese reunirse el pueblo á presenciar las ceremonias del culto cristiano y á ofrecer á Dios sus preces. Bien le pareció al General la idea del capellán, y desde luégo determinó que se pusiese manos á la obra, empleando para ello gran número de indios que cortasen y condujesen las maderas y otros materiales, y con tal actividad se trabajó, que en breves días se dió término á la fábrica. Paramentóse pobremente la capilla y se fijó el 6 de Agosto de aquel año de 1538 para la gran ceremonia.

Los pormenores de ésta los conoce cualquier lector medianamente instruído en nuestra historia; pero agregaré algunos otros que pueden contribuír á amenizar la aridez de estas relaciones, y que dan á conocer algo de las costumbres de los antiguos aborígenes.

Los españoles habían dispuesto que los indios preparasen para este día una de las fiestas que acostumbraban celebrar en ciertas ocasiones; así fue que apenas brilló el sol en el horizonte el 6 de Agosto, comenzaron á llegar en diferentes direcciones partidas de ellos con adornos y vestidos extravagantes, tocando sus *fotutos*, flautas y caracoles, y dividiéndose en cuadrillas para ejecutar sus danzas. Acompañaban todo esto con canciones que componían sus poetas, en cierta medida y consonancia, á manera de endechas ó villancicos. En este género de versos referían los sucesos presentes y pasados y cantaban las alabanzas de sus guerreros. Fácil era distinguir los asuntos graves de los comunes y ordinarios, porque en aquéllos hacían pausas más ó menos largas y los aires eran más lentos; pero sus cantos siempre eran tristes y fríos.

Las campanillas que pendían en las ventanas y puertas se colocaron en la parte alta de la capilla, y apenas comenzaron á sonar, el ejército se formó para asistir á la gran ceremonia, y los indios, divididos en grupos y cogidos de las manos, hombres y mujeres, hacían ruedas, y cantando y danzando se dirigían á la capilla con cierta alegría, que sin duda no tenían, y que pudiera llamarse triste alegría, pues recordaban naturalmente los tiempos felices de su libertad é independencia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Algunas parcialidades iban llegando disfrazadas: unos representaban osos, leopardos y tigres, pues se cubrían con sus pieles, otros llevaban máscaras hechas de láminas de oro; y todos con joyas y adornos varios Algunos arrastraban por el suelo, á manera de caudas, largas mantas de algodón, al parecer con el fin de barrer la carrera para que otros danzasen. Unos fingían llanto (que tal vez era verdadero), otros daban grandes gritos y risotadas. Aquello era un verdadero carnaval; pero á tales grotescas *guazabaras* siguieron otras escenas serias é imponentes.

Dada la señal de silencio, fueron entrando al humilde pero espacioso templo provisional, que había sido previamente bendecido por los sacerdotes, la tropa española, armada y uniformada hasta donde las averías que habían sufrido durante tan dilatado viaje y el estado de sus vestidos lo permitían, y los indios en sus respectivas cuadrillas, y se acomodaron todos en el mejor orden, en número hasta de unas trescientas personas, quedando afuera un piquete para hacer guardar el orden á la muchedumbre, y para honrar con los honores militares las augustas ceremonias del culto.

Pero antes de dar principio á la celebración del santo sacrificio, el P. Las Casas, que tenía aparejados una veintena de catecúmenos de ambos sexos para recibir el bautismo, los hizo colocar cerca de la gran puerta, vestidos decentemente, y asistido del P. Legaspes derramó sobre ellos las aguas regeneradoras, lleno de tierna emoción, y en seguida subieron al altar, donde se presentó otra escena no menos interesante: un matrimonio católico, el primero que se celebraba públicamente en la cima de los Andes y en el vasto territorio pagano de los chibchas. Un hombre como de treinta años, de tez blanca, aunque tostada por el sol y el aire, barba negra y poblada, ojos centelleantes, de formas atléticas y de expresión afable y simpática, estaba arrodillado al pie del altar, y al lado suyo una mujer joven, de tez pálida y fisonomía espiritual, animada en aquel momento por la dicha. Eran Francisco y Francisca, á quienes ya conocemos. La comunidad de aventuras y trabajos los había unido con una estrecha y sincera amistad, y ésta engendró la pasión del amor, pero un amor puro y honesto, el cual quisieron santificar y coronar con las bendiciones de la Iglesia, eligiendo para ello aquel día memorable. La desposada era inteligente y discreta, y, á fuerza de andar entre los españoles y de hablar con ellos, en pocos meses había aprendido el idioma para hacerse entender perfectamente, y ya hemos visto que el P. Las Casas la había instruído y bautizado con el nombre de su protegido y protector Francisco Tordehumos.

Al lado izquierdo de la pareja se hallaba, armado de punta en blanco y con una rodilla en tierra, el General Quesada, y al lado derecho una india principal de las que acababan de bautizarse, la cual hacía las veces de madrina. A falta de paño nupcial, los novios estaban cubiertos con uno de los pendones de Castilla, como para hacer partícipe á su soberano de las felices primicias del catolicismo que sus armas habían venido á implantar en estas regiones; y en las manos sostenían cada uno un hachón encendido, de olorosas resinas, á falta de cirios. El venerable sacerdote, bañado en lágrimas de gozo y de ternura, les dio la bendición con las ceremonias acostumbradas.

Es curioso saber las que usaban los chibchas ó muiscas en sus matrimonios, pues, como se ha dicho, era ésta una institución social y religiosa entre ellos, aunque sólo se celebraba con la primera mujer que tomaban. Y es tanto más curioso por la semejanza que tenían algunas de dichas ceremonias con las nuéstras, según lo que refieren los antiguos historiadores de la tierra.

La propuesta de matrimonio se hacía ofreciendo el pretendiente algún regalo á su amada, y si ésta lo aceptaba, quedaba celebrado el contrato, ó sean los esponsales. "Los matrimonios se hacían por manos de sacerdotes, los cuales ponían en su presencia á los contrayentes, teniéndolos recíprocamente el uno al otro echado el brazo sobre los hombros. Preguntaban en seguida á la mujer si había de querer más á Bóchica que á su marido; si había de querer más á su marido que á los hijos que tuviese de él; si tendría más amor á sus hijos que á sí misma; y diciendo que sí sucesivamente á todo esto, le preguntaban si estando muerto de hambre su marido ella no comería; respondiendo que no, volvía el sacerdote al marido y decíale si quería por mujer á aquella que tenía abrazada, que lo dijese claramente y á voces, de suerte que todos le entendiesen; y entonces él levantaba el grito y decía tres ó cuatro veces: *sí quiero, sí quiero;* con lo cual quedaba celebrado el matrimonio. Después podía casarse, sin esta ceremonia, con cuantas otras mujeres pudiese sustentar". (1) El adulterio y el incesto eran castigados con pena de muerte, y estaban prohibidos los matrimonios entre parientes consanguíneos dentro de los dos primeros grados.

En seguida se procedió á decir la misa con los pobres y burdos ornamentos que todos hemos tenido ocasión de ver anualmente el 6 de

(1) Por aquí se ve que los matrimonios entre estos pueblos semi-salvajes eran relativamente menos escandalosos é inmorales que los modernos matrimonios puramente civiles.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Agosto en la Catedral de Bogotá expuestos á la veneración de los fieles. Una alba de tela ordinaria, una casulla raída, de anascote, un cáliz de plomo y un gran Cristo malamente pintado en lienzo, que se halla colocado al respaldo del altar mayor de la misma Catedral. Leyóse al pueblo en alta voz el Evangelio del día, que era el de la Transfiguración del Señor en el monte Tabor, y por una casualidad, el más significativo y adecuado á las circunstancias. Este es uno de los cuatro momentos más solemnes que tiene el sacrificio augusto; en las grandes iglesias de las ciudades todas las personas que sirven en el presbiterio rodean al diácono que recibe la bendición del preste; el subdiácono, el maestro de ceremonias, los pertigueros con sus mazas de plata, los acólitos, que levantan en alto los ciriales, todos se agrupan alrededor del que anuncia la palabra divina; el celebrante se vuelve al pueblo para oírla, y los hombres todos que asisten se ponen de pie para dar á entender que están dispuestos á defender la doctrina de Cristo. Aquel día lo hicieron los Capitanes presentando sus espadas y los soldados sus mosquetes, y el sacerdote hizo la lectura rodeado de los neófitos indígenas.

El momento de la elevación es también sublime, y en esta ocasión, á falta de las graves armonías del coro y del pausado tañer de las grandes campanas, se oían sonar los fotutos, caracoles y flautas de los indios, con el redoblar de los atambores y pífanos y el penetrante sonido de las cornetas de guerra, y fuera de la capilla las salvas de mosquetería con que algunos soldados saludaban al Dios de los ejércitos, mientras que espesas nubes de humo de las resinas que se quemaban al pie del altar subían hasta la techumbre de la capilla y ocultaban la hostia pacífica, que por primera vez se consagraba y ofrecía en estas comarcas. Al *agnus Dei* se dio la paz á los neófitos y á los Capitanes con una placa ó patena de oro en que el P. Las Casas había hecho grabar toscamente una cruz. En donde las circunstancias lo permiten, el celebrante y todos los sacerdotes y acólitos que asisten en el presbiterio se abrazan (ó deben abrazarse) estrecha y fraternalmente: aquí los neófitos se abrazaron unos á otros.

Terminados los oficios, el venerable Las Casas se volvió al pueblo congregado y con semblante grave y voz sonora le dirigió la palabra en términos llenos de unción y elocuencia. En este discurso, después de dar gracias á la Providencia por el inestimable bien que acababa de hacer á los dos Reinos en España y América, coronando dichosamente la inaudita empresa del descubrimiento y conquista de tan vastas y ricas regiones, alabó la perseverancia, valor y sufrimiento de los Jefes y soldados que, desafiando tantos peligros, se habían hecho acreedores á una fama y gloria imperecederas. "Logrados están ya nuestros trabajos, dijo, pues vemos á Cristo Jesús transfigurado en medio de sus fieles, y transfigurado en estas almas, esclavas antes del demonio, y hoy vestidas ya con la cándida estola de la gracia. Pero, si hemos de fundar en esta tierra un Gobierno cristiano, preciso es que el triunfo de las armas y la victoria de la cruz se cimenten y perpetúen por medio de la clemencia y la humanidad. Ni debe reinar solamente entre nosotros españoles la concordia y fraternidad; mirad, valerosos Capitanes, todos estos infelices en medio de los cuales estais: todos ellos son nuestros hermanos, hijos de un mismo padre y redimidos con la misma sangre de Cristo; y si les falta la luz de la verdadera fe, alma racional é inmortal tienen como nosotros, y de ellas somos responsables ante Dios y ante nuestro soberano. Yo los encomiendo con todas veras á vuestros nobles é hidalgos sentimientos y á vuestra cristiana piedad. Si queremos ganar esas almas, ganemos primero los corazones de estos pobrecitos, que harto sufren con verse sujetos y avasallados por un pueblo extranjero. La historia de España y de América registrarán algún día con orgullo vuestros nombres; pero también os pedirán cuenta de vuestros procederes, si ellos no son arreglados á la razón y á la justicia. Dios nos bendiga á todos y nos dé fuerza y perseverancia para llevar á buen término la obra tan felizmente comenzada bajo su amparo. Él bendiga esta nueva ciudad, bautizada hoy también con el nombre de Santa Fe, y á todos sus habitantes, naturales y europeos."

Con grande atención escuchaban los infieles este discurso y parecía como que comprendían su sentido, ó por lo menos lo adivinaban por los ademanes y miradas del sacerdote, pues cuando salieron del templo fueron á hacerle manifestaciones y agasajos; unos le besaban las manos, otros los vestidos, y algunos le ofrecían alhajuelas de oro, de sus propios adornos, en señal de gratitud y simpatía. Pero lo más importante, y que más lo conmovió, fue que muchos le dieron á entender que deseaban instruírse en la doctrina que enseñaba y abrazar la religión que les traía.

No fue poca la sorpresa del buen religioso cuando al salir vio enfrente á la puerta de la capilla una gran cruz de madera que los soldados que estaban afuera, ayudados de los indios, habían plantado entre unas piedras; rústico monumento que permaneció allí por muchos años y que los indios veneraban, adornándolo con ramas y flores silvestres cuando iban á asistir á la misa.

Aquel mismo día se hizo la repartición de solares á los vecinos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

para la construcción de casas, y el General nombró á su hermano Hernán Pérez de Quesada Juez y Regidor de la villa, nombramiento que confirmó el Cabildo en su primera reunión, y á FRAY DOMINGO DE LAS CASAS primer cura de Santa Fe, nombre puesto por Quesada á la nueva ciudad al tiempo de tomar posesión de la tierra, en recuerdo de la que los Reyes católicos Fernando é Isabel edificaron enfrente de Granada, durante el sitio de esta ciudad, en la guerra con los moros, y por la semejanza de las localidades.

Se repartió igualmente ese día entre los soldados la suma de veinte mil pesos en oro y gran cantidad de esmeraldas y mantas de algodón; acto de justicia y equidad, como que habían ganado muy bien sus salarios y tenían derecho á ser recompensados de sus servicios y grandes trabajos. En la distribución tuvieron su parte respectiva el P. LAS CASAS y su compañero sacerdote, como era natural; pero esta misma circunstancia dio ocasión á poner de manifiesto un rasgo del carácter desprendido y generoso de LAS CASAS, y que contribuyó á acendrar más y más el respeto y cariño que todos le profesaban. Sin duda tenía escrúpulo de recibir aquel oro, que, aunque se estimaba como legítimo botín de guerra, había sido arrebatado en su mayor parte á sus verdaderos dueños, y como él no miraba los intereses materiales, considerándose como un simple misionero, su gran caridad le sugirió un medio de conciliarlo todo, dando á la porción que le tocaba un destino piadoso y digno de la ocasión. Estando todos reunidos, les dirigió de nuevo la palabra en estos términos: (1)

"Ya sabéis, oh nobles caballeros, valerosos Capitanes y soldados, los graves trabajos que todos hemos padecido, desde los primeros pasos que dimos en esta jornada al salir de Santa Marta hasta los postreros que hemos dado en esta tierra, y á cuántos consumieron de nuestros compañeros con sus rigores, cuyos cuerpos quedaron sepultados en la arena de las playas de los ríos, donde murieron, sin que tengan más beneficio sus almas que los sufragios que en común hace nuestra piadosa Madre la Iglesia por todos sus fieles. Siendo tan puesto en razón que no falten de nuestra memoria, ya que su dura suerte los sacó de nuestro lado, pudiendo ser ellos los vivos y nosotros los muertos. Su bien lo gozaran sus cuerpos, á haber tenido la suerte que nosotros hemos pasado hasta subir á lo que ahora gozamos, y el fin, pues nosotros también lo

(1) Se copia textualmente á Zamora, *Historia de la Provincia de San Antonino*, capítulo X, página 110. Este discurso parece ser auténtico, puesto que Zamora lo da como trascrito en su historia.

hemos de tener, tarde ó temprano, como ellos. Será prevención cristiana que los que ahora estamos vivos nos acordemos de nuestros muertos, y por los unos y los otros, pues ha sido nuestra suerte tan buena, que hayamos hallado con qué se pueda hacer, se funde una capellanía y memoria de que se digan misas y otros sufragios por las almas de todos los que emprendieron esta jornada, conquista y descubrimiento, que tenga por título y nombre *la capellanía de los conquistadores* y descubridores del Nuevo Reino. Cuya fundación yo tomo á mi cargo luégo que me vea con buen suceso en España, para donde, como sabéis, estoy de próximo, en compañía del señor Teniente. Prometiendo, como prometo á todos, de hacer la dicha fundación con mucho fundamento, comprando en Sevilla, donde será bien se establezca, buenas y seguras posesiones, para que lo sea la renta y sufragios, de que enviaré desde allá á dar puntual cuenta del modo con que se hubiere fundado, á todos los Capitanes y soldados que se sirvieren de acudir á esta obra tan buena y de pechos cristianos, como todos lo sois, de quienes confío recibiréis mis deseos, por entender son lo mismo que los vuéstros, en obra tan del servicio de Dios y descargo de vuestras conciencias; con que la mía quedará segura en este caso por haber exhortado en una obra tan pía, pues hasta aquí llegan mis obligaciones, donde entiendo comenzarán á cumplirse las vuéstras."

"Hicieron tan buena impresión (prosigue el P. Fray Pedro Simón) en los piadosos pechos de los españoles estas tan bien dichas razones, por ser ellas tan cristianas y dichas por persona de tanto crédito, que no hubo alguno que no acudiese á ofrecer, según la generosidad de su ánimo. Con que se juntó una porción de tres mil pesos escasos, de todo oro, que de á veinte quilates reducido, montó mil seiscientos y ochenta pesos, como lo dice el mismo General D. Gonzalo Jiménez de Quesada en su testamento, debajo del cual murió, otorgado en la ciudad de Mariquita el año de 1579."

Precisamente con este motivo, en ausencia de LAS CASAS, algún malqueriente, sin duda de los que vendían á los indios como esclavos, le forjó la calumnia de que se había quedado con el oro, dejando el hábito en Sevilla y pasando á Italia. Pero el mismo Quesada, aunque tarde, se encargó de justificar al venerable religioso y vindicar su reputación vilmente ultrajada, pues dice que "él le pidió en España esta suma, y que se la entregó, y que él (Quesada) era el que se había quedado con ella. Y de vuelta á esta ciudad pagó la capellanía, que es de una misa cantada todos los sábados de cuaresma con sermón. Y en su testamento lo declara

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

así, mandando que de lo mejor de su hacienda se funde la dicha capellanía, para cumplir con su conciencia y *satisfacer al crédito del religioso.*"

Piedrahíta, que solía ser apasionado y juzgar de ligero, dice sobre este punto que "se averiguó después no tener culpa el P. Las Casas en que no se fundase la capellanía, y haber sido autor de todo el General Quesada, que la mandó fundar." De haber callado éste lo ocurrido fue de donde se levantó aquel rumor, al que sin duda vino á dar fuerza entre los mal intencionados el que por aquel tiempo vinieron de España las leyes que contra los abusos introducidos en América solicitó, como se ha dicho, el Obispo de Chiapa, D. Fray Bartolomé de Las Casas, de quien era pariente muy inmediato, si no hermano, Fray Domingo, como ya lo hemos visto. (1)

Pero todos los opimos frutos de esta casi fabulosa conquista de los españoles, que, sin vacilar, puede calificarse de más heroica y trascendental que las famosas de Alejandro, puesto que éste disponía de numerosos ejércitos é inmensos recursos, estuvieron en vilo de perderse por una guerra civil entre los mismos españoles, la cual, á punto ya de estallar, fue conjurada por la prudente y pacífica intervención del buen dominicano. Si fueron grandes los servicios de éste en la atrevida expedición de Quesada, no fueron menos importantes los que prestó en esta ocasión, con una política y tino verdaderamente diplomáticos.

XII

Quesada había regresado ya de la nueva y desatentada expedición que su espíritu aventurero le había hecho emprender con treinta soldados en busca de la supuesta *Casa del Sol* y *Río del Oro*, que por noticias vagas é inseguras tradiciones se creía generalmente existían al Norte ú Oriente de Santa Fe; bien que su ánimo era también descubrir de paso si ese ú otro río caudaloso llevaba sus corrientes al Magdalena, por si, para su

(1) Se ha atribuído por escritores ligeros y apasionados, al célebre Obispo Las Casas, un hecho que empaña su virtud y sentimientos altamente filantrópicos: el haber sido promovedor del comercio de negros esclavos en América con el objeto de aliviar á los indios. Y la circunstancia casual de haberse hecho mención de esto en dos publicaciones recientes, en esta ciudad, me ofrece la oportunidad no de entrar á refutar tan exagerada imputación, porque esto sería extraño al objeto que me he propuesto, sino de remitir al lector que no esté bien informado de este punto, á lo que sobre el particular dicen D. José Antonio Llorente en su "Colección de las obras del venerable Obispo de Chiapa"; y muy especialmente el biógrafo moderno del mismo Obispo, Mr. Arthur Helps, en su "Vida de Las Casas", que ya he tenido ocasión de citar; crítico tan juicioso y erudito como imparcial.

proyectado viaje á España, podía aprovecharse de ellas, y evitar así las penalidades que había sufrido en su primera salida por las sierras de Opón.

En este intermedio la incansable actividad de Las Casas había establecido la pila bautismal en la nueva Iglesia, y se ejercitaba en catequizar á los indios que iban y venían de diferentes pueblos, bautizando á muchos, especialmente de los que estaban al servicio de los españoles, enseñándoles el castellano y dándoles otras nociones y conocimientos que no tenían, todo con una dulzura y paciencia que lo hacían el ídolo de aquellos dóciles y sencillos habitantes. Entretanto los Capitanes y soldados que quedaron en la ciudad aprovechaban la tregua de paz y descanso para cultivar los campos vecinos, construír sus casas con materiales que ellos mismos fabricaban, aprender el uso de varios secretos é industrias que poseían aquéllos, y, habituados como estaban al movimiento y continuo ejercicio corporal, corrían frecuentemente la tierra ejercitándose en el de la caza de venados, y ensayaban en él la ligereza de sus caballos, ya más lozanos y repuestos con los abundosos pastos de la feraz sabana, muchos de ellos reemplazados con nuevas crías, fuertes y mejoradas.

A principios del año de 539 llegaron unos indios panches con la noticia de que por el valle de Neiva venía gente extranjera que parecía ser un ejército numeroso de soldados, caballos y equipaje ó cargas, que conducían muchos indios. Esta novedad hizo que Quesada mandase á su hermano Hernán Pérez que saliera á reconocer la gente nueva que se entraba en los términos de su conquista. Salió en efecto Hernán Pérez, acompañado de unos pocos soldados, y guiado por los indios que habían traído la noticia, los cuales, temerosos de los nuevos extranjeros, y hallándose en paz con los españoles y con los muiscas, solicitaban tal vez su protección y ayuda. Diéronse vista los dos Jefes en el mismo valle de Neiva, cerca de las riberas del río Magdalena, y reconociéndose desde luégo como compatriotas, se saludaron cordialmente, no obstante la natural desconfianza que recíprocamente se inspiraban: tal es el sentimiento inevitable de satisfacción y alegría que produce el encuentro de un compatriota que habla nuestro propio idioma y pertenece á nuestra misma raza, en un país extranjero, y con mayor razón en regiones desiertas y remotas. Tuvieron una larga conferencia en que se discutió si lo descubierto en este Reino pertenecía á las capitulaciones de D. Francisco Pizarro, en cuyo nombre venía el nuevo conquistador, después de haber reducido los de Quito y Popayán. Este era Sebastián de Benalcázar ó

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Belalcázar, persona de distinción y nobles prendas, que había venido al Perú y militado bajo las banderas de Pizarro, quien lo había delegado y autorizado para el descubrimiento de los paises que quedaban al Norte.

Desde luégo hizo presente Belalcázar que no era su ánimo venir á turbar posesiones ajenas, y con más veras lo aseguró cuando de boca de Hernán Pérez oyó la relación del descubrimiento y conquista hecha bajo las órdenes de Gonzalo Jiménez, su hermano, desde Santa Marta hasta aquel punto; y agregó que sólo le traía la noticia del *Dorado* y *Casa del Sol* que en el Reino de Quito había divulgado un indio muisca: fábula absurda que costó tantos caudales y tantas vidas de españoles durante muchos años. Con esta seguridad regresó Henán Pérez á dar noticia á su hermano de las pacíficas intenciones que traían los *peruleros*, que así llamaban á los españoles procedentes del Perú. Pero no se despidieron sin hacerse mutuamente presentes de oro, plata y otras cosas curiosas, con lo cual quedaron en buena amistad y armonía.

Dos días hacía apenas que había regresado, cuando llegó á Santafé otra noticia no menos alarmante que la primera, y fue una misiva, por no llamarla carta, que desde el pueblo de Pasca envió el Capitán Lázaro Fonte, desterrado en aquel punto por Quesada, según hemos visto. Dicha noticia venía escrita con almagre ó *achiote* en una piel de venado; en ella decía que corrían rumores de que por la parte de Oriente, atravesando los páramos hoy llamados de Sumapaz, venían gentes extranjeras y caballos, aunque unos y otros en estado lamentable por la fatiga y las privaciones. Envióse inmediatamente otra partida á reconocerlos, y á pocos días volvieron con un soldado de los que venían en la expedición. Este les refirió que su jefe era un alemán llamado Nicolás de Fredemán, que después de una larga y desastrosa peregrinación de tres años desde Venezuela, se había resuelto á cruzar la cordillera por lo más ancho y escarpado de ella.

Juntamente con la embajada de Fonte había venido una india en solicitud del P. Las Casas, enviada por la mujer del mismo Capitán, que le acompañaba en su destierro y era otra india noble del pueblo de Bacatá ó Bogotá, hermosa, inteligente y discreta, con quien se había unido en matrimonio pocos días antes de salir desterrado, y que lo libró de más de un peligro entre los pascas y panches. La mensajera hablaba ya bastante bien el castellano, y le dijo de viva voz al Padre, de parte de su señora, lo mismo que decía el Capitán, rogándole encarecidamente que emplease su influjo para con el General Quesada, á fin de que éste no intentase salir al encuentro de los extranjeros en actitud hostil, por-

que, aunque parecía que ellos venían de paz, cualquiera imprudencia podía tener mal resultado. Y en prenda de su afecto y gratitud le enviaba sesenta granos pequeños de oro engarzados artificiosamente y pendiente una cruz de lo mismo, fabricada por los indios. Ninguna dádiva podía ser más agradable al venerable religioso, no por su valor intrínseco, sino por su significado, y por el fino recuerdo de su hija espiritual: era el rosario, la santa insignia de su orden, que los dominicanos acostumbran rezar tres veces al día.

En efecto, Las Casas conferenció con Quesada, y á insinuación suya se convino, no sólo en no hacer demostración ninguna de guerra, sino en salir alguna gente con los Capitanes hasta el pueblo de Bosa á recibirlos con guión real, y al frente de ellos los dos sacerdotes, Las Casas y el P. Juan de Legaspes. Pero en medio de estas manifestaciones de paz y amistad se levantó repentinamente entre los soldados el rumor de que todo era una patraña, y que Belalcázar, de acuerdo con Fredemán, habían concertado el plan de atacar á la gente de Santa Fe y apoderarse á fuerza de armas de este Reino, suposición descabellada que estuvo á punto de hacer naufragar todos los esfuerzos pacíficos y conciliadores de Las Casas.

Ya Quesada desde que vio el noble proceder de Lázaro Fonte, que olvidando sus propios agravios y resentimientos, lejos de unirse á los peruleros para vengarse, se había apresurado á darle una oportuna noticia, le había alzado el destierro, agradecido á tanta lealtad, y dádole orden de que se viniese á Santa Fe, como en efecto vino. El General, alarmado con el dicho rumor, juntó á los suyos, y después de un Consejo que tuvieron se resolvió aparejar la gente española y recoger gran número de indios, que provistos de sus armas habían de embestir á los enemigos, sin darles tiempo para reunirse. Sin embargo, Las Casas hizo oír su voz en el Consejo, donde manifestó que aquella era una determinación precipitada y peligrosa, puesto que no había fundamento, ni aun datos seguros para dar asenso á la idea de un plan, casi imposible, ó por lo menos inverosímil; pero que él, animado del deseo de la paz y concordia, y de evitar la sangre que había de correr en esta guerra, sangre de españoles, súbditos fieles de un mismo soberano, y sangre inocente de los pobres indios, que no iban á combatir por su propia libertad é independencia, se comprometía á ir como heraldo y mensajero al campo de Fredemán, á averiguar lo que hubiera de cierto y á recabar de él un arreglo pacífico y amistoso, sin detrimento de los derechos y del honor de Quesada y sus Tenientes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Pareció muy bien á la reunión tan prudente consejo y se convino en enviar al Padre con algunos otros compañeros; y á fin de dar mayor solemnidad á su misión, se le extendió una especie de credencial ó plenos poderes autorizados por el Escribano del Ejército, sin instrucciones de ninguna especie, tal era la absoluta confianza que se tenía en su discreción y talento. Partió, en efecto, acompañado de un Capitán y dos soldados y provisto de algunos objetos que debía ofrecer al caudillo alemán en señal de paz. A pocos días dio con él, y habiéndosele abocado con las palabras del Evangelio, "la paz sea con vosotros," tuvo una larga conferencia con Fredemán, y le hizo una minuciosa y viva descripción de todo lo acontecido desde la salida de Santa Marta hasta el momento presente, pero teniendo cuidado de no hacer mención de la llegada por el Sur del General Belalcázar, por motivos que bien se dejan entender. Fredemán le oyó sin interrumpirle, y con la flema propia de su nación le dijo que él no dudaba de la verdad de la relación que acababa de oír, pero que por sí mismo no resolvería lo que debía hacerse hasta no tomar el parecer de las personas que le acompañaban, y que al efecto designaba al P. Juan Verdejo, ó Verdoso, como lo llama Zamora, clérigo, y al M. R. P. Fray Vicente Requejada ó Requesada, religioso de la Orden de San Agustín, que con él venían desde Venezuela, para que conferenciando con Las Casas, asentasen los preliminares de un tratado que debía ratificarse por ambas partes, siempre que no contuviese condiciones onerosas.

Después de varias conferencias en que cada uno discurrió en pro de los intereses de los suyos, pero sin desconocer los comunes de estos pueblos, y el que era superior á todos, el bien espiritual de tantos millones de idólatras que debían presentarse á la España como vasallos cristianos, se hizo una esponsión justa y equitativa. Las Casas oyó con admiración, de boca de sus hermanos, el interesante relato de las indecibles penalidades y privaciones de estos hombres heroicos y abnegados, que como nuevos Robinsones, venían vestidos con pieles de animales, descalzos, y con el cabello y la barba hasta la cintura, extenuados por el hambre y las enfermedades.

Ajustóse, pues, *ad referendum* el convenio siguiente:

Se reconocían los derechos inconcusos de Quesada y su gente á todo lo descubierto y sujeto en territorio del imperio de los muiscas, porque aunque Fredemán había emprendido su marcha desde Venezuela antes que Quesada, éste debía reputarse como primer ocupante, y por derecho de antelación en la conquista ser preferido á cualquier otro.

En atención á los sufrimientos del Ejército de Fredemán y al estado deplorable de miseria en que se hallaba, Quesada pondría á disposición de este Jefe cuatro mil castellanos de buen oro y algunas ropas.

La gente de Fredemán podía vender, si quería, sus armas y caballos, se les daría en común una pequeña extensión de terreno para que lo cultivasen, y se les incorporaría, si á bien lo tenían, en el Ejército de Quesada.

Habiendo convenido en estas estipulaciones, Las Casas introdujo una nueva como adicional, y era que, habiéndose sabido que por el lado del Sur venían también españoles al mando de un jefe, se propondría también á éste la misma capitulación por si quería aceptarla, quedando en libertad para incorporarse con Quesada ó para tomar el camino que á bien tuviese.

Examinados estos puntos por Fredemán, que no tenía datos ningunos para juzgar del número y calidad de la gente de Quesada y de Belalcázar, pues Las Casas tuvo cuidado de no dar este informe, pidió término de seis días para resolver, pero el enviado se denegó á ello, presentando su fingido *ultimatum*, que era oponerse el Ejército de Quesada por la fuerza, é impedir el paso á los invasores; y al fin, apretado por el hambre y la falta de municiones y caballerías frescas, hubo de aceptar el Jefe alemán sin modificación, y vinieron todos juntos á Santa Fe, en número de ciento sesenta hombres, poco más ó menos igual al que tenía cada uno de los otros Generales. Aquí los recibieron con demostraciones de júbilo y bienvenida, y les hicieron varios presentes, al fin como quien veía en ellos compatriotas y gente cristiana que, tras incontables penas, se les reunían en el corazón del Nuevo Mundo, en medio de montañas y bosques inextricables. Quesada y Fredemán se abrazaron cordialmente, y éste se puso con su gente bajo el estandarte del Nuevo Reino. Enterado Quesada de las capitulaciones, las aprobó y mandó cumplirlas inmediatamente por su parte; y en seguida dispuso que la misma comisión marchase en demanda de Belalcázar para someterlas á su consideración. Llegados á donde éste se hallaba, el P. Las Casas, el P. Requejada y los clérigos Juan de Legaspes y Juan Verdejo con los dos Capitanes y algunos soldados, el P. Las Casas tomó la palabra y notificó á Belalcázar lo ocurrido, proponiéndole si quería aceptar el convenio, que sería lo más prudente y acertado. Este examinó el ajuste y consultándolo con un religioso de la Orden de la Merced que había venido con él, y cuyo nombre no nos han conservado los historiadores, dijo que él no intentaba contradecir la posesión de aquellos territorios, ni los dere-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

chos de nadie, y que solamente pedía paso libre por el Reino para proseguir el descubrimiento del *Dorado* y *Casa del Sol*, intento que le había traído hasta aquí. No se atrevieron los comisionados á acceder á tal demanda, por no saber si sería aceptada por los otros; pero después de muchas razones y contestaciones, Las Casas logró con su persuasiva elocuencia y atractivo de sus maneras, disuadir á Belalcázar, del que él creía desatinado y estéril empeño, como ya la experiencia lo había demostrado. Añadió que aquello era una quimera, y que mejor sería que se uniesen todos para trabajar de consuno en completar la conquista del país. Y últimamente, que para deslindar sus respectivos derechos y asegurarlos sin contradicción, convendría que los tres Generales pasasen á España, á donde pensaba regresar muy pronto Gonzalo Jiménez de Quesada, y diesen cuenta al soberano de todo lo ocurrido.

Aceptadas estas ideas, menos la cláusula de tomar por su parte los cuatro mil castellanos de oro que se le ofrecían, siguieron al otro día todos juntos para Santa Fe, donde, recibidos con la ostentación y pompa que se podía, se celebró tan fausto acontecimiento, que aseguraba la paz del Reino, con misa solemne y un *Te Deum* cantado por todos los sacerdotes que se habían reunido. Dice el historiador Zamora, con cierta socarronería, que Belalcázar no quiso admitir, como caballero, el oro que se le ofrecía: desaire que al alemán ni le sacó los colores al rostro, ni de la bolsa los cuatro mil castellanos que había recibido.

Con motivo de tales sucesos dice el mismo historiador estas palabras, que parece oportuno trascribir aquí: "Muy dignos de grandes recomendaciones son estos religiosos, no sólo por los trabajos, hambres y otras calamidades que padecieron con los demás, sino por las de confesar soldados en los ejércitos, componerlos y pacificarlos en sus ordinarias contiendas. Tuviéranla muy grande en las historias, si en ellas se refirieran como hazañas los medios de paz que propusieron, trataron y concluyeron para que no se perdiera con guerras civiles este Nuevo Reino. Pero como los remedios preservativos no se manifiestan con aquel horror de lanzadas á que se reducen los de las batallas, se imprimen éstas en las historias, y la paz con que las desviaron estos religiosos ha quedado sin elogios, estimación y alabanzas en la memoria de los hombres..... Pero sus nombres están escritos en el libro de la vida con el glorioso título de hijos de Dios, que á los pacíficos da el Evangelio."

Aquella reunión casual en el centro de América, de tres hombres notables y grandes caracteres, aunque muy distintos entre sí, y cada uno por diverso estilo, es uno de los cuadros históricos más peregrinos que

puedan presentarse: Quesada, de profesión abogado, miembro de la cancillería de Granada, hombre de grados escolares, pero no de grados militares; Belalcázar, joven de talento y de valor distinguido, de tacto político y genio observador, uno de los principales Tenientes del famoso Francisco Pizarro, conquistador del Perú; y Fredemán, simple soldado del Capitán Jorge Spira, Gobernador de Venezuela, á quien abandonó en el cabo de la Vela, sustrayéndose á su obediencia para internarse en nuevos descubrimientos por su propia cuenta, aventurero intrépido y emprendedor. Esa reunión fue como providencial, y, según se ha dicho, aseguró la pacífica conquista y posesión de Cundinamarca, pues cada uno de los tres jefes, temiendo sin duda que los otros dos se coligasen contra él y lo destituyesen é inhabilitasen para reclamar sus derechos, se dio á partido fácilmente para no perderlo todo.

Circunstancias especiales y coincidencias bien extrañas acompañaron á esta confederación. Cada ejército constaba de ciento sesenta hombres, poco más ó menos, y traía dos sacerdotes por capellanes; los del Perú venían vestidos de grana, sedas, morriones y plumas costosas (1); los de Santa Marta, de mantas, lienzos y gorros fabricados por los indios; y los de Venezuela, en guisa de prófugos de la isla de Robinson, cubrían sus carnes con pieles de osos, leopardos, tigres y venados. Aquello sería un verdadero baile de disfraces que, si en ocasión tan seria no hubiese inspirado admiración y lástima, habría provocado la risa de los mismos conquistadores.

Las tres partidas, que ocupaban los vértices de un triángulo de tres á cuatro leguas por lado, se vieron reunidas en la espléndida sabana de Bogotá y se saludaron como hermanos. Pero no debió de ser menor la sorpresa de los pobres chibchas al ver su tierra invadida en todas direcciones por extranjeros que les remachaban más y más los hierros de su triste esclavitud; con razón lloraban de continuo tamaña desgracia, como los judíos iban á llorar la suya al templo de Jerusalén, sólo que los indios veían y reconocían el cumplimiento de sus supuestas profecías, que les anunciaban la destrucción del imperio y muerte desastrosa de sus monarcas á manos de los hijos del Sol, en castigo de sus crímenes.

Belalcázar sugirió la idea de fundar tres ó cuatro ciudades más con que asegurar lo descubierto y conquistado, según el número de pobladores con que se podía contar, y atendiendo á los grandes intereses que se prometían en este privilegiado suelo para la monarquía española; y

(1) Acosta—*Compendio histórico.*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

comenzaron por renovar ó revalidar la de la villa recién fundada, que había de ser con el tiempo una gran ciudad, cabeza de todo el Nuevo Reino, trazando calles, plazas y cuarteles sobre un plano extenso y regular. (1) Se nombraron definitivamente los Regidores que habían de componer su Ayuntamiento ó Cabildo, costumbre y fuero que jamás renunciaron los españoles, y estos nombramientos recayeron en los principales cabos de los tres ejércitos. Se nombraron Alcaldes ordinarios, alguacil mayor y Cura. Este último nombramiento recayó en el P. Juan Verdejo ó Verdoso, en reemplazo del P. Las Casas, que debía pasar á España en compañía de los tres Generales, según se había determinado. Ultimamente, Hernán Pérez de Quesada quedó encargado del Gobierno de la colonia, con el título de Teniente general.

Se dispuso, en efecto, la fundación de una ciudad con el nombre de Vélez, en las faldas de una sierra por donde salió Quesada de las de Opón, para que, abriéndose más aquel camino, se facilitara el comercio por el río de la Magdalena con las costas de Santa Marta y Cartagena; y otra en el Reino de Aquiminzaque, que era un gran centro de población y riqueza, y se la llamó Tunja para conservar, aunque un tanto alterado, el de Hunzua que llevaba aquel Reino. Se convino también en que el Capitán Juan Cabrera, compañero de Belalcázar, volvería de España á fundar otra población en Neiva, territorio que debía comprenderse, junto con Timaná, en la Gobernación de Popayán.

El objeto que se proponía Las Casas en su viaje á España era informar al Emperador y al Padre general de la Orden de todo lo hasta allí hecho, y de cómo dejaba el campo abierto y la tierra dispuesta para que, enviando nuevos ministros, prosiguiesen en la predicación evangélica, y se complementase y extendiese la grande obra de la conquista espiritual; intento que aprobó Quesada, quien, aunque por sus pocos años y muchos deseos de lucir en su patria con las riquezas que llevaba y los humillos de conquistador no reparaba en la conversión de los indios, sí se alegró de llevar consigo, dice un historiador de la época, un religioso de tanta autoridad y respeto, que, como testigo presencial, adelantara sus pretensiones.

---

(2) Esta circunstancia tal vez ha producido la divergencia de opiniones acerca de la verdadera fecha de la fundación de Bogotá, sosteniendo unos que fue en 1538, y opinando otros que no fue sino en 1539. Como se ve, la verdadera fundación tuvo lugar el 6 de Agosto de 1538.

XIII

Entre tanto se habían mandado construír dos bergantines, ó grandes embarcaciones en Guataquí, puerto situado en la parte alta del Magdalena, para bajar el río, y allí se embarcaron los tres Generales con el P. Las Casas, el Capitán Cabrera con algunos subalternos y una numerosa escolta de arcabuceros. Iban, además, algunos indios de ambos sexos para el servicio de los barcos.

Estando ya á bordo, y á punto de partir, el venerable religioso abrazaba estrechamente contra su corazón dos personas que se despedían de él con lágrimas y sollozos, y, postrándose á sus pies, se los besaban con demostraciones de profundo dolor. Eran Francisco y Francisca, que desde Santa Fe habían ido acompañándolo hasta el puerto para darle tal vez el último adiós, como en efecto lo fue. Francisco le entregó una carta para su anciana madre, que residía en Sevilla, y cien castellanos de oro, que el buen Tordehumos había ido reuniendo para cuando llegase la ocasión; y deseándole á su amado Padre felicidades y próspero viaje, recibieron su bendición sobre cubierta y volvieron á tierra, donde, parados en la playa, vieron alejarse la embarcación.

Apenas se divisaba yá la indecisa figura de Las Casas, de pie sobre la popa, y los confusos perfiles del ligero bergantín que se deslizaba suavemente en el centro del anchuroso río al impulso de la corriente, y todavía la amorosa pareja levantaba los brazos en alto y movía la cabeza en señal de despedida, hasta que, perdidos enteramente de vista los navegantes, tomaron de nuevo el camino de Santa Fe, tristes y silenciosos.

Navegaron sin contratiempo algunas leguas hasta que oyeron de lejos el ruido de grandes raudales, lo que los obligó á desembarcar y hacer una exploración que dio por resultado tener que transportar los equipajes por tierra, cargados por los indios, y bajar las dos embarcaciones enteramente vacías por la orilla de la parte de la corriente que hoy se llama el *Salto* de Honda, y reembarcados, continuaron el viaje felizmente. El curso inexplorado del río los exponía á mil peligros desconocidos, no obstante que llevaban algunos indios diestros en la navegación y manejo de pequeñas canoas. Así fue que próximos á llegar al punto llamado la Tora, sufrieron una avería que los obligó á saltar á tierra mientras se reponía el daño, y permanecer allí algunos días. Pero el P. Las Casas, cuya salud se había alterado algún tanto, y que estaba más que todo por llegar á Cartagena para dar cuenta de su conducta y trabajos al Obispo D. Fr. Jerónimo de Loaysa, religioso dominicano, y recibir de él y de su

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

convento instrucciones para el General de la Orden y para el Gobierno de España acerca de los negocios relativos á la misma Orden y al importante negocio de la conquista, resolvió, con la venia de los Generales, seguir su derrotero en la embarcación que había quedado útil, á fin de anticipar su llegada y anunciar la del resto de la gente.

No fue poca fortuna para el P. Las Casas esta determinación, pues él con los pocos indios que le acompañaban y un piquete de soldados, llegaron en pocos días á Cartagena, aunque no sin correr grandes peligros en las bocas del río, donde estuvieron á punto de naufragar por los escollos y fuerte oleaje, y la poca experiencia y destreza de la escasa tripulación; mientras que la gente que se había quedado atrás hubo de demorarse más de una semana por un accidente inesperado. Hallábanse un día tranquilos en su ranchería cuando sintieron una nube de flechas lanzadas sobre ellos, que por fortuna no hirieron sino á un soldado que se ocupaba en recoger leña. Inmediatamente descubrieron gran número de salvajes desnudos y armados, en actitud amenazante, que, con destemplados gritos y vocería, parecían disponerse á atacarlos nuevamente, aunque de lejos. En el acto se tocó llamada, y reunida la gente que se hallaba dispersa, apercibieron las armas y marcharon en busca de los traicioneros enemigos. De paso se les reunió un cabo que en compañía de otro soldado se había internado en el bosque en busca de caza, y les dijo que su compañero había recibido una herida de que había muerto, pues los habían sorprendido los indios que estaban ocultos, y que él se había defendido hasta que pudo tomar la fuga. La tropa persiguió por entre el bosque á los enemigos, que huyeron al oír las descargas de los arcabuces; pero no fue posible tomar ningún prisionero para obtener de él informes, ni mucho menos recoger algún botín.

En esta constante alarma estuvieron varios días, hasta que, persuadidos de que los indios no se atrevían á atacarlos de cerca, pues sólo veinte hombres habían sido suficientes para dispersarlos, y reparado yá el daño de la embarcación, siguieron su camino y llegaron á Cartagena diez días después que el P. Las Casas.

Entre tanto habían tenido lugar en aquella ciudad, recién fundada, acontecimientos gravísimos en que habrían podido prestar muy importantes servicios los Generales y su tropa, si allí se hubieran hallado. Apenas hacía tres días que había desembarcado el P. Las Casas, y aun no se hallaba repuesto del cansancio y fatiga de viaje tan penoso, cuando tuvo que ser testigo, y aun actor, y por poco víctima también de las sangrientas escenas con que una venganza feroz asoló y llenó de consternación á

aquel pueblo entonces indefenso y desapercibido. El interés dramático de esta historia hace disculpable su relación, y así la tomaremos desde su origen, con las circunstancias y episodios que la acompañaron.

Era la víspera de la fiesta de Santiago Apóstol, patrono de aquella iglesia, y la población se entregaba al regocijo con la grata esperanza de un alegre y bullicioso día. Pero no era éste el único motivo del contento popular: otro, no menos ruidoso, venía á aumentar el placer y á hacer más agradable la expectativa en que se hallaban toda clase de personas, y eran las bodas que el mismo día habían de celebrarse de la joven y hermosa D.ª Elvira, hija del Adelantado D. Pedro de Heredia, Gobernador de la plaza, con el Capitán Diego Mosquera, Oficial de mérito y buenos servicios en la conquista, aunque no presumía de alta alcurnia ó noble ascendencia. Era bien parecido y le adornaban bellas prendas, y todo esto junto bastaba á satisfacer la modesta ambición paternal del Adelantado, que se daría por contento viendo á su hija feliz, unida con el hombre á quien ambos amaban. Grandes preparativos se hacían por todas partes para aquella no vista función: suntuosas ceremonias en la iglesia del recién fundado convento de Santo Domingo, banquete y baile en la casa del Adelantado, plácemes y besamanos, gran parada de la guarnición, salvas de la plaza y evoluciones militares, corridas de caballos, apuestas de los botes empavesados en la espaciosa bahía, músicas y canciones, fuegos nocturnos artificiales; en fin, cuanto en ocasiones semejantes puede halagar el genio despierto y propenso á la expansión de los habitantes de un puerto de mar y de un clima ardiente, y cuanto alcanzaba á ofrecer el estado incipiente de cultura y brillo de aquella después famosa y opulenta ciudad.

Esa noche, terminadas las diversiones propias de la víspera, todos se habían retirado contentos á disfrutar del sueño, aguardando con impaciencia la aurora del nuevo día, que debía anunciarse con alegres dianas, estruendosas salvas de artillería y mosquetería, y repiques de campanas. La familia del Adelantado, fatigada con el prolijo trabajo del día, se había retirado muy tarde á descansar. Los novios, nadando en un mar de risueñas esperanzas y de envidiable dicha, en vano intentaban conciliar el sueño, agitados como estaban por diferentes emociones, y apenas podían gozar del necesario descanso físico; así que les sorprendió el alba entregados á sus halagüeños pensamientos.

Pero ¡cuán diferente fue el amanecer de este aciago día del que ellos y todos los habitantes de la ciudad se prometían! Las esperadas risas se convirtieron en llantos y los gritos de júbilo y aplauso en excla-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

maciones de dolor y angustia!..... ¿Y cuál era la causa de tan súbita mudanza y de tan extraña peripecia?

Refieren las historias que un tal Alonso Vejines, ó Vexines, Teniente del Adelantado, había mandado dar en otro tiempo doscientos azotes á un piloto, por ciertas faltas que había cometido. Manifestóse éste tan resentido del agravio, que juró vengarse de él en Vejines y en toda la ciudad, y al efecto, fugándose de allí, pasó á Francia, donde se concertó con uno de los famosos piratas que en aquella época cruzaban los mares y devastaban las costas de los países descubiertos por los españoles. El mismo reclutó cuantos bandidos pudo, y haciéndose su jefe, les ofreció traerlos á América é introducirlos en la ciudad de Cartagena de Indias, famosa ya por su creciente prosperidad y por su excelente puerto. Como práctico que era en él, podía introducirse sin que nadie lo sintiera, y una vez apoderados de la ciudad, la entregarían á saco y aun la incendiarían, llevándose sus grandes riquezas.

Con tan lisonjeras promesas no vacilaron los aventureros en alistarse bajo las banderas del piloto, y el cebo de la rapiña hizo suya la innoble venganza que aquél premeditaba. Dióse á la vela la flotilla pirática y con viaje feliz en poco tiempo llegó á las costas de América. Entraron de noche en el puerto y desembarcaron sigilosamente, sustrayéndose á la poca ó ninguna vigilancia que entonces había, como que no se abrigaba en la plaza temor alguno de repentino asalto, no obstante hallarse casi del todo desguarnecida. Al rayar el alba entraron en la ciudad é hicieron resonar los instrumentos de guerra que los soñolientos vecinos, al despertar, juzgaron ser el saludo del nuevo día, y, lejos de alarmarse, se regocijaron con el recuerdo de los placeres y alegría que les esperaban; con lo cual comenzaron á dejar los lechos y salir de sus casas.

Pero poco les duró la ilusión, porque, tras las descargas de las armas de fuego, vieron que les echaban abajo las puertas á hachazos y que los autores del alboroto eran soldados enemigos que amenazaban destruírlo todo á sangre y fuego y saquear la ciudad. La tropa de la guarnición acudió á las armas, y sus toques militares se confundían con los de los invasores, así como los gritos y amenazas de éstos se mezclaban con las voces de consternación y espanto de los cuitados habitantes, que no comprendían qué clase de enemigos eran aquéllos, ni por dónde habían venido. Todo era confusión, todo pánico, y nadie se daba razón de lo que sucedía. El piloto se había apostado á la puerta de la habitación de Vejines, la cual conocía muy bien, y cuando éste salía presuroso con sus

armas, aquél lo recibió con las suyas y le dio un furibundo golpe con la ballesta, y con él la muerte casi instantánea. Al dársela el vengativo piloto le decía: "Este pago debe llevar quien sin razón afrenta á los buenos." Diseminada la chusma enemiga por toda la ciudad, así como el espanto en todos los corazones, la confusión y tumulto fueron grandes, pues mientras unos daban voces de asalto, otros las daban pidiendo auxilio á los hombres y misericordia á Dios, y muchos huían despavoridos, sin saber á dónde.

Casi todos los militares que se habían armado, ocurrieron á la casa del Adelantado, como á un centro común, para recibir instrucciones y hacer la defensa en buen orden. Armado éste también á la ligera, salió á defender valerosamente la entrada, mientras las mujeres de su familia se ponían en salvo por unas ventanas interiores y se dirigían á la bahía á tomar algunas canoas que allí estaban, para escapar. Uno de los primeros que habían acudido á casa de Heredia era el Capitán Mosquera, atraído por el doble reclamo de su deber como militar, y de su novia. Allí combatió con el valor de un león, postrando á varios de los invasores, pero el mismo exceso de su arrojo lo expuso á inminente peligro. Habiendo recibido una herida grave, fue retirado al interior de la casa, hasta que, entretenida la gente que forcejeaba por entrar, con otra que de fuera venía en auxilio del Gobernador, éste pudo evadirse con la suya, viendo que era imposible resistir á tan gran número de bárbaros soldados que peleaban desesperadamente, y tomó el camino de los montes vecinos, donde se guarecieron, mientras se podía organizar una defensa formal.

Una de las personas que no habían querido abandonar al Adelantado, por ningún motivo, era D.ª Elvira, que permaneció á pie firme al lado de su padre, con grave peligro de la vida; y creció su obstinada resistencia á las súplicas de éste cuando vio llegar al Capitán Mosquera. Quería correr la suerte de su padre y de su esposo: ó morir con ellos ó salvarse con ellos.

En la retirada pudieron arrastrar, no sin gran trabajo, al Capitán, ya muy débil por la pérdida de la sangre que brotaba de la herida; pero al fin lograron ponerlo en salvo y prodigarle todos los cuidados que en tan apretadas circunstancias eran posibles. Sin embargo, ellos fueron impotentes, pues al anochecer del mismo día espiró en los brazos de Elvira y de D. Pedro, á quienes dirigió su última mirada y su postrer suspiro..... Y allí permaneció hasta el día siguiente, sin que á su cadáver velasen en todo el curso de la noche otros cirios ni blandones que los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pálidos rayos de la luna, que penetrando por entre el espeso ramaje del bosque, iluminaban su más pálido rostro y hacían brillar las lágrimas que corrían en silencio por las mejillas de Elvira.

Entre tanto los desalmados piratas, como una horda de vándalos, todo lo habían invadido, nada perdonaban, ni sexo, ni edad, ni condición; por donde quiera llevaban la desolación y la muerte. Saquearon todas las casas, y penetrando en la iglesia Catedral y en la del convento de Santo Domingo, arrebataron todos los objetos de valor, hasta los vasos sagrados, que en aquel tiempo eran de oro fino. Prendieron al Obispo y á todos los Padres dominicos y los encerraron en la casa del Adelantado, donde durante todo el día estuvieron éstos aguardando por momentos la muerte: horas de angustiosa incertidumbre que equivalen, y aun exceden, á los mayores trabajos que el hombre puede soportar.

Por la noche se difundió el rumor de que iban á incendiar la ciudad, y en conflicto tan grande, el Obispo y los Padres resolvieron pedir una capitulación. Después de inauditos esfuerzos lograron pactar el rescate de la ciudad por tres mil pesos en oro. Verosímilmente tocó también en esta ocasión al P. Las Casas ser uno de los comisionados para el arreglo que se celebró, pues parecía que éste era siempre su destino, marcado por la Providencia, que le escogía como instrumento de paz y conciliación. No en vano lo había dotado con una elocuencia natural, fácil y persuasiva, con maneras insinuantes y un corazón que ardía en caridad; y como "la boca habla de lo que abunda en el corazón," la fuerza de su palabra era casi irresistible.

Dejaron los bandidos franceses destruída en su mayor parte la ciudad, sus calles y casas inundadas en sangre y sembradas de cadáveres, y se reembarcaron para Francia, á donde fueron á gozar de sus depredaciones, llevándose más de doscientos mil pesos en oro, fuera de alhajas y otros valores; con lo cual, dice chistosamente Zamora, aliviarían algún tanto el dolor de la humillación que pocos años antes había sufrido su Rey Francisco I. Desde entonces comenzó ya á pensarse en fortificar mejor la plaza para librarla de nuevos asaltos, y la experiencia acreditó después la cordura de esta determinación.

Poco faltó para que los tres Generales, cuando llegaron á Cartagena, no hallasen sino escombros y ruinas, y si almas egoístas hubieran dado gracias á Dios por haber escapado felizmente á tanto estrago, ellos sintieron profundamente que la suerte les hubiese impedido tomar parte en la defensa de sus hermanos y castigo de los malvados, y dividir con aquéllos el peligro. Su llegada á la ciudad fue un motivo de gozo para

los afligidos habitantes, y se amortiguó algún tanto su pena al oír la relación que los conquistadores hicieron de la belleza, fertilidad, riqueza, industria y población de aquellas comarcas interiores, como lo comprobaban las muestras que de todo traían; así como se habían sorprendido al oír la que el P. Las Casas les había hecho pocos días antes, de sus peregrinaciones y trabajos y de la inmensa multitud de gentiles que dejaba ya iniciada con las noticias del Evangelio, esperando y pidiendo quien les repartiera el pan de la enseñanza cristiana. Los españoles, y especialmente el Obispo y los religiosos, oían embelesados la amena y pintoresca relación que les hacía su antiguo conocido y compañero, á quien creían ya muerto, lo mismo que á los demás expedicionarios, y no se cansaban de interrogarle hasta de las cosas más insignificantes. Las Casas escribió al Obispo de Santa Marta dándole cuenta de todo el fruto de la conquista y de la fundación de varias ciudades, y le manifestaba la necesidad de enviar ministros que continuasen la grande obra de la conversión de los indios, que estaban ya pacificados, y ansiosos la mayor parte de recibir el bautismo y las luces de la fe, con cuyo objeto también pasaba á España.

Los tres jefes sacaron el oro que llevaban para marcarlo, y allí creció la admiración al ver la multitud de exquisitas esmeraldas, los objetos de oro, fabricados por los indios, las telas finas de algodón con que se vestían; y en vista de todo esto formaron gran concepto, no sólo de las riquezas del Nuevo Reino, sino también del notable estado de adelanto y cultura de esas naciones, dispuestas á trasformarse pronto en pueblos civilizados: concepto que se confirmó al saber que tenían instituciones políticas y religiosas, gobiernos bien establecidos de antiguo, leyes tradicionales y justas, y conocimientos prácticos, aunque escasos, en agricultura, astronomía y meteorología, como que poseían un calendario de su propia invención, bien arreglado, (1) y cultivaban la tierra con regularidad y acierto, aunque carecían de dos elementos indispensables para el hombre: en el reino mineral el hierro, y en el reino animal el buey y el caballo.

No fue menor el gozo que tuvo Las Casas al hallar en Cartagena á sus antiguos amigos los Padres Fray Francisco Martínez y Fray Agustín de Zúñiga, que de las conquistas del Perú pasaron á Roma, y que al volver á América fueron sus compañeros de viaje, por lo cual festejaron alegre y cordialmente el mutuo y feliz hallazgo, y el placer que tenían de re-

(1) Véase Acosta, *Descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gresar juntos á España, como se proponían hacerlo muy pronto. Hechos todos los preparativos y arreglados los asuntos que cada cual tenía en en aquella plaza, y recibidas por parte de los religiosos las instrucciones y bendición de los Prelados, se hicieron á la vela con los tres Generales y su gente con rumbo á la Península.

XIV

Después de un feliz, aunque dilatado viaje, llegó Las Casas á su convento de San Pablo de Sevilla, donde descansó algún tiempo, y luégo se dio priesa á escribir al R. P. general de su Orden para informarle minuciosamente del resultado y progresos de su misión, desarrollando con ingenuidad y sencillez el vasto y hermoso cuadro de la grande empresa acometida y felizmente llevada á cabo en lo material y en lo espiritual, y lo excitaba á que enviase religiosos que fuesen á completar la obra comenzada, á quienes, decía, acompañaría de buena voluntad si su salud, ya achacosa, se lo permitía.

En efecto, poco tardaron en manifestarse las enfermedades que, como consecuencia necesaria de tantos sufrimientos de todo género, habían de postrar su robusta constitución, y que ya desde América habían comenzado á minarla sordamente. Más de cinco años estuvo padeciendo después que llegó á Sevilla. Allí fue donde le visitó luégo D. Gonzalo Jiménez de Quesada y le pidió el oro que había llevado para fundar la capellanía de los conquistadores, sobre lo cual, por sus graves dolencias, nada había podido hacer todavía definitivamente Las Casas. Entregóselo éste, como lo declaró el Mariscal en su testamento, dando así satisfacción al agravio que con infundado cargo se había hecho al religioso.

Cumplido al fin el plazo que la Providencia le había señalado para su peregrinación en la tierra, lleno de años, empleados íntegramente en servicio de Dios, de la humanidad y de la corona de España, terminó sus días este gran sacerdote, uno de los principales descubridores y conquistadores del Nuevo Reino de Granada. Como político y como misionero, su nombre es glorioso y su memoria veneranda, y se halla á la altura de los primeros hombres apostólicos. En resumen de su historia puede sostenerse esta tesis sin temor de exageración: sin Fray Domingo de Las Casas la conquista de este país no se hubiera llevado á cabo, ó por lo menos lo habría sido muy tarde y en condiciones muy diferentes. Si la gente de Quesada hubiera persistido en sublevarse y retroceder á Santa Marta, como tántas veces lo intentó seriamente, ó si en un motín de tantos como apaciguó el religioso hubiesen dado muerte á su General,

los tenientes de éste no habrían llevado á cima la obra, puesto que aun entre ellos mismos había cundido yá el desaliento. Todo se debió á Las Casas, que, puede decirse, fue virtualmente el jefe de la expedición.

Es verdad que, al fin, tarde ó temprano, habrían llegado á este país Belalcázar y Fredemán, ¿pero cuál habría sido el resultado de ese encuentro casual de los dos descubridores, sin que un tercero en discordia, como lo fue Quesada, hubiese neutralizado sus respectivas pretensiones y puesto coto á su ambición? Porque, en fin, ellos encontraron yá descubierta y cultivada la tierra, fundada una ciudad, establecido un Gobierno regular, un ejército descansado, aguerrido y aclimatado, que especialmente contaba con una excelente caballería fresca y renovada; los nuevos pobladores tenían de su parte la amistad de los naturales, ó por lo menos su obediencia y sumisión; y, en suma, á Quesada acompañaban jefes notables por su pericia y valor. Sin estas circunstancias, que les habían infundido respeto, y sin la política y habilidad de Las Casas, que supo evitar un conflicto funesto entre los tres ejércitos, Belalcázar y Fredemán se habrían venido á las manos, y el vencedor, debilitado, no habría tenido tal vez la fuerza ni los elementos necesarios para colonizar, ó tal vez habría seguido su camino en busca de nuevas aventuras y de mayores riquezas, como francamente dijo Belalcázar ser su determinación.

Puede, pues, asegurarse que Las Casas fue la causa inmediata, el eje y palanca de la conquista de este país, empresa que sin él tal vez no se habría llevado á cabo. El ilustre dominicano murió pobre y casi desconocido; pronto el olvido de sus contemporáneos cubrió la losa de su sepulcro, hoy ignorado probablemente. En su paso por el mundo dejó, sin embargo, las hondas huellas del bien que hizo, de su caridad y de eminentes servicios generosamente prestados á la sociedad y á la religión. Después de tan laboriosa vida volvió á su oscuro y silencioso convento á comer con sus hermanos la escasa y mala ración del fraile, y por último, á ser amortajado con el blanco y humilde hábito de su orden. A lo menos tuvo el consuelo en sus últimos días de verse rodeado de esos hermanos que le auxiliaban en los momentos supremos, de oír otra vez el armonioso canto de sus salmodias, y de volver á ver los modestos objetos que le fueron tan caros en su juventud: esas cuatro paredes de su pobre celda, esas imágenes que las adornaban, sus queridos libros *in folio*, que fueron sus más leales amigos, y el Crucifijo, al pie del cual, en las largas veladas de la vida monástica, pedía la gracia del Cielo para emprender su misión apostólica á un mundo desconocido.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El venerable Padre volvió á ser en su vejez lo que había sido en su juventud. ¿No es éste el *summum* de la abnegación y del heroismo cristianos? ¿Qué ganó este hombre ilustre, tipo y modelo del verdadero sacerdote de Cristo? ¿Qué caudal allegó, qué títulos, qué gloria le dio el mundo? ¿Qué monumento, ó simple inscripción honorífica inmortalizaron su nombre? Ni aun siquiera poseemos su retrato! (1) Justo es, pues, que al fin se oiga una voz, aunque débil y destemplada, que tribute un homenaje á su mérito. Para los hombres verdaderamente grandes no pasa el tiempo: ellos reinan sobre los siglos á semejanza, aunque imperfecta, de Dios, y ésta es la inmortalidad anticipada.

Pero si la herencia de este justo en la tierra fue la indiferencia de sus contemporáneos y el olvido de la posteridad, después de algunas frías y displicentes palabras de la historia, el deber que un impulso de gratitud y admiración me ha impuesto me obliga á remover la tierra que cubre sus cenizas, no para mostrar á las generaciones venideras un deshecho sudario, ó un puñado de polvo (que tal vez yá no existe), sino para pronunciar con respeto delante de ellas el nombre venerable de FRAY DOMINGO DE LAS CASAS.

¡Puedan estas líneas hacerlo imperecedero entre los hombres!

JOSÉ CAICEDO ROJAS.

---

(1) El de Fray Bartolomé que existe en la iglesia de Santo Domingo de esta ciudad, es copia de un antiguo grabado. El R. P. Capellán de la misma iglesia me ha informado que entre los muchos y antiguos retratos al óleo, de los religiosos de su orden que existían en el convento hasta 1863, no había ninguno de FRAY DOMINGO; ni era posible que lo hubiera, pues cuando él partió para España ni había convento fundado en Santa Fé, ni tampoco pintores que pudieran hacerlo, como lo demuestra la malísima imagen del Crucificado que sirvió en la primera misa y que se conserva aún en la Catedral, lienzo en que se ve que el pintor tenía muy escasas nociones de dibujo y de pintura.



UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

DR
Biblioteca
Universidad Eafit
Ej. 2
6 2000 00103977 1
UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental